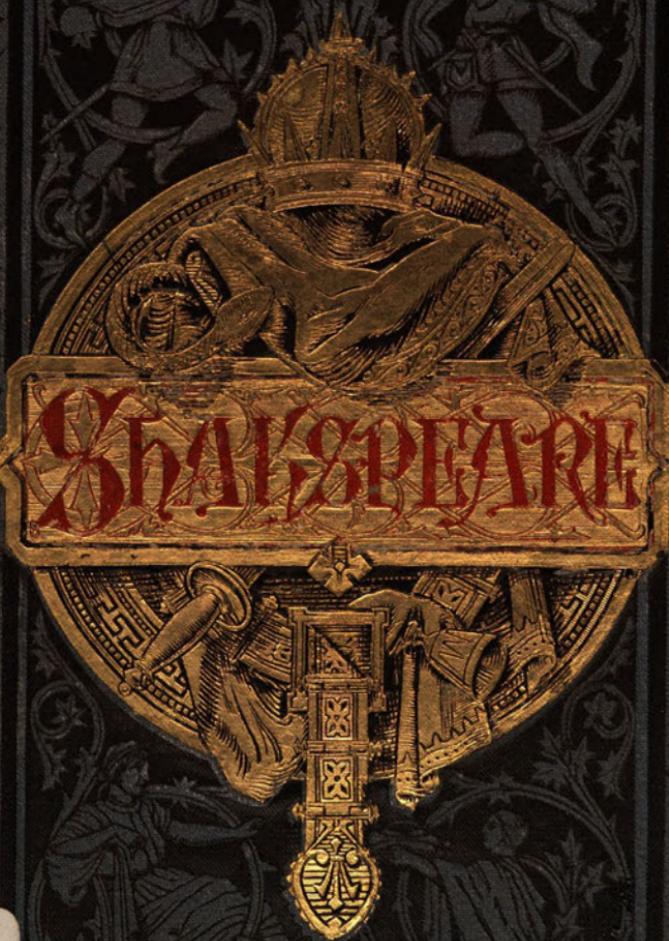


UC-NRLF



QB 156 144



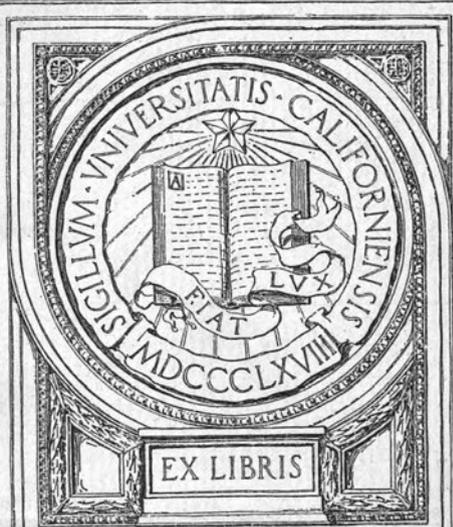
YC149001



LIBRERIA
DONATO GUIO
ARENAL 14
MADRID

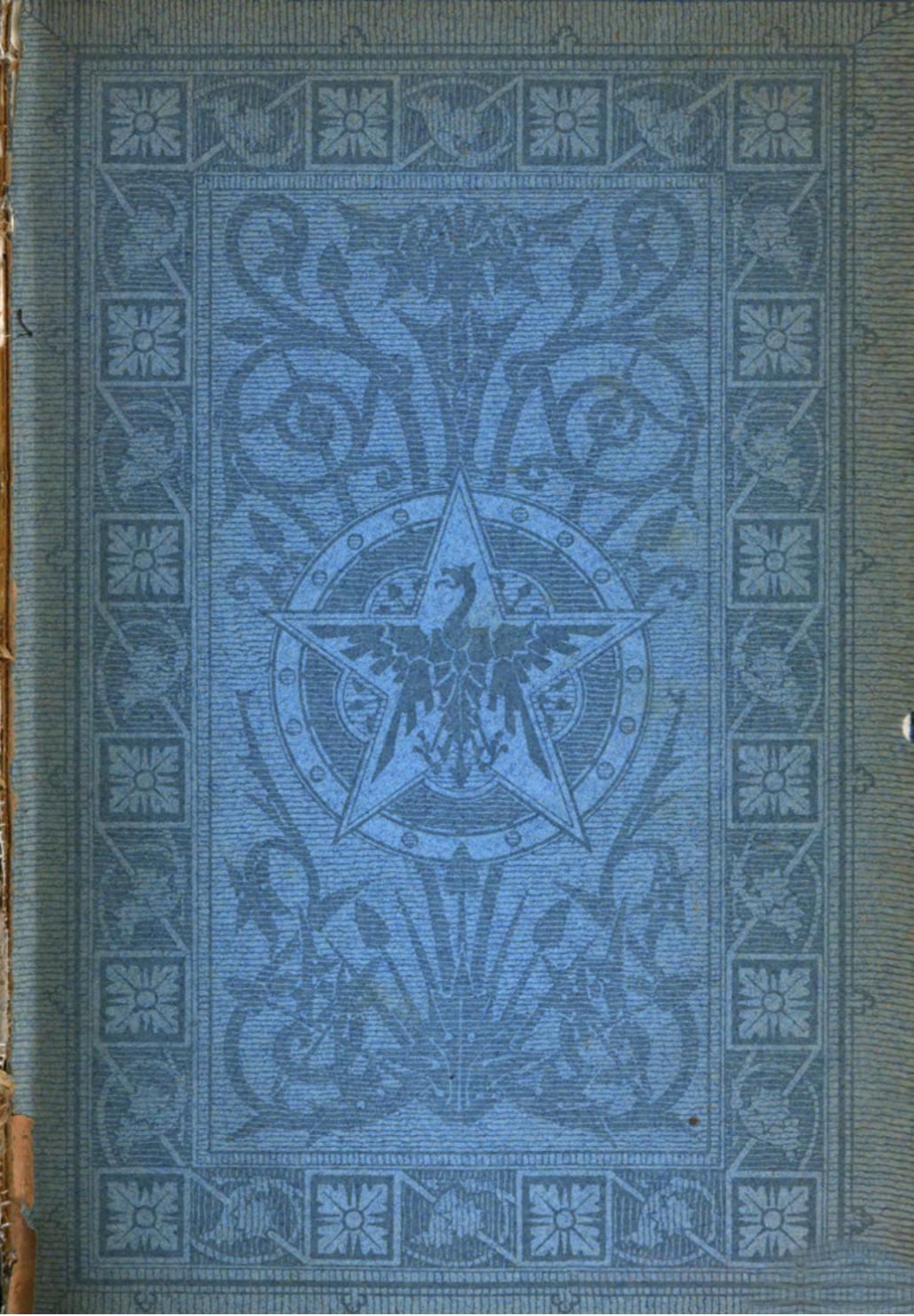
GIFT OF

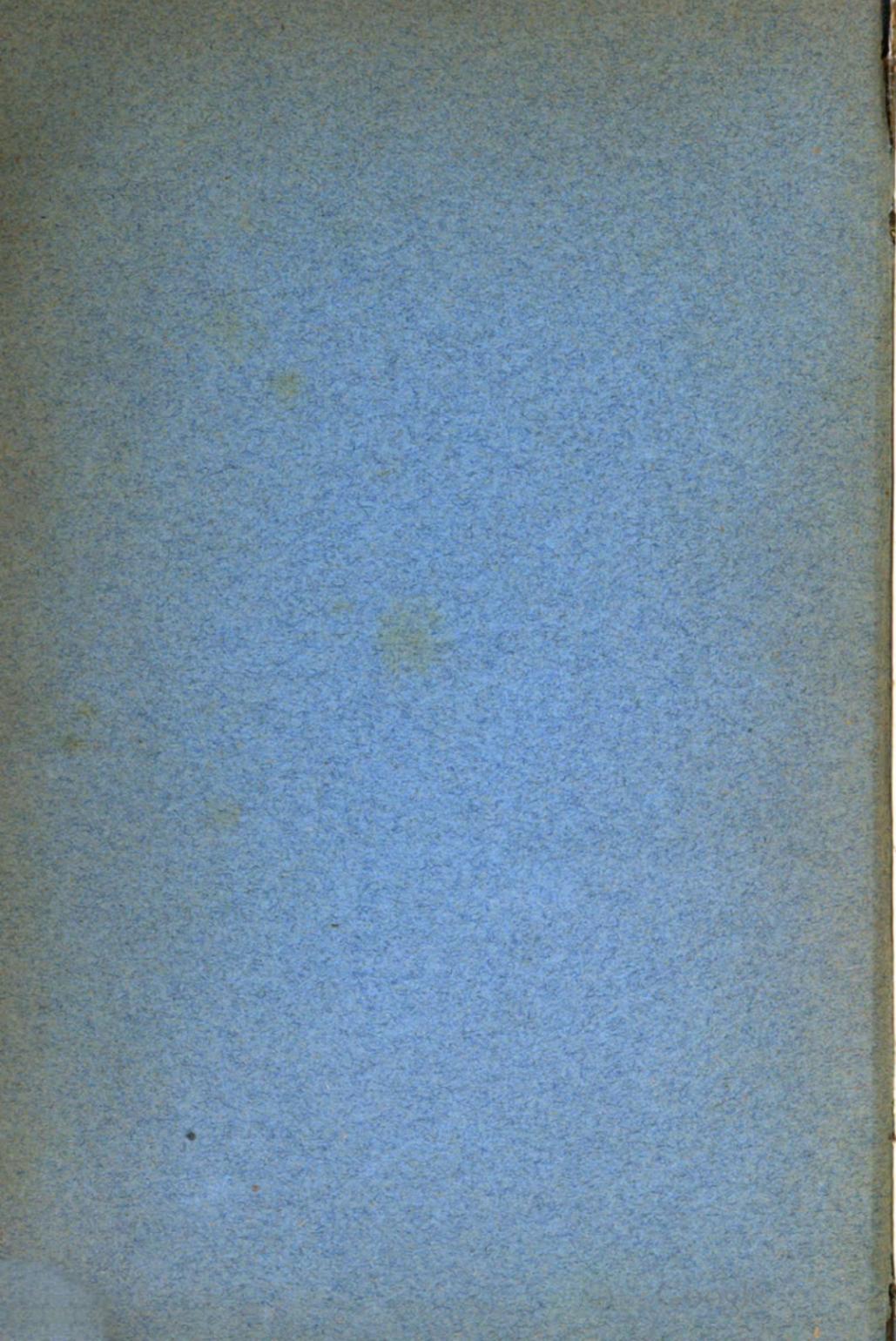
J. C. Cabrera.



EX LIBRIS

931
Sm
V. 2.





SHAKSPEARE

ES PROPIEDAD

DRAMAS
DE
GUILLERMO SHAKSPEARE

SUEÑO DE UNA NOCHE DE VERANO - MEDIDA POR MEDIDA
CORIOLANO - CUENTO DE INVIERNO

TRADUCCIÓN DE

JOSE ARNALDO MÁRQUEZ

*Dibujos y grabados al boj de los principales
artistas alemanes*



LIBRERÍA DE
CORRIENTE

BARCELONA

BIBLIOTECA «ARTE Y LETRAS»

DANIEL CORTEZO Y C.^ª - Ausias-March, 95

1884



Celebración
70 años
de fundación

Establecimiento tipográfico-editorial de DANIEL CORTEZO Y C.[®]

SUEÑO DE UNA NOCHE DE VERANO

Ilustración de *P. Thumann*.
Grabados de *Günther y Käseberg*.

329582

PERSONAJES

TESEO, duque de Atenas.

EGEO, padre de Hermia.

LISANDRO,
DEMETRIO, } apasionados de Hermia.

FILÓSTRATO, director de fiestas de Teseo.

QUINCIO, carpintero.

SNUG, ensamblador.

BOTTOM, tejedor.

FLAUTO, componedor de fuelles.

SNOWT, calderero.

STARVELING, sastre.

HIPOLITA, reina de las Amazonas, prometida de Teseo.

HERMIA, hija de Egeo, enamorada de Lisandro.

ELENA, enamorada de Demetrio.

OBERÓN, rey de las hadas.

TITANIA, reina de las hadas.

PUCK ó ROBIN-BUEN-CHICO, duende.

FLOR-DE-GUISANTE,
TELARAÑA,
POLILLA,
GRANO-DE-MOSTAZA, } hadas.

PÍRAMO,
TISBE,
MURO,
LUZ DE LUNA,
LEÓN, } Tipos en el sainete ejecutado por los bufones.

Otras hadas del séquito de su rey y su reina.—Séquito de Teseo é Hipólita.

ESCENA. — Atenas y un bosque de sus alrededores.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

Atenas.—Cuarto en el palacio de Teseo.



Entran TESEO, HIPÓLITA, FILÓSTRATO y acompañamiento.

TESEO.

o está lejos, hermosa Hipólita, la hora de nuestras nupcias, y dentro de cuatro felices días principiará la luna nueva; pero, ah! con cuánta lentitud se desvanece la anterior! Provo-ca mi impaciencia como una suegra ó una tía

que no acaba de morir-se nunca y va consumiendo las rentas del heredero.

HIPÓLITA.—Pronto declinarán cuatro días en cuatro noches, y cuatro noches harán pasar rápidamente en sueños el tiempo; y entonces la luna, que parece en el cielo un arco encorvado, verá la noche de nuestras solemnidades.

TESEO.—Vé, Filóstrato, á poner en movimiento la juventud ateniense y prepararla á las diversiones: despierta el espíritu vivaz y oportuno de la alegría; y quede la tristeza relegada á los funerales. Esa pálida compañera no conviene á nuestras fiestas. (*Sale Filóstrato.*) Hipólita, gané tu corazón con mi espada, causándote sufrimientos; pero me desposaré contigo de otra manera: en la pompa, el triunfo y los placeres.

(*Entran Egeo, Hermia, Lisandro y Demetrio.*)

EGEO.—Felicidades á nuestro afamado duque Teseo.

TESEO.—Gracias, buen Egeo. ¿Qué nuevas traes?

EGEO.—Lleno de pesadumbre vengo á quejarme contra mi hija Hermia. Avanzad, Demetrio. Noble señor, este hombre había consentido en casarse con ella..... Avanzad, Lisandro. Pero, éste, bondadoso duque, ha seducido el corazón de mi hija. Tú, Lisandro, tú le has dado rimas, y cambiado con ella presentes amorosos: has cantado á su ventana en las noches de luna con engañosa voz versos de fingido afecto; y has fascinado las impresiones de su imaginación con brazaletes de tus cabellos, anillos, adornos, fruslerías, ramilletes, dulces y bagatelas, mensajeros que las más veces prevalecen sobre la inexperta juventud: has extraviado astutamente el corazón de mi hija, y convertido la obediencia que me debe en ruda obstinación. Así, mi benévolo duque, si aquí en presencia de vuestra Alteza no consiente en casarte con Demetrio, reclamo el antiguo privilegio de Atenas: siendo mía, puedo disponer de ella, y la destino á ser esposa de este caballero, ó á morir según la ley establecida para este caso.

TESEO.—¿Qué decís, Hermia? Tomad consejo, hermosa doncella. Vuestro padre debe ser á vuestros ojos como un dios. Él es autor de vuestras bellezas, sois como una forma de cera modelada por él, y tiene el poder de conservar ó de borrar la figura. Demetrio es un digno caballero.

HERMIA.—También lo es Lisandro.

TESEO.—Lo es en sí mismo: pero faltándole en esta coyuntura, el apoyo de vuestro padre, hay que considerar como más digno al otro.

HERMIA.—Desearía solamente que mi padre pudiese mirar con mis ojos.

TESEO.—Más bien vuestro discernimiento debería mirar con los ojos de vuestro padre.

HERMIA.—Que vuestra Alteza me perdone. No sé qué poder me inspira audacia, ni cómo podrá convenir á mi modestia, el abogar por mis pensamientos en presencia de tan augusta persona; pero suplico á vuestra Alteza que se digne decirme cuál es el mayor castigo en este caso, si rehusó casarme con Demetrio.

TESEO.—Ó perder la vida, ó renunciar para siempre á la sociedad de los hombres. Consultad, pues, hermosa Hermia, vuestro corazón, daos cuenta de vuestra tierna edad, examinad bien vuestra indole, para saber si en el caso de resistir á la voluntad de vuestro padre, podréis soportar la librea de una vestal, ser para siempre aprisionada en el sombrío claustro, pasar toda la vida en estéril fraternidad entonando cánticos desmayados á la fría y árida luna. Tres veces benditas aquellas que pueden dominar su sangre y sobrellevar esa casta peregrinación; pero en la dicha terrena más vale la rosa arrancada del tallo que la que marchitándose sobre la espina virgen, crece, vive y muere solitaria.

HERMIA.—Así quiero crecer, señor, y vivir y morir, antes que sacrificar mi virginidad á un yugo que mi alma rechaza y al cual no puedo someterme.

TESEO.—Tomad tiempo para reflexionar; y por la luna nueva (día en que se ha de sellar el vínculo de eterna compañía entre mi amada y yo), preparaos á morir por desobediencia á vuestro padre, ó á desposaros con Demetrio, ó á abrazar para siempre en el altar de Diana la vida solitaria y austera.

DEMETRIO.—Cede, dulce Hermia. Y tú, Lisandro, renuncia á tu loca pretensión ante la evidencia de mi derecho.

LISANDRO.—Demetrio, tenéis el amor de su padre. Dejadme el de Hermia. Casaos con él.

ESEO.—Desdeñoso Lisandro, en verdad que tiene mi amor y por él le doy lo que es mío. Ella es mía, y cedo á Demetrio todo mi poder sobre ella.

LISANDRO.—Señor, tan bien nacido soy como él y mi posición es igual á la suya; pero mi amor le aventaja. Mi fortuna es en todos sentidos considerada tan alta, si no más, que la de Demetrio. Y, lo que vale más que todas estas ostentaciones, soy el amado de la hermosa Hermia. ¿Porqué, pues, no habría yo de sostener mi derecho? Demetrio, lo digo en su presencia, cortejó á Elena, la hija de Nedar, y conquistó su corazón; y ella, pobre señora, ama entrañablemente, ama con idolatría á este hombre inconstante y desleal.

TESEO.—Confieso haber oído referir esto mismo, y me proponía hablar sobre ello con Demetrio; pero agobiado por innumerables negocios, perdi de vista aquel intento. Sin embargo, venid, Egeo y Demetrio: debo comunicaros algunas instrucciones. Y en cuanto á vos, bella Hermia, haced el ánimo á acomodaros á la voluntad de vuestro padre; ó si no, á sufrir la ley de Atenas (que en manera alguna podemos atenuar), la cual os condena á la muerte, ó al voto de vida célibe y solitaria. Ven, Hipólita mía, ¿qué regocijo idearemos, amor mío? Venid también, Egeo y Demetrio: tengo que emplearos en lo relativo á mis nupcias, y conferenciar con vosotros acerca de algo que de un modo más inmediato os concierne.

ESEO.—Por deber y por afecto os seguimos.

(*Salen Teseo, Hipólita, Egeo, Demetrio y el séquito.*)

LISANDRO.—¿Y bien, amor mío? ¿Por qué palidecen

tanto tus mejillas? ¿Cómo es que sus rosas se descolorean tan pronto?

HERMIA.—Parece que por falta de lluvia; si bien podría yo regarlas de sobra con la tormenta de mis ojos.

LISANDRO.—¡Ay de mí! Cuanto llegué á leer ó á escuchar, ya fuese de historia ó de romance, muestra que jamás el camino del verdadero amor se vió exento de borrascas. Unas veces nacen los obstáculos de la diversidad de condiciones.

HERMIA.—¡Oh manantial de contradicciones y desgracias, el amor que sujeta al príncipe á los piés de la humilde pastora!

LISANDRO.—Otras veces, está la desproporción en los años.

HERMIA.—Triste espectáculo, ver el otoño unido á la primavera.

LISANDRO.—Otras, en fin, forzaron á la elección las ciegas cábala de amigos imprudentes.

HERMIA.—¡Oh infierno! ¡Elegir amor por los ojos de otro!

LISANDRO.—Ó si cabía afecto en la elección, la guerra, la enfermedad, la muerte la asediaron; haciendo que el goce fuese momentáneo como el sonido, rápido como la sombra, breve como un corto sueño, y fugaz como el relámpago que en la oscuridad de la noche ilumina cielo y tierra, y antes que el hombre tenga tiempo de decir *¡mira!* se ha perdido ya en el seno de las tinieblas: tan pronto las cosas brillantes se abisman en las sombras de la confusión.

HERMIA.—Pues si los verdaderos amantes siempre fueron contrariados, ha de ser por decreto del destino. Armémonos, pues, de paciencia en nuestra prueba, ya que esta no es sino una cruz habitual, tan propia del amor como los pensamientos, las ilusiones, los suspiros, los deseos y las lágrimas, triste séquito de la fantasía.

LISANDRO.—Prudente consejo. Escucha, por tanto, Hermia. Tengo una anciana tía viuda y de calidad, muy opulenta y sin hijos, que me considera como á su hijo único. Su casa dista siete leguas de Atenas; y allí, gentil Hermia, podremos desposarnos, pues la dura ley de Atenas no puede perseguirnos hasta allí. Si me amas, abandona sigilosamente la casa de tu padre mañana por la noche, que yo te aguardaré en el bosque á una legua de la ciudad, en el punto donde te encontré una vez con Elena para observar el rito de la mañana de Mayo.

HERMIA.—Buen Lisandro mío, te juro por el más firme arco de Cupido, por el candor de las palomas de Venus, por cuanto une las almas y ampara los amores, y por aquel fuego que abrasaba á la reina de Cartago al ver la vela fugitiva del falso troyano; por todos los juramentos que los hombres han quebrantado y que ninguna mujer podría enumerar; te juro que me encontraré mañana á tu lado en el mismo sitio que designas.

LISANDRO.—Cumple tu promesa, amor mío. Mira, aquí viene Elena. *(Entra Elena.)*

HERMIA.—Sed con Dios, bella Elena. ¿Á dónde vais?

ELENA.—¿Bella me llamáis? Retirad ese nombre. Demetrio ama á vuestra hermosura. ¡Oh hermosura feliz! Vuestros ojos son estrellas, y la música de vuestra voz es más armoniosa que el canto de la alondra á los oídos del pastor cuando verdea el trigo y asoman los capullos del blanco espino. ¿Por qué, si las enfermedades son contagiosas, no hubo de serlo el favor! Entonces tomaría yo el vuestro antes de irme: mi oído adquiriría vuestra voz, mis ojos el encanto de los vuestros, mi lengua la dulce melodía de la vuestra. Si todo el mundo fuera mío... excepto Demetrio, os daría el mundo todo. ¡Oh! Enseñadme vuestro hechizo, y por cuál arte dirigís los impulsos del corazón de Demetrio!

HERMIA.—Le miro con semblante adusto, y sin embargo me ama.

ELENA.—¡ Ah! si vuestro enojo pudiera enseñar á mis sonrisas semejante destreza!

HERMIA.—Le maldigo, y sin embargo me ama.

ELENA.—Si pudieran mis súplicas obtener semejante afecto!

HERMIA.—Cuanto más le aborrezco, más tenazmente me persigue.

ELENA.—Cuanto más le amo, más me aborrece!

HERMIA.—Su insensatez no es culpa mía, Elena.

ELENA.—No, pero lo es de vuestra belleza. Ya quisiera yo ser culpable de esa falta.

HERMIA.—Cobrad aliento, que él no volverá á verme. Lisandro y yo vamos á abandonar este lugar. Antes de conocer á Lisandro, me parecía Atenas un paraíso; ¿pues qué seducciones hay en mi amor para que haya convertido un cielo en infierno?

LISANDRO.—Elena, os revelaremos nuestro intento. Mañana á la noche, cuando Febe contemple su argentada faz en el cristal de las aguas, convirtiendo en perlas líquidas el rocío sobre las hojas del césped (hora propicia aun á la fuga de los amantes), hemos convenido en salir furtivamente de Atenas.

HERMIA.—Y nos encontraremos en el bosque, allí donde vos y yo solíamos reclinadas sobre lechos de rosas confiarnos nuestros amorosos devaneos; y de allí apartaremos la vista de Atenas para buscar nuevos amigos y la sociedad de los extraños. Adios, mi dulce compañera; rogad por nosotros, y que la buena suerte os entregue á vuestro Demetrio! Sed fiel á la promesa, Lisandro: hasta mañana á media noche hemos de privar nuestros ojos del alimento de los amantes. *(Sale Hermia.)*

LISANDRO.—Puedes estar segura de que lo haré, Hermia mía. Adiós, Elena, y que Demetrio os ame tanto como vos á él. *(Sale Lisandro.)*

ELENA.—¡Cuanto más felices pueden ser unos que otros! En toda Atenas se me tiene por tan hermosa como ella. Pero ¿de qué me sirve? Demetrio no piensa así, y no quiere saber lo que todos saben. Y así como él se extravía, fascinado por los ojos de Hermia, me ciego yo admirando las cualidades que en él veo. Pero el amor puede transformar en belleza y dignidad cosas bajas y viles; porque no ve con los ojos sino con la mente, y por eso pintan ciego á Cupido el alado. Ni tiene en su mente el amor señal alguna de discernimiento; como que las alas y la ceguera son signos de imprudente premura. Y por ello se dice que el amor es niño, siendo tan á menudo engañado en la elección. Y como en sus juegos perjuran los muchachos traviesos, así el rapaz amor es perjurado en todas partes; pues antes de ver Demetrio los ojos de Hermia me juró de rodillas que era solo mío; mas apenas sintió el calor de su presencia, deshiciéronse sus juramentos como el granizo al sol. Yo le avisaré la fuga de la bella Hermia, y mañana en la noche lo acompañaré al bosque para perseguirla; que si por este aviso me queda agradecido, recibiré en ello un alto precio; aunque si aspiro á mitigar mi pena, sólo es en poder mirarlo á la ida y á la vuelta. (Sale.)

ESCENA II.

Cuarto en una quinta.

Entran SNUG, BOTTOM, FLAUTO, QUINCIO y STARVELING.

QUINCIO.—¿Están aquí todos vuestros compañeros?

BOTTOM.—Mejor haréis en llamarlos uno á uno, según la lista.

QUINCIO.—He aquí la nómina de los que en toda Atenas son considerados aptos para desempeñar el

sainete que se ha de representar ante el duque y la duquesa en la noche de sus bodas.

BOTTOM.—Primero, buen Pedro Quincio, decid sobre qué asunto versa la representación, leed los nombres de los actores y luégo distribuid los papeles.

QUINCIO.—Ciertamente. Nuestra representación es «La muy lamentable comedia y muy cruel muerte de »Píramo y Tisbe.»



BOTTOM.—Herroso trabajo, os aseguro, y en extremo alegre. Ahora, mi excelente Quincio, llamad por lista á vuestros actores. Maestros, presentaos.

QUINCIO.—Responded á medida que os llame. Nich Bottom, el tejedor.

BOTTOM.—Listo. Decid el papel que me toca, y adelante.

QUINCIO.—Vos, Nich Bottom, habéis sido designado para Píramo.

BOTTOM.—¿Qué es Píramo: un tirano, ó un amante?

QUINCIO.—Un amante que por amor se mata con el más grande heroísmo.

BOTTOM.—Eso para ser bien representado necesita algunas lágrimas: si he de hacer el papel, ya veréis al auditorio llorar á moco tendido. Levantaré una borrasca, y en cierto modo conmoveré algo. Por lo demás, mi vocación es la de tirano. Podría representar á Hércules con rara perfección, ó un papel en que se destrozara á un gato, para que todo quedara hecho trizas.

« Con trémulos golpes las rocas rabiosas
 »rompen los candados de toda prisión,
 »y el carro de Febo que alumbra las nubes
 »los hados revuelve, girando veloz.»

Esto era sublime! Decid ahora los nombres de los otros actores. Este es el estilo de Hércules, el estilo de un tirano. Un amante es más plañidero.

QUINCIO.—Francisco Flauto.

FLAUTO.—Presente, Pedro Quincio.

QUINCIO.—Tisbe es el papel que os corresponde.

FLAUTO.—¿ Qué es Tisbe ? ¿ Un caballero andante ?

QUINCIO.—Es la señora á quien ha de amar Píramo.

FLAUTO.—No, á fe mía, no me hagáis representar á una mujer. Ya me está saliendo la barba.

QUINCIO.—Eso no importa. Llevaréis máscara y podréis fingir la voz tanto como queráis.

BOTTOM.—Si es cosa de esconder la cara, dejadme hacer también el papel de Tisbe. Soltaré una voccecita admirable: « ¡ Ah Píramo! mi adorado amante! tu ido-
 »latrada Tisbe! y querida señora! »

QUINCIO.—No, no. Debéis representar á Píramo vos, y á Tisbe Flauto.

BOTTOM.—Bien. Continudad.

QUINCIO.—Robin Starveling, sastre.

STARVELING.—Heme aquí, Pedro Quincio.

QUINCIO.—Robin Starveling, debéis representar á la madre de Tisbe. Tom Snowt, calderero.

SNOWT.—Aquí, Pedro Quincio.

QUINCIO.—Vos, al padre de Píramo : yo, al de Tisbe. Snug, el ensamblador, vos el papel de león. Y con esto creo que queda bien ordenada la representación.

SNUG.—¿ Tenéis escrito el papel del león ? Si es así, os suplico que me le deis, pues no tengo gran facilidad para aprender de memoria.

QUINCIO.—Podéis hacerlo de improviso, pues no tenéis que hacer más que rugir.

BOTTOM.—Dejadme hacer también de león ! Ya veréis si cada rugido que yo dé no hará saltar de alegría el corazón de cualquiera. Hasta el duque ha de exclamar : « ¡ que vuelva á rugir ! ¡ que vuelva á rugir ! »

QUINCIO.—Pero lo haríais de un modo tan terrible que se asustarían la duquesa y las señoras, y se pondrían á dar alaridos ; y con eso ya habría lo suficiente para que nos colgaran á todos.

TODOS.—¿ Á todos ?

BOTTOM.—Os garantizo, amigos, que si diérais algún gran susto á las señoras, no les volvería el alma al cuerpo mientras no estuviésemos colgados en la horca ; pero yo ahuecaré de tal manera la voz, que me oiréis rugir tan dulcemente como una palomita recién nacida : rugiré lo mismo que si fuese un ruiseñor.

QUINCIO.—No podéis desempeñar otro papel que el de Píramo ; porque Píramo es un hombre simpático, hombre correcto como para visto en día de verano, hombre de todo punto amable y caballeroso.

BOTTOM.—Bueno ; haré la prueba. ¿ Qué barba os parece mejor que me ponga para la función ?

QUINCIO.—Por supuesto, la que se os antoje.

BOTTOM.—Llenaré mi cometido con vuestra barba color de paja, vuestra barba color de naranja, vuestra barba color morado oscuro, ó vuestra barba color de cabeza francesa (1), vuestro amarillo perfecto.

(1) Con esta frase se designaba vulgarmente en tiempos de

QUINCIO.—Algunas de vuestras cabezas francesas no tienen cabello alguno, y así seríais un actor calvo. Pero, maestros, he aquí vuestros papeles; y estoy en el deber de insinuaros, requeriros y expresar mi deseo, de ensayarlos mañana por la noche. Nos reuniremos en el bosque de palacio, una milla distante de la ciudad, y á la luz de la luna. Allí podremos hacer el ensayo; porque en la ciudad se haría conocido nuestro plan, y nos asediarían las gentes. Al mismo tiempo haré una lista de los objetos necesarios que la representación requiere: ¡ ojo ! y no faltéis.

BOTTOM.—Nos reuniremos, y allí podremos ensayar con mayor libertad y osadía. Daos algún trabajo; sed perfectos. Adios.

QUINCIO.—Nos encontraremos en el roble del duque.

BOTTOM.—Está dicho: cumpliremos, ocurra lo que quiera. (Salen.)

Shakspeare, cierta enfermedad llamada por los médicos *corona veneris*.



ACTO II.

ESCENA I.

Bosque cerca de Atenas.

Entran una hada por una puerta y PUCK por otra.



PUCK.

¿ACIA adonde vagáis ahora, señor espíritu?

HADA.—Sobre la colina, sobre el llano, entre la maleza, entre los matorrales, sobre el parque, sobre el cercado, al través del agua, al través del fuego, por todas partes voy vagando más rápida que la esfera de las lunas; y sirvo á la reina de las hadas, para llenar de rocío sus verdes dominios. Las altas velloritas son sus discípulas. ¿Veis manchas en sus mantos de oro? esos son rubies, regalos de hadas; en esas manchas viven

sus perfumes; y tengo que ir á buscar allí algunas gotas de rocío, y colgar una perla en la oreja de cada primula. Adios ¡oh tú, el más pesado de los espíritus! Me voy. Ya nuestra reina y todo su séquito no tardarán en llegar.

PUCK.—El rey viene á celebrar aquí sus fiestas. Cuida tú de que la reina no se presente á su vista; pues Oberón está loco de furor porque ella, para que le sirva de paje, le ha robado un hermosísimo muchacho de un rey indio. Jamás había ella tenido un pupilo tan encantador; y Oberón celoso, habría querido que el muchacho fuese un caballero de su séquito para recorrer los bosques enmarañados. Pero ella retiene por fuerza al chico, lo corona de flores, y se deleita en él. Y por eso ahora nunca se encuentran Oberón y ella, en gruta, ó pradera, ó clara fuente, alumbrada por las estrellas, sin que se querellen de modo que asustados todos los duendes se ocultan en los cálices de las bellotas de la encina.

HADA.—Ó yo equivoco enteramente vuestra forma, ó sois el astuto y maligno espíritu llamado Robin Buen-chico. ¿No sois aquel que asusta á las muchachas de aldea, espuma la leche, y á veces trabaja en el molino de mano echando á perder todo el contenido de la mantequera de la pobre mujer hacendosa, y en otras ocasiones hace que no espumee la cerveza? ¿No extraviáis á los que viajan de noche y os reis del daño que sufren? Hacéis el trabajo de los que os llaman buen duende y lindo Puck, y les dais buena ventura. ¿No sois ese espíritu?

PUCK.—Has hablado con acierto. Yo soy aquel alegre peregrino de la noche; yo hago chanzas que hacen sonreír á Oberón; como cuando atraigo algún caballo gordo y bien nutrido de grano, imitando el relincho de una potranca; y algunas veces me escondo en el tazón de alguna comadre, pareciendo en todo como un

cangrejo asado; y cuando va á beber, choco contra su labio y hago caer la cerveza sobre su blanco delantal. Suele acontecer que la tía más prudente refiriendo un tristísimo cuento, me equivoca con su sitial de tres piés; me escurro al punto, y cae á plomo gritando y se apodera de ella un acceso de tos. Entonces toda la concurrencia apretándose los costados se ríe y estornuda, y jura que nunca se ha pasado allí hora más alegre. Pero, haz campo, que aquí viene Oberón.

HADA.—Y aquí mi señora. Desearía que se hubiese ido.

ESCENA II.

Entran OBERÓN por una puerta, con su séquito; y TITANIA por otra con el suyo.

OBERÓN.—En mala hora os encuentro á la luz de la luna, orgullosa Titania.

TITANIA.—¿Y bien, celoso Oberón? Duende, aléjate de aquí. He renegado de su lecho y su sociedad.

OBERÓN.—Poco á poco, jactanciosa. ¿No soy tu señor?

TITANIA.—Pues entonces debería ser yo tu señora. Pero yo sé cuándo te has deslizado fuera de la tierra de las hadas, y has pasado todo el día sentado en forma de Corino el pastor, tocando flautas de tallo de maíz, y cantando versos de amores á la enamorada Fílida. ¿Porqué te encuentras aquí, habiendo venido desde la más remota llanura desierta de la India? Solamente, á fe mía, porque la altiva amazona, vuestra turbulenta señora y amante guerrera, debe desposarse con Teseo, y venís á dar alegría y prosperidad á su lecho.

OBERÓN.—¿Cómo puedes tener la insolencia de aludir así á mi valimiento con Hipólita, cuando sabes que conozco tu amor por Teseo? ¿No eres tú quien lo

guió en la estrellada noche, lejos de Perigenio, á quien habia reducido? ¿Y no le hiciste quebrantar su promesa á la hermosa Eglé, y á Ariadna y á Antiope?

TITANIA.—Todo esto es puro invento de los celos. Nunca, desde las noches de la canícula, nos hemos encontrado en colina ó llanura, en bosque ó pradera, junto al surtidor esculpido ó el arroyo fugaz, ó en la arenosa playa del mar, para bailar nuestras danzas en el viento silbador, sin que hayas venido á perturbar nuestra fiesta con tus disputas. Y por eso los vientos llamándonos en vano con su música, han absorbido, como por venganza, las nieblas contagiosas del mar; y cayendo éstas sobre la tierra, han engrandecido de tal modo los más modestos ríos, que rebosaron por encima de sus márgenes. Así es que en vano jadeaba el buey bajo su yugo, y que el labrador ha prodigado su sudor. El verde maíz se ha podrido antes de que el penacho coronase su espiga: el redil permanece vacío en el campo inundado, y los cuervos se ceban en los rebaños muertos. Desierto y lleno de lodo está el sitio de las danzas con tamboriles y castañuelas; y por falta de tráfico es imposible discernir las caprichosas masas de verdura del laberinto rústico. Aquí falta á los mortales su invierno, y no hay noche alguna alegrada por un himno ó una canción. La luna, que preside á las inundaciones, pálida de cólera por todo esto, inunda los aires y hace que abunden las enfermedades reumáticas; y á favor de esta perturbación vemos alteradas las estaciones. El granizo de cabeza cana cae en el fresco regazo de la encarnada rosa, y una guirnalda de perfumados botones se pone como por burla sobre la barba del viejo invierno y encima de su corona de hielo. La primavera, el verano, el fértil otoño, el saúdo invierno, cambian sus acostumbradas libreas, y el mundo atónito con su aumento, no sabe ahora distinguir la una de la otra. Y toda esta serie de males es

engendrada por nuestra disensión. Nosotros somos sus progenitores y su manantial.

OBERÓN.—Pues entonces, remédialos; que de ti sola depende. ¿Porqué se empeñaría Titania en contradecir á su Oberón? Todo lo que pido no es más que un tierno rapazuelo para que me sirva de paje.

TITANIA.—Deja tu corazón en paz: que todo el reino de las hadas no bastaría á comprarme ese niño. Su madre era una sectaria de mi orden: y por la noche, en el aire embalsamado de la India, habló conmigo muchas veces, y se sentó á mi lado en las amarillas arenas de Neptuno, señalando las veleras naves sobre las ondas. Nos reíamos al ver las velas hincharse como si hubieran concebido bajo el caprichoso viento; y ella con agraciada ondulación las imitaba (al peso de su seno que ya atesoraba á mi joven caballero) y emprendía viajes para traerme bagatelas, y volvía aun, como de larga navegación, rica de mercancías. Pero, á fuer de mortal, sucumbió al dar á luz al niño; y yo, en amorosa memoria de ella, lo crió y en memoria de ella no me separaré de él.

OBERÓN.—¿Cuánto tiempo pensáis permanecer en este bosque?

TITANIA.—Quizás hasta después del día de las bodas de Teseo. Si queréis pacientemente tomar parte en nuestra danza y ver nuestros juegos en la claridad de la luna, venid con nosotros. Si no, alejaos de mí, y yo evitaré los lugares que frecuentáis.

OBERÓN.—Dame á ese chiquillo y yo iré contigo.

TITANIA.—No, ni por todo tu reino. Vámonos, hadas: pues si me quedo más tiempo, vamos á reñir de todas veras.
(*Salen Titania y séquito.*)

OBERÓN.—Bien, sigue tu camino; que no saldrás de esta enramada sin que yo te haya atormentado por esta ofensa. Ven aquí, mi gentil Puck. ¿Te acuerdas de cuando me senté en un promontorio y ví á una sirena

sobre el dorso de un delfin entonando un aria tan dulce y melodiosa que hasta el rudo océano se apaciguó al oír su canto, y ciertas estrellas se lanzaron desatentadas de sus esferas por gozar la música de la marina doncella?

PUCK. — Me acuerdo.

OBERÓN. — En ese mismo tiempo vi (aunque no lo podías tú) volar entre la fría luna y la tierra, á Cupido llevando sus armas. Apuntó á cierta hermosa vestal entronizada hacia el oeste, y lanzó su saeta de amor con suma destreza, como para atravesar cien mil corazones; mas se extinguió el inflamado dardo de Cupido en los húmedos rayos de la casta luna, y la imperial virgen pasó sin cuidado en solitaria y tranquila meditación (1). Observé, sin embargo, el sitio donde el proyectil de Cupido cayó hiriendo una pequeña flor de occidente, blanca como la leche, y que á causa de la herida de amor se ha vuelto purpúrea, y á la cual las doncellas llaman «amor desconsolado.» Tráeme esa flor: ya en otra ocasión te mostré la planta. Su jugo, vertido sobre los dormidos párpados, hace que el hombre ó la mujer se enamore perdidamente de la primera criatura viva que vea. Tráeme esa yerba, y cuida de volver aquí antes que leviatán pueda haber nadado una legua.

PUCK. — Daré una vuelta completa al rededor de la tierra en cuarenta minutos. *(Sale Puck.)*

OBERÓN.—Una vez en posesión de este jugo, acecharé el momento en que Titania esté dormida, y verteré el líquido sobre sus ojos. La primera cosa que mire al despertar, ya sea un león, un oso, un lobo, un buey, un mico travieso, ó un afanoso orangután, le inspirará un amor irresistible; y antes de que yo libre sus ojos de este encanto (como puedo hacerlo por medio

(1) Alusión á la reina Isabel de Inglaterra.

de otra yerba), la obligaré á que me entregue su paje. Pero ¿quién viene? Soy invisible y puedo escuchar su conversación. (*Entran Demetrio y Elena detrás de él.*)

DEMETRIO. — No te amo. Es inútil que me persigas. ¿Dónde están Lisandro y la hermosa Hermia? Mataré al uno: la otra me mata á mí. Me dijiste que se habían refugiado ocultamente en este bosque, y heme aquí, como un loco, porque no puedo encontrarme con Hermia. Ea, vete de aquí y no me sigas más.

ELENA. — Vos me atraéis, imán de corazón empedernido; pero no es hierro lo que atraéis, pues mi corazón es más fino que el acero. Despojaos de ese poder, y yo no tendré el de seguiros.

DEMETRIO. — ¿Acaso os solicito? ¿Os hablo con dulzura? ¿Ó antes bien, no os digo en los términos más claros que no os amo ni puedo amaros?

ELENA. — Y aun por eso mismo os amo más. Soy vuestro sabueso; y cuanto más me golpeáis, Demetrio, mas os acariciaré. Tratadme como á vuestro sabueso; echadme, dadme golpes, descuidadme, abandonadme: pero permitid tan sólo que, á pesar de no ser digna de vos, pueda seguiros. ¿Qué puesto más humilde puedo implorar en vuestro afecto (y sin embargo lo estimo muy alto) que el de ser tratada como tratáis á vuestro perro?

DEMETRIO. — No tienes demasiado la aversión de mi alma; porque sólo el verte me llena de disgusto.

ELENA. — Y á mí me llena de disgusto el no mirarte.

DEMETRIO. — Demasiado acusáis vuestra modestia abandonando la ciudad, entregándoos en manos de quien no os ama, sin desconfiar de la oportunidad de la noche ni del mal consejo de un lugar desierto, mientras lleváis el tesoro de la virginidad.

ELENA. — Me sirve de escudo vuestra virtud. Para mí no es noche cuando veo vuestro rostro, y así no me parece que estamos en la noche. Ni falta á este bosque

un mundo de sociedad, pues para mí vos solo sois todo el mundo. ¿Cómo decir, pues, que estoy sola, si todo el mundo está aquí para verme?

DEMETRIO. — Huiré de ti y me ocultaré en las breñas y te dejaré á merced de las fieras.

ELENA. — La más feroz no tiene un corazón como el vuestro. Huíd adonde queráis: se habrán trocado los papeles de la historia: Apolo huye y Dafne le da caza: la tórtola persigue al milano: la mansa cierva se apresura á atrapar al tigre. ¡Inútil prisa cuando es la cobardía quien persigue y el valor el que huye!

DEMETRIO. — No quiero discusiones contigo. Déjame ir: ó si me sigues, ten por seguro que te haré algún mal en el bosque.

ELENA. — Sí, en el templo, en la ciudad, en el campo, me hacéis mal. ¡Qué vergüenza, Demetrio! Vuestras ofensas tienen escandalizado á mi sexo. Nosotras no podemos combatir, como podrían los hombres, por amor. No fuimos hechas para conquistar sino para ser conquistadas. Te seguiré, y haciendo de un infierno un cielo, moriré por la mano que amo tanto.

(Salen Demetrio y Elena.)

OBERÓN. — Vé con Dios, ninfa. Antes de que abandone esta espesura, tú huirás de él y él buscará tu amor. *(Vuelve á entrar Puck.)* ¿Traes ahí la flor? Bienvenido, peregrino.

PUCK. — Sí: hela aquí.

OBERÓN. — Te ruego que me la des. Conozco un barranco donde crece el tomillo silvestre y se balancea la violeta junto á las primuláceas, sombreado por maderselvas, fragantes rosas y lindos escaramujos. Allí duerme Titania una parte de la noche, arrullada en esas flores con danzas y regocijos; y allí se despoja la serpiente de su esmaltada piel, bastante ancha para servir de vestidura á una hada. Inundaré sus ojos con el jugo de esta flor, y quedará llena de odiosas fan-

tasías. Toma tú un poco de este jugo y busca en el bosque. Hay una dulce niña ateniense que ama á un desdeñoso joven. Vierte el bálsamo en los ojos de éste; pero hazlo cuando sea la señora el primer objeto que haya de ver al despertar. Conocerás al hombre por el traje ateniense de que está vestido. Haz todo esto con la debida precaución, á fin de que resulte quedar él más apasionado de ella, que ésta de aquél. Y cuida de encontrarme antes del primer canto del gallo.

PUCK.—Estad tranquilo, señor. Vuestro súbdito hará lo que decís. *(Salen).*

ESCENA III.

Otra parte del bosque.

Entra TITANIA con su séquito.

TITANIA.—¡Ea! bailemos y cantemos, y en seguida, por un tercio de minuto, alejaos: unas á matar al gusano en los olorosos capullos de las rosas, otras á hacer guerra á los murciélagos por sus alas barnizadas, para hacer las ropas de mis pequeños duendes; y algunas á mantener alejado el buho chillón que se azora á la vista de nuestros espíritus y turba la noche con sus gritos. Cantad al són para dormirme; luégo cada cual á su faena, y dejadme reposar.

CANTO.

- I.ª HADA. Bilingües sierpes manchadas
y erizos, no os dejéis ver.
Orvetos y lagartijas
á la reina no toquéis.
- CORO. Los trinos del rruiseñor

arrullen su sueño en paz,
y no la turben encantos,
magias, hechizos, ni mal.

II.

2.^a HADA. Las arañas tejedoras
ténganse lejos de aquí,
y el oscuro escarabajo
y el empolvado reptil.

CORO. Los trinos del ruiseñor, etc.

1.^a HADA. Partamos. Que á nuestro dueño
una sola vele el sueño.

(*Salen las hadas. Titania duerme.—Entra Oberón.*)

OBERÓN.—Lo que veas al despertar (*Exprime la flor en los párpados de Titania.*) esto sea tu verdadero amor. Ama y languidece por ello; ya sea onza, gato, oso, leopardo, ó cerdoso berraco, ha de aparecer á tus ojos cuando despiertes, como digno de ser amado. Y despierta cuando esté cerca algún objeto vil.

(*Sale.—Entran Lisandro y Hermia.*)

LISANDRO.—Amor mío, estáis á punto de desmayaros á fuerza de peregrinar en el bosque; y á decir verdad, he perdido el camino. Descansemos, Hermia, si os parece bien, y aguardemos la luz del día.

HERMIA.—Sea, Lisandro. Buscad un lecho para vos, que yo reclinaré mi cabeza sobre este banco.

LISANDRO.—El mismo hacecillo de yerbas servirá de almohada á los dos. Un corazón, un lecho, dos pechos y una fe.

HERMIA.—No, buen Lisandro, amado mío. Por amor á mí, yaced á más distancia, no tan cerca.

LISANDRO.—¡Oh! Comprended, vida mía, el sentido



OBERÓN.—*Lo que veas al despertar, esto sea tu verdadero amor.*

77 6101
64000000

inocente de mis palabras. En los coloquios de amor, el amor percibe el intento. Quiero decir que mi corazón está ligado al vuestro, de modo que ambos solo pueden ser uno: dos pechos unidos por un mismo juramento, no son sino dos pechos y una sola fe. No me niegues, pues, un lecho á tu lado; porque descansando junto á ti, no sueño en traiciones (1).

HERMIA.—Lisandro habla con ingeniosa agudeza; habría ofendido mi educación y mi orgullo, si hubiese pensado mal de Lisandro. Pero, por amor y por cortesía yaced un tanto más lejos, gentil amigo mío. En la modestia humana semejante separación es lo que corresponde á un honrado soltero y á una doncella. Así, alejaos, y buenas noches, dulce amigo. Nunca se mude tu amor hasta el fin de tu vida.

LISANDRO.—Y yo digo, amén, amén, á esa dulce plegaria. Que mi vida acabe donde concluya mi lealtad. He aquí mi lecho. Que te brinde el sueño toda su paz.

HERMIA.—Con la mitad de ese deseo, cerraría contenta los párpados. *(Duermen.—Entra Puck).*

PUCK.—He recorrido el bosque; pero no he hallado ateniense alguno en cuyos ojos pueda probar el poder del jugo de esta flor para suscitar una pasión. ¡Noche y silencio! ¿Quién hay allí? Lleva vestidos de Atenas. Éste, á lo que dijo mi señor, es aquel que menosprecia á la virgen ateniense. Y he aquí á la pobre doncella dormida profundamente sobre la tierra húmeda y sucia. ¡Pobre paloma! ¡No se atreve á acostarse junto á ese desalmado y descortés villano! Sobre tus ojos vierto todo el poder de este encanto; que cuando despiertes, el amor no te deje cerrar los ojos; y despierta tan luégo como me haya ido, pues tengo de volver donde Oberón.

(Sale.—Entran Demetrio y Elena, corriendo.)

(1) Hay aquí un juego de palabras intraducible.

ELENA.—Detente, aunque me mat^eas, dulce Demetrio.

DEMETRIO.—Te exijo que te alejes y no me persigas así.

ELENA.—¡Oh amado mío! ¿me abandonarías? No, no lo hagas.

DEMETRIO.—Detente, ó te mato; quiero ir solo.

(Sale Demetrio.)

ELENA.— Ah! Estoy sin aliento por esta caza de afecto! Cuánto más ardiente mi súplica, menos merced alcanza. Dichosa Hermia, donde quiera que se halle, porque tiene ojos bendecidos y seductores. ¿Qué es lo que les da tanto brillo? No las acerbas lágrimas; que á ser así, mis ojos, que han llorado más, estarían más brillantes que los suyos. No, no. Soy fea como un oso; porque las bestias que me encuentran huyen amedrentadas. No es maravilla que Demetrio, como de un monstruo, huya de mi presencia. ¿Qué engañoso y maligno espejo pudo hacerme comparar con los ojos de Hermia? Pero ¿quién hay aquí? Lisandro! En el suelo! ¿Está muerto ó dormido? Pero no veo sangre, ni herida. Lisandro, buen caballero, si estáis vivo, despertad!

LISANDRO *(Despertando)*.—Y por tu dulce amor me arrojaré al fuego! Transparente Elena! La naturaleza en ti despliega su arte; pues al través de tu pecho me deja ver tu corazón. ¿En dónde está Demetrio? ¡Oh! Y cuán bien le estaría morir al filo de mi espada!

ELENA.— No digáis eso, Lisandro, no lo digáis. ¿Qué importa que él ame á Hermia? ¿Qué? Á despecho de él Hermia os ama. Debéis estar contento.

LISANDRO.— ¡Contento con Hermia? No! Me arrepiento de los fastidiosos instantes que he pasado con ella. No á Hermia, á Elena es á quien amo. ¿Quién no cambiaría un cuervo por una paloma? La voluntad del hombre es guiada por su razón, y la razón me dice

que sois más digna doncella que Hermia. Nada puede madurar antes de su estación, y yo, siendo tan joven, no he podido madurar á la razón sino desde este momento; someto ahora mi voluntad á mi razón, y esta me guía hacia vos. Leo en vuestros ojos amorosas historias como escritas en el más rico libro del amor.

ELENA.— Ah! ¿Y he nacido para sufrir tan cruel mofa? ¿Cuándo he podido merecer que me despreciéis de este modo? ¿No basta, oh joven, no basta que yo jamás haya alcanzado, no, ni siquiera pueda alcanzar una mirada afectuosa de Demetrio, sino que además habéis de escarnecer mi insuficiencia? En verdad me hacéis agravio; á fe que me lo hacéis en cortejarme de tan desdeñosa manera. Pero adiós. Debo confesar que os creía dotado de más verdadera gentileza. Dios mío! Que una mujer, por ser rechazada por un hombre, tenga que ser insultada por otro! (Sale.)

LISANDRO.— No ve á Hermia. Oh, tú, Hermia, duerme allí y jamás vuelvas á acercarte á Lisandro! Pues así como el exceso de golosinas trae al estómago la mayor náusea y fatiga; ó como las herejías que los hombres abandonan, por nadie son tan odiadas como por los que sufrieron su engaño; así tú, exceso y herejía mía, sé odiada más que todo; y aun más por mí que por otro alguno! Y que todas mis facultades consagren su poder y su amor á honrar á Elena, y á ser su caballero! (Sale.)

HERMIA.—(Levantándose.) ¡ Socorro, Lisandro, socorro! Haz cuanto puedas para arrancar esta serpiente que se arrastra sobre mi pecho! ¡ Oh, por piedad! ¡ Qué pesadilla he tenido! Mira, Lisandro, como todavía tiemblo de pavor! Soñé que una serpiente me devoraba el corazón, y que tú, sentado, te reías de su cruel voracidad. Lisandro, ¡ qué! ¡ no está aquí! Lisandro ¡ oh Dios! ¿ ido? ¿ Ni al alcance de la voz? ¿ ido? ¿ sin una palabra, sin un signo? ¡ Habla, amor

de los amores! Habla, si me escuchas. ¿No? Pues ya veo bien que estás lejos, fuerza será correr á ti ó á la muerte.

(Sale).



ACTO III.

ESCENA PRIMERA.

Un Bosque.

Entran QUINCIO, BOTTOM, FLAUTO,
SNOWT y STARVELING.



BOTTOM.

SEÑORES ¿ estamos reunidos todos?

QUINCIO.—Sí, sí; y he aquí un sitio maravillosamente apropiado á nuestro ensayo. Este pedazo cubierto de verdura será nuestro proscenio: este matorral de espinos blancos, nuestro sitio tras de bastidores; y accionaremos ni más ni menos que en presencia del duque.

BOTTOM.—Pedro Quincio.

QUINCIO.—¿ Qué dices, bravo Bottom?

BOTTOM.—Hay en esta comedia de «Píramo y Tisbe» cosas que nunca podrán agradar. En primer lugar, Píramo tiene que sacar su espada y matarse; cosa que las señoras no podrán soportar. ¿ Qué respondéis á esto?

SNOWT.—Que realmente se morirán de miedo.

STARVELING.—Me parece que debemos omitir eso del matarse, cuando todo esté concluido.

BOTTOM.—Nada de eso. Yo he discurrido un medio de arreglarlo todo. Escribidme un prólogo que parezca decir que no podemos hacer daño con nuestras espadas, y que Píramo no está muerto realmente; y para mayor seguridad, que diga que yo, Píramo, no soy Píramo, sino Bottom el tejedor. Con esto ya no tendrán miedo.

QUINCIO.—Bien: tendremos ese prólogo, y se escribirá en versos de ocho y seis sílabas.

BOTTOM.—No. Añadidle dos más y que se escriba en versos de ocho y ocho.

SNOWT.—¿Y las señoras no tendrán miedo del león?

STARVELING.—Mucho lo temo, á fe mía.

BOTTOM.—Maestros, debéis reflexionar en vuestra conciencia que traer—; Dios nos asista!—un león entre las señoras, es la cosa más terrible; porque no hay entre las aves de rapiña ninguna más temible que un león vivo; y es necesario en esto andarse con mucho cuidado.

SNOWT.—Por lo mismo, se necesita otro prólogo que diga que él no es un león.

BOTTOM.—No basta. Es necesario que digáis su nombre, y que se le vea la mitad de la cara por entre la máscara de león. Y él mismo debe hablar dentro de ella diciendo esto, ó cosa parecida: «Señoras, ó hermosas señoras, quisiera ó desearía ó suplicaría que nouviéseis susto ni temblaseis; respondo de vuestra vida con la mía. Si os figuráis que vengo aquí como un león verdadero, mi vida no valdría un ardite. No, no soy tal cosa, sino hombre como otros.» Y en tal coyuntura, que diga su nombre y les haga saber que es Snug el ensamblador.

QUINCIO.—Bien; se hará así. Pero hay dos cosas muy difíciles, á saber: traer la luz de la luna á una habita-

ción; porque debéis saber que Píramo y Tisbe se encuentran á la luz de la luna.

SNUG.—Y en la noche de nuestra representación ¿hay luz de luna?

BOTTOM.—Un calendario! un calendario! Buscad en el almanaque á ver si hay luna.

QUINCIO.—Sí; hay luna esa noche.

BOTTOM.—Pues podéis dejar abierta la ventana de la gran cámara en donde representaremos, y la luna alumbrará por allí.

QUINCIO.—Eso es. Ó bien podrá venir alguno con un haz de espinos y una linterna, y decir que ha venido á desfigurar ó sea presentar la persona del claro de luna. Y luego hay otra cosa: hemos de tener un muro en la cámara; porque Píramo y Tisbe, según dice la historia, hablaban por una grieta de la pared.

SNUG.—Será imposible llevar un muro. ¿Qué os parece, Bottom?

BOTTOM.—Alguien tendrá que representar el muro. Que tenga consigo un poco de yeso ó de argamasa ó de pedazos de piedra y ladrillo para que signifiquen pared; ó que ponga los dedos así, y por entre las aberturas podrán hablar Píramo y Tisbe con toda reserva.

QUINCIO.—Si puede hacerse así, todo está bien. ¡Ea! Que cada cual se siente, y ensaye su papel. Principiad, Píramo. Cuando hayáis dicho vuestro discurso, entrad en aquel matorral; y así cada uno, según su papel.

(*Entra Puck por el foro.*)

PUCK.—¿Qué groseros patanes andan por aquí metiendo ruido tan cerca del lecho de nuestra hermosa reina? ¡Qué! ¿Tratan de una representación? Pues seré del auditorio, y aun haré de actor si veo ocasión para ello.

QUINCIO.—Hablad, Píramo. Tisbe, avanzad.

PÍRAMO.—«*Tisbe, las dulces flores de suave sabor...*»

QUINCIO.—*Olor, olor.*

PÍRAMO.—«*de suave olor.*» Así es tu aliento, cara, »carísima Tisbe. Pero oye! una voz! Quédate aquí no »mas que un rato, y dentro de poco volveré. (*Sale.*)

PUCK (*aparte*).—Qué Píramo tan raro! (*Sale.*)

TISBE.—¿Debo hablar ahora?

QUINCIO.—Sí, por cierto; pues debéis entender que no sale mas que á enterarse de un ruido que oyó, y tiene que volver.

TISBE.—«Brillantísimo Píramo, de tinte blanco como »el lirio, y del color de la rosa carmesí en el rosal »triumfal; tan retozonamente juvenil, y sin embargo »tan adorable; tan digno de confianza como el más »infatigable caballo. Iré á encontrarme contigo, Píramo, en la tumba de Nini.»

QUINCIO.—«Tumba de Nino», hombre! Pero eso no debéis decirlo todavía. Eso es lo que respondéis á Píramo. ¡Vos lo decis todo de una vez! Píramo, entra; entonces volvéis á hablar. La última frase anterior es: *infatigable caballo.*

(*Vuelven á entrar Puck, y Bottom con una cabeza de asno.*)

TISBE.—..... tan digno de confianza como el más »infatigable caballo.»

PÍRAMO.—«Si yo fuera hermoso, Tisbe, sólo sería »tuyo.»

QUINCIO.—¡Oh! Qué cosa tan monstruosa! tan extraña! Estamos hechizados. ¡Por Dios, maestros, huid! Maestros, socorro! (*Salen los payasos.*)

PUCK.—Yo os seguiré, yo os haré dar vueltas por todos lados al través de matorrales y malezas, de helechos y de espinos; á veces seré un caballo, otras un sabueso, un cerdo, un oso sin cabeza, y algunas veces un fuego fatuo. Y me sentiréis alternativamente relinchar y ladrar, y gruñir y quemar como caballo, perro, cerdo, oso y llama. (*Sale.*)

BOTTOM.—¿Por qué huyen? Esto no es más que una bellaquería de ellos por asustarme.

(*Vuelve á entrar Snowt.*)

SNOWT.—¡Oh Bottom! ¿Qué mudanza! ¿Qué veo en ti?

BOTTOM.—¿Qué ves? Una cabeza de asno..... la tuya ¿no es esto?

(*Vuelve á entrar Quincio.*)

QUINCIO.—¡Dios te ampare, Bottom! Dios te ampare! Estás transformado.

(*Sale.*)

BOTTOM.—Ya entiendo su artimaña. Querrían convertirme en un borrico, y asustarme si pudieran. Pero, hagan lo que hicieren, no he de moverme de aquí. Me pasearé de arriba abajo y cantaré para que me oigan y sepan que no tengo miedo.

(*Canta.*)

TITANIA (*despertando*).—¿Qué ángel me despierta en mi lecho de flores? Ruégote, gentil mortal, que cantes de nuevo. Tu melodía ha cautivado mi oído, así como tu forma ha encantado mi vista. Y la fuerza de tu fascinación me mueve á la primera mirada, á decirte, á jurarte, que te amo.

BOTTOM.—Paréceme, señora, que tenéis para ello muy poca razón; aunque, á decir verdad, la razón y el amor se avienen bastante mal en estos tiempos, y es lástima que algunos buenos vecinos no los reconcilien.

TITANIA.—Eres tan sensato como hermoso.

BOTTOM.—Ni lo uno, ni lo otro, señora; pero si tuviera suficiente seso para salir de este bosque, no me faltaría el suficiente para aprovecharme de ello.

TITANIA.—No desees ausentarte de este bosque, pues en él permanecerás, quieras ó no. Soy un espíritu superior á lo vulgar. Todavía la primavera engalana mis posesiones; y yo te amo. Ven, pues, conmigo. Te daré hadas que te sirvan, y te traerán joyas del fondo del mar, y arrullarán con tus cantos tu sueño cuando te acuestes en un lecho de flores. Y purificaré tu ma-

teria de modo que parezcas un espíritu también. Flor-de-guisante! Telaraña! Polilla! Grano-de-mostaza!

1.^a HADA.—Presente.

2.^a » —Y yo.

3.^a » —Y yo.

3.^a » —Y yo.

TITANIA.—Sed bondadosas y atentas con este caballero: juguetead en sus paseos y triscad á su vista. Alimentadlo con albaricoques y frambruesas, con uvas moradas, verdes higos y moras. Sustraed de las humildes abejas las bolsas de miel; y para servirle de bujías cortad las piernas cerosas y encendedlas en el fuego de los ojos del gusano de luz, cuando el amor mío se acueste y se levante. Y tomad las alas de las pintadas mariposas para defender de los rayos de la luna sus párpados soñolientos. Duendes! Saludadle y presentadle vuestros respetos.

1.^a HADA.—Salud ¡oh mortal!

2.^a » —Salud!

3.^a » —Salud!

4.^a » —Salud!

BOTTOM.—De corazón imploro vuestro favor. Dignaos decirme vuestro nombre.

TELARAÑA.—Telaraña.

BOTTOM.—Me placera conoceros más intimamente, señor Telaraña. Ya me aprovecharé de vos si llego á cortarme el dedo. ¿Y cuál es vuestro nombre, honrado hidalgo?

FLOR-DE-GUISANTE.—Flor-de-guisante.

BOTTOM.—Os ruego saludéis á la señora calabaza, vuestra madre, y al señor estuche-de-guisantes, vuestro padre. También desearia conoceros mejor. ¿Querriais decirme por bondad vuestro nombre?

GRANO-DE-MOSTAZA.—Grano de mostaza.

BOTTOM.—Mi buen señor: bien conozco vuestra paciencia. Muchos caballeros de vuestra casa han sido

devorados por el cobarde y gigantesco asado de buey; y os aseguro que ya antes de ahora vuestra parentela me llenó de lágrimas los ojos. Deseo más estrecha relación con vos, señor Grano-de-mostaza.

TITANIA.—Venid y servidle. Llevadle á mi retrete.^{recondito} Paréceme que la luna en su manera de brillar anuncia sus lágrimas; y cuando éstas caen, cada florecilla gime llorando alguna forzada castidad. Poned silencio á la boca de mi amor, y traedlo sin ruido. (Salen.)

ESCENA II.

Otra parte del bosque.

Entra OBERÓN.

OBERÓN.—Quisiera saber si ha despertado Titania; y en seguida, sobre qué objeto recayó su primera mirada, como que ha de estar loca por él. (Entra Puck.) Aquí llega mi mensajero, ¡Y bien, travieso espíritu? ¿Qué nocturna nueva prevalece ahora en este misterioso bosquecillo?

PUCK.—Mi ama está enamorada de un monstruo. Cerca de su recondito y consagrado retrete, mientras ella pasaba la lánguida hora del sueño, una partida de ganapanes, rudos artesanos que trabajan en las tienduchas de Atenas, se hallaba reunida para ensayar una representación destinada al día de las bodas del gran Teseo. El más insustancial de esos imbéciles, que hacía el papel de Píramo, abandonó la escena y se metió en un matorral; y yo, aprovechando esta ocasión, coloqué sobre sus hombros una cabeza de asno. Á la sazón, su Tisbe tenía que recibir su respuesta; y aquí de mi sainete. Apenas le vieron sus compañeros, cuando se dieron á huir en todas direc-

ciones, como una bandada de gansos silvestres que divisa al cazador agazapado; ó como chovas de patas rojizas que se levantan y caen al estampido del fusil, y vuelan desatentadas por el cielo. Á nuestro impulso, cae el uno y el otro aquí y allí, y grita que lo asesinan, y clama por auxilio de Atenas. Así debilitados y extraviados sus sentidos por el temor, convertidos casi en cosas inertes, principiaron á sufrir el mal consiguiente. Desgarraban las espinas y zarzas sus vestidos: quien se hizo girones una manga, quien pierde el sombrero: en todas partes dejaban algo. Yo los guié en este desatentado terror, y dejé allí al amoroso Piramo transfigurado; y en ese instante vino á acontecer que despertara Titania y quedara en el acto locamente enamorada de un borrico.

OBERÓN.—Mejor ha salido esto que cuanto yo podía imaginar. Pero ¿has vertido ya el jugo de la flor en los ojos del ateniense, como te lo encargué?

PUCK.—Lo atrapé dormido. Eso también está despachado. Como la mujer ateniense estaba á su lado, claro está que cuando él despierte tendrá que verla.

(Entran Demetrio y Hermia.)

OBERÓN.—Mantente cerca. Este es el ateniense.

PUCK.—La mujer es la misma; pero no el hombre.

DEMETRIO.—¡Oh! ¿por qué rechazáis á quien os ama tanto?

HERMIA.—Ahora no hago más que reprender; pero podría tratarte con más severidad, pues recelo que me has dado motivo para maldecirte. Si has asesinado á Lisandro durante su sueño, llega de una vez hasta el fondo del crimen, y mátame también. No es más fiel el sol al día que Lisandro á mí. ¿Habría huido él á ocultar de su Hermia dormida? Antes creería que se puede abrir en la tierra un conducto para que la luna pase al través y vaya á perturbar la marea en los antípodas. No puede ser sino que tú le has muerto; y en

verdad que un asesino debería tener tu mismo aspecto homicida y sombrío.

DEMETRIO.—Mejor diríais que tengo el del moribundo traspasado de dolor ; pero vos, que sois mi asesino, aparecéis tan clara y brillante como ese astro Venus en su fúlgida esfera.



HERMIA.—¿Qué importa eso á mi Lisandro? ¿Dónde está?... ¡Ah, buen Demetrio! ¿Quieres devolvérmelo?

DEMETRIO.—Preferiría arrojar su osamenta á mis perros.

HERMIA.—¡Fuera de aquí, tigre! ¡Fuera, chacal! Me atormentas más allá del límite de toda paciencia. ¿Es decir que tú lo has asesinado? Que jamás se te vuelva á contar entre los hombres! ¡Oh! Dí la verdad, dila siquiera una vez, por piedad. ¿Te atreves á haberlo mirado despierto, y lo matas cuando yace dormido? ¡Oh heroísmo! Un gusano, un áspid, ¿no

podrían hacer lo propio? Porque nunca áspid alguno pudo herir con lengua más pérfida que la tuya, serpiente!

DEMETRIO.—Gastáis vuestra cólera, víctima de un engaño. No soy culpable de la sangre de Lisandro, ni tengo indicio alguno para pensar que haya muerto.

HERMIA.—Pues entonces te suplico me digas que está bien.

DEMETRIO.—Y si pudiera hacerlo ¿qué me valdría?

HERMIA.—El privilegio de no verme jamás. Abandono tu presencia con ese voto. No vuelvas á verme, sea que haya muerto, ó no. *(Sale.)*

DEMETRIO.—Es inútil seguirla en este arranque de cólera. Así, me quedaré aquí por breve rato y buscaré en el sueño alivio á mi dolor, porque éste se hace doblemente pesado con el insomnio. *(Se acuesta.)*

OBERÓN.—¿Qué has hecho? La has errado por completo, vertiendo el jugo amoroso en los ojos de algún amante verdadero; y por fuerza tu equivocación hará que se mude un amor sincero, en vez de mudar uno falso.

PUCK.—Eso quiere decir que quien impera es el destino, y que por un hombre verdadero, hay un millón que faltan á sus juramentos.

OBERÓN.—Vé por el bosque, más rápido que el viento y procura encontrar á Elena de Atenas. Triste y abatida está, pálidas las mejillas, suspirando de amor, y consumiendo la riqueza de su sangre juvenil. Valiéndote de cualquiera ilusión hazla venir. Yo encantaré los ojos de él antes de que ella haya llegado.

PUCK.—Voy, voy. Mirad cómo voy más veloz que la flecha despedida por el arco del Tártaro.

OBERÓN.—Flor de color de púrpura, herida por la saeta de Cupido, penetra en el globo de sus ojos. Cuando él aceche á su amada, que aparezca ella resplandeciente como la Venus del firmamento, y cuan-

do despiertes, implora de ella, si está cercana, el remedio de tu amor. *(Vuelve á entrar Puck.)*

PUCK.—Caudillo de nuestra hermosa muchedumbre: Elena está próxima, y el joven á quien equivoqué le suplica por el premio de su amor. ¡Cómo hemos de divertirnos con sus coloquios! Santo Dios, y qué locos son estos mortales!

OBERÓN.—Apártate. El ruido que hacen despertará á Demetrio.

PUCK.—Entonces habrá dos cortejando á una, y eso solo ya es una diversión. No hay cosa que me guste tanto como lo imprevisto.

(Entran Lisandro y Elena.)

LISANDRO.—¿Por qué pensáis que os solicito por burla? La burla y el sarcasmo jamás vierten lágrimas, y ved que cuando os suplico, lloro. Decid si semejante manera de pedir vuestro amor no lleva en sí la prueba de toda su verdad.

ELENA.—Refináis vuestra astucia más y más haciendo que la verdad sirva para matar la verdad. ¡Oh combate, infernal y divino á un tiempo! Esos juramentos pertenecen á Hermia. ¿Queréis abandonarla? Pesad esos juramentos y otros, y no pesarán nada. Puestos en una balanza los que hacéis á la una con los que hacéis á la otra, la balanza estará en su fiel y ambos no pesarán más que cualquier mentira.

LISANDRO.—No tuve discernimiento cuando juraba á sus plantas.

ELENA.—Ni lo tenéis, á mi juicio, en abandonarla.

LISANDRO.—Demetrio la ama y no os ama.

DEMETRIO.—*(Despertando.)* ¡Oh Elena! Diosa! Ninfa perfecta y divina! ¿Con qué podré comparar tus ojos, amor mío? El cristal parecería lodo. Oh! ¡Qué tentadores se ostentan tus labios, como cerezas maduras para los besos! Cuando muestras tu mano, parece oscura la nieve de Tauro congelada por el viento de Levante!

¡Oh, déjame besar esta princesa de la casta blanca, este sello de felicidad!

ELENA. — ¡Oh despecho! ¡oh infierno! Veo que estáis conjurados todos contra mí para vuestro pasatiempo! Si fuérais cortesés, no me haríais este agravio. ¿No basta que me aborrecáis, como sé que lo hacéis, sino que además habéis de unir vuestras almas para burlaros de mí? Si fuérais hombres, como lo dice vuestra apariencia, no trataríais así á una dama inofensiva; cortejando y jurando y ponderando mis cualidades, cuando sé que me odiáis de corazón. Ambos sois rivales en amar á Hermia, y ahora lo sois en escarnecer á Elena: gran hazaña y varonil empresa, arrancar con vuestras burlas las lágrimas de una pobre doncella! Ningún hombre que tuviera la menor nobleza ofendería así á una virgen, atormentando la paciencia de su pobre alma, para procurarse una diversión.

LISANDRO. — Malo sois, Demetrio. No seáis así. Sabéis que conozco vuestro amor á Hermia; y aquí, con toda voluntad, con todo corazón, os cedo mi parte en su amor. Dadme la vuestra en el de Elena, á quien amo y amaré hasta la muerte.

ELENA. — Jamás gastaron tan mal sus palabras los burlones.

DEMETRIO. — Lisandro, quédate con tú Hermia. Si alguna vez la amé, ese amor se ha ido, y no quiero nada de él. Mi corazón no estuvo con ella sino como un huésped pasajero, y ahora vuelve á su hogar, vuelve á Elena para quedarse aquí.

LISANDRO. — Elena, no es verdad.

DEMETRIO. — No desacredites la fe que no conoces, á menos que la compres caro á costa tuya. Ve ahí á tu amada que viene: ve ahí á la que adoras.

(*Entra Hermia.*)

HERMIA. — ¡Oscura noche, que quitas la vista á los

ojos, y aguzas el oído, dando á éste lo que quitas á aquellos! Mis ojos no pudieron encontrarte, Lisandro, pero mi oído me hizo seguir tu voz. Ah! ¿por qué con tanta dureza me has dejado?

LISANDRO. — ¿Y por qué se quedaría aquel á quien el amor llama á otra parte?

HERMIA. — ¿Qué amor podría apartar á Lisandro de mi lado?

LISANDRO. — El amor de Lisandro, que no podía separarse de la hermosa Elena, que embellece la noche más que el esplendor de todas las estrellas. ¿Por qué me buscas? ¿No basta el que te haya dejado para que conozcas el odio que siento por ti?

HERMIA. — Habláis lo que no pensáis. Eso no puede ser.

ELENA. — ¡Ah! También ella toma parte en la conspiración! Ahora veo que os habéis unido los tres para formar este desleal pasatiempo á despecho mío. ¡Oh tú, Hermia, injuriosa é ingrata doncella! ¿Has conspirado con éstos, urdiendo esta maligna burla para ofenderme? ¿Y has olvidado las cariñosas pláticas, los juramentos fraternales, las horas que hemos pasado juntas? ¿Lo has olvidado todo, la amistad de nuestra niñez, la compañía inocente de nuestra infancia? Siempre estuvimos unidas, juntas en el mismo asiento, ocupadas en la misma labor, entonando la misma canción, como si nuestras mentes, nuestras manos, nuestras voces, hubieran sido una solà. Así crecimos como un doble fruto gemelo, que parece partido en dos y sin embargo no se puede separar. Éramos dos cuerpos con un solo corazón. ¿Y venís á romper todos estos lazos antiguos, para juntaros á esos hombres y escarnecer á vuestra amiga? No: esto no es amistad, ni es digno de una doncella. Nuestro sexo, tanto como yo misma, os censurará por ello, aunque sea yo sola quien sufra el agravio.

HERMIA. —Vuestras frases apasionadas me dejan estupefacta! Yo no burlo de vos. Antes me parece que vos os burláis de mí.

ELENA. —¿No habéis inducido á Lisandro á seguirme y á alabar mis ojos y mi cara? ¿No habéis hecho que vuestro otro apasionado, Demetrio (que aún ahora mismo me ha rechazado con el pié) me llame diosa, ninfa divina, preciosa, celestial? ¿Por qué habla así á una que aborrece? ¿Y por qué me niega Lisandro vuestro amor, tan rico en su alma, y me ofrece su afecto, si no es porque lo inducis á ello y obra con vuestro consentimiento? ¿Qué delito hay en que yo no tenga tantas gracias como vos, ni sea tan afortunada en el amor, sino una infeliz que ama sin ser amada? Deberíais compadecerme por esto, no despreciarme.

HERMIA. —No comprendo lo que queréis decir.

ELENA. —Sí, perseverad: fingid tristes miradas, y haceos señas cuando vuelvo la espalda: seguid en esta amable diversión, que, bien sostenida, será materia de una crónica. Si fuéseis capaces de alguna piedad ó gentileza, no me tomaríais por tema de vuestra irrisión; pero adiós. Yo me tengo la culpa, y pronto la remediaré con la ausencia ó con la muerte.

LISANDRO. —Quedaos, gentil Elena, y oid mi excusa. ¡Hermosa Elena, amor mío, vida mía, alma mía!

ELENA. — ¡Oh! Excelente.

HERMIA. — Amigo mío, no la burléis así.

DEMETRIO. — Si no lo alcanzas rogando, yo le forzaré á ello.

LISANDRO. — No puedes compeler tú más que rogar ella, y tus amenazas no tienen más fuerza que sus débiles súplicas. Elena, yo te amo, te lo juro por mi vida, y probaré aun á costa de perderte á quien negare la verdad de mi amor, que es un hombre falso.

DEMETRIO. — Digo que te amo más que lo que él pudiera amarte.

LISANDRO.—Si tal dices, retírate y vamos á probarlo.

DEMETRIO.—Al instante. Ven.

HERMIA.—Lisandro ¿á qué conduce todo esto?

LISANDRO.—¡Fuera! ¡Etiope!

DEMETRIO.—No, no, señor. Habla como si la acción fuera á seguir á la palabra; pero no se mueve. Eres un cobarde, bah!

LISANDRO.—Márchate de aquí, cuitado, cosa vil, ¡afuera! O te sacudiré y te arrojaré lejos de mí como á una culebra.

HERMIA.—¿Por qué os habéis vuelto tan rudo? ¿Qué cambio es este, amor mío?

LISANDRO.—¿Amor tuyo? Vete, vete, maldita pócima, remedio detestado. ¡Vete!

HERMIA.—¿Os estáis chanceando?

ELENA.—Sí, á fe mía, lo mismo que vos.

LISANDRO.—Demetrio, te cumpliré mi promesa.

DEMETRIO.—Me alegraría de tener alguna prenda de ello; pues no confío en tu palabra.

LISANDRO.—¡Qué! ¿tendría que darle golpes, lastimarla, maltratarla? Por más que la aborrezca no le haría tal daño.

HERMIA.—Pues qué! ¿Podrías hacerme un daño mayor que aborrecerme? ¡Aborrecerme! ¿Y por qué? ¡Desgraciada de mí! ¿Que ha pasado, amor mío? ¿No soy Hermia? ¿No eres tú Lisandro? Tan hermosa soy ahora como la noche en que me amaste, como la noche en que me dejaste. No quieran los dioses que hables de veras.

LISANDRO.—Sí, por mi alma! y quisiera no haber vuelto á verte jamás. Así, pues, no tengas esperanza ni duda: no es una chanza: nada hay tan verdadero y cierto como el odio que siento hacia ti.

HERMIA.—Desgraciada de mí! ¡Oh tú, impostora, ladrona de amor! ¿Has venido de noche para robarme el corazón de ese á quien amo?

ELENA.—A fe mía, que os sientan bien estas palabras: ¿no tienes ya modestia ni rubor, y se desvaneció la menor sombra de delicadeza? ¿Quieres arrancar por ventura de mi lengua prudente airadas voces? Estás haciendo una comedia, tú, muñeca!

HERMIA.—¿Por qué, muñeca? ¡Ah! Ya veo la traza. Ahora caigo en que habrá comparado nuestras estatuas, decantó la suya, y con sus ventajas, ha prevalecido sobre él. ¿Y habéis crecido tanto en su afecto por ser yo tan pequeña y baja? ¿Muy baja soy, asta de bandera pintarrajeada? ¡Habla! ¿Muy baja soy? ¡Pues no lo soy tanto que no puedan mis uñas llegar hasta tus ojos!

ELENA.—Os ruego, señores, aunque os burléis de mí, que no la dejéis hacerme daño. No es mi costumbre echar maldiciones, ni aptitud para el mal; sino que á fuer de doncella soy temerosa. No dejéis que me maltrate. Quizás os parece que por ser ella algo menor de estatura que yo, podré luchar con ella.

HERMIA.—¡La estatura! ¡Otra vez la estatura!

ELENA.—Buena Hermia, no os airéis contra mí. Yo siempre os tuve afecto y seguí en todo vuestro consejo, y nunca os hice mal alguno, á no ser que, por amor á Demetrio, le dije de vuestra fuga á este bosque. Él os siguió, y yo le seguí por amor, pero él me echó de aquí y me amenazó con darme golpes y aun con matarme. Ahora sólo deseo que me dejéis volver en paz á Atenas y no me sigáis más. Dejadme ir. Ya veis cuán simple y afectuosa soy.

HERMIA.—Pues marchaos. ¿Quién os lo estorba?

ELENA.—Un corazón desatentado que dejo tras de mí.

HERMIA.—¡Con quién! ¿Con Lisandro?

ELENA.—Con Demetrio.

LISANDRO.—No temas, Elena. No te hará ningún mal.

ELENA.—¡Oh! Cuando se enfurece es maligna y astuta. Cuando iba á la escuela era una víbora, y aunque pequeña, es de índole fiera.

HERMIA.—¿Otra vez pequeña? ¿Siempre baja y pequeña? ¿Por qué permitis que me ultraje así? Dejadme que me entienda con ella.

LISANDRO.—¡Véte, enana, avalorio, puñado de mala paja!

DEMETRIO.—Sois demasiado comedido y solícito en favor de la que desdeña vuestros servicios. Dejadla sola: no habléis de Elena, ni toméis su defensa. Si intentáis mostrar hacia ella la menor familiaridad, responderéis de ello.

LISANDRO.—Ahora no tiene imperio sobre mí. Sígueme, si te atreves, y probemos quién de los dos tiene mejor derecho para pretender á Elena.

DEMETRIO.—¿Seguirte? No, sino á tu lado.

(Salen Lisandro y Demetrio.)

HERMIA.—Señora mía: toda esta querella es obra vuestra. No, no os vayáis.

ELENA.—No confío en vos, no. Ni permaneceré más tiempo en vuestra maldita compañía. Mis manos no están, como las vuestras, acostumbradas á las contien-das, y así huyo y me salvo. *(Sale.)*

HERMIA.—Estoy azorada y no sé qué decir.

(Sale persiguiendo á Elena.)

OBERÓN.—Esto es fruto de tu negligencia. Tú incurriste en esa equivocación, ó hiciste eso por bellaquería.

PUCK.—Credme, rey de las sombras, que me equivoqué. ¿No me dijisteis que reconocería al hombre por su traje ateniense? Y para probar la inocencia de mi conducta, bastá ver que he puesto el jugo de la flor en los ojos de un ateniense; aunque es verdad que me alegra y divierte el ver la confusión y enredo que de ello ha venido á resultar.

OBERÓN.—Ya ves cómo estos enamorados buscan un sitio donde combatir. Ocúltate entre las sombras de la noche, extiende la niebla sobre su estrellado velo, hasta que sea oscuro como Aqueronte y guía de tal manera á estos rivales tan lejos el uno del otro, que no se puedan encontrar. Unas veces imitando la voz de Lisandro, excitarás á Demetrio con graves insultos; y otras harás lo mismo imitando la voz de Demetrio; y así llevarás á uno y otro hasta que caigan rendidos de cansancio y se hundan en el sueño, remedo de la muerte. Exprime entonces en los ojos de Lisandro el jugo de esta yerba, que tiene la virtud de disipar toda ilusión. Cuando despierten, todo lo que ha pasado les parecerá un sueño, y volverán los amantes á Atenas unidos hasta la muerte. Mientras tú te ocupas en esta misión, yo iré en busca de mi reina y le suplicaré que me entregue al muchacho; y entonces desbarataré el encanto de sus ojos y haré que todas las cosas le parezcan tales como son en realidad.

PUCK.—Aéreo señor mío: es necesario hacer esto aprisa, porque ya asoman las luces crepusculares que animan la aurora, y empiezan á desgarrarse los velos de la noche. Los fantasmas se apresuran en tropel á ganar su albergue en los cementerios: todos ellos son espíritus condenados que tienen su sepultura en los sitios extraviados é inundados, y temen que la luz del día alumbre su vergüenza.

OBERÓN. Pero nosotros somos espíritus de otra clase. Mil veces he jugueteado con la amorosa aurora y visitado los bosques hasta que las puertas del Oriente radiantes de luz, se han abierto sobre el océano bañando de oro sus verdes aguas salobres. No obstante, apresúrate, y deja esta faena terminada antes de rayar el día.

PUCK (*Sale*).—Arriba y abajo, arriba y abajo los he de conducir, de un lado para otro. Me temen en el

campo y en la ciudad. Goblin, llévalos arriba y abajo.
Aquí viene uno. *(Entra Lisandro.)*

LISANDRO.—¿Donde estás, orgulloso Demetrio?

PUCK.—¡Aquí villano! con el acero desnudo y pronto.

LISANDRO.—Al instante soy contigo.

PUCK.—Sígueme á mejor terreno.

(Sale Lisandro como siguiendo la voz.—Entra Demetrio.)

DEMETRIO.—¡Lisandro, habla otra vez! ¡Fugitivo!
¡Cobarde! ¿adónde has huído? ¿Has ido á esconder tu
cabeza en algún matorral?

PUCK.—¡Cobarde! ¿Dices tus baladronadas á las es-
trellas, y cuentas á las malezas que quieres batirte, y
sin embargo no vienes? Ven, bribón: ven, que como
á un niño te he de azotar con un bejuco. El que des-
nude una espada para ti se deshonra.

DEMETRIO.—¿Estás ahí?

PUCK.—Sigue mi voz y llegaremos adonde se pueda
probar el valor. *(Salen.—Vuelve á entrar Lisandro.)*

LISANDRO.—Él va por delante y todavía me provoca.
Cuando acudo al punto de donde me llama, ya no está
allí. El villano es mucho más ligero de piés que yo, y
cuanto más aprisa le seguía, más pronto se ale-
jaba. Así he venido á dar en un sendero desigual y
oscuro, y voy á descansar aquí. ¡Ven, oh grata luz del
día! *(Se acuesta.)* Con los primeros rayos de tu pálido
fulgor, descubriré á Demetrio y satisfaré mi ven-
ganza.

(Se duerme.—Vuelven á entrar Puck y Demetrio.)

PUCK.—¡Oh, oh, oh! ¿Por qué no vienes, cobarde?

DEMETRIO.—Ven, si te atreves; pues no haces más
que huir de sitio en sitio, y no osas aguardarme á pié
firme y mirarme de frente. ¿Dónde estás?

PUCK.—Ven hacia aquí: aquí estoy.

DEMETRIO.—No me dejaré burlar una vez más. Caro
lo has de pagar si alguna vez alcanzo á verte á la
luz del día. Ahora vé donde quieras. Ya la fatiga

me fuerza á reclinarme aquí y esperar la luz del día.

(*Se acuesta y duerme.—Entra Elena.*)

ELENA.—¡Oh penosa noche! ¡Noche larga y fastidiosa! Acorta tus horas y deja brillar el consuelo en la luz del oriente, para que pueda yo volver á Atenas con el alba, separándome de la vecindad de los que aborrecen mi pobre compañía! ¡Oh sueño! Tú que algunas veces cierras de pesar los ojos, haz que por unos momentos me libre yo de mi propia compañía!

(*Duerme.*)

PUCK.—¿No más que tres todavía? Dos de cada clase hacen cuatro. Aquí viene otra, triste y colérica. Cupido es un muchacho bien travieso, cuando así hace enloquecer á las pobres mujeres.

(*Entra Hermia.*)

HERMIA.—¡Ah! nunca he estado tan cansada ni tan triste; empapada de rocío, desgarrada por los espinos, ya no puedo arrastrarme más lejos, y mis piés se niegan á mi deseo. Aquí me quedará hasta que llegue el día. ¡Que los cielos guarden á Lisandro si ha de haber un duelo!

(*Se acuesta.*)

PUCK.—Gentil enamorado, duerme profundamente en el suelo, mientras aplico á tus ojos este remedio. (*Vierte el jugo en los ojos de Lisandro.*) Cuando despiertes te deleitarás en la vista de la que primero amaste, y quedará justificado el refrán que dice «que cada cual debe tomar lo suyo», y nada saldrá al revés. El amante recobrará su pareja, y todo quedará en paz.

(*Sale Puck. Demetrio, Elena, etc., duermen.*)



ACTO IV.

ESCENA PRIMERA.

La misma decoración.

Entran TITANIA y BOTTOM, y hadas que les sirven. Tras de ellos OBERÓN sin ser visto.



TITANIA.

ECHIZO mío, ven, siéntate sobre este florido lecho, mientras yo acaricio tus adorables mejillas, y pongo rosas perfumadas en tu suave cabeza y beso tus largas y hermosas orejas, gentil deleite mío.

BOTTOM.—¿Dónde está Flor-de-guisante?

FLOR-DE-GUISANTE.—Presente.

BOTTOM.—Ráscame la cabeza, Flor-de-guisante. ¿Dónde está el señor Telaraña?

TELARAÑA.—Presente.

BOTTOM.—Señor Telaraña, mi buen señor: tomad vuestras armas, y matad una abeja rosada en la cima de un espino: y traedme el saco de miel. Cuidad de

no fatigaros mucho y sobre todo que no se rompa la bolsa. Sentiría, señor, veros bañado del viscoso líquido. ¿Dónde está el señor Grano-de-mostaza ?

GRANO-DE-MOSTAZA.—Presente.

BOTTOM.—Venga esa mano, señor Grano-de-mostaza. Dejad, os ruego, toda cortesía.

GRANO-DE-MOSTAZA.—¿ Qué deseáis ?

BOTTOM.—Nada, buen señor, sino que ayudéis al caballero Telaraña á rascar. Necesito al barbero, señor, porque pienso que tengo la cara asombrosamente velluda, y soy un asno de tan delicada condición, que si un solo pelo me hace cosquillas, por necesidad tengo que rascarme.

TITANIA.—¿ Querriás oír un poco de música, dulce amor mío ?

BOTTOM.—No tengo muy mal oído para la música. Venga el triángulo y el martillo.

TITANIA.—Ó dime, alma mía, lo que quisieras comer.

BOTTOM.—En verdad, un celemin de heno y cebada. Comería á dos carrillos de vuestra avena seca. Paréceme que me apetece mucho una ración de heno: no hay nada comparable al buen heno, al heno fresco.

TITANIA.—Tengo una hada muy audaz, que irá á la madriguera de las ardillas, y te traerá las nueces frescas.

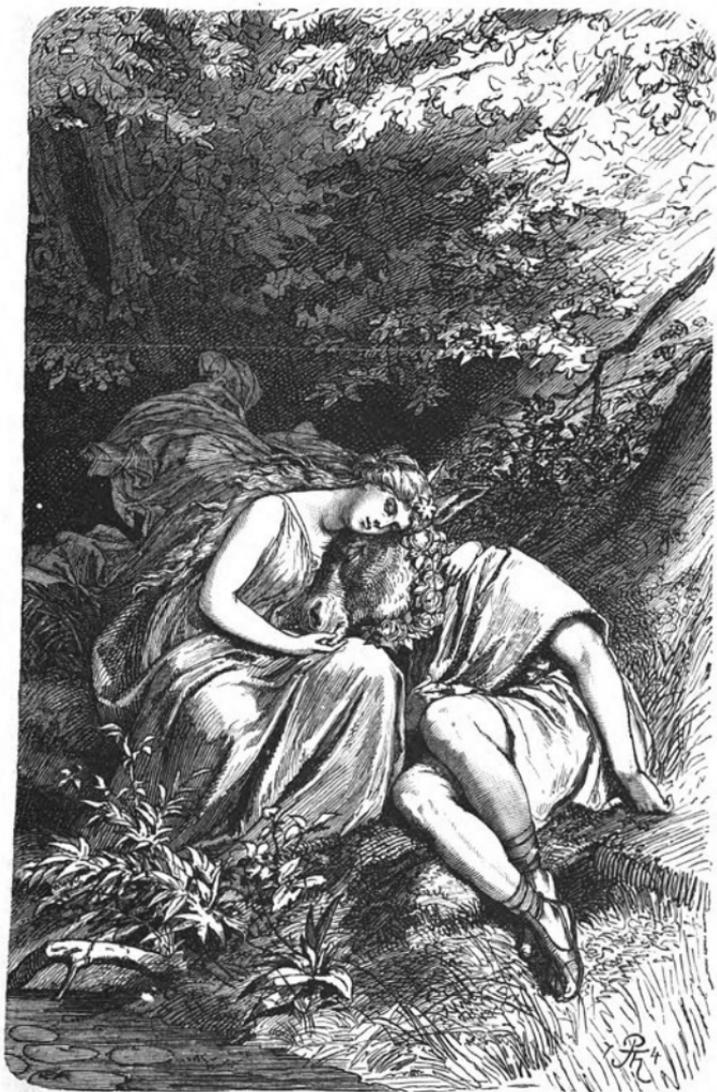
BOTTOM.—Preferiría un puñado ó dos de habas secas. Pero os ruego que ninguno de vuestro séquito me moleste; porque principio á tener un poco de sueño.

TITANIA.—Duerme y yo te estrecharé en mis brazos. Hadas, salid y alejaos en todas direcciones. Así la enredadera, la madre selva, la dulce yedra se enlazan al áspero tronco del olmo. ¡ Oh ! ¡ Cuánto te amo y cómo me deleito en ti !

(*Duermen.*)

(*Oberón se adelanta. Entra Puck.*)

OBERÓN.—Bienvenido, buen Robin. ¿ Ves este lindo



TITANIA. — *Duerme y yo te estrecharé en mis brazos...*

cuadro? Ya empiezo á compadecer su loco amor; porque no há mucho habiéndola encontrado tras del bosque, buscando golosinas para este odioso imbécil, la reconvine y tuve con ella un altercado; porque había rodeado con frescas y fragantes flores sus peludas sienes; y ese mismo rocío, que en el cáliz de los botones parecía redondearse en perlas de Oriente, se mostraba ahora como lágrimas con que las florecillas lloraban su afrenta. Cuando la hube reprendido á mi gusto y ella con humilde acento imploró mi paciencia, le pedí que me cediera al niño huérfano, lo cual hizo inmediatamente y lo envió con una de sus hadas para que lo condujera á mi mansión. Ahora que tengo al muchacho, corregiré el odioso error de sus ojos. Quitá tú de la cabeza de este estúpido ateniense el disfraz que le transforma; de manera que cuando despierte junto con los demás, puedan regresar todos á Atenas, pensando que el accidente de esta noche no ha sido más que una cruel pesadilla. Pero antes, libertaré á mi amada reina. (*Tocando con una yerba los ojos de Titania.*) Sé lo que debes ser, y ve como debes mirar. El capullo de Diana tiene este feliz poder sobre la flor de Cupido. Y ahora, Titania mía, despierta; despierta, mi dulce reina.

TITANIA.—¡Oberón mío! ¡Qué visiones he tenido en mi sueño! Pienso que estaba enamorada de un asno!

OBERÓN.—Allí yace tu amor.

TITANIA.—¿Cómo ha podido suceder esto? ¡Oh! ¡Y cómo mis ojos detestan ahora su figura!

OBERÓN.—¡Silencio, por un momento! Robin, quítale esa cabeza postiza. Titania, haz oír un poco de música, y que los sentidos de estos cinco se sumerjan en un sueño más profundo que de ordinario.

TITANIA.—¡Música! Música que acaricie el sueño!

PUCK.—Cuando despiertes, vuelve á ver con tus propios ojos de necio.

OBERÓN.—Suene la música (*Se oye música suave*). Ven, reina mía, toma mi mano, y hagamos retemblar la tierra en que duermen éstos. Ya estamos tú y yo reconciliados de nuevo, y mañana á media noche bailaremos solemnemente en la casa del duque Teseo y con nuestras bendiciones se llenará de felices hijos. Allí serán desposadas las dos parejas de amantes, al mismo tiempo que Teseo, con general regocijo.

PUCK.—Rey de las hadas, advierte que ya despunta la mañana.

OBERÓN.—Pues entonces, reina mía, vamos en pos de la sombra ; que nosotros podemos recorrer el mundo más rápidamente que la peregrina luna.

TITANIA.—Ven, señor mío, y en nuestra excursión me diréis cómo ha sucedido que yo me haya encontrado aquí dormida en el suelo con estos mortales.

(*Salen, se oyen cuernos de caza.—Entran Teseo, Hipólita, Egeo, y séquito.*)

TESEO.—Vaya uno de vosotros en busca del guardabosque, porque ya ha terminado la ceremonia ; y pues ya amanece, mi adorada debe oír la música de los lebreles. Soltad la trahilla en el valle del Oeste. Daos prisa, y buscad, como he dicho, al guardabosque. Iremos, hermosa reina mía, á la cumbre de la montaña, y nos recrearemos con el musical estruendo de los ladridos de los lebreles y de los ecos lejanos.

HIPÓLITA.—Estuve una vez con Hércules y Cadino en un bosque de Creta, donde cazaban osos con perros, y nunca he oído más alegre bullicio ; porque además de los bosquecillos, el firmamento y las fuentes, cada región vecina parecía unirse á las otras en un grito musical. Nunca he oído tan armoniosa discordancia, tan halagüeño estrépito.

TESEO.—Mis sabuesos son de la raza espartana, hocicones y míopes, y de sus cabezas penden orejas que

barren el rocío de la mañana; tienen las patas torcidas como toros de Tesalia. Son lentos en la persecución pero de acordadas voces. Jamás se excitó con el cuerno un grito más alegre en Creta, en Esparta ó en Tesalia; y ya lo juzgaréis por vos misma. Pero ¿qué ninfas son esas?

EGEO.— Señor. Esta es mi hija aquí dormida; y éste Lisandro; este otro es Demetrio; ésta, Elena, la Elena del viejo Nedar. Me asombra encontrarlos todos juntos.

TESEO.— Sin duda se levantaron de madrugada á observar el rito de Mayo; y oyendo nuestro intento, han venido atraídos por la solemnidad. Pero, di, Egeo; ¿no es hoy el día en que Hermia debía decidir sobre su elección?

EGEO.— Sí, mi señor.

TESEO.— Di á los monteros que los despierten con sus cuernos.

(Suenan los cuernos y exclamaciones dentro.)

TESEO.— Buenos días, amigos. Ha pasado ya la Santa-Valentina. ¿Principian á yuntarse ahora estos pájaros del bosque?

LISANDRO *(arrodillándose)*.— Perdonadme, señor.

TESEO.— Te ruego que te levantes. Conozco que sois dos rivales enemigos. ¿Cómo sucede en este mundo tan extraña concordia y el odio se ha vuelto tan poco receloso que pueda dormir sin temor á la venganza?

LISANDRO.— Señor, responderé confuso, medio dormido y medio despierto; sin embargo, puedo jurar que no me es posible decir cómo vine aquí. Parece (pues quiero decir la verdad—y ahora pienso que es así) que vine aquí con Hermia. Nuestro propósito era partir de Atenas adonde pudiésemos vivir sin el peligro de su ley.

EGEO.— Basta, basta, mi señor. Pido que caiga sobre su cabeza todo su rigor. Se habrían fugado, Demetrio,

y así se habrían burlado de nosotros; de vos en vuestra esposa, de mí en mi consentimiento de que ella lo sea vuestra.

DEMETRIO.—Señor, la hermosa Elena me avisó de la fuga de ellos á este bosque, y yo enfurecido los seguí, y Elena tuvo el capricho de seguirme también. No sé, señor, en verdad, por qué poder (es indudable que medió en ello algún poder) mi amor por Hermia se fundió como un copo de nieve, y me parece ahora como el recuerdo de un capricho ocioso acariciado en mi niñez; mientras que toda la fe, toda la virtud de mi corazón, el objeto y encanto de mis ojos es sólo Elena. Á ella, señor, estaba prometido antes de haber visto á Hermia; y así como en una enfermedad, llegué á aborrecer este alimento; pero ahora, como quien recobra la salud, vuelvo á mi gusto natural; y la deseo, la amo, la espero con impaciencia, y le seré para siempre fiel.

TESEO.—La buena suerte os ha reunido, hermosos amantes. Ya oiremos después algo más sobre esto. Egeo, quiero colmar con creces vuestros deseos; porque, en breve, estas parejas serán unidas eternamente en el templo lo propio que nosotros. Y por estar ya algo avanzada la mañana, dejaremos vuestro proyecto de caza. Volvamos, pues, á Atenas. Tres parejas seremos para dar á la fiesta gran solemnidad. Venid, Hipólita. *(Salen Teseo, Egeo, Hipólita y séquito.)*

DEMETRIO.—Las cosas que nos han pasado parecen ya pequeñas y confusas, como lejanas montañas que se convierten en nubes.

HERMIA.—Diríase que veo estas cosas con ojos desviados como cuando todos los objetos parecen dobles.

ELENA.—Lo propio me sucede á mí: he encontrado á Demetrio como una joya que fuera mía y no lo fuera.

DEMETRIO.—Pienso que todavía dormimos... que soñamos. ¿Creéis que el duque estuvo aquí y nos invitó á que lo siguiéramos?

HERMIA.—Sí, y también mi padre.

ELENA.—É Hipólita.

LISANDRO.—Y nos rogó le siguiéramos al templo.

DEMETRIO.—Pues entonces estamos despiertos. Sigámoslo, y en el camino narraremos nuestros sueños.

(*Salen.—Despierta Bottom.*)

BOTTOM.—Cuando llegue mi turno, despertadme y yo responderé. Lo que sigue es: «Hermosísimo Píramo.» Ea! Oh! Pedro Quincio! Flauto, el estañador!



Snout, el calderero! Starveling! ¡Dios de mi vida! Se han escurrido de aquí y me han dejado dormido! Qué visión más extraña la mía! He tenido un sueño que ni el hombre más hábil podría narrarlo. Si lo intentara sería un asno! Me pareció que yo era, me pareció que tenía,... pero un hombre sería un imbécil incurable si pudiera decir lo que me pareció que tenía. El ojo humano no ha oído nunca, ni su oído ha visto, ni su mano ha gustado, ó su lengua concebido y su corazón repetido, lo que era mi sueño. He de hacer que Pedro Quincio escriba una balada

sobre él y se titulará *El sueño de Bottom*, porque no tendrá asiento (1). Yo la cantaré en la última parte de la representación delante del duque; y para que caiga más en gracia, he de entonarla al final de la pieza, con la muerte de Tisbe. (Sale.)

ESCENA II.

Entran QUINCIO, FLAUTO, SNOWT y STARVELING.

QUINCIO.—¿Habéis enviado á casa de Bottom? ¿No ha vuelto aún?

STARVELING.—Nada se sabe de él. Sin duda se lo llevaron los espíritus.

FLAUTO.—Si no viene, adios comedia... nada podemos hacer. ¿Verdad?

QUINCIO.—Imposible. No hay en toda Atenas hombre capaz de representar á Píramo como él.

FLAUTO.—No. Indudablemente no hay en Atenas artesano de tanto talento.

QUINCIO.—Ni hombre más cumplido, por cierto: fuera de que es una malvilla para esto de tener una voz dulce.

FLAUTO.—Maravilla, no malvilla, habéis de decir. Una malvilla es una cosa cualquiera, que no vale nada. (Entra Snug.)

SNUG.—Maestros, el duque está de vuelta del templo y hay además dos ó tres parejas de caballeros y señoras que se han casado también. Si nuestra representación pudiera seguir adelante, nuestra fortuna estaba hecha.

FLAUTO.—¡Oh dulce y bravo Bottom! Ha perdido

(1) Bottom, significa *asiento*; de aquí, un juego de palabras intraducible.

así seis peniques diarios por toda su vida! Imposible que fuera menos; que me ahorquen si el duque no le hubiera dado los seis peniques diarios por haber representado á Píramo. Que me cuelguen si no los merece: seis peniques diarios por Píramo, ó nada.

(*Entra Bottom.*)

BOTTOM.—¿Dónde están esos muchachos? ¿Dónde están esos corazones?

QUINCIO.—¡Bottom! ¡Oh magnífico día! ¡Oh felicísima hora!

BOTTOM.—Maestros, he de contaros mil prodigios, pero no me preguntéis qué; si os los digo, llamadme mal ateniense. Os diré punto por punto lo que ocurrió.

QUINCIO.—Contadlo, amable Bottom.

BOTTOM.—De mí no sacaréis una palabra. Todo lo que puedo deciros es que el duque ha comido... disponed vuestros disfraces: poned buenos hilos á vuestras barbas, nuevas cintas á los zapatos, y reuníos en seguida en el palacio. Que cada cual recuerde su papel; pues, en sustancia, lo que hay es que se prefiere á todo nuestra representación. En todo caso, que Tisbe se ponga ropa limpia; y que no se recorte las uñas el que debe representar al león, porque es necesario que sobresalgan para representar las garras. Y, no comáis ajos por Dios, porque es menester que nos huela bien el aliento, con todo lo cual, seguramente exclamarán todos: ¡qué preciosa comedia! Basta de charla. Idos, idos!

(*Salen.*)



ACTO V.

ESCENA PRIMERA.

Aposento en el palacio de Teseo.

Entran TESEO, HIPÓLITA, FILÓSTRATO, señores y séquito.

HIPÓLITA.

QUÉ extraña cosa es, Teseo mío, lo que refieren estos amantes!

TESEO.—Más extraña que verdadera. Yo no creeré nunca en esas antiguas fábulas ni en esos juegos de hadas. Los enamorados y los locos viven tan alucinados, y con tan caprichosas fantasías, que imaginan más de lo que la fría razón puede comprender. El

lunático, el enamorado y el poeta no son más que un pedazo de imaginación. El uno ve más demonios de los que pueden caber en el infierno; éste es el loco furioso. El enamorado, no menos frenético que éste, ve la belleza de Elena en una cara bronceada de Egipto. El ojo del poeta, girando en medio de su arrobamiento, pasea sus miradas del cielo á la tierra y de la tierra al cielo; y como la imaginación produce formas de cosas desconocidas, la pluma del poeta las diseña y da nombre y habitación á cosas etéreas que no son nada. Tal es el poder alucinador de la imaginación, que le basta concebir una alegría, para crear algún ser que se la trae; ó en la noche, si presume algún peligro, ¡con cuánta facilidad toma un matorral por un oso!

HIPÓLITA.—Pero el ser repetida unánimemente la narración por todos, y el transfigurarse así la mente de todos ellos, dan testimonio de algo más que imágenes de la fantasía, y toma más cuerpo el relato. Como quiera que sea, es extraño y admirable.

(*Entran Lisandro, Demetrio, Hermia y Elena.*)

TESEO.—Aquí vienen los desposados, llenos de regocijo y buen humor. ¡Alegría, gentiles amigos! Alegría y risueños días de amor acompañen vuestros corazones!

LISANDRO.—Más que á nosotros, acompañen vuestros regios pasos, vuestra mesa y vuestro lecho!

TESEO.—Veamos ahora qué mascaradas, qué bailes tendremos para pasar esta eternidad de tres horas entre la de cenar y la de dormir? ¿Dónde está nuestro director de fiestas? ¿Qué pasatiempos se preparan? ¿No hay algún juego para distraer el fastidio de esta hora de tortura? Llamad á Filóstrato.

FILÓSTRATO.—Heme aquí, poderoso Teseo.

TESEO.—Dí ¿cómo vamos á aligerar esta tarde? ¿Qué máscaras? ¿Qué música? ¿Cómo engañaremos al perezoso tiempo, si no con algún deleite?

FILÓSTRATO.—Aquí tengo una relación de los festejos ya dispuestos. Vuestra Alteza escogerá el que prefiera ver primero. *(Dándole un papel.)*

TESEO *(Leyendo)*.—«La batalla de los Centauros, cantada por un eunuco en el arpa.» No quiero nada de eso. Ya lo he referido á mi amada en honor de mi pariente Hércules.—«El motín de las bacanales ebrias destrozando en su cólera al cantor de Tracia.»—Ese es un tema manoseado, y ya se exhibió la última vez que volví vencedor de Tebas.—«Las nueve musas llorando la muerte del saber, que ha fallecido recientemente en la mendicidad (1).» Eso es una especie de sátira, acerada y punzante, que no se aviene bien con una ceremonia nupcial.—«Breve y fastidiosa escena del joven Píramo y su amante Tisbe; sainete muy trágico.» ¿Sainete y trágico? ¿Breve y fastidioso? Esto es es hielo caliente y nieve de color. ¿Cómo se podrán atar estos cabos?

FILÓSTRATO.— Señor, es una representación que apenas pasará de una docena de palabras, lo cual es lo más breve que en punto á representaciones se puede dar. Sin embargo, tiene como doce palabras ociosas; lo cual la hace fastidiosa porque en toda la representación no hay palabra adecuada ni actor idóneo. Y es trágica además, señor, porque en ella se suicida Píramo. Confieso que cuando ví el ensayo, me rei hasta que se me saltaron las lágrimas; y á fe que nunca se habrán derramado con más júbilo.

TESEO.—¿ Quiénes representan esto?

FILÓSTRATO.—Gentes rudas, trabajadores de Atenas, que jamás ejercitaron la mente, y ahora han sobrecargado su rústica memoria con este trozo, en ocasión de vuestras bodas.

TESEO.—Y queremos oírlos.

(1) Alusión á un poema de Spencer, muerto de miseria.

FILÓSTRATO.—No, muy noble señor: no es cosa digna de vos. He oído la obra y no es nada, no vale absolutamente nada; á menos que os divierta su intento y el sobrehumano esfuerzo y la cruelísima labor que se han echado á costas creyendo serviros.

TESEO.—Oiré esa representación; porque nada me parece mal cuando se inspira en la ingenuidad y en el deber. Id á traerlos. Sentáos, señoras.

(Sale Filóstrato.)

HIPÓLITA.—Duéleme ver fracasar á estos infelices en sus esfuerzos, y el celo sucumbir humillado.

TESEO.—¡Cómo, dulce amiga mía! No veréis tal cosa.

HIPÓLITA.—Dice que no son capaces de hacer nada aceptable en este género.

TESEO.—Pues será mayor bondad que les demos gracias por nada. Nos divertiremos con sus yerros. En cuánto emprende el buen deseo, el ánimo noble y generoso considera complacido, no el escaso mérito logrado, sino el de la intención. Adonde quiera que fui, grandes letrados me han recibido con muy estudiadas arengas, y los he visto pálidos y temblorosos atascarse en medio de las frases, ahogar en su temor sus habituales acentos, y finalmente quedar callados y no darme bienvenida alguna. Pero ese mismo silencio, amada mía, era para mí cumplido lisonjero; y tan expresiva la modestia del deber tímido, como la bulliosa lengua de una elocuencia audaz y parlera. El amor y la muda sencillez, á mi juicio, hablan más en menos palabras.

(Entra Filóstrato.)

FILÓSTRATO.—Con la venia de vuestra Alteza el Prólogo está listo.

(Sonido de trompetas.)

TESEO.—Haced que se presente. (Entra Prólogo.)

PRÓLOGO.—« Si os ofendemos será con nuestra buena voluntad. Eso debéis pensar; que no venimos á ofender sino con nuestra buena voluntad. Dar una mues-

»tra de nuestro deseo de serviros, es el verdadero
»principio de nuestro fin. Considerad, pues, que si
»vinieramos á cansaros, no vendríamos. Nuestro ver-
»dadero intento es: todo por vuestro deleite. Los ac-
»tores están prontos; y por su exhibición sabréis lo
»que debéis saber.»

TESEO. — Este mozo no hace mucho caso de la puntuación.

LISANDRO. — Ha pasado por su prólogo como un potro desbocado: no podía detenerse. Gran enseñanza, señor: no basta hablar, sino hablar con propiedad.

HIPÓLITA. — Es verdad que ha repetido su prólogo como un niño su lección: todo sonidos y ningún discernimiento.

TESEO. — Su discurso ha sido como una cadena que se enreda; no faltaba un solo anillo, pero andaban revueltos.

(*Entran Piramo y Tisbe, Muro, Luz de luna, y León, personaje mudo.*)

PRÓLOGO. — «Gentil público. Quizás os admiráis de
»este espectáculo; pero admiraos en buen hora, hasta
»que la verdad lo haga ver todo claramente. Este
»hombre es Piramo, si queréis saberlo; y esta bella
»señora es Tisbe. Este hombre con cal y cimienta,
»representa el muro, el vil muro que separaba á
»los dos amantes. Y por las grietas del muro los
»pobrecillos se contentaban con hablarse en voz baja;
»de lo cual ningún hombre se debe admirar. Este
»hombre con su linterna y su perro, representa la
»luz de la luna; porque habéis de saber que estos
»amantes no tuvieron á menos encontrarse á la luz de
»la luna junto al sepulcro de Nino, para galantearse
»allí. Esta pardusca bestia, que tiene por nombre
»león, asustó, ó más bien, espantó á la fiel Tisbe, que
»llegó primero, y en su fuga dejó caer su manto, que
»el vil león manchó con su sangrienta boca. Á tal pun-

»to, llega Píramo, bello y arrogante mozo, y encuentra
 »el manto destrozado de su fiel Tisbe; con lo cual echó
 »mano á su espada; la culpable sanguinaria espada,
 »atravesó su hirviente y sangriento pecho; y Tisbe
 »oculta á la sombra de los matorrales, sacó su puñal
 »y murió. Ahora discurren largamente el león, la luz
 »de la luna, el muro y la pareja de amantes, mientras
 »estén aquí.»

(*Salen Prólogo, Tisbe, León y Luz de luna.*)

TESEO. — Dudosos estoy de si habrá de hablar el león.

DEMETRIO. — No hay que dudarle, señor. Puede muy bien hablar un león cuando lo hacen tantos jumentos.

MURO. — «En este mismo sainete acontece que yo,
 »de apellido Snowt, represento un muro; un muro tal
 »como deseo que os lo imaginéis; que tiene un agujero,
 »ó sea una grieta. Por allí los amantes Píramo y
 »Tisbe se hablan á menudo muy secretamente. Esta
 »cal, esta piedra y este cimiento, muestran que yo soy
 »el muro. Así es la verdad. Y estas aberturas de mi
 »mano derecha y de mi izquierda, son las grietas por
 »las cuales cuchichean los temerosos amantes.»

TESEO. — No cabe que la cal y el cimiento hablen mejor.

DEMETRIO. — Es la más ingeniosa relación que he oído jamás, señor.

TESEO. — Píramo se acerca al muro. ¡Silencio!

(*Entra Píramo.*)

PÍRAMO. — «¡Oh fiera noche! ¡Noche de color tan negro!
 »¡Oh noche que siempre vienes cuando ya no es
 »de día! ¡Oh noche! ¡Oh noche! ¡Ay de mí! ¡Ay de mí!
 »¡Ay de mí! Temo que mi Tisbe haya olvidado su
 »promesa! Y tú ¡oh muro! que estás entre las tierras
 »de su padre y la mía! Tú, muro, oh muro, oh dulce y
 »adorable muro, muéstrame tu agujero para poner
 »allí mi ojo y echar una mirada! (*Muro levanta la mano*)



TISBE. — Beso el agujero del muro, pero no tus labios.

☆ 1940
1940

abriendo los dedos.) ¡Gracias, cortés muro! Que Júpiter
 »te proteja por tan raro servicio! ¿Pero qué veo? Veo
 »que no está Tisbe. ¡Oh muro malvado, por entre el
 »cual no veo la dicha, malditas sean tus piedras que
 »así me engañan!»

TESEO.—Se me figura que el muro, si es puntilloso, debería maldecir á su vez.

PÍRAMO.—No, señor, en realidad no debería hacerlo. «Así me engañan» es el punto en que le llega el turno á Tisbe, y ella ha de entrar, y yo he de ponerme á mirar por el agujero. Ya veréis cómo va ocurriendo exactamente cuanto digo. Ella se acerca.

(*Entra Tisbe.*)

TISBE.—«¡Oh muro! Con harta frecuencia has oído
 »mis lamentos por tenerme tú separada de mi hermo-
 »so Píramo. Mis labios de cereza han besado á me-
 »nudo tus piedras, tus piedras unidas con cal y ci-
 »mento.

PÍRAMO.—»Veo una voz. Ahora voy á la abertura
 »para asomarme y oír la cara de mi Tisbe. ¡Tisbe!

TISBE.—»¡Amor mío! ¡Eres mi amor, á lo que
 »opino!

PÍRAMO.—»Opina lo que quieras. Soy la gracia de tu
 »amor, y todavía soy fiel como *Limandro*.

TISBE.—»Y yo como Elena, hasta que los hados den
 »conmigo en tierra.

PÍRAMO.—»No fué tan fiel *Shafalo* á *Procro*.

TISBE.—»Pues yo te soy fiel como *Shafalo* á *Pro-
 »cro* (1).

PÍRAMO.—»¡Oh! Bésame por el agujero de esta mal-
 »dita pared!

TISBE.—»Beso el agujero del muro, pero no tus la-
 »bios.

(1) *Limandro* por Leandro, *Shafalo* por Céfalo y *Procro* por Procris.

PÍRAMO.—¿Quieres venir á encontrarnos en el sepulcro de Nino?

TISBE.—»En vida y en muerte; voy sin demora.

MURO.—»Yo, muro, he desempeñado ya mi parte; y »siendo así, se marcha el muro.»

(*Salen Muro, Piramo y Tisbe.*)

TESEO.—Ya está ahora caída la muralla entre los dos vecinos.

DEMETRIO.—Así ocurre forzosamente, señor, cuando las paredes se atreven á oír sin decir esta boca es mía.

HIPÓLITA.—Esto es la tontería más grande que he oído jamás.

TESEO.—La mejor comedia de este género es pura ilusión, y las peores no son lo peor, si la imaginación las enmienda.

HIPÓLITA.—Entonces el mérito será de vuestra imaginación y no de la suya.

TESEO.—Si no les juzgamos peor de lo que se juzgan ellos, podrán pasar por hombres excelentes. Mirad, ya vienen dos nobles bestias: la luna y un león.

(*Entran León y Luz de luna.*)

LEÓN.—«Señoras: vosotras cuyo tímido corazón amedrenta un ratoncillo, que corre por el piso, pudiérais acaso temblar de pavor aquí, cuando un león salvaje ruje colérico. Por tanto debéis saber que yo, el ensambador Snowt, no soy ni león feroz ni siquiera cachorro; porque si viniera á luchar aquí como león de veras, no daría un ardite por mi vida.»

TESEO.—Bestia muy gentil, y de honrada conciencia.

LISANDRO.—Este león es, por su valor, un verdadero zorro.

TESEO.—Verdad: y un ganso en la prudencia.

DEMETRIO.—No, mi señor, porque el zorro carga con el ganso, y el valor no se acompaña de la prudencia.

TESEO.—Seguro estoy de que su ingenio no cargaría

con su valor, porque el ganso no carga con el zorro. Bien. Dejémoslo á su voluntad, y oigamos á la luna.

LUNA.—«Esta linterna representa la luna y sus cuernos.»

DEMETRIO.—En la cabeza debería llevarlos.

TESEO.—No está en creciente: los cuernos se le hacen invisibles cuando llega el plenilunio.

LUNA.—«Esta linterna representa la luna y sus cuernos; y yo al hombre de la luna.»

TESEO.—Pues que lo metan en la linterna, porque si no, ¿cómo podrá ser el hombre de la luna? Este es el mayor error de todos.

DEMETRIO.—No se atreve á meterse, á causa de la bujía; pues, como veis, ya está en pavesas (1).

HIPÓLITA.—Ya estoy cansada de esta luna. Me alegraría de que mudara.

LISANDRO.—Proseguid, luna.

LUNA.—Todo lo que tengo que decir, es que esta linterna representa la luna; yo, al hombre en la luna; que este manojito de zarzas es mi manojito de zarzas; y que este perro es mi perro.

DEMETRIO.—Pues todas esas cosas debían estar dentro de la linterna, pues están en la luna. Pero, silencio; aquí llega Tisbe. *(Entra Tisbe.)*

TISBE.—«Esta es la tumba del viejo Nino. ¿Dónde está mi amor?»

LEÓN.—«¡ Oh !» *(El león ruje y Tisbe huye.)*

DEMETRIO.—¡ Bien rujido, león !

TESEO.—¡ Bien corrido, Tisbe !

HIPÓLITA.—¡ Bien alumbrado, luna ! En verdad la luna brilla muy de buen grado.

TESEO.—¡ Soberbio chillido de ratoncillo, león !

(León destroza el manto de Tisbe, y sale.)

DEMETRIO.—Y luégo viene Píramo.

(1) Otro juego de palabras que no tiene traducción.

LISANDRO.—Y desaparece la luna. (*Entra Piramo.*)

PÍRAMO.—« ¡ Dulce luna, te doy gracias por tus rayos »solares! Te doy gracias porque brillas con tanto fulgor; pues con tus torrentes de luz graciosos, dorados »y chispeantes, confío saborear la más verdadera vista »de Tisbe. Pero, detente! ¡oh despecho! Pero observa, »pobre caballero, ¿qué terrible dolor se ofrece á mis »ojos? ¿veis? ¿Cómo puede ser esto? ¡ Oh delicada tela! » ¡ Qué! tu buen manto manchado de sangre! ¡ Acercaos, »oh furias feroces! ¡ Oh hados, venid, venid, cortad hi- »los y estambre, agostad, aplastad, concluid y matad! »

TESEO.—Este arrebató de pasión y la muerte de una amiga amada, casi, casi podrían poner triste á un hombre.

HIPÓLITA.—No quisiera, pero compadezco á ese hombre.

PÍRAMO.—« ¡ Oh naturaleza! ¿ Por qué hiciste leones? »Pues un vil león ha ajado á mi amada, la cual es—¡no, »no!—la cual era la más hermosa dama que haya ama- »do, vivido, gustado y puesto alegre rostro. Venid, »lágrimas, y enturbiad mis sentidos. Sal, espada, y »hiere la tetilla de Píramo: sí, esta tetilla izquierda »debajo de la que late el corazón. Así muero, así, así. »Ya estoy muerto. Ya he volado. Mi alma está en el »cielo. Apaga, lengua, tu luz: emprende, luna, tu »vuelo. Ahora muero, muero, muero, muero» (1).

(*Muere.—Se va la luna.*)

TESEO.—Ya no es nada: ya está muerto. Pero con el auxilio de un cirujano puede resucitar hecho un asno.

HIPÓLITA.—¿ Cómo es que la luz de la luna se va antes de que Tisbe vuelva y encuentre á su amante?

TESEO.—Ya lo encontrará á la luz de las estrellas. Aquí viene, y su resolución pone fin al sainete.

(*Entra Tisbe.*)

(1) Sigue también otro juego de palabras intraducible.

HIPÓLITA.—Se me antoja que esa desolación no ha de ser muy larga, para semejante Píramo.

DEMETRIO.—Una hebra de pelo haría inclinar la balanza entre el mérito de Píramo y el de Tisbe.

TISBE.—«¿Duermes, amor mío? ¡Qué! ¿Muerto, pichón mío? ¡Oh Píramo, levántate y habla, habla! ¿Mudo? Muerto! muerto y frío! Una tumba debe cubrir esos dulces ojos. Esas cejas color de lirio, esa



»nariz de cereza, esas mejillas color de retama, se han ido! se han ido! Gemid, amantes! Sus ojos eran verdes como alfalfa! ¡Oh parcas! Venid á mí, venid, con manos pálidas como la leche, y teñidlas en mi sangre, ya que habéis cortado con vuestras tijeras su sedoso hilo! Lengua, no digas ni una palabra más. Ven, fiel espada; ven, hoja, y queda embutida en mi pecho! Y adios, amigos—así acaba Tisbe—adios, adios!» *(Muere.)*

TESEO.—León y Luz de luna quedan para enterrar á los muertos.

DEMETRIO.—Y Muro también.

BOTTOM.—No. Os aseguro que el muro que separaba

á sus padres, está derribado. ¿Deseáis ver el epílogo, ó preferís que baile una pareja una danza bergamasca?

TESEO.—No hay necesidad de epílogo, pues vuestro sainete no necesita excusas. Cuando todos los actores están muertos, no hay á quién echar la culpa. Á fe mía que si el autor de la pieza hubiera hecho de Píramo y se hubiese ahorcado con una liga de Tisbe, habría sido una linda tragedia. Pero con todo, lo es, y muy bien desempeñada. Pero veamos el baile. (*Baile de bufones.*) La campana de media noche ha sonado las doce. Amantes, al lecho. Es casi la hora de las hadas. Temo que dormiremos hasta muy entrada la mañana. Y aunque hemos velado un poco, este desatinado sainete nos ha hecho matar bien el pesado tiempo. Al lecho, amables amigos míos. Durante quince días continuaremos esta festividad, con nocturnos pasatiempos y nuevos festejos. (*Salen.*)

ESCENA II.

Entra PUCK.

PUCK.—Ahora ruje el león hambriento, y aúlla el lobo á la luna; mientras ronca el cansado labrador, abrumado por su ruda tarea. Ahora arden los tizones abandonados, mientras el buho con agudo chillido, hace que el infeliz hundido en la congoja, se acuerde del sudario. Esta es la hora de la noche en que las tumbas se abren del todo para dejar salir los espectros que se deslizan por los senderos del cementerio y de la iglesia; y nosotros, duendes y hadas, huímos de la presencia del sol, siguiendo las sombras como un sueño. ¡Qué alegría la nuestra en este instante! No habrá ni un ratón que perturbe este hogar. Enviaron-

me, escoba en mano, á barrer el polvo detrás de la puerta. *(Entran Oberón y Titania y séquito.)*

OBERÓN.— Brillen alegres luces junto á la lumbre medio apagada. Y cada duende y hada salte tan ligero como el ave sobre los espinos. Y siguiéndome, bailen y canten alegremente.

TITANIA.— Repetid primero esta canción, acompañando cada palabra con melodioso trino. Y con gracia propia de hadas, mano á mano, cantemos y bendigamos este lugar.

CANTO Y BAILE.

Ahora hasta rayar el día,
 habiten aquí las hadas,
 y de las tres desposadas
 bendigamos la mejor.
 La prole que nazca de ella
 será siempre venturosa;
 cada pareja amorosa
 siempre fiel será á su amor.

Ni mostrará tacha alguna
 su descendencia lozana,
 de todas las que importuna
 la naturaleza da.
 Con las gotas del rocío
 consagremos esta casa,
 donde á sus dueños escasa
 nunca la dicha será.

Cantad y bailad ahora
 hasta que raye la aurora. *(Salen.)*

MEDIDA POR MEDIDA

Ilustración de *Friedrich*.
Grabados de *Tegelmeyer*.

PERSONAJES

VICENTE, duque de Viena.
ANGELO, regente, en ausencia del duque.
ESCALO, antiguo noble, colega de Angelo en la regencia.
CLAUDIO, joven señor.
LUCIO, joven calavera.
DOS HIDALGOS.
VARRIO, cortesano del séquito del duque.
EL PREBOSTE de la cárcel.
TOMÁS, }
PEDRO, } Monjes.
UN JUEZ.
CODO, oficial de policía.
ESPUMA, joven frívolo.
UN BUFÓN, criado de la señora Overdone.
ABHORSON, verdugo.
BERNARDINO, prisionero disoluto.
ISABEL, hermana de Claudio.
MARIANA, prometida de Angelo.
JULIETA, amada de Claudio.
FRANCISCA, monja.
LA SEÑORA OVERDONE, casamentera.

SEÑORES, HIDALGOS, GUARDIAS, OFICIALES, ETC.

La acción pasa en Viena.



ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

Aposento del palacio del duque.

EL DUQUE, ESCALO, señores y séquito.

EL DUQUE.

ESCALO!
ESCALO. — ¡ Señor!

EL DUQUE.— Querer explicaros los principios de gobierno parecería en mí vana afectación y discurso inútil, puesto que sé que vuestros propios conocimientos en el arte de gobernar aventajan á todos los consejos é instrucciones que podría daros mi experiencia. No me queda sino dejar que vuestra capacidad al igual de vuestra virtud, obren unidas y de acuerdo. El carácter de nuestro pueblo, las leyes de nuestra ciudad, las formas de la justicia son materias que poseéis tan á fondo, como el más instruido por el arte y la práctica. He aquí nuestro cometido, que quisiéramos

mos ver cumplido puntualmente. (*A un criado.*) Vé á decir á Ángelo que venga. ¿Qué opinión tenéis de su aptitud para reemplazarnos? Porque ya sabréis que le hemos escogido con particular cuidado con objeto de que nos represente en nuestra ausencia; armado con todo el poder de nuestra autoridad, revestido de nuestro amor, depusimos en sus manos todos los órganos del imperio. ¿Qué pensáis de ello?

ESCALO. — Si existe en Viena un hombre digno de ser revestido con tan grande honor, y tan altas funciones, este es el señor Ángelo. (*Entra Ángelo.*)

EL DUQUE. — Hele aquí que llega.

ANGELO. — Siempre sumiso á las voluntades de Vuestra Alteza, vengo á conocer sus órdenes.

EL DUQUE. — Ángelo, tu vida presenta cierto carácter en el cual el observador puede leer toda tu historia. Tu persona y tus talentos no son de tal modo propiedad tuya, que puedas consagrar exclusivamente tu persona á tus virtudes, y tus virtudes á tu persona. El cielo se sirve de nosotros como nosotros de las teas: las encendemos, pero no para ellas; y si nuestras virtudes no irradian de nosotros, seria como si no las tuviésemos. La naturaleza no forma grandes almas, sino para grandes designios; jamás presta una partícula de superioridad como no sea al modo de una diosa interesada que se apropia la gloria del acreedor, y exige el interés y el agradecimiento. Pero dirijo mis reflexiones á un hombre que puede encontrar en sí mismo cuanto de mí pudiera venirle. Así, pues, Ángelo, durante nuestra ausencia, sé en todo como Nos mismo. La vida y la muerte en Viena penden de tus labios y de tu corazón. El respetable Escalo, aunque nombrado primero, es tu segundo. Toma tu nombramiento.

ANGELO. — Mi noble duque, esperad á que el metal de que estoy hecho haya adquirido mejor temple, antes de imprimirle tan noble y augusta imagen.

EL DUQUE. — Basta de evasivas. Sólo después de una elección madura y cuidadosa os hemos nombrado: por tanto, aceptad los honores que os conferimos. Los motivos que apresuran nuestra partida son tan imperiosos que se sobreponen á todo, y no permiten deliberar sobre importantes asuntos. Os escribiremos,



según la ocasión y circunstancias en que nos encontremos; y confiamos que nos diréis todo lo que os acontezca por aquí. Adiós; os dejo á ambos lleno de esperanza en el buen éxito de vuestras funciones.

ANGELO.—Pero al menos, acordadnos, señor, el permiso de acompañaros alguna parte del camino.

EL DUQUE. — Acaso la prisa en que estoy no lo permita; y os aseguro por mi honor, que no tenéis necesidad de gastar escrúpulos: mi poder es la medida del vuestro; podéis reforzar ó mitigar el rigor de las leyes, según lo dicte vuestra conciencia. Dadme la mano.

Quiero partir secretamente: pues si bien amo á mi pueblo, no me gusta exhibirme como espectáculo á sus ojos. Aunque sus aplausos sean lisonjeros, no tengo afición al ruido y los saludos estrepitosos de la multitud; ni creo que el príncipe que los busca, obre con prudencia... Adiós, repito.

ANGELO.—Que el cielo asegure la realización de vuestros designios.

ESCALO.—¡Que él conduzca vuestros pasos, y os traiga feliz!

EL DUQUE.—Os doy las gracias, adiós.

(Sale el duque.)

ESCALO *(á Angelo.)*—Os ruego, señor, que me acordéis una hora de libre conferencia con vos; me importa profundizar todos los deberes de mi puesto: he recibido poderes, pero no estoy bien al corriente de su naturaleza y alcance.

ANGELO.—En el mismo caso me encuentro. Retirémonos juntos, y acaso no tardaremos en satisfacernos sobre este particular.

ESCALO.—Acompaño á Vuestra Señoría. *(Salen.)*

ESCENA II.

Una calle de Viena.

LUCIO y dos hidalgos.

LUCIO.—Si nuestro duque y sus iguales no entran en acomodamiento con el rey de Hungría, ¡ah entonces! todos los duques van á caer sobre el rey.

1.^{er} HIDALGO.—¡Quiera el cielo acordarnos la paz, pero no la del rey de Hungría!

2.^o HIDALGO.—¡Amén!

LUCIO.—Imitáis al pirata devoto que se echó al mar con los diez mandamientos, pero que había borrado uno de la tabla.

2.º HIDALGO.—¿No hurtarás?

LUCIO.—Sí, ese borró.

1.º HIDALGO.—Harto hubiera sido mandar al capitán y á sus compañeros que renunciasen á sus funciones: pues no se embarcan sino para robar. No hay entre todos nosotros un soldado que, en la acción de gracias antes de la comida, saboree la oración que pide la paz.

2.º HIDALGO.—Jamás he oído á ningún soldado desaprobarla.

LUCIO.—Te creo; pues pienso que jamás te has encontrado en lugar alguno donde se dieran las gracias.

2.º HIDALGO.—¿Que no, decís? á lo menos una docena de veces.

1.º HIDALGO.—¿Cómo? ¿en verso?

LUCIO.—En todos los ritmos y en todas las lenguas.

1.º HIDALGO.—Lo creo, y en todas las religiones también.

LUCIO.—Sí. ¿Por qué no? Las gracias son las gracias á despecho de toda controversia; como tú eres un mal sujeto á despecho de toda gracia.

1.º HIDALGO.—En este caso somos dos pedazos de la misma tela.

LUCIO.—Lo concedo; como el terciopelo y el orillo; tú eres el orillo.

1.º HIDALGO.—Y tú el terciopelo; excelente terciopelo, y pieza de primera calidad. Prefiero servir de orillo á una sarga inglesa, que estar cosido como lo estás tú á un terciopelo francés. ¿Hablo discretamente ahora?

LUCIO.—Creo que sí; y por cierto que sientes amargamente tu discurso. Aprenderé según tus deseos á beber á tu salud; pero mientras viva no he de hacerlo después de ti.

1.º HIDALGO.—¡ Ah ! He aquí á madama Dulzura que llega. He comprado en su casa enfermedades hasta la suma de.....

2.º HIDALGO.—¿ Cuánto ?

1.º HIDALGO.—Adivina.

2.º HIDALGO.—¿ Hasta tres mil duros por año ?

1.º HIDALGO.—Y más.

LUCIO.—Una corona francesa de más.

1.º HIDALGO.—Me crees siempre con enfermedades; pero te equivocas: estoy sano.

LUCIO.—Esta palabra no quiere decir en tu caso que disfrutes de buena y vigorosa salud. Estás sano como el tronco de un árbol hueco. Tus huesos están huecos. La impiedad los ha roído. (*Entra la señora Overdone.*)

1.º HIDALGO. — ¡ Hola ! Sepamos: ¿ qué cadera os duele más, molestada por la ciática ?

SEÑORA OVERDONE.—Vaya... vaya... acaban de prender y poner en la cárcel á alguien que vale cinco mil hombres como vos.

1.º HIDALGO.—¿ Quién es él ?

SEÑORA OVERDONE.—¡ Ah ! es Claudio, el señor Claudio.

LUCIO.—¿ Claudio en la cárcel ? No puede ser.

SEÑORA OVERDONE.—Yo sé que puede ser; lo he visto prender; lo he visto conducir; hay más aún; dentro tres días le cortarán la cabeza.

LUCIO.—Pero, dejando á un lado esta broma, no querría que fuese verdad: ¿ estás segura de ello ?

SEÑORA OVERDONE.—Estoy más que segura; y eso por haber dado un hijo á la señora Julieta.

LUCIO.—Créeme, eso podría ser muy bien. Me había prometido venir hace ya dos horas, y siempre ha sido exacto en cumplir su palabra.

2.º HIDALGO.—Por otra parte, sabéis que eso se relaciona algo con la conversaci3n que habíamos tenido acerca de esto.

I.^{er} HIDALGO.—Sobre todo, está de acuerdo con la ordenanza que se ha publicado.

LUCIO.—Partamos: vamos á averiguar la verdad del hecho. (Salen.)

SEÑORA OVERDONE (*Sola*).—Así, gracias á la guerra, al cadalso, á la miseria, me encuentro casi sin clientela. (*Entra el bufón.*) ¿Y bien, qué nuevas hay?

EL BUFÓN.—Allá llevan un hombre á la cárcel.

SEÑORA OVERDONE.—Sí; ¿qué ha hecho?

EL BUFÓN.—Una mujer.

SEÑORA OVERDONE.—Pero ¿qué delito es el suyo?

EL BUFÓN.—Ha metido la hoz en miés agena.

SEÑORA OVERDONE.—¡Qué! ¿Hay alguna muchacha embarazada por culpa suya?

EL BUFÓN.—No: pero convirtió en mujer á una doncella. ¿No habéis oído hablar de la ordenanza?

SEÑORA OVERDONE.—¿Qué ordenanza, hombre?

EL BUFÓN.—Que todas las casas de los arrabales de Viena serán echadas abajo.

SEÑORA OVERDONE.—¿Y qué se hará con las de la ciudad?

EL BUFÓN.—Quedarán para semilla: las habrían demolido también, si un prudente vecino no hubiese intercedido en su favor.

SEÑORA OVERDONE.—¿Pero todos nuestros burdeles serán derribados?

EL BUFÓN.—Hasta los cimientos, señora.

SEÑORA OVERDONE.—¡Pues ciertamente que andan trocadas las cosas en el municipio! ¿Qué va á ser de mí?

EL BUFÓN.—Vamos, no temáis nada; á los buenos procuradores no les faltan clientes. Aunque mudéis de lugar, no tenéis necesidad de mudar de estado; yo seré siempre vuestro siervo. Vamos, valor; se apiadarán de vos; pues habiendo gastado y casi perdido vuestros ojos en el servicio, no dejarán de tomarlo en consideración.

SEÑORA OVERDONE.—¿Qué tenemos que hacer aquí? retirémonos, Tomás Tapster.

EL BUFÓN.—Allá va el señor Claudio á quien conduce á la cárcel el preboste, y ahí tenemos á madama Julieta. (Salen.)

ESCENA III.

Entran el PREBOSTE, CLAUDIO, JULIETA y OFICIALES,
LUCIO y DOS HIDALGOS.

CLAUDIO (*al preboste*).—¿Amigo, por qué me dais así en espectáculo al público? Conducidme á la cárcel donde debo estar encerrado.

EL PREBOSTE.—No es que os quiera mal; obedezco á una orden especial del señor Ángelo.

CLAUDIO.—Así, este semidiós Autoridad, nos hace pagar nuestro delito al peso: ¡tales son los decretos del cielo! Hiere á quien quiere, perdona á quien quiere; y siempre es justa.

LUCIO.—¡Pues qué, Claudio! ¿Cuál es la causa de esta prisión?

CLAUDIO.—La mucha libertad, Lucio mío, la demasiada libertad. Como la intemperancia es madre del ayuno, la libertad que degenera en licencia pára en la cárcel. Así como los ratones se engolosinan con el veneno que los mata, nuestra naturaleza persigue ávidamente el mal propósito, y al disfrutarlo perecemos.

LUCIO.—Si pudiese hablar tan sesudamente durante mi arresto, enviaria á buscar á ciertos acreedores míos; pero, á decir verdad, prefiero los excesos de la libertad á la moralidad del cautiverio. ¿Cuál es tu crimen, Claudio?

CLAUDIO.—Sería cometerlo de nuevo el hablar de él.

LUCIO.—¿Qué, es un asesinato?

CLAUDIO.—No.

LUCIO.—¿Un atentado al pudor?

CLAUDIO.—Puedes llamarlo así.

EL PREBOSTE.—Vamos, señor, fuerza es que sigamos.

CLAUDIO.—Una palabra más, amigo mío. (*Habla á Lucio aparte.*) Lucio, palabra.

LUCIO.—Ciento, si pueden hacerte algún bien. ¿Pero es verdad que tanto se persiga el escándalo?

CLAUDIO.—He aquí lo que me ocurre. Sobre la fe de un contrato formal, he adquirido posesión del lecho de Julieta. La conoces; es mi esposa legítima; y si nos falta el haberlo declarado así por medio de las ceremonias exteriores, fué solamente por conservar una dote, que existe en el cofre de sus padres, á quienes hemos creído deber ocultar nuestro amor, hasta que el tiempo los reconciliase con nosotros. Pero la desgracia quiere que el secreto de nuestra unión se lea en caracteres demasiado visibles sobre la persona de Julieta.

LUCIO.—¿Un niño, quizás?

CLAUDIO.—¡ Ah! sí, desgraciadamente; y el nuevo ministro que reemplaza al duque... no sé si por culpa del brillo de la novedad; ó porque el cuerpo del Estado sea el caballo en que cabalga el gobernador, quien, nuevo en la silla, y para hacerle conocer su imperio, le hace sentir la espuela desde luégo; ó porque la tiranía está ligada con la dignidad, ó bien con el hombre que la ejerce... no acierto á decirlo... El caso es que el nuevo gobernador acaba de resucitar todas las viejas leyes penales que estaban suspendidas en la pared como una armadura mohosa, desde tanto tiempo há, que el zodiaco había dado ya diez y nueve veces su vuelta, sin que ninguna de ellas hubiese sido puesta en ejecución; y hoy para hacerse un nombre, viene á aplicar contra mí estos decretos aletargados y descuidados tanto tiempo. Sin duda lo hace para adquirir fama.

LUCIO.—Estoy seguro de que sí; y tu cabeza está tan

poco firme sobre tus hombros, que el suspiro de una lechera enamorada bastaría á derribarla. Manda un recado al duque y apela á él.



CLAUDIO.—Lo he hecho ya; pero no se le puede encontrar.—Ruégote, Lucio, que me hagas un servicio: hoy mi hermana debe ingresar en un convento, y comenzar su noviciado. Hazle conocer el peligro de mi posición; implórala en mi nombre; ruégala que gane la amistad del severo ministro; dile que intente ella misma sondear su corazón. Fundo sobre esto grandes esperanzas; pues tiene su edad un lenguaje mudo y persuasivo, hecho para conmover á los hombres: además posee feliz talento cuando quiere emplear su natural elocuencia, y es muy capaz de persuadirle.

LUCIO.—Ruego al cielo que lo consiga; tanto para la

salvación de otros como tú, que sin eso, tendrían que sufrir penas rigurosas, como para conservarte la vida, que sentiría perudieses tan locamente en este lance amoroso. Voy á buscarla.

CLAUDIO.—Te doy las gracias, buen amigo Lucio.

LUCIO.—Dentro dos horas...

CLAUDIO.—Vamos, preboste, partamos. (Salen.)

ESCENA IV.

Un monasterio.

Entran EL DUQUE y EL MONJE TOMAS.

EL DUQUE.—No, venerable padre; abandonad esta idea; no creáis que la débil flecha del amor pueda atravesar un pecho firme. El pedir os un asilo secreto tiene un fin más serio y grave que los proyectos y las empresas de la fogosa juventud.

EL MONJE.—¿Puede explicarse Vuestra Alteza?

EL DUQUE.—Mi santo padre: nadie sabe mejor que vos cuánto he amado la vida retirada, y lo poco que me cuido de frecuentar las reuniones en que imperan la juventud, el lujo y la necia baladronada. He confiado al señor Ángel, hombre de virtud rígida y de costumbres austeras, mi absoluto poder y mi propia representación en Viena. Me supone viajando en Polonia; pues he tenido cuidado de hacer esparcir este rumor en el pueblo, y es lo que creen. Ahora, padre mío, ¿vais á preguntarme por qué procedo así?

EL MONJE.—De buena gana, señor.

EL DUQUE.—Tenemos estatutos rigurosos y leyes severas (frenos necesarios para corceles fogosos), que hemos dejado dormir desde hace diez y nueve años, como un león viejo en su cueva, que no sale ya á buscar presa. Como el haz amenazador de varillas de mimbre

que un padre indulgente ha formado para atemorizar con su vista á sus niños, mas no para servirse de él, llega á ser al fin objeto de burla más que de temor; sucede ahora con nuestros decretos, que muertos para el castigo han muerto también para sí mismos. La licencia hace mofa y escarnio de la justicia; el niño de pecho golpea á su nodriza y se pierde toda noción de decoro.



EL MONJE.—Dependía de Vuestra Alteza desatar los lazos que ataban á la justicia, cuando lo tuviese á bien; y habría parecido esto más terrible en vos que en el señor Ángelo.

EL DUQUE.—Temo que lo hubiese sido demasiado. Puesto que es culpa mía haber dado á mi pueblo tanta libertad, sería una tiranía herirlo y castigarlo cruelmente por aquello que he provocado yo mismo; pues es provocar los crímenes dejarles libre curso, sin re-frenarlos con el castigo. He aquí, padre, por qué he encargado á Ángelo este empleo; puede, al abrigo de mi nombre, herir al abuso en el corazón, sin que se comprometa mi carácter que no estará expuesto á la censura. Con ánimo de observar su administración, quie-

ro, bajo el hábito de uno de vuestros hermanos, atender á la vez al ministro y al pueblo. Así, os ruego que me deis un hábito de vuestra orden, y me expliquéis cómo debo conducirme para guardar la apariencia de un verdadero religioso. Os daré en ocasión más holgada otras razones de mi conducta: ahora, escuchad solamente ésta.—Ángelo es austero y muy precavido contra la envidia; apenas confiesa que su sangre circula, ó que le gusta más el pan que las piedras; por lo cual hemos de ver si el poder muda el carácter, y qué son en realidad nuestros hombres. (Salen.)

ESCENA V.

Un convento de monjas.

ISABEL, FRANCISCA, después LUCIO.

ISABEL.—¿Son esos, religiosas, todos vuestros privilegios?

FRANCISCA.—¿No son bastante amplios?

ISABEL.—Ciertamente que sí, y no quiero decir que desee más: al contrario, anhelaría que rigiese á la comunidad de las hermanas de Santa Clara más estrecha regla.

LUCIO (*fuera*).—¡Hola! ¡Que la paz sea en estos lugares!

ISABEL.—¿Quién llama?

FRANCISCA.—Es la voz de un hombre. Querida Isabel, dad vuelta á la llave y averigüad lo que quiere; vos lo podéis y yo no; no habéis pronunciado aún los votos; cuando lo hayáis hecho, no os será permitido hablar á los hombres sino en presencia de la superiora; y entonces si les habláis, no debéis mostrar vuestro rostro; ó si mostráis vuestro rostro, no debéis hablar.—Llaman aún; os ruego que le atendáis. (*Entra Lucio.*)

ISABEL.—¡Paz y felicidad! ¿Quién llama?

LUCIO.—Salud, virgen, si lo sois, como esas rosadas mejillas lo anuncian á las claras. ¿Podéis hacerme el servicio de presentarme á Isabel, novicia en este monasterio, y amable hermana de su desgraciado hermano Claudio?

ISABEL.—¿Por qué decís su desgraciado hermano? Permitidme esta pregunta, tanto más cuanto que os debo declarar ahora ser yo esta Isabel, y hermana suya.

LUCIO.—Amable y bella novicia, vuestro hermano os dice mil cariños; y para no cansaros, os diré que está en la cárcel.

ISABEL.—¡Oh desgraciada! Ah! ¿por qué?

LUCIO.—Por una acción que á ser yo su juez le valdría gratitud en vez de castigo: tuvo un niño de su buena amiga.

ISABEL.—¡Señor, no os burléis de mí!

LUCIO.—Es la verdad.—No querría (aunque sea mi pecado favorito el imitar al avefría con las niñas, y hablarles continuamente de chanza) tomarme esta licencia con todas las vírgenes. Os considero como un objeto consagrado al cielo y santificado; como un espíritu inmortal por vuestra renuncia del mundo, y al cual es preciso hablar con sinceridad como á una santa.

ISABEL.—¡Así profanáis la santidad, burlándoos de mí!

LUCIO.—No lo creáis. Brevemente y con toda verdad, he aquí el hecho: vuestro hermano y su amante han mantenido hasta ahora secretas relaciones; y como es natural que la estación de las flores traiga á sazón la cosecha, así anuncia su seno tan feliz cultivo.

ISABEL.—¿Ha comprometido acaso el honor de alguna doncella? ¿Será esta mi prima Julieta?

LUCIO.—¿Es vuestra prima?

ISABEL.—Por adopción; como las jóvenes colegialas cambian sus nombres por amistad.

LUCIO.—Ella es.

ISABEL.—¡Oh! Pues entonces que se case con ella.

LUCIO.—En eso está el quid. El duque ha salido de esta ciudad de extraña manera; ha tenido á varios hidalgos, á mí entre otros, con la esperanza de tomar parte en la administración; pero sabemos por los que conocen el corazón del gobierno, que los rumores que ha esparcido estaban á una distancia infinita de sus verdaderos designios. En su lugar, y revestido con toda su autoridad, el señor Ángelo gobierna al Estado; pero este es hombre, que tiene sangre de horchata, y no siente jamás el punzante aguijón ni el movimiento de los sentidos, sino que embota y amortigua su natural ímpetu con los trabajos del espíritu, el estudio y el ayuno.—Para intimidar el abuso y la licencia que por largo tiempo han campeado en presencia de la horrible ley, como ratones cerca de un león, ha desenterrado un edicto cuyas rigurosas disposiciones condenan á muerte á vuestro hermano: Ángelo lo ha hecho prender en virtud de esta ley; y sigue literalmente todo el rigor del estatuto para hacer en Claudio un ejemplar castigo. Toda esperanza está perdida, á menos que tengáis el poder de doblegar á Ángelo con vuestros ruegos, y esta es la comisión que me trae aquí.

ISABEL.—¿Tan enconado está contra la vida de éste?

LUCIO.—Ya ha pronunciado su sentencia; y, por lo que oigo decir, el preboste ha recibido la orden para su ejecución.

ISABEL.—¡Ah! ¿Pero qué puedo hacer yo por él, desventurada?

LUCIO.—Probad vuestro poder.

ISABEL.—¡Mi poder! ¡Ay! lo dudo...

LUCIO.—Nuestras dudas son traidores, que con frecuencia nos hacen perder el bien que habríamos podi-

do ganar, con el temor de intentarlo. Id á buscar al señor Angelo, y que aprenda de vos que cuando una doncella implora, los hombres son generosos como dioses; pero que cuando llora y se arrodilla, todo lo que pide es tan suyo como de aquellos que lo poseen.

ISABEL.—Veré lo que puedo hacer.

LUCIO.—Pero, sin demora.

ISABEL.—Voy á ocuparme en ello al momento; y no tomaré sino el tiempo necesario para poner en conocimiento de nuestra madre este asunto. Os doy mil gracias por todo, recordadme á mi hermano; esta noche, temprano, enviaré la respuesta con el resultado.

LUCIO.—Adios, señora.

ISABEL.—Mi buen señor, adios.

(Salen.)





ACTO II.

ESCENA I.

Aposento en la casa de Angelo.

Entran ANGELO, ESCALO, un JUEZ, el PREBOSTE, oficiales y séquito.

ANGELO.

Es necesario que no hagamos de la ley un espantajo para atemorizar á las aves de rapiña, hasta el punto de que, viendo su inmovilidad, se acostumbren á encaramarse sobre el objeto mismo destinado á infundirles terror.

ESCALO.—Tenéis razón; no obstante, bueno es que afilemos la cuchilla de la ley para herir ligeramente, más bien que para dar golpes mortales. ¡ Ah ! ese hidalgo á quien querría salvar era hijo de un hombre honrado. Dignaos considerar, vos á quien creo virtuosísimo, que en la efervescencia de vuestros propios afectos, si la ocasión hubiese coincidido con el lugar, ó el lugar con el deseo, y que para obtener el objeto de vuestro

anhelo hubiese bastado el impulso irresistible de la sangre, sin duda hubiérais incurrido en la misma falta por la cual le condenáis hoy, y atrajeráis la ley sobre vos.

ANGELO.—Una cosa es ser tentado, Escalo, otra cosa sucumbir. No niego que un jurado que condena á muerte á un preso, puede contar en los doce jueces que le componen uno ó dos ladrones más culpables que el hombre á quien juzgan; pero la justicia sólo se apodera del crimen cuando es posible juzgarlo. ¿Qué importa á las leyes el que ladrones juzguen á ladrones? Nos bajamos á recoger la joya que encontramos; pero hollamos la que no vemos, sin pensar jamás en ello. No debéis excusar tanto su falta por que yo hubiese podido cometerlas semejantes; decid más bien que, cuando yo que lo condeno, cayese en la misma ofensa, mi juicio serviría para aplicarme al instante la pena de muerte, y que ninguna parcialidad podría intervenir. Fuerza es que muera.

ESCALO.—Sea lo que decidáis.

ANGELO.—¿Dónde está el preboste?

EL PREBOSTE.—Estoy á vuestras órdenes.

ANGELO.—Que Claudio sea ejecutado mañana temprano, á las nueve; llevadle su confesor, y que se prepare á morir, pues ha llegado al término de su peregrinación. *(Sale el preboste.)*

ESCALO.—Vamos, ¡que el cielo lo perdone y que nos perdone á todos! Algunos prosperan con el crimen, otros son víctimas de la virtud. Hay quienes tienen todos los vicios, y no responden de ninguno; otros son condenados por una sola falta.

(Entran Codo, Espuma, el Bufón, oficiales de justicia.)

CODO.—Vamos, llevadle: si son gentes buenas para un Estado, las que no hacen sino cometer abusos en los burdeles, digo que no conozco las leyes. Que los lleven.

ANGELO.—¡Qué hay! señor, ¿cuál es vuestro nombre? ¿y de qué se trata?

CODO.—Con el beneplácito de Vuestra Grandeza, soy oficial de policía del duque, y mi nombre es Codo. Descanso en la justicia, señor, y traigo ante Vuestra Grandeza dos insignes *bienhechores*.

ANGELO.—¿Bienhechores? ¡Y bien! ¿qué clase de bienhechores son esta gente? ¿No son malhechores?

CODO.—Con el beneplácito de Vuestra Grandeza, no sé muy bien lo que son; pero estoy seguro de que son verdaderos pillos, exentos de todas las *profanaciones mundanas*, deber de todo buen cristiano.

ESCALO.—No es mal principio; ¡vaya un oficial sensato!

ANGELO.—Proseguid: ¿de qué especie son estos dos hombres? ¿Codo es vuestro nombre? ¿por qué no habláis, Codo?

EL BUFÓN.—No puede, señor; tiene agujereado e codo.

ANGELO (*al Bufón*).—¿Quién sois?

CODO.—¿Él, señor? un mozo de taberna, un mueble al servicio de una mujer de malas costumbres, cuya casa, señor, ha sido, como se dice, destruída en los arrabales; y hoy tiene un establecimiento de baños, que, creo, es también de mala fama.

ESCALO.—¿Cómo sabéis eso?

CODO.—Mi esposa, señor, que *detesto*, ante el cielo y ante Vuestra Grandeza...

ESCALO.—¿Cómo, vuestra esposa?

CODO.—Sí, señor, mi esposa, quien, gracias al cielo, es una mujer honrada...

ESCALO.—¿Y por eso la *detestáis*?

CODO.—Digo, señor, que me detestaría á mí mismo, tanto como á ella, si esa casa no es una casa de prostitución, y es lástima, pero es la verdad.

ESCALO.—¿Cómo sabéis eso?

CODO.—¡ Ah! señor, por mi esposa, que si hubiese pecado *cardinalmente* (1), hubiera podido ser acusada de fornicación, adulterio y toda clase de impurezas.

ESCALO.—¿ Por las intrigas de esta mujer?

CODO.—Sí, señor, por la señora Overdone; pero como le ha escupido en el rostro, ella es quien le ha provocado.

EL BUFÓN.—Señor, con permiso de Vuestra Grandeza, esto no es verdad.

CODO.—Probadlo delante de estos *pillos* que están aquí; probadlo, *hombre honrado*.

ESCALO (*á Angelo*).—¿ Oís cómo trueca una palabra por otra?

EL BUFÓN.—Señor, vino estando en cinta, y tenía gana, con perdón sea dicho, de ciruelas cocidas; no teníamos sino dos en la casa, que estaban entonces en un plato de trufas, un plato poco ¿más ó menos de tres cuartos; Vuestras Grandezas han visto esos platos; no son platos de China, pero sí bastante buenos.

ESCALO.—Continúa, continúa: poco importa el plato.

EL BUFÓN.—No, señor, ni una cabeza de alfiler: tenéis razón, señor; pero al hecho. Como decía, esta señora Codo, estando en cinta, como dije, y con el vientre muy hinchado, ha tenido gana, como he dicho, de ciruelas; no había sino dos en el plato, como he dicho; pues el maestro Espuma, que está aquí, se había comido el resto, como he dicho, y digo ahora que pagó como hombre honrado: por cierto que, como sabéis, maestro Espuma, no podré devolveros los tres cuartos.

(1) *Cardinalmente*, carnalmente; este personaje, como se habrá comprendido, suele desfigurar las palabras con su mala pronunciación, y trueca á menudo unas por otras.

ESPUMA.—No, ciertamente.

EL BUFÓN.—Muy bien: estabais pues, si os acordáis, rompiendo las almendras de las antedichas ciruelas.

ESPUMA.—Sí, es verdad, así fuè.

EL BUFÓN.—Vamos, eso es: como os decía, pues, si os acordáis, que tales y tales eran incurables de la enfermedad que sabéis, al menos que no observasen un buen régimen... como os decía.

ESPUMA.—Todo eso es verdad.

EL BUFÓN.—Pues eso es, eso es; entonces...

ESCALO.—Vamos, sois un tonto fastidioso. Al grano. ¿Qué han hecho á la esposa de este Codo, para que tenga razón de quejarse? Decid en seguida lo que se le ha hecho.

EL BUFÓN.—¡Que!... ¿Vuestra Grandeza, no se entera todavía?

ESCALO.—No es tampoco mi intención.

EL BUFÓN.—Pero, señor, con permiso de Vuestra Grandeza ya os enteraréis; y os suplico contempléis al maestro Espuma, que está aquí, señor. Un hombre que tiene ochenta libras de renta al año, cuyo padre ha muerto el día de Todos-santos. ¿No fuè el día de Todos-santos, maestro Espuma?

ESPUMA.—La noche del día de Todos-santos.

EL BUFÓN.—Muy bien: me parece que hasta aquí no miento. Él, señor, estando sentado, como dije, en un taburete... Era en *el Racimo de Uvas*, donde os gustaba sentaros, ¿no es verdad?

ESPUMA.—Sí, me gusta, porque es un cuarto abierto y bueno en el invierno.

EL BUFÓN.—Pues eso es; me parece que no miento.

ANGELO (á Escalo).—Este relato durará toda una noche de Rusia, de las más largas. Voy á despedirme y á dejaros oír su charla, con la esperanza de que encontraréis materia para hacerlos azotar.

ESCALO.—Así lo espero. Salud, señor. (*Sale Angelo.*)

Vamos, amigo, continuad: ¿qué han hecho á la esposa de Codo, una vez más?

EL BUFÓN.—¿Una vez, señor? Nada se le hizo una sola vez.

CODO.—Os ruego, señor, le preguntéis lo que este hombre ha hecho á mi esposa.

EL BUFÓN.—Os ruego, señor, que me lo preguntéis.

ESCALO.—¡Y bien! ¿qué es lo que este hombre le ha hecho?

EL BUFÓN.—Señor, contemplad bien el rostro de este hombre. Mi buen Espuma, mirad á su Grandeza: con buena intención se entiende. ¿Vuestra Grandeza observa su rostro?

ESCALO.—Sí muy bien.

EL BUFÓN.—No, os lo ruego..... observadlo bien.

ESCALO.—¡Y bien! Es lo que hago.

EL BUFÓN.—¿Ve Vuestra Grandeza algo malo en su rostro?

ESCALO.—¡No!

EL BUFÓN.—Si yo estuviera jurando sobre el libro sagrado, diría que su rostro es lo que hay de peor en él. ¡Pues bien! si el rostro es la cosa peor que hay en él, ¿cómo maestro Espuma habría podido hacer mal alguno á la esposa del oficial? Quisiera saberlo de Vuestra Grandeza.

ESCALO.—Tiene razón: ¿qué respondéis á eso?

CODO.—Primeramente, permitidme, la casa es una casa *respetada*; después, este es un hombre *respetado*, y su querida es una mujer *respetada*.

EL BUFÓN.—Por esta mano, señor, su esposa es una persona más *respetada* que todos nosotros.

CODO.—Tunante, mientes; mientes, tunante malvado; el tiempo en que haya sido *respetada* por hombre, mujer ó niño, está por llegar.

EL BUFÓN.—Señor ha sido *respetada* con él, antes de haberla desposado.

ESCALO.—¿Cuál es más sensata aquí, la justicia ó la iniquidad? ¿Es verdad eso?

CODO (*al Bufón.*)—Pillo, tuno, *Anibal* (1) malvado. ¿He sido yo *respetado* con ella antes de casarme con ella? Si jamás he sido *respetado* con ella, ó ella conmigo, que Vuestro Honor no me crea un pobre oficial del duque. Prueba esto, malvado *Anibal*, ó tendré contra ti mi acción de *asalto y vías de hecho!*

ESCALO.—Si os diese una bofetada, podríais ejercitar igualmente vuestra querrela de injuria.

CODO.—¡Oh! Agradezco á Vuestra Grandeza este aviso. ¿Qué es lo que Vuestra Grandeza desea que haga de este malvado pillito?

ESCALO.—Puesto que cometió algunas iniquidades que quisieras descubrir, si pudieras, déjalo continuar como de ordinario, hasta que sepas cuáles son.

CODO.—¡Oh! Agradezco á Vuestra Grandeza este consejo. Ya ves, pillastrón, lo que te sucede ahora: vas á continuar, tunante, vas á continuar.

ESCALO (*á Espuma.*)—¿Dónde habéis nacido, amigo mío?

ESPUMA.—Aquí, en Viena, señor.

ESCALO.—¿Es verdad que tenéis ochenta libras de renta?

ESPUMA.—Sí, con vuestro beneplácito, señor.

ESCALO.—Bien. (*Al Bufón.*) ¿Qué oficio es el vuestro?

EL BUFÓN.—Mozo de taberna, el mozo de una pobre viuda.

ESCALO.—¿El nombre de vuestra ama?

EL BUFÓN.—La Señora Overdone.

ESCALO.—¿Ha tenido más de un marido?

EL BUFÓN.—Nueve, señor. El último la dejó exhausta (2).

(1) *Anibal*, canibal.

(2) Otro juego de palabras intraducible.

ESCALO. — ¡Nueve! Acercáos, maestro Espuma. Maestro Espuma, no quisiera que tuviérais tratos con mozos de taberna; os explotarán, maestro Espuma, y los haríais ahorcar. Idos, y que no oiga hablar más de vos.

ESPUMA.—Doy gracias á Vuestra Grandeza. En cuanto á mí, jamás voy á ninguna taberna, como no me lleven.

ESCALO.—Vamos, basta ya, maestro Espuma; adiós. (*Sale Espuma.*) Venid aquí, señor mozo de taberna; ¿cuál es vuestro nombre, amigo?

EL BUFÓN.—Pompeyo.

ESCALO.—¿Y qué más?

EL BUFÓN.—Calzones, señor.

ESCALO.—Á fe que vuestros calzones son lo que hay de más grande en vos; de manera que, en cierto modo, sois Pompeyo el Grande. Pompeyo, sois un alcahuete, cualquiera que sea el colorido que deis á la cosa, con achaques de mozo de taberna, ¿no es así? Vamos, confesadme la verdad y saldréis ganando.

EL BUFÓN.—Francamente, señor, soy un pobre diablo que desea vivir.

ESCALO.—¿Cómo quisiérais vivir, Pompeyo? ¿Siendo un agente de infamia?... ¿Qué pensáis del oficio, Pompeyo? ¿Es ese un oficio permitido?

EL BUFÓN.—Si la ley quiere permitirlo, señor.....

ESCALO.—Pero la ley no lo permite, Pompeyo, y no será permitido en Viena.

EL BUFÓN.—Vuestra Grandeza va á mutilar á toda la juventud de la ciudad?

ESCALO.—No, Pompeyo.

EL BUFÓN.—¡Pues entonces! señor, según mi pobre opinión, acudirá siempre allí. Si Vuestra Grandeza quiere poner buen orden entre las mozas y los tunos, no tendréis nada que temer de los medianeros.

ESCALO.—Existen bonitas ordenanzas que comienzan á ejecutarse, puedo asegurároslo; una bicoca; va en ello la cabeza.

EL BUFÓN.—Si ahorcáis y decapitáis á todos los que cometen este pecado, solamente durante diez años, haríais muy bien en dar un edicto para que buscasen luégo cabezas. Como esta ley se ejecute en Viena, apuesto á que he de alquilar la casa más hermosa de la ciudad á tres cuartos por ventana. Si vivís lo bastante para ver eso, decid: Bien me lo predijo Pompeyo.

ESCALO.—Mil gracias, buen Pompeyo; y, en recompensa de vuestra profecía, estadme atento:—que no os vuelva á ver delante de mí por ninguna queja; y que no me vengáis á decir que habitáis en la misma casa; si os encuentro allí, Pompeyo, os echaré á golpes hasta vuestra tienda, y seré un rudo César para vos.—Más claro, Pompeyo, os haré azotar; por esta vez, Pompeyo, id con Dios.

EL BUFÓN.—Agradezco á Vuestra Grandeza su buen consejo; pero lo seguiré según decidan la carne y la fortuna..... Azotarme á mí? No, no: que el carretero azote á su rocín. No se arroja á latigazos á un valiente.

(Sale.)

ESCALO.—Acercaos, maestro Codo; venid, maestro: ¿cuánto tiempo hace que ejercéis este empleo?

CODO.—Siete años y medio, señor.

ESCALO.—Ya suponía yo, viendo vuestra habilidad, que hacía algún tiempo que lo ocupabais. ¿No decís siete años enteros?

CODO.—Y medio, señor.

ESCALO.—¡Ay! muchas penas os ha costado. Poco os querrán cuando os encargaron tal oficio; ¿no hay en vuestra guardia hombres en estado de supliros?

CODO.—Realmente, señor, hay pocos que tengan algún talento para esta especie de empleo: se les esco-

ge; pero luego los elegidos me toman á mí por sustituto, y por algunas piezas de plata les sirvo.

ESCALO.—Escuchadme: traedme los nombres de seis ó siete, poco más ó menos, entre los más notables de vuestra parroquia.

CODO.—¿ Á la casa de Vuestra Grandeza, señor?

ESCALO.—Sí, á mi casa. Adiós. (*Sale Codo.*) ¿ Qué hora creéis que sea? (*Al juez de paz.*)

EL JUEZ.—Las once, señor.

ESCALO.—Os invito á comer conmigo.

EL JUEZ.—Humildemente os lo agradezco.

ESCALO.—Mucho me aflige la muerte de Claudio; pero no hay remedio.

EL JUEZ.—El señor Angelo es severo.

ESCALO.—Es una necesidad; la clemencia cesa de serlo cuando se emplea con demasiada frecuencia. El perdón es siempre el padre de un segundo crimen; ¡ pero aun así... desventurado Claudio!—No hay remedio.—Seguidme. (*Salen.*)

ESCENA II.

Otro aposento en la casa de Angelo.

Entran el PREBOSTE y un criado.

EL CRIADO.—Está ocupado en oír un asunto; va á venir en seguida. Voy á anunciaros.

EL PREBOSTE.—Os lo ruego. (*El criado sale.*) Vengo á saber sus órdenes: quizás se deje doblegar. ¡ Ay! su delito es como un crimen en sueño. Á todas las edades, á todas las sectas corrompió este vicio, ¡ y habrá de morir por él! (*Entra Angelo.*)

ANGELO.—¡ Veamos! ¿ qué motivo os trae, preboste?

EL PREBOSTE.—¿ Está resuelto que Claudio muera mañana?

ANGELO.—¿No os he dicho que sí? ¿no tenéis la orden? ¿Por qué venís á preguntármelo segunda vez?

EL PREBOSTE.—Temí obrar de ligero. Excusadme; he visto algunas veces que después de la ejecución, la justicia se ha arrepentido de la sentencia.

ANGELO.—Idos, esto me concierne; haced vuestro deber, ó ceded vuestro puesto; podemos pasar sin vos.

EL PREBOSTE.—Pido perdón á Vuestra Grandeza.—¿Qué haremos de la quejumbrosa Julieta que está muriéndose?

ANGELO.—Conducidla á un lugar más conveniente, y esto sin tardanza. *(Entra el criado.)*

EL CRIADO.—Señor, está aquí la hermana del reo, que pide audiencia.

ANGELO.—¿Tiene una hermana?

EL PREBOSTE.—Sí, señor: una joven muy virtuosa, y pronta á entrar en un convento, si ya no está en él.

ANGELO.—Vamos, que la hagan entrar. *(Sale el criado.—Al preboste.)* Haced que la culpable sea llevada por otra parte; que se le dé lo necesario, pero sin lo superfluo: daré órdenes para esto.

(Entran Lucio é Isabel.)

EL PREBOSTE *(haciendo ademán de retirarse)*.—Que Dios salve á Vuestra Grandeza.

ANGELO.—Esperad aún un momento. *(A Isabel.)* Bienvenida seáis: ¿qué deseábais?

ISABEL.—Ahí tenéis, señor, á una desgraciada que viene á suplicaros. Dignaos escucharme, señor.

ANGELO.—Veamos, ¿cuál es vuestra demanda?

ISABEL.—Un vicio hay que detesto más que otro alguno, y que quisiera ver constantemente perseguido; por desgracia, aunque repugna á mi corazón defenderlo, á ello me fuerza en este instante la necesidad... no lo quisiera... señor... vedme aquí en guerra conmigo misma, queriendo y no queriendo á un tiempo.

ANGELO.—Veamos, ¿de qué se trata?

ISABEL.—Tengo un hermano que está condenado á muerte; ¡cómo rogaros que condenéis su falta, sin condenarle á él!

EL PREBOSTE.—¡Quiera el cielo concederte el dón de conmovertle!

ANGELO.—¡Condenar al crimen y no al criminal! ¡Pero si todo crimen está condenado, aun antes de ser cometido! Mis funciones se reducirían á cero, si sólo diese con las faltas cuya pena está marcada en el código, para dejar escapar á los culpables.

ISABEL.—¡Oh ley justa, pero cruel! ¡Entonces, pierdo á mi hermano! ¡Que el cielo os guarde!

LUCIO.—No renunciéis así: volved hacia él: rogadle; arrojaos á sus plantas; agarraos de su toga: sois muy fría, si le pidiérais sólo un alfiler no podríais hacerlo con más indiferencia; avanzad hacia él, os digo.

ISABEL (*se acerca*).—¿Fuerza es que muera?

ANGELO.—No hay remedio, joven.

ISABEL.—¡Ay! bien podríais perdonarlo, sin que el cielo ni los hombres se quejaran de este perdón.

ANGELO.—No quiero hacerlo.

ISABEL.—¿Pero, lo podríais si quisiérais?

ANGELO.—Lo que no quiero hacer no lo puedo hacer.

ISABEL.—¿Pero podríais hacerlo sin perjudicar á nadie en el mundo, si vuestro corazón sintiera por él la misma piedad que yo?

ANGELO.—Su sentencia está pronunciada; es demasiado tarde.

LUCIO (*bajo á Isabel*).—Sois muy fría.

ISABEL.—¡Demasiado tarde! No; con sólo una palabra puedo revocarla. Pensad que ni la pompa á los grandes, ni la corona al monarca, ni la cuchilla al ministro ni el báculo al mariscal, ni la toga al juez, nada les sienta tan bien como la clemencia. Si él estuviese en vuestro lugar y vos en el suyo, reo como él



LUCIO. — ...rogadle, arrojaos á sus plantas...

THE
UNIVERSITY OF
MICHIGAN LIBRARY

de su falta no habría sido tan desapiadado como vos.

ANGELO.—Retiráos por Dios.

ISABEL.—Ojalá el cielo me hubiese dado vuestro poder, y fuérais vos Isabel. ¿Sería entonces lo mismo? No. Entonces os probaría lo que es ser juez y lo que es ser prisionero.

LUCIO.—Bien; habladle de él, que este es el punto vulnerable.

ANGELO.—Vuestro hermano está condenado por la ley; habláis en vano.

ISABEL.—¡Ah! Todas las almas que han existido han sido condenadas, y Dios que hubiera podido vengarse con más justicia, halló un arbitrio para salvarlas. ¿Qué seríais si Aquel supremo juez os juzgara solamente por lo que sois? ¡Oh! pensad en esto, y entonces la clemencia fluirá de vuestros labios, y seréis un nuevo hombre.

ANGELO.—Cesad en vuestras quejas, bella joven; la ley y no yo, condena á vuestro hermano: aunque fuese mi padre, mi hermano ó mi hijo, lo mismo sería para él; es preciso que muera mañana.

ISABEL.—¡Mañana! ¡oh! ¡eso es muy pronto! Perdonadlo, perdonadlo ¡señor! no está preparado para la muerte; hasta para guisarla matamos la caza en su tiempo: ¿serviríamos al cielo con menos miramiento, groseras criaturas? Reflexionadlo, señor: ¿á quién mataron nunca por esta falta? ¡Cuántos la han cometido antes que él!

LUCIO.—Valor, bien dicho.

ANGELO.—No por estar adormecida había muerto la ley. Esos tales no habrían osado cometer este delito, si el primero que la infringió hubiese respondido de su acción; ahora la ley está despierta, observa lo que pasa, y contempla, como en un espejo, los futuros crímenes; los que germinaron hasta ahora, al calor de la indulgencia, prontos á brotar de su capullo, van á ser

sofocados con este acto de severidad; así se esteriliza su acción, antes que nazcan.

ISABEL.—No obstante, ejercitad, señor, alguna piedad.

ANGELO.—La ejercito sobre todo con la justicia, pues entonces tengo piedad de hombres que no conozco, y á quienes envenenaría el crimen cometido; hago justicia á un hombre que, pagando por una acción criminal, no podrá cometer una segunda. No insistáis más: vuestro hermano morirá mañana y es fuerza resignaros.

ISABEL.—Por lo visto, necesario es también que seáis el primero en pronunciar esta sentencia, y él, el primero en sufrirla. ¡Oh! hermoso es tener la fuerza de un gigante; pero es una tiranía usar de ella como tal.

LUCIO.—Bien dicho.

ISABEL.— Si los grandes de la tierra dispusieran, como Dios, del trueno, el más pequeño oficial se ocuparía continuamente en tronar. ¡Cielo misericordioso! Tú, antes herirás con tus saetas la encina nudosa y rebelde al hacha, que al suave mirto; pero el hombre... ¡oh! el hombre... orgulloso... revestido con la autoridad de un momento, él, más ignorante y falible que nadie, de existencia frágil como el vidrio, se complace como un mono enfurecido, en acciones tan extravagantes á la faz del cielo, que hace llorar á los ángeles.

LUCIO.—¡Oh! Seguid estrechándole con ahínco, y se suavizará. Se rinde ya; lo estoy viendo.

EL PREBOSTE.—¡Roguemos al cielo que llegue á doblarlo!

ISABEL.—Ya sé que no es posible la comparación entre vos y mi hermano; los grandes tienen el privilegio de burlarse de los santos; esto que es para ellos un rasgo de ingenio, en sus inferiores parece odiosa profanación.

LUCIO.—Estáis en el buen camino; seguid.

ISABEL.—Lo que suena á chanza en boca del general, parece en la del soldado una blasfemia.

LUCIO.—¿Dónde ha aprendido todo eso? Seguid.

ANGELO.—¿Por qué me aplicáis estas sentencias?

ISABEL.—Porque la autoridad, aunque sujeta á errar como los otros, lleva consigo el bálsamo que cicatriza la herida. Sondéad vuestro pecho; llamad á la puerta de vuestro corazón y preguntadle si es capaz de cometer el crimen de mi hermano. ¿Lo confiesa? pues entonces, que no venga luégo á sentenciar á los demás.

ANGELO (*aparte*).—Habla con tan buen sentido, que sugiere á mi ánimo nuevas ideas. (*A Isabel.*) Adios.

ISABEL.—Aguardad un instante.

ANGELO.—Lo pensaré. Volved mañana.

ISABEL.—Escuchad por qué medios quiero corromperos: aguardad.

ANGELO.—¿Qué decís, corromperme á mí....?

ISABEL.—Sí, con dones que el cielo compartirá con vos.

LUCIO.—De otro modo todo lo habríais echado á perder.

ISABEL.—No con vanos sequines de oro de ley, ni con piedras de incierta tasa, según el valor que les da la fantasía; sino con plegarias fieles que volarán al cielo y entrarán allí antes que los rayos del sol; sí, con las oraciones de las almas preservadas de la corrupción del mundo, y cuyo corazón no está consagrado á la tierra.

ANGELO.—Vamos, venid á verme mañana.

LUCIO (*aparte, á Isabel*).—Retiraos, todo va bien: salid.

ISABEL.—¡Guarde el cielo á Vuestra Alteza!

ANGELO (*aparte*).—Así sea; pues tomo el camino de la tentación, del cual preservan las oraciones.

ISABEL.—¿Á qué hora volveré mañana?

ANGELO.—Cuando queráis, antes de medio día.

ISABEL.—¡Que el cielo preserve á Vuestra Alteza!

(Sale con Lucio.)

ANGELO.—¡Si que el cielo me preserve de ti, y aun de tu virtud! ¿Qué quiere decir esto? ¿Es su culpa ó la mía? ¿Cuál peca más, el tentador ó el que es tentado? ¡Ah! no es ella, no, quien me tienta; soy yo que, expuesto al sol, hago como la carroña, más bien que como la flor, y me corrompo bajo la benéfica influencia de la estación. ¿Puede la modestia ser más peligrosa á nuestros sentidos que la liviandad? ¿Pero qué estoy haciendo? ¿Voy á demoler el templo de la verdad para sembrar el vicio en su lugar?... ¡Qué ignominia! ¿Qué haces, ó quién eres, Angelo? ¿Vas á codiciarla criminalmente por estas mismas cualidades que la hacen virtuosa? ¡Ah! ¡que su hermano viva! Los ladrones están autorizados al pillaje, cuando los mismos jueces roban. ¡Qué! ¿Es que la amo y deseo oirla hablar aún, y alimentarme con la vista de sus ojos? ¿En qué soñaba, pues? ¡Oh astuto enemigo que, para coger á un santo, cebas tu anzuelo con santos! Las tentaciones más peligrosas son aquellas que nos impulsan al crimen con los atractivos de la virtud: jamás la prostituta con sus dos poderosas armas, el arte y la naturaleza, pudo vencer mis sentidos; pero esta niña virtuosa me subyuga enteramente. Hasta este momento cuando veía á los otros amar, me sonreía, y me admiraba de su locura.

(Sale.)

ESCENA III.

Una cárcel.

EL DUQUE en hábito de religioso, EL PREBOSTE.

EL DUQUE.—Salud, preboste, digo... supongo que sois tal.

EL PREBOSTE.—Sí, soy el preboste: ¿qué deseáis buen religioso?

EL DUQUE.—Obligado por mi caridad y por mi santa profesión, vengo á visitar las almas afligidas encerradas en esta cárcel; acordadme el derecho ordinario de verlas é informarme de la naturaleza de sus crímenes, á fin de que pueda administrarles mis socorros espirituales.

EL PREBOSTE.—Haré más si fuere necesario. (*Entra Julieta.*) Aquí tenéis una de mis damas, una muchacha, que, en la hoguera de sus años, quemó su reputación: está en cinta, y el padre de su hijo condenado á muerte; ¡gran muchacho!... más apto para reincidir en su falta que para morir por ella.

EL DUQUE.—¿Cuándo debe morir?

EL PREBOSTE.—Á lo que creo, mañana. (*A Julieta.*) He proveído á vuestras necesidades: esperad un momento, que os acompañarán.

EL DUQUE (*á Julieta*).—¿Os arrepentís, bella niña, de vuestro pecado?

JULIETA.—Sí, y soporto la vergüenza con paciencia.

EL DUQUE.—Os enseñaré los medios de examinar vuestra conciencia, y de probar si vuestro arrepentimiento es sincero ó liviano.

JULIETA.—Con mucho gusto.

EL DUQUE.—¿Amáis al hombre que así os afrentó?

JULIETA.—Sí, tanto como á la mujer que causó su desgracia.

EL DUQUE.—Entonces, consentisteis en la falta.

JULIETA.—Sí.

EL DUQUE.—¿Entonces vuestro pecado ha sido más grande que el suyo?

JULIETA.—Lo confieso y me arrepiento, padre.

EL DUQUE.—Y es justo, hija mía; pero advertid que no os valdrá arrepentiros, porque sintáis vuestra deshonra; este arrepentimiento tendría mucho de egoís-

ta, y para nada interesaría al cielo... argüiría á las claras, que si no le ofendéis, no es por amor sino por temor á la venganza.

JULIETA.—Me arrepiento de mi falta, porque es un pecado, y acepto la vergüenza con gusto.

EL DUQUE.—Perseverad en ello. Vuestro cómplice, por lo que oigo decir, debe morir mañana; voy á visitarlo y á darle mis consejos. ¡Que la gracia del cielo os acompañe! — *Benedicite.* (Sale rezando.)

JULIETA.—¡Morir mañana! ¡Oh injusta ley, que me deja una vida cuyo único consuelo consiste en sufrir á cada instante los horrores de la muerte!

EL PREBOSTE.—¡Es lástima que sea así! (Salen.)

ESCENA IV.

Aposento en la casa de Angelo.

Entra ANGELO.

ANGELO.—Cuanto más me empeño en meditar y rezar, más se extravían mis pensamientos y mis oraciones vagando de objeto en objeto; el cielo sólo alcanza de mí vanas palabras, mientras mi imaginación, sin atender á mi lengua, está fija en su recuerdo. Vaga por mis labios la plegaria, como si no hiciera más que sabrostrarla distraído, y en tanto crece en mi corazón la fatal pasión que lo llena. El Estado cuyos asuntos estudiaba, se ha convertido para mí en un buen libro que, á fuerza de releerle, sólo inspira aversión y fastidio; si, me siento capaz (¡que nadie me oiga!) de trocar este pesado ministerio de que estoy orgulloso, por una pluma liviana, juguete vano del aire. ¡Oh dignidad! ¡oh pompa exterior! ¡Cuántas veces mueves á veneración á los tontos con tus vestidos y tu envoltura, y encadenas las

almas más sabias con falsas apariencias. ¡Carne, no eres sino carne! Inscribid, *buen ángel*, en el asta del diablo, y dejará de ser la cimera del diablo. (*Entra un criado.*) Quién anda por ahí?

EL CRIADO. — Una muchacha llamada Isabel, una hermana que desea hablaros.

ANGELO. — Enseñala el camino. (*Sale el criado.*) — (*Solo.*) ¡Oh cielo! ¿por qué toda mi sangre refluye á mi corazón, privando á todos mis órganos del conveniente resorte! La multitud insensata se agrupa al rededor de un hombre que se desvanece; y con achaque de socorrerle, le roba el aire que lo reanimaría; del propio modo los súbditos de un monarca amado olvidan sus papeles, é impulsados por respetuosa afeción, se agrupan en su presencia cuando el amor inconsiderado va necesariamente á parecer una injuria.

(*Entra Isabel.*)

ANGELO. — ¿Qué hay? ¡bella joven!

ISABEL. — He venido á saber vuestra resolución.

ANGELO. — Preferiría que la adivinarais, sin obligarme á decirla. No es posible salvar á vuestro hermano.

ISABEL. — Siendo así, que el cielo os guarde.

(*Va á salir.*)

ANGELO. — Y no obstante puede vivir todavía, y podría suceder que viviese tanto tiempo como vos ó yo... Pero es necesario que muera.

ISABEL. — ¿Por vuestra sentencia?

ANGELO. — Si...

ISABEL. — ¿Cuándo?... os lo suplico, á fin de que, en la tregua más ó menos breve que le sea acordada, pueda prepararse para salvar su alma.

ANGELO. — ¡Oh! No haya perdón para estos vicios vergonzosos! Tanto valdría perdonar al que hurta á la naturaleza un hombre ya formado, como á la insolente voluptuosidad de aquellos que arrojan la imagen del Creador en los moldes prohibidos por el cielo: no es

más culpable cortar pérfidamente una vida formada legítimamente, que arrojar metal en los vasos prohibidos para crear una vida ilegítima.

ISABEL.—Tales son las leyes del cielo, pero no las de la tierra.

ANGELO.—¿Qué estáis diciendo? Fácil me será confundiros. ¿Qué preferís? Que la justicia condene á vuestro hermano, ó rescatar su vida con la deshonra, como su cómplice?

ISABEL.— Señor, creedme, prefiriera sacrificar mi cuerpo á mi alma.

ANGELO.—No hablo de vuestra alma; los pecados que la necesidad nos obliga á cometer, no hacen más que aumentar su número, sin cargarnos más.

ISABEL.— ¿Qué decís?

ANGELO.—No, no..... digo mal..... pues podría dar razones contra lo que acabo de decir. Pero respondedme: — yo, que soy la voz de la ley escrita, pronuncio contra vuestro hermano una sentencia de muerte: ¿no habría caridad en un pecado que salvase su vida?

ISABEL.—Ah! dignaos hacerlo: yo cargo con la responsabilidad; esto no sería un pecado sino un acto de clemencia.

ANGELO.— Si quisiérais hacerlo vos misma con peligro de vuestra alma, el peso del pecado y el de la caridad serían iguales.

ISABEL.— Oh! ¡si pedir la vida de mi hermano es un pecado, hacedme, cielo, soportar todo su peso! y si es en vos un pecado el ceder á mi solicitud, todas las mañanas rogaré á Dios para que esta falta sea agregada á las mías y vos no tengáis que responder de nada.

ANGELO.—No. Escuchadme: vuestra idea no sigue el sentido de la mía; ó sois ignorante, ó afectáis serlo por astucia, lo cual no parece bien.

ISABEL.— Poco me importa ser ignorante y llena de

defectos en todo, con que no me falte la humildad de reconocerlo.

ANGELO.—Acusándose á sí misma, intenta á veces la prudencia alcanzar mayor brillo; como las caretas negras proclaman la belleza que ocultan, diez veces más alto que no podría hacerlo el rostro descubierto. Pero oídmeme, Isabel; para ser bien comprendido voy á hablar más claro: vuestro hermano debe morir.

ISABEL.—Sí.

ANGELO.—Y su delito es tal que debe sufrir la pena impuesta por la ley.

ISABEL.—Es verdad.

ANGELO.—Suponed que no haya otro medio para salvar su vida (bien que no consienta yo en este medio, ni en ningún otro; me valgo solo de una suposición), que entregar vos el tesoro de vuestra belleza al hombre que pudiera libertarle ya por su elevado puesto, ya por su influencia cerca del juez... decidme ¿que haríais?

ISABEL.—Haría por mi pobre hermano todo lo que haría por mí misma: quiero decir, que si yo estuviese condenada á muerte, llevaría las señales dolorosas del látigo, como rubies, y me desnudaría de todo para ir á la muerte, como á un lecho deseado, antes que ceder mi cuerpo á la deshonra.

ANGELO.—¿En este caso vuestro hermano moriría?

ISABEL.—Y sería el partido más suave; es preferible que muera mi hermano una vez, á morir yo eternamente por salvarle.

ANGELO.—¿Y no seríais entonces tan cruel como la sentencia contra la cual habéis reclamado tanto?

ISABEL.—No hay parentesco alguno entre la ignominia y el perdón; ni la clemencia legítima se parece en nada á un rescate vergonzoso.

ANGELO.—Parecía hace poco que veíais en la ley á un tirano é intentabais probar que la falta de vues-

tro hermano era más bien una locura que un vicio.

ISABEL.—¡ Ah! Perdonadme, señor; sucede con frecuencia que, por alcanzar nuestro deseo, no decimos todo lo que pensamos; excuso un poco el vicio que aborrezco, en favor del hombre á quien amo tiernamente.

ANGELO.—Todos somos frágiles.

ISABEL.—Muera mi hermano si no es feudatario de una servidumbre común, sino heredero y poseedor único de la flaqueza.

ANGELO.—Pero las mujeres son frágiles también.

ISABEL.—Sí, como el espejo donde se miran y que se rompe tan fácilmente como refleja su rostro. Las mujeres! ¡ que el cielo las ayude! Los hombres corrompen su inocencia aprovechándose de su debilidad. Sí, llamadnos diez veces frágiles, pues somos tan tiernas como nuestra complexión, y materia dispuesta á falsas impresiones.

ANGELO.—Soy de vuestro parecer; y, según este testimonio relativo á vuestro propio sexo, permitidme que me explique con más claridad; puesto que supongo que no estamos hechos para tener una fuerza á prueba de todas las faltas. Me fundo en vuestras propias palabras: sed lo que sois, quiero decir, una mujer. Si sois más, dejáis de ser una mujer; si sois mujer (como lo anuncian visiblemente todas las garantías exteriores), mostradlo en este momento, revistiendo el traje que os corresponde.

ISABEL.—No conozco más que un lenguaje, señor; habladme como lo haciais primero.

ANGELO.—Comprendedme claramente... os amo.

ISABEL.—Mi hermano amaba á Julieta, y me decís que es preciso que muera por eso.

ANGELO.—No morirá, Isabel, si me acordáis vuestro amor.

ISABEL.—Sé que vuestra virtud tiene el privilegio de

fingir cierta apariencia de vicio para sorprender á los otros.

ANGELO.—Creedme, por mi honor: mis palabras expresan exactamente mi pensamiento.



ISABEL.—¡ Ah ! Cuánto más os comprenda, más vais á perder en ello. ¡ Pernicioso pensamiento ! ¡ Hipócrita, hipócrita ! Te denunciaré muy alto, Angelo ; cuida- do con lo que dices : firmame dentro de un momento el perdón de mi hermano, ó voy, á voz en grito, á publicar ante el universo quien eres.

ANGELO.—¿ Y quién te creará, Isabel ? Mi nombre

sin mancha, la austeridad de mi vida, mi testimonio contra ti y mi alta gerarquía, tendrán tanta preponderancia sobre tu acusación, que serías ahogada bajo tu propio relato y tildada de embustera. Puesto que empecé, suelto la brida á mi pasión: da tu consentimiento á mis violentos deseos; cesen tus escrúpulos, y este fatigoso rubor incentivo á la codicia. Rescata á tu hermano, entregándome tu amor; de lo contrario ¡ay! no solamente morirá, sino que tu dureza prolongará su muerte con largos tormentos. Dame tu respuesta mañana, ó, lo juro por la pasión que me domina ahora, que me mostraré tirano con él. En cuanto á tus amenazas, dí lo que quieras; mis mentiras tendrán más crédito que tus verdades. *(Sale.)*

ISABEL *(Sola)*.—¿ Á quién llevaré mis quejas? Si volvía á decir esto, ¿ quién me creería? ¡ Oh bocas funestas, armadas de una sola y misma lengua para condenar y para absolver, forzando la ley á plegarse á su voluntad, ligando lo justo y lo injusto á su pasión, para seguirla donde ella quiere! Voy en busca de mi hermano; aunque haya sucumbido al ardor de la sangre, posee un alma tan honrada que, si tuviera veinte cabezas para colocar sobre veinte maderos sangrientos, todas las daría, antes que permitir que su hermana entregase su cuerpo á tan detestable profanación. Vamos, Isabel, vive casta; y tú, hermano mío, muere. Nuestra castidad es más preciosa que la vida de un hermano. Voy á decirle la proposición de Angelo, y á prepararlo á la muerte para bien de su alma.

(Sale.)



ACTO III.

ESCENA PRIMERA.

La prisión.

EL DUQUE, CLAUDIO, el PREBOSTE.

EL DUQUE.—Con que!... ¿esperáis obtener todavía del señor Angelo el indulto?

CLAUDIO.—Los desgraciados no tienen otro consuelo que la esperanza: voy á morir y aún espero.

EL DUQUE.—Mejor es que os dispongáis para la muerte, y así os ha de parecer más dulce lo que viniere. Razonad así con la vida: si te pierdo, pierdo una cosa que sólo estiman los necios. No eres sino un soplo, sometido á todas las influencias de la atmósfera, que aflige á todas horas el cuerpo donde habitas; no eres sino el juguete de la muerte; forcejeas para evitarla y la misma fuga te precipita en sus brazos. Nada hay en ti que sea noble ni grande; todos tus frutos son impureza, nutridos en la corrupción; no tienes ni valor, ni firmeza alguna; pues temes hasta la débil saeta del pobre gusano: tu mejor descanso es el sueño; le invocas á menudo, y, sin embargo, te espanta ¡necio! la

muerte que al cabo no es otra cosa! Ni un solo instante te perteneces, nada tienes tuyo, eres un simple agregado de polvo: no eres feliz, porque ansías siempre lo que no tienes, y lo que posees lo olvidas: jamás te muestras estable y seguro, pues tu naturaleza sigue los extraños caprichos de la luna. Rico, es miseria tu riqueza: semejante al asno encorvado bajo el peso de los rieles de oro, haces con ellos breve jornada, hasta que la muerte viene á descargarle. Ni un amigo cuentas, y el fruto de tus propias entrañas que te llama padre, la misma quintaesencia de tu vida, maldice la gota, las pústulas y el catarro porque no te acaban tan pronto como desea; no tienes ni juventud ni vejez; tu vida es como un sueño de siesta, en que se funden los recuerdos de la mañana y de la tarde. Tus felices abrigos se asemejan á la vejez y mendigan la subsistencia á los ancianos paralíticos, y cuando llegas á viejo y eres ya rico, entonces ya no te quedan ni calor, ni afeciones, ni miembros, ni belleza, para gozar agradablemente de tus tesoros. ¿Qué más? Mil muertes ocultas nos cercan ¡y tememos aún á la que pone término á tan extraños males!

CLAUDIO.—Mucho os agradezco tan sabias reflexiones. Veo que pedir la vida es ansiar la muerte, y que buscando á esta, se encuentra quizás la vida: ¡que venga pues! (Entra Isabel.)

ISABEL.—La paz sea en esta casa, y la gracia celestial la acompañe.

EL PREBOSTE.—¿Quién está ahí? Entrad: este solo deseo merece buena acogida.

EL DUQUE.—Mi querido Claudio, antes de poco volveré á veros.

CLAUDIO.—Mil gracias, padre.

ISABEL (*al preboste*).—Tengo que hablar á Claudio.

EL PREBOSTE.—Bienvenida seáis. (*A Claudio.*) Ahí tenéis á vuestra hermana, señor.

EL DUQUE.—Preboste, una palabra.

EL PREBOSTE.—Tantas como gustéis.

EL DUQUE.—Haced que pueda yo permanecer oculto y escucharles.

(Sale el duque con el preboste, y asiste, invisible, á la continuación de esta escena.)

CLAUDIO.—¡ Qué hay, hermana! ¿ qué consuelo me traes?

ISABEL.—Uno excelente... como todos,... cuando consuelan. El señor Angelo, que tiene sin duda algún asunto pendiente en el cielo, te elige á ti por su embajador y procurador eterno, á lo que parece. Con que, disponte á partir, porque sales mañana.

CLAUDIO.—¿ No queda otro arbitrio?

ISABEL.—Ninguno; como no sea partir en dos el corazón para salvar la cabeza.

CLAUDIO.—Dime, dime ¿ existe algún remedio?

ISABEL.—Sí, hermano, puedes vivir; tu juez muestra una misericordia infernal; si quieres implorarla, salvará tu vida; pero encadenándote para siempre.

CLAUDIO.—¿ En prisión perpetua?

ISABEL.—Sí, precisamente... esto es... en prisión perpetua: te dejará amarrado á un punto fijo, aunque dispusieras del espacio del universo.

CLAUDIO.—¿ Pero de qué modo?...

ISABEL.—Si consientes, quedarás despojado de tu honor para siempre, y completamente desnudo.

CLAUDIO.—Veamos este medio.

ISABEL.—Ah! Claudio, temo que prefieras á tu honor tu vida enfermiza, y des más precio á seis ó siete inviernos de más que á la eterna deshonra. ¿ Tendrías valor para morir? Mira; el horror á la muerte reside sobre todo en el temor; el miserable insecto que muere pisoteado á nuestras plantas, sufre tan crueles congostas como el gigante.

CLAUDIO.—¿ Puedes hacerme este ultraje? ¿ Me crees

tan débil que sea incapaz de osada y valerosa resolución? Si es fuerza que muera, acudiré tan gozoso al encuentro de la muerte, como si fuera mi amada y la estrecharé en mis brazos con arrebató.

ISABEL.—Ah... reconozco á mi hermano en estas palabras... esta voz ha salido de la tumba de mi padre. Sí, debes morir: eres demasiado generoso para conservar tu vida al precio de tales bajezas. Oye... ese ministro, ese hombre, que parece un santo, cuyo grave lenguaje y rostro compungido, aterra á la juventud y hace palidecer sus rosadas mejillas; ese hombre, que hiela de espanto su alegría, como el halcón á la perdiz, es simplemente un demonio; si sacaran de su corazón todo el fango que lo llena, nos parecería un abismo tan profundo como el infierno.

CLAUDIO.—¡Angelo?

ISABEL.—¡Angelo!... Angelo viste la engañosa librea del infierno, que se complace en cubrir á los réprobos con mentidas y brillantes galas. ¿Creerías, Claudio, que con cederle mi virginidad, te libertabas de la muerte?

CLAUDIO.—¡Oh cielo! Eso no es posible.

ISABEL.—Sí, al precio de este crimen detestable, te daría la libertad de ofenderlo aún. Esta misma noche debiera cometer la acción que no nombro por horror; si no, eres ejecutado mañana.

CLAUDIO.—¡Ah! No lo harás.

ISABEL.—Oh! si se tratara sólo de mi vida, la arrojaría para salvarte, con tanta indiferencia como un alfiler.

CLAUDIO.—Gracias, querida Isabel.

ISABEL.—Disponte, Claudio, á morir mañana.

CLAUDIO.—Sí. ¡Pero qué! ¿Tan violentas son sus pasiones que de tal modo osa insultar á la ley?... Cuando así se atreve á violarla, ó no es tan grave mi culpa, por lo visto, ó de los siete pecados capitales este es sin duda el menor.

ISABEL. — ¿Qué quieres decir con eso?

CLAUDIO. — Si por este pecado nos condenáramos, él, tan prudente, ¿quisiera exponerse á una pena eterna? ¡Oh Isabel!

ISABEL. — ¿Però qué estás diciendo?

CLAUDIO. — ¡Ay! hermana mía... que la muerte es muy terrible.

ISABEL. — Y la vida sin la honra, detestable.

CLAUDIO. — Sí... pero morir... irse... no se sabe dónde; yacer en una tumba fría, y podrirse allí; perder este calor vital y dotado de sentimiento, para convertirse en insensible fango, mientras el alma acostumbrada aquí al goce, se bañará en olas ardientes, ó habitará en regiones de espeso hielo, ó aprisionada en los vientos invisibles, pasará arrebatada y sin descanso por los huracanes al rededor de este globo suspendido en el espacio, ó sufrirá aún más horrible suerte de lo que el pensamiento errante é incierto imagina, con mudo grito de espanto; ¡oh! eso es demasiado horrible. La más penosa, la más odiada existencia, que la vejez, la miseria, el dolor ó la prisión puedan imponernos, es un paraíso comparada con la muerte.

ISABEL. — ¡Ay de mí!

CLAUDIO. — ¡Deja que viva, hermana mía! El pecado que cometes para salvarme, lo excusa de tal modo la naturaleza, que lo trueca á veces en virtud.

ISABEL. — ¡Oh bruto salvaje! oh cobarde sin fe! oh desgraciado sin honor! ¿quieres deber la vida á mi deshonor? ¿no es una especie de incesto recibirla en pago de la infamia de tu propia hermana? ¡Ah! ¿Qué debo resolver? ¡Sosténgame el cielo! Creería que mi madre burló á mi padre; no es posible que tan perverso retoño sea hijo suyo. No, no, muere, perece! Me bastaría doblar la rodilla para salvarte, pero no lo haré, no; he de pedir tu muerte con mis plegarias, sin decir una sola palabra en tu favor.

CLAUDIO. — ¡ Ah! oye, Isabel. *(Entra el duque.)*

ISABEL. — ¡ Oh! cesa! cesa! ¡ Qué vergüenza! Tu falta no fué involuntario accidente, sino hábito vicioso: la misma piedad se prostituiría rogando por ti: ¡ vale más que mueras... y cuanto antes!



CLAUDIO. — Ah! dignate escucharme, Isabel!

EL DUQUE. — Permitidme una palabra, señora... una sola palabra.

ISABEL. — ¿ Qué me queréis?

EL DUQUE. — Si pudiéseris disponer de algunos momentos, desearía tener una entrevista con vos, que me parece que no os será inútil.

ISABEL. — No tengo tiempo: el que emplee aquí lo

hurtaré á mis ocupaciones; pero... hablad, si gustáis.

EL DUQUE (*aparte á Claudio.*)—He oído, hijo mío, todo lo que ha pasado entre vos y vuestra hermana. Jamás Angelo ha tenido el proyecto de seducirla; no ha querido sino probar su virtud, con intento, sin duda, de sondear la humana fragilidad, y adquirir con ello la necesaria experiencia; ella, como mujer verdaderamente honrada, se negó noblemente á sus deseos, con lo cual le ha contentado mucho. Soy el confesor de Angelo, y estoy instruido de la verdad de lo que os digo: así preparaos á la muerte: dejad tan vanas y falaces esperanzas; es forzoso que muráis mañana; de rodillas y preparaos.

CLAUDIO.—Dejad que pida perdón á mi hermana. Estoy tan hastiado de la vida, que voy á rogar por que me desembaracen de ella cuanto antes.

EL DUQUE.—Perseverad en esta resolución. Adiós.

(*Sale Claudio.—Entra el preboste.*)

EL DUQUE.—Una palabra, preboste.

EL PREBOSTE.—¿Qué queréis, padre?

EL DUQUE.—Que apenas llegado, salgáis de aquí: dejadme un instante con esta joven: mis intenciones y mi hábito, os fian que no corre ningún riesgo en mi compañía.

EL PREBOSTE.—Sea en buen hora. (*Sale el preboste.*)

EL DUQUE.—La mano que os hizo bella os ha hecho también virtuosa: y si la belleza que se prodiga á vil precio se aja bien pronto perdiendo la honestidad, el pudor, alma de vuestra persona, conservará eternamente vuestra belleza. Quiso la casualidad que llegara á mi conocimiento la vergonzosa proposición de Angelo; y sin los ejemplos que tenemos de la fragilidad humana, mucho me sorprendería en él semejante proceder... pero veamos ahora cómo os arreglaríais para colmar sus deseos y salvar á vuestro hermano.

ISABEL.—Voy, á resolver estas dudas ahora mismo:

prefiero mil veces que muera mi hermano á ser madre de un hijo ilegítimo. ¡Ay! ¡cuanto se engaña el buen duque con Angelo! Si viene y puedo hablarle, yo os juro que le quitaré la careta á su ministro.

EL DUQUE. — Muy justo sería realmente: sin embargo, en el punto á que han llegado las cosas, fácilmente eludirá vuestra acusación. Hasta ahora no hizo más que ponerlos á prueba; estad atenta á mis consejos: el deseo que tengo de hacer el bien me sugiere un remedio. Estoy persuadido que podéis, sin faltar á la honradez, hacer un servicio importante á una señora desgraciada que es digna de él, conservar sin mancha vuestra inocencia, y complacer al duque ausente, si vuelve y se entera de lo ocurrido.

ISABEL. — Descubridme vuestro pensamiento; me siento con valor para hacer cuanto no me parezca reprovable.

EL DUQUE. — La virtud suele ser intrépida, y la pureza no conoce el temor. ¿No habéis oído hablar de Mariana, la hermana de Federico, famoso guerrero que naufragó hace poco?

ISABEL. — He oído nombrar á esta señora, y siempre con elogio.

EL DUQUE. — ¡Pues bien! Angelo debía desposarla; ya se habían dado palabra de casamiento, y hasta habían fijado el día de las bodas; pero ocurrió que en el intervalo del contrato á la celebración del matrimonio, su hermano Federico naufragó, y con él la dote de su hermana. ¡Qué desgracia para esta pobre señora!; pierde á un tiempo un bravo é ilustre hermano, que la amó siempre con la mayor ternura, pierde el nervio de su fortuna, su dote; y con ella, para colmo de males, á su esposo, á este hipócrita de Angelo.

ISABEL. — ¿Es posible? ¡Qué! ¿Angelo la ha abandonado?

EL DUQUE. — Sí; la abandonó á sus lágrimas, sin que

acudiera á enjugarlas con el menor consuelo ; se tragó de un solo golpe sus juramentos, con el pretexto de haber descubierto alguna mancha en el honor de su novia ; la dejó entregada á sus sollozos que arranca aún á su pecho el amor que siente por él ; como el mármol, el llanto de la infeliz le moja pero no le ablanda.

ISABEL.—¡ Ah ! cuánto bien le haría la muerte á esta desgraciada ! ¡ Qué corrupción ! ¡ dejar con vida á este pérfido ! ¿ Pero, qué beneficio pretendéis sacar de todo esto ?

EL DUQUE.—Á vos os sería facil reanudar este roto lazo ; con ello salváis á vuestro hermano, y evitáis la deshonra.

ISABEL.—Veamos cómo.

EL DUQUE.—Mariana conserva todavía en su pecho su primera inclinación ; el injusto y cruel proceder de Angelo, bastante á apagar su amor, no hizo más que aumentar su violencia y poderoso ímpetu, semejante al dique de un torrente. Volved á casa de Angelo ; responded sumisa á su proposición de forma que quede satisfecho ; poneos de acuerdo con él para el logro de todos sus deseos, con sólo estas condiciones : que no estaréis largo tiempo á su lado y que escoja la hora más silenciosa de la noche y un lugar conveniente. Así convenidos, haremos que la desdeñada joven acuda por vos á la cita. Si el secreto de su entrevista se descubre, este descubrimiento podrá determinarle á recompensarla ; y por ese medio, vuestro hermano está salvo, vuestro honor queda intacto, la infeliz Mariana halla por fin su ventura, y arrancamos la máscara á este ministro corrompido, dejándole cubierto de vergüenza. Yo me encargo de instruir á la joven y prepararla para esta estratagema. Si vos atendéis á ella con la natural prudencia que os concedió el cielo, el doble beneficio que va á reportar esta inocente in-

triga, excusará la menor censura. ¿Qué os parece?

ISABEL.—Me parece muy bien y confío en que será esta una buena salida.

EL DUQUE.—El éxito depende en buena parte de vuestra habilidad: daos prisa en visitar á Angelo; si quisiera veros esta misma noche, prometedle que colmaréis su deseo. Voy al instante á San Lucas: allí en una granja solitaria vive la triste Mariana; acudid á mi encuentro, y despachad prontamente con Angelo, á fin de que no tardéis en reuniros conmigo.

ISABEL.—Os doy gracias por estos consuelos. Adiós, padre mío. *(Salen por diferentes lados.)*

ESCENA II.

Una calle delante de la prisión.

Entran el DUQUE, siempre en hábito de religioso. CODO, el BUFÓN, y oficiales de justicia.

CODO.—Vamos, si es fuerza que siga este infame tráfico de hombres y mujeres, como si fueran bestias.....

EL DUQUE.—¡Oh cielo! ¿Qué diablo de hombre es éste?

EL BUFÓN.—Se acabó la dicha en el mundo, el día en que de los dos usureros que había, el más franco y alegre fué arruinado, y el peor de los dos recibió de la ley una bata acolchada para que anduviese caliente y forrada con pieles de zorro y de cordero, para que se convencieran los hombres de que el fraude, como más rico, irá siempre más engalanado.

CODO.—Vaya... seguid andando. Dios os guarde, mi buen Padre-Hermano.

EL DUQUE.—Y á vos también, mi buen Hermano-Padre. ¿En qué os ofendió este hombre?

CODO.—Padre, ha ofendido á la ley; y le creemos también un ladrón; pues le hemos encontrado encima una rara ganzúa que hemos enviado al ministro.

EL DUQUE (*al bufón*).—¡Vaya, miserable alcahuete, largo de aquí! ¿No te da vergüenza vivir del mal que incitas á cometer? ¿No se te ocurre lo que es llenar el estómago ó cubrir tus carnes con los provechos de tan grande abyección? ¿No te dijiste nunca: de sus abominables y brutales tratos, bebõ, me visto y subsisto? ¡Y á esto llamas vida? Enmiéndate, hombre, enmiéndate.

EL BUFÓN.—Verdad que esta vida hiede... hasta cierto punto; no obstante, señor, os probaré...

EL DUQUE.—Ah! si el diablo te probó que podías cometer ese pecado, también te probará que le perteneces. Oficial, llevadle á la cárcel. Mucho tendrán que hacer el castigo y la instrucción por que ese bruto se corrija.

CODO.—Forzoso será que comparezca ante el ministro. Ya le ha dado hace poco una lección: el ministro no puede soportar ningún fautor de escándalo. Si ha de seguir siendo mercader de prostitución, lo mismo da que le vea como que no le vea.

EL DUQUE.—¡Plegue al cielo que fuésemos todos lo que algunos quisieran parecer, y tan exentos de vicios y tan virtuosos como parecemos! (*Entra Lucio.*)

CODO (*al duque*).—Con una cuerda, su cuello parecería vuestra cintura.

EL BUFÓN.—¡Socorro! ¡socorro! aquí viene un hombre honrado y amigo mío.

LUCIO.—¿Qué hay, noble Pompeyo? ¿Cómo así á las plantas de César? ¿Te llevan en triunfo? ¡Qué! ¿se acabaron las estatuas de Pigmaliõ, convertidas de nuevo en mujeres, con que meter la mano en los bolsillos y sacarla repleta de ducados? ¿Qué respondes? ¿Qué dices de ese tono, de ese estilo, de ese método?

Eh! ¿ Se ahogó tu respuesta con la última lluvia? ¿ Qué dices, pobre diablo? ¿ No va ya el mundo como iba, chico? ¿ Estará de moda ahora mostrarse triste y no decir palabra? ¿ Ó cómo, en fin? ¿ Qué se usa ahora?

EL DUQUE.—Siempre lo mismo y aun peor.

LUCIO.—¿ Cómo está mi cara señora, tu ama? ¿ Sigue traficando con... eh?

EL BUFÓN.—Comióse el bien que tenía, y está ahora á dieta.

LUCIO.—Me parece muy puesto en orden y eso debía de ser. ¡ Siempre lo mismo!... Forzosamente había de acabar así: eso debe de ser. ¿ Vas á la cárcel, Pompeyo?

EL BUFÓN.—Sí, por mi fe, señor.

LUCIO.—No me parece mal, Pompeyo. Adiós. Vé, di que yo te he enviado. ¿ Vas por deudas, Pompeyo, ó por qué?

CODO.—Por alcahuete, señor, por alcahuete.

LUCIO.—Vamos, prendedle: justo es que pare en la cárcel, quien ejerce tan infame oficio! Sí, no hay que dudarle, es un alcahuete y de antigua fecha, como que nació tal. Adiós, buen Pompeyo: ya puedes empezar á recomendarle al carcelero, Pompeyo. Vas á ser un buen marido, Pompeyo: cuidarás allí de lá casa.

EL BUFÓN.—Espero que saldréis fiador de mí.

LUCIO.—¡ Yo!... Ah no, no, lo que es yo no haré nada, Pompeyo: no es esta la moda. Todo lo contrario; he de rogar, Pompeyo, que te aprieten las clavijas; si no lo tomas con paciencia, tanto peor para ti. Adiós, bravo Pompeyo. ¡ Dios os guarde, padre!

EL DUQUE.—Y también á vos.

LUCIO.—Y Brígida? ¿ Se pinta todavía, Pompeyo?

CODO (*al bufón.*)—Vamos andando.

EL BUFÓN (*á Lucio.*)—¿ Con que, no queréis ser mi fiador?

LUCIO.—Ni ahora, ni nunca, Pompeyo. (*Al duque.*) ¿ Qué tenemos de nuevo, buen hermano?

Codo (*al bufón*).—Vamos andando; seguidme.

LUCIO.—Á la perrera, Pompeyo... á la perrera... (*Codo, el bufón y los oficiales salen.*) ¿Qué nuevas tenemos del duque, hermano?

EL DUQUE.—No sé nada. ¿Podéis darme alguna?

LUCIO.—Hay quien dice que está con el emperador de Rusia; otros le suponen en Roma; ¿pero adivináis vos dónde está?

EL DUQUE.—No sé absolutamente nada. Esté donde esté, con bien siga.

LUCIO.—Singular locura y extraño capricho, evadirse así de sus Estados y usurpar á los mendigos un oficio que no es el suyo. Bien que Angelo le representa á maravilla en su ausencia, aunque se extralimita un poco á mi juicio.

EL DUQUE.—Hace muy bien.

LUCIO.—Un poco más de indulgencia para con el libertinaje no le sentaría mal: es harto severo en este punto, hermano.

EL DUQUE.—Pero también ese vicio está demasiado esparcido; y sólo el rigor puede extirparlo.

LUCIO.—Sí, es verdad; vicio es de muchos, y cuenta con buenos aliados, pero es imposible extirparlo completamente, hermano, como no se prohíba comer y beber. Dicese que este Angelo no es hijo de mujer ni vino al mundo por las vías ordinarias de la creación; ¿es verdad eso? ¿lo creéis?

EL DUQUE.—¿Cómo vino, pues?

LUCIO.—Algunos pretenden que fué empollado por una sirena. Otros que nació entre dos bacalaos. Lo que hay de cierto, es que tiene la sangre de horchata; de eso estoy tan convencido como de que es un autó-mata impotente.

EL DUQUE.—Estáis muy chancero, por lo visto; y habláis con mucho donaire.

LUCIO.—¿No es una barbaridad quitar la vida á un

hombre por un desliz? ¿ Lo hubiera hecho el ausente duque? Antes que ahorcar á uno por haber engendrado cien bastardos, capaz era de pagarles la nodriza á mil; se reconocía algo inclinado á esta flaqueza y esto le hacía más indulgente.

EL DUQUE. — Jamás oí decir que fuera el duque mujeriego; no iban por ese camino sus inclinaciones.

LUCIO. — Estáis en un error.

EL DUQUE. — No es posible.

LUCIO. — ¿ Quién? ¿ el duque? Preguntad á vuestra vieja, la que mendiga en vuestro nombre, si no acostumbraba el duque á dejar también su ducado en la sonante escudilla. El duque tenía sus caprichos; le gustaba también emborracharse; puedo probaroslo.

EL DUQUE. — Le injuriáis ciertamente.

LUCIO. — Si era yo su íntimo! El duque era hombre muy misterioso y creo adivinar la causa de su retirada.

EL DUQUE. — ¿Cuál puede ser? veamos.

LUCIO. — No; excusadme. Este es un secreto que no ha de salir de mi boca. Lo que sí puedo deciros, es que la gente tenía al duque por muy prudente y...

EL DUQUE. — Y no hay duda que lo era.

LUCIO. — ¡ Cá! Es un hombre muy superficial, ignorante y atolondrado.

EL DUQUE. — Esto en vos será envidia, error ó locura; su propia vida y los negocios en que ha intervenido le aseguran mejor reputación. Que se le juzgue solamente por lo que deponen sus acciones, y parecerá al más envidioso, muy instruido, gran político y buen militar; habláis, por tanto, mal informado; de lo contrario, os ciega la maldad.

LUCIO. — Lo reconozco... vaya... le estimo en mucho.

EL DUQUE. — La amistad habla siempre con más conocimiento de causa, y el conocimiento con más benevolencia.

LUCIO.—Vamos, señor, yo sé lo que sé.

EL DUQUE.—Mucho me cuesta creerlo, puesto que no sabéis lo que decís. Pero si vuelve el duque (como se lo pedimos al cielo), hacedme el favor de repetir lo dicho delante de él. Si hablasteis verdad, tendréis el valor de sostenerlo; estoy obligado á haceros comparecer ante él; ¿vuestro nombre?



LUCIO.—Señor, mi nombre es Lucio, bien conocido del duque.

EL DUQUE.—Os conocerá mejor, si vivo lo bastante para hablarle de vos.

LUCIO.—Mirad que no os temo.

EL DUQUE.—¡Oh! esperáis sin duda que el duque no vuelva, ó me creéis un adversario muy poco peligroso; pero yo os aseguro que algún daño puedo haceros; vais á retractaros de cuanto habéis dicho.

LUCIO.—Seré ahorcado antes; la erráis conmigo,

hermano. Pero no hablemos más en eso. ¿Podéis decirme si Claudio morirá ó no?

EL DUQUE.—¿Por qué ha de morir?

LUCIO.—Eh! por un pequeño desliz. Quisiera que el duque de quien hemos hablado hubiera vuelto. Este ministro eunuco despoblará las provincias á fuerza de continencia. Fuerza será que los gorriones no edifiquen sus nidos bajo los techos de su casa si quieren evadir el castigo. El duque al menos castigaría en secreto los crímenes secretos, sin traerlos nunca á la luz del día. ¡Cuánto celebraría que estuviese de vuelta! Adiós, buen padre; no me olvidéis en vuestras oraciones. El duque, os lo repito, comerá cordero los viernes; y aunque ha pasado su edad, no le parecería mal retozar un poco. Decid que lo digo yo. Adiós. *(Sale.)*

EL DUQUE.—No hay entre los mortales potencia ni grandeza que puedan escapar á la censura; la calumnia que hiere por la espalda, se atreve siempre á la más pura virtud. ¿Qué monarca será bastante poderoso para mellar el filo de una lengua maldiciente? ¿Pero, quién llega?

(Entran Escalo, el preboste, la señora Overdone, y oficiales de justicia.)

ESCALO.—Vamos, llevadles á la cárcel.

SEÑORA OVERDONE.—Caro señor, sed bueno para conmigo; ¡dicen que sois tan misericordioso, mi buen señor!

ESCALO.—¡Cómo! Después de haber reincidido una y otra vez en el mismo delito!... Me parece que hay bastante para obligar á la misericordia á abdicar y trocarse en tiranía.

EL PREBOSTE.—Pensad, señor, que hace once años que ejerce su oficio, os lo aseguro.

SEÑORA OVERDONE.—Señor, todo se debe á la delación de cierto Lucio contra mí: tuvo relaciones con la Keepdown en tiempo del duque, y ahora le ha prome-

tido casarse con ella ; su hijo cumplirá un año y tres meses el día de san Jacobo y san Felipe. Yo misma se lo crié, y ahora el muy infame me paga tantos favores con esa delación.

ESCALO.—¡Este hombre es un libertino! Que se le haga comparecer ante nos. Llevadla á la cárcel: Id, basta de palabras. (*Los oficiales conducen á la Sra. Overdone.*) Preboste, mi hermano Angelo no quiere revocar su sentencia ; Claudio ha de morir mañana ; cuidad de que no le falten confesores, y nada de lo que aconseja la caridad, para disponerlo á su suerte. Si mi hermano oyera las súplicas de mi corazón, no llegaría Claudio á tal extremo.

EL PREBOSTE.—Permitidme, señor, que os advierta que este religioso le ha visitado ya, y le dispuso á morir.

ESCALO.—Buenas tardes, padre.

EL DUQUE.—Que la felicidad y la virtud os acompañen siempre.

ESCALO.—¿ De dónde sois ?

EL DUQUE.—No soy de este país, aunque la casualidad me haya traído aquí por una temporada. Soy fraile de la orden recientemente enviada por el Papa, y encargado por su Santidad de un asunto particular.

ESCALO.—¿ Qué hay de noticias ?

EL DUQUE.—Ninguna, sino que existe una grave enfermedad que acabará sin duda con la virtud. El mundo continúa buscando con afán la novedad, y hay tanto peligro en envejecer sin mudar de costumbres, como virtud en perseverar en una empresa. Sobrevive apenas la necesaria buena fe entre los hombres, para que viva segura la sociedad ; pero queda la bastante para continuar la obra de destrucción. Sobre este enigma rueda casi toda la sabiduría del mundo. Viejas son estas noticias y no obstante son las de cada día. Á propósito,... señor, ¿ tendréis la bondad de decirme cuál era el carácter del duque ?

ESCALO.—Era hombre que se aplicaba más que á todo otro cuidado, á conocerse á sí mismo.

EL DUQUE.—¿ Á qué placeres era dado ?

ESCALO.—Hallaba más placer en el júbilo y contento de los demás que en cuanto buscaba para alcanzar el propio. ¡ Era en todo muy comedido y templado ! Pero dejémosle metido en sus aventuras, rogando al cielo que salga de ellas con bien, y hacedme el favor de decirme cómo dejáis á Claudio. Me han dicho que lo habíais visitado.

EL DUQUE.—Declara que no tiene por qué quejarse de su juez, que no lo acusa de injusticia, y que se somete con humilde resignación á la sentencia. Forjó no obstante su flaqueza vanas y engañosas esperanzas; pero he logrado disuadirle de ellas, y ahora está resignado á morir.

ESCALO.—Cumplisteis, padre, con Dios y con el reo la deuda de vuestro ministerio. Por mi parte, llevé mi solicitud en favor de este desgraciado hasta el límite extremo de la discreción; pero he encontrado á mi colega tan severo, que me ha obligado á reconocer que era en efecto la justicia misma.

EL DUQUE.—Si su propia conducta responde del rigor de sus juicios, nada habrá que reprocharle; pero si llega á sucumbir, se ha condenado él mismo.

ESCALO.—Voy á visitar al preso. Adiós.

EL DUQUE.—¡ La paz sea con vos ! (*Escalo sale con el preboste de la prisión.*) Quien deba empuñar la cuchilla del cielo, debe ser tan santo como severo; sentirse incorregible, poseer la fuerza de resistir y la virtud de avanzar, y ponderar el castigo ajeno con el peso de las propias faltas. ¡ Pero ay de aquel cuya cruel cuchilla mata por un delito á que le arrastra su propia inclinación ! ¡ Ay de Angelo que quiere desarraigar mis vicios y dejar crecer los suyos ! ¡ Oh qué negros misterios puede ocultar el hombre en sí propio aunque parezca un

gel al exterior! ¡Cómo el hipócrita encenagado en el crimen, engañando á la sociedad, atrae hacia él, con el anzuelo del fraude y la mentira, riquezas, honores, todos los bienes del mundo! Es necesario que oponga la astucia al vicio. Esta noche Angelo recibirá en su casa á su antigua prometida que desprecia; así el engañador será cogido con su propio disfraz; no recibirá sino engaños como precio de los suyos y se verá forzado á cumplir su antiguo contrato.





ACTO IV.

Aposento en la granja donde habita Mariana.

ESCENA PRIMERA.

MARIANA sentada, un PAJE cantando.

PAJE.— «Aparta, ¡oh! aparta de mí tus perjuros y dulces labios; aparta de mí tus ojos brillantes, como el despuntar del día, antorchas que extravían á la aurora, y devuélveme mis besos, que en vano sellaron mi amor por ti.»

MARIANA.—Basta... retírate, que llega ya quien sofocó tantas veces con sus sabias palabras los ayes de mi dolor. (*Entra el duque.*) Excusadme, señor; no deseaba ciertamente que me hallarais tan entretenida con el canto, pero podéis creer que si endulza mis penas, no me causa gran júbilo.

EL DUQUE.—La música no es por sí reprobable, aunque su hechizo suele convertir el mal en bien, y excita el bien al mal... ¿ha venido alguien á preguntar por mí hoy? Á esta hora cabalmente he prometido hallarme aquí.

MARIANA. — Nadie ha venido á buscaros ; he estado aquí todo el día. *(Entra Isabel.)*

EL DUQUE *(á Mariana.)* — Os creo sin vacilar. Acaba de dar, sin embargo, la hora. Os ruego que os ausentéis un momento. Quizás os llamaré pronto para algo que os ha de ser provechoso.

MARIANA. — Siempre me tendréis agradecida y dispuesta. *(Sale.)*

EL DUQUE. — Á tiempo llegáis ; sed muy bienvenida. ¿ Qué nuevas me traéis del digno ministro ?

ISABEL. — Hay un jardín cercado cuyo lado de poniente da á una viña ; en esta viña hay una puerta de tabla que se abre con esta llave ; esta otra abre una puertecilla que conduce al jardín ; he prometido ir á encontrarle allí á media noche.

EL DUQUE. — ¿ Pero estáis ya bien enterada del camino ?

ISABEL. — Cuidé de recoger todos los informes necesarios, y dos veces me lo mostró con criminal exactitud, hablándome al oído.

EL DUQUE. — ¿ No habéis convenido en algo más, que le sea forzoso saber á esa infortunada ?

ISABEL. — No ; todo se reduce á una cita á oscuras ; le dí á comprender que mi entrevista había de ser muy breve, pues le he dicho que me acompañaría un criado que debía aguardarme, creído de que me llevaba allí el asunto de mi hermano.

EL DUQUE. — Perfectamente ; aún no he dicho una palabra de todo esto á Mariana. *(La llama.)* ¿ Estáis ahí ? Venid. *(Entra Mariana.)* Os presento á esta joven que viene aquí con objeto de seros útil.

ISABEL. — Mucho lo deseo.

EL DUQUE *(á Mariana.)* — ¿ Estáis persuadida de que me intereso por vos ?

MARIANA. — Lo sé, padre ; hartas pruebas tengo de ello.

EL DUQUE. — Tomad á vuestra compañera por la mano; tiene que haceros una confidencia. Yo aguardaré que acabéis; mas daos prisa, porque la noche se acerca.

MARIANA (á Isabel.) — ¿Queréis dar un paseo por algún lugar apartado? (Salen las dos.)

EL DUQUE (solo.) — ¡Oh dignidad! ¡oh grandeza! ¡Millones de ojos pérfidos están fijos sobre ti! ¡Volúmenes de relaciones falsas y contradictorias, corren por el mundo sobre tus acciones! ¡Mil espíritus inquietos te hacen objeto de sus sueños insensatos, y te atormentan en su imaginación! (Mariana é Isabel entran.) ¡Ya de vuelta! ¿estáis de acuerdo?

ISABEL. — Dice que se encargará de la empresa, padre, si vos se lo aconsejáis.

EL DUQUE. — No sólo se lo aconsejo, sino que se lo pido.

ISABEL (á Mariana.) — Poco tenéis que hablarle; decidle simplemente al despediros en voz baja: *Ahora, acordaos de mi hermano.*

MARIANA. — Confiad en mí.

EL DUQUE. — Y vos, querida hija, no tengáis escrúpulo alguno; es vuestro esposo y no hay en esto pecado; la justicia de vuestros derechos absuelve este engaño. Partamos: la cosecha estará pronto en sazón, y hay que sembrar desde luégo.

(Salen.)

ESCENA II.

Sala de la Cárcel.

Entran el PREBOSTE y el BUFÓN.

EL PREBOSTE. — Ven aquí, tunante. ¿Podrías cortarle la cabeza á un hombre?

EL BUFÓN. — Si el hombre es soltero, sí señor; pero si

es casado, será cabeza de su mujer, y yo no puedo cortarle la cabeza á una mujer.

EL PREBOSTE.—Vamos, dejad vuestros equívocos, y contestad. Mañana por la mañana, Claudio y Bernardino deben ser ejecutados. Tenemos aquí en nuestra prisión, al verdugo ordinario, que tiene necesidad de un ayudante. Si queréis encargaros de este oficio, eso os libertará de vuestros grillos; si no, cumpliréis entera la condena, y no saldréis de ella sin haber sido azotado cruelmente por escandaloso é infame.

EL BUFÓN.—De tiempo inmemorial he sido casamentero á despecho de la ley; no obstante, mucho me satisface llegar á ser verdugo legítimo, y recibiré con gusto algunas instrucciones de mi colega.

EL PREBOSTE.—¡Ola, Abhorson! ¿Dónde está Abhorson? ¿Estáis ahí? *(Entra Abhorson.)*

ABHORSON.—¿Llamáis, señor?

EL PREBOSTE.—Ahí tenéis un hombre que os ayudará en vuestra ejecución de mañana: si lo juzgáis apto para el oficio, contratadle por un año, y que viva aquí en la prisión; si no, servíos de él en la presente circunstancia, y despedidlo después; no será muy exigente; ha sido alcahuete.

ABHORSON.—Alcahuete, señor! desacreditará nuestro oficio.

EL PREBOSTE.—Vaya, que sois tal para cual; una pluma haría inclinar la balanza entre ambos. *(Sale.)*

EL BUFÓN.—Decidme, caballero (pues sois sin duda caballero y muy apuesto, si no fuese que tenéis cara de ahorcado), ¿por qué llamáis oficio á vuestra ocupación?

ABHORSON.—Sí, señor... un oficio.

EL BUFÓN.—La pintura, sí, por lo que he oído decir, es un oficio, y vuestras mozas, siendo parte de mi ministerio, prueban con el uso de la pintura que mi ocupación es un arte; ¿mas qué oficio puede ser el

de ahorcar? no lo comprendería aunque debiese ser ahorcado.

ABHORSON.—Es un arte.

EL BUFÓN.—La prueba.

ABHORSON.—Los despojos de todo hombre honrado pertenecen al ladrón; si le parece muy pequeña su parte al ladrón, al hombre honrado mucho más; así, buenos ó malos, los despojos de todo hombre honrado pertenecen al ladrón. *(Entra el preboste.)*

EL PREBOSTE.—¿Estáis arreglados?

EL BUFÓN.—Vaya... estoy dispuesto á servirle; pues hallo que el oficio de verdugo, es más humilde que el mío; como que pide perdón con más frecuencia.

EL PREBOSTE *(al verdugo.)*—Vos, tunante, preparad el tajo y el hacha, para mañana á las cuatro.

ABHORSON *(al bufón.)*—Vamos, voy á instruirte en mi oficio; sígueme.

EL BUFÓN.—Dispuesto me hallo á aprender, señor, y espero que si tenéis ocasión de emplearme en vuestro servicio, alabaréis mi agilidad y presteza; esto os debo en premio de vuestras bondades. *(Sale.)*

EL PREBOSTE.—Traed aquí á Bernardino y á Claudio; mucho compadezco al uno, pero no sentiría la menor piedad por el otro, que es un asesino... así fuese mi hermano. *(Entra Claudio.)* Claudio: aquí tenéis vuestra sentencia de muerte. Es media noche y mañana, á las ocho de la mañana, seréis inmortal. ¿Dónde está Bernardino?

CLAUDIO.—Sumergido en sueño profundo como el inocente viajero, rendido de fatiga; no quiere despertar.

EL PREBOSTE.—¡Ah!... si hallara medio de favorecerle en algo... Vamos, id á prepararos, pero... oiga; ¿qué ruido es ese? *(Llaman á la puerta.)* Que el cielo os dé algún consuelo. *(Sale Claudio.)* ¡Voy!... Será el indulto... de Claudio... ó alguna próroga. *(Entra el duque.)* Salud, padre.

EL DUQUE.—¡Que los mejores ángeles de la noche os rodeen, honrado preboste! ¿Quién ha venido aquí últimamente?

EL PREBOSTE.—Nadie, desde el toque de oración.

EL DUQUE.—¿Isabel no ha venido?

EL PREBOSTE.—No.

EL DUQUE.—Entonces va á venir dentro de poco.

EL PREBOSTE.—¿Qué consuelo traéis á Claudio?

EL DUQUE.—Hay alguna esperanza.

EL PREBOSTE.—Este ministro es bien duro.

EL DUQUE.—No, no: su vida se acuerda perfectamente con la más estricta justicia; con santa y austera abstinencia, doma en sí mismo las pasiones, que su celo intenta corregir en los demás. Si estuviese manchado con el vicio que castiga, sería entonces un tirano; pero dada su conducta, es justo. (*Llaman.*) Ya están aquí. (*Sale el preboste.*) ¡Qué hombre tan bueno!; es raro encontrar en un carcelero endurecido, un amigo de los hombres. ¿Qué ruido es este? Quién llama con tan fuertes golpes, apurado va.

EL PREBOSTE (*vuelve á entrar hablando con alguien desde la puerta*).—Es necesario que espere ahí, hasta que se levante el oficial para hacerlo entrar: acaban de llamarlo.

EL DUQUE.—¿No ha llegado aún la contra-orden rogando la ejecución?

EL PREBOSTE.—No señor... ninguna.

EL DUQUE.—Pronto amanecerá... antes que despunte el día, algo sabréis.

EL PREBOSTE.—Es posible... pero me temo que no habrá contra-orden; no se ha dado nunca este caso. Por otra parte, Angelo, ante el mismo tribunal, ha declarado lo contrario en público. (*Entra un mensajero.*)

EL DUQUE.—Este es un criado de su señoría.

EL PREBOSTE.—Tal vez trae el indulto.

EL MENSAJERO.—Mi amo os envía estas órdenes; y

me ha encargado además deciros que no os apartéis en un ápice de lo que os prescribe, ni por lo que se refiere á la hora, ni al objeto, ni á circunstancia alguna. Buenos días; pues según parece, es casi de día.

EL PREBOSTE.—Obedeceré.

(Sale el mensajero.)

EL DUQUE (*aparte*).—Será la gracia de Claudio, comprada con el mismo crimen, por el cual debería castigarse al que acuerda el perdón! Rápidamente se propaga el mal cuando nace en el seno de la autoridad: si el vicio acuerda el perdón, éste se extiende tan lejos, que por amor á la falta, el culpable encuentra amigos. ¿Qué hay?

EL PREBOSTE.—¿Veis?... lo que os decía. Angelo, probablemente creyéndome negligente, me aguija con esta no acostumbrada exhortación que me parece muy rara... porque, hasta ahora, no la usó conmigo.

EL DUQUE.—Á ver...

EL PREBOSTE (*lee la carta*).—«Á pesar de cuanto os »digan, sea ejecutado Claudio á las cuatro, y Bernar- »dino después de mediodía; y para mi mayor satisfac- »ción, enviadme la cabeza de Claudio á las cinco. Cum- »plid puntualmente cuanto os encargo; importa más »de lo que puedo deciros: no faltéis á vuestro deber; »respondéis con la vida».—¿Qué decís á esto, señor?

EL DUQUE.—¿Quién es este Bernardino, que debe ser ejecutado á mediodía?

EL PREBOSTE.—Un bohemio de nacimiento, pero criado y educado aquí; nueve años lleva en la cárcel.

EL DUQUE.—¿Por qué el duque ausente no le ha devuelto su libertad, ó no lo hizo ejecutar? He oído decir que tal era su costumbre.

EL PREBOSTE.—Los amigos del prisionero se han movido tanto, que han obtenido algunas prórogas; y en realidad hasta hoy, no se consiguió probar con toda certeza su delito.

EL DUQUE.—¿Y está claro ahora ?

EL PREBOSTE.—De modo que no deja lugar á la duda, y él mismo está confeso.

EL DUQUE.—¿Ha mostrado en la prisión algún arrepentimiento ? ¿Parece conmovido ?

EL PREBOSTE.—Es un hombre que mira la muerte como un sueño; sin inquietud é indiferente á todo, así le importa lo presente, como lo pasado y lo porvenir; insensible á la idea de la ejecución, creed que morirá como quien desespera ya de todo.

EL DUQUE.—Necesita, sin duda, quien le hable y le aconseje.

EL PREBOSTE.—No quiere oír consejo alguno; aquí ha vivido siempre con la mayor libertad. Aunque le proporcionaran medio de evadirse, se quedaría tan tranquilo. Está ebrio lo más del día, cuando no, días enteros. Á menudo le hemos despertado como para conducirlo al cadalso y hasta enseñado la orden... y como si tal cosa.

EL DUQUE.—Volveremos á hablar de él dentro poco. Veo que la honradez y la firmeza de alma están escritas en vuestra frente; si no leo en ella vuestro carácter, digo que mi vieja experiencia me engaña de medio á medio esta vez; pero fiado en mi sagacidad, quiero exponerme al riesgo. Oídme, ese Claudio, que tenéis allí, con la orden de hacerlo ejecutar, no es más culpable que el mismo Angelo que le ha condenado. Para que comprendáis más claramente lo que os anuncio, pido sólo cuatro días de tiempo; y para eso es necesario que me acordéis hoy un favor harto arriesgado.

EL PREBOSTE. — Eh ! ¿Cuál ?... Decidme.

EL DUQUE. — Diferir la ejecución.

EL PREBOSTE. — ¡Cómo ! ¿ cómo puedo hacerlo, habiéndose fijado ya la hora con expresa orden de entregar la cabeza del reo al mismo Angelo, so pena de

pagar con la mía? Esto sería exponerme á sufrir la suerte de Claudio.

EL DUQUE. — Por el voto sagrado de mi orden, respondo de todo, si queréis seguir mis instrucciones. Que ejecuten en su lugar á Bernardino y que lleven su cabeza á Angelo.

EL PREBOSTE. — Pero Angelo conoce á ambos y reconocerá el engaño.

EL DUQUE. — ¡Oh! la muerte sabe disfrazarse, y vos podéis ayudarla. Afeitadle la cabeza y atadle las barbas, y decid que así quiso el reo subir al cadalso. Ya sabéis que esto sucede á menudo. Si luégo no os dan gracias por ello, y no sacáis de aquí vuestra fortuna, juro, por el santo que venero como patrón, que os defenderé yo mismo con mi vida.

EL PREBOSTE. — Perdonad, buen padre, pero se opone á esto mi juramento.

EL DUQUE. — ¿Y á quién lo hicisteis? ¿Al duque ó al ministro?

EL PREBOSTE. — Al duque y á sus representantes.

EL DUQUE. — ¿Pero no estaríais plenamente convencido de que no habéis obrado mal, si el duque certificara la justicia de vuestra conducta?

EL PREBOSTE. — Sí, pero esto no es probable.

EL DUQUE. — No sólo es probable, sino que es lo cierto. Sin embargo, puesto que os veo tan tímido que ni mi hábito, ni mi integridad, ni mis razones pueden inmutaros, haré más de lo que era mi intento para desvanecer todos vuestros temores. Ved, he aquí la letra y el sello del duque: vos ya conocéis una y otro, me parece.

EL PREBOSTE. — Sí.

EL DUQUE. — Este escrito anuncia la vuelta del duque; leedlo después, cuando tengáis un rato, y veréis que antes de dos días estará aquí. Angelo nada sabe de esto; pues hoy mismo recibe cartas con muy extra-

ordinarias noticias, que acaso le anuncien la muerte del duque, ó su entrada en algún monasterio; pero puede muy bien no ocurrir nada de lo que le escriben.



Mirad, ya amanece... no os preocupéis pensando cómo salir de este enredo; facil es vencer las mayores dificultades una vez conocidas. Llamad al verdugo, para que se disponga á ejecutar á Bernardino; voy á confesarle al instante y á prepararle para mejor morada. Veo que seguís perplejo; pero este escrito acabará de determinaros. Salgamos; es casi de día. *(Salen.)*

ESCENA III.

EL BUFÓN solo.

EL BUFÓN. — Observo que cuento aquí con tantos amigos como en mi casa. Se creería que me hallo aún

con la señora Overdone; sí... aquí han venido á parar todos mis antiguos parroquianos... Aquí está el joven Rash; por de pronto le encarcelaron por un negocio de rancio jengibre, que importaba noventa y siete libras, y vendió por cinco marcos en dinero contante. Verdaderamente, entonces el jengibre no era muy buscado... todas las viejas habían muerto. También he visto á Caper, metido aquí á ruego de un señor Troispoids, mercero, por cuatro vestidos de raso color de melocotón, que lo tienen reducido ahora á los andrajos de mendigo. Tenemos también al joven Dizi, y al joven señor Deep-Vow, y al señor Copper-Spur, y al señor Starve-Lackey, gran charlatán, y al joven Drop-Heir, que mató al robusto Pudding; y al señor Fort-Rigth, el justador, y al bravo Shoe-Tie, intrépido viajero, y al feroz Half-Can, que cosió á puñaladas á Pots, y otros cuarenta, todos grandes parroquianos de nuestro oficio, y que están ahora aquí por su amor á Dios. *(Entra Abhorson.)*

ABHORSON.—Á ver, muchacho, tráete á Bernardino aquí.

EL BUFÓN *(llamando.)*—¡ Señor Bernardino! Tendréis que dejar la cama, que os van á ahorcar!

ABHORSON.—¡ Arriba, Bernardino!

BERNARDINO *(dentro.)*—¡ Así se os lleve la peste! ¡ Qué baraúnda es esa! ¿ Quién sois?

EL BUFÓN.— Vuestros amigos, señor... el verdugo. Hacednos el favor de levantaros y dejaros ahorcar.

BERNARDINO *(dentro.)*—¡ Vete al diablo! tengo sueño.

ABHORSON.— Dile que es necesario que despierte y pronto... ¡ pronto!

EL BUFÓN.— Señor Bernardino, despertad hasta que seáis ejecutado, y dormid después si queréis.

ABHORSON.— Entra en su calabozo y sácalo fuera.

EL BUFÓN.— Ya viene, señor, ya viene; oigo crugir la paja. *(Entra Bernardino.)*

ABHORSON (*al bufón*).—¿Está el hacha sobre el tajo?

EL BUFÓN.—Ya esta dispuesta.

BERNARDINO.—¿Qué hay, Abhorson? ¿qué nuevas tenéis que decirme?

ABHORSON.—Francamente, debiérais empezar vuestras oraciones, porque tenemos ya la orden de...

BERNARDINO.—Déjalo; he pasado toda la noche bebiendo y no me hallo en estado...

EL BUFÓN.—¡Oh! tanto mejor; quien pasó la noche bebiendo y le ahorcan por la mañana temprano, duerme luégo todo el día magníficamente. (*Entra el duque*.)

ABHORSON.—Mirad, aquí llega vuestro padre espiritual: ¿supongo que ahora no lo tomaréis á chanza?

EL DUQUE (*á Bernardino*).—Amigo mío, movido de la caridad, y sabiendo que estáis próximo á dejar este mundo, vengo a prestaros algún consuelo y a rogar con vos.

BERNARDINO.—No, padre; he bebido grandemente toda la noche y no hay medio; ó me dan más tiempo para reconciliarme con Dios, ó será necesario que me rompan la cabeza á palos; no quiero morir hoy, vaya... ¡que no quiero morir!

EL DUQUE.—Amigo mío, es forzoso tender la mirada sobre el viaje que vais á emprender.

BERNARDINO.—Juro que nadie en el mundo será capaz de persuadirme á morir hoy.

EL DUQUE.—Pero, oye...

BERNARDINO.—No quiero oír nada: si tenéis algo que decirme, venid á mi calabozo... no salgo de allí en todo el día. (*Sale.—Entra el preboste*.)

EL DUQUE.—¡Desdichado! Ni para morir es bueno! ¡Oh corazón de piedra!

EL PREBOSTE.—Padre, ¿cómo encontráis al prisionero? (*A Abhorson y al bufón*.) Seguidle, amigos míos, y ejecutadle.

EL DUQUE.—No está dispuesto para morir; arrojarle

á la muerte en el estado en que se halla su alma, sería condenarlo.

EL PREBOSTE.—Esta mañana ha muerto de una fiebre violenta en esta misma cárcel, un infame pirata de Ragusa que tiene la misma edad de Claudio, y las barbas y el pelo del color de los suyos. ¿ Si dejásemos allí á este desdichado hasta que estuviese bien dispuesto, y entregáramos al ministro la cabeza del otro, que se parece más á Claudio?

EL DUQUE.— ¡ Oh! sin duda el cielo dispuso esta coincidencia. Despachad sin demora: se acerca el momento; mandadle esta cabeza cumpliendo sus órdenes, mientras exhorto á ese bruto á que se resigne á morir.

EL PREBOSTE.— Así lo haremos desde luégo, padre. Pero es necesario que Bernardino muera este medio día; ¿ y cómo prolongaremos la existencia de Claudio, de modo que yo no corra riesgo alguno si advierten que vive todavía?

EL DUQUE.— Poned á Claudio y á Bernardino á buen recaudo, en un escondrijo secreto; antes de dos días gozaréis de la más perfecta seguridad.

EL PREBOSTE.— Fío completamente en vos.

EL DUQUE.— Pronto, despachad, y envid la cabeza á Angelo. (*Sale el preboste.*) Ahora voy á escribir una carta á Angelo que le llevará el mismo preboste. Le diré que me dispongo á regresar, y que, por graves motivos, me veo obligado á entrar públicamente y con gran aparato, rogándole acuda á mi encuentro a la fuente sagrada, á una legua de la ciudad. Y á partir de allí procederemos con Angelo con toda medida y circunspección. (*Vuelve el preboste.*)

EL PREBOSTE.— He aquí la cabeza: voy á llevarla yo mismo.

EL DUQUE.— Bien pensado: volved pronto; quisiera hablar con vos de algo que sólo á vos puedo confiar.

EL PREBOSTE.—Voy á dejarlo corriente todo. (*Sale.*)

ISABEL (*dentro.*)—La paz sea en esta casa... ¿Quién va?

EL DUQUE.—La voz de Isabel! Viene á saber si llegó el indulto de su hermano; quiero dejarle ignorar su felicidad, para ofrecerle los consuelos del cielo en su desesperación, cuando menos lo piense.

(*Entra Isabel.*)

ISABEL.—¡Ah! con vuestro permiso...

EL DUQUE.—Buenos días, bella y amable joven.

ISABEL.—Buenos serán, puesto que me los desea tan santo varón. ¿Ha enviado el ministro el perdón de mi hermano?

EL DUQUE.—Lo ha mandado ejecutar, Isabel; su cabeza ha sido cortada y enviada á Angelo.

ISABEL.—¡Cómo!... ¡eso no puede ser!

EL DUQUE.—Es como os digo: ejercitad vuestra razón, hija mía, y vuestra paciencia.

ISABEL.—¡Oh! Voy á buscarle y á sacarle los ojos.

EL DUQUE.—No seréis recibida.

ISABEL.—Desventurado Claudio! Desgraciada Isabel! Odioso mundo! Infernal Angelo!

EL DUQUE.—Estas imprecaciones no le hacen ningún mal; absteneos, pues, de ello; remitid vuestra causa al cielo. Atended á lo que os digo, y hallaréis que es la pura verdad. El duque vuelve mañana por la mañana. Vamos, enjugad vuestros ojos; un padre de nuestro convento, su confesor, me dió la noticia; avisó ya á Escalo y á Angelo de que se preparen á recibirle á las puertas de la ciudad, para hacerle entrega de su poder. Si lo podéis, obrad con la prudencia que quisiera, y obtendréis vuestro deseo, el favor del duque, y la estimación general.

ISABEL.—Me dejo gobernar por vuestros consejos.

EL DUQUE.—Llevad esta carta al hermano Pedro; en ella me advierte la vuelta del duque; decidle que deseo avistarme con él esta noche en la casa de Ma-

riana ; lo instruiré á fondo de su asunto y del vuestro, y luégo os presentará al duque, acusará á Angelo, y lo confundirá. En cuanto á mí, pobre religioso, estoy ligado por un voto sagrado, y no me hallaré aquí. Llevaos la carta, id, y consolaos ; enjugad vuestras lágrimas con firme y alegre pecho. No os fiéis jamás de mi santo ministerio, si os aparto del recto camino.
 ¿ Quién va ? (Entra Lucio.)

LUCIO.—Buenas noches, hermano, ¿ dónde está el preboste ?

EL DUQUE.—¿ No se halla ahora aquí ?

LUCIO.—¡ Oh linda Isabell ! Mi corazón se turba viendo encendidos tus ojos ; conviene resignarte ; ¡ ah ! desde ahora, soy capaz de no comer ni beber más que pan y agua y apenas he de atreverme á llenar el estómago por salvar la cabeza. Lo mismo sería que me alimentase con más succulentos manjares ; pero dicen que el duque estará aquí mañana por la mañana. Por mi fe, Isabel, mucho amaba á tu hermano. Si nuestro viejo duque, que es hombre más jovial y amigo de tapadillos, hubiese estado aquí, Claudio viviría aún.

(Sale Isabel.)

EL DUQUE.—El duque tiene, en realidad, poco que ver con vos ; pero lo bueno es que su reputación no depende de vuestros juicios.

LUCIO.—Hermano, no conoces al duque tan bien como yo ; es mejor cazador de lo que imaginas.

EL DUQUE.—Vamos, responderéis un día de todo esto. Dios os guarde.

LUCIO.—No, quédate ; quiero acompañarte ; te contaré bonitas historias del duque.

EL DUQUE.—Hartas me habéis contado, si son ciertas ; y si no lo son, no acabaréis nunca.

LUCIO.—Una vez, comparecí ante él por un desliz.

EL DUQUE.—¿ Esto hicisteis ?

LUCIO.—Sí, lo hice ; pero juré que no ; de lo contra-

trario me hubieran obligado á cargar con ropa usada.

EL DUQUE.—Quedad en paz. Vuestra compañía es más agradable que decorosa.

LUCIO.—Vaya, te acompañaré hasta la esquina; si mi conversación te ofende, no tendremos mucho que hablar juntos. Vamos, hermano, soy una lapa y no he de soltarte fácilmente. *(Salen.)*

ESCENA IV.

Sala de la casa de Angelo.

Entran ESCALO y ANGELO.

ESCALO.—Cada carta que ha escrito ha contradecido la anterior.

ANGELO.—Y del modo más extraño. Á juzgar por sus acciones, parece loco. Dios haga que no se haya alterado un poco su razón. Vamos á ver... ¿por qué salir á recibirle y hacerle entrega de nuestra autoridad?

ESCALO.—No adivino el motivo.

ANGELO.—¿Y por qué quiere que hagamos publicar una hora antes de su entrada, que si alguien pide reparación de cualquier injusticia, tenga que presentar su petición en la calle?

ESCALO.—En esto se muestra juicioso; será sin duda con objeto de resolver y terminar en un día todas las quejas y libertarnos de una vez de las intrigas, que así, luégo, no serán oídas.

ANGELO.—Muy bien. Haced pregonar la orden; mañana temprano iré á encontraros en vuestra casa. Pasad aviso á las personas de distinción que deben salir también á recibirle.

ESCALO.—Lo haré. Adiós. *(Sale Escalo.)*

ANGELO.—¡Buenas noches! Esta acción me trastorna

completamente, me hace incapaz de pensar, y estúpido para cualquier asunto. ¡Mancillar así la inocencia de una virgen! y eso ¿quién? un personaje importante que aplicaba la ley dispuesta contra este delito! Sin duda su tierno pudor la obligará á callar... Sin eso, ¿cómo podría delatarme? ¿Pero qué podría contra mí su delación? Nada; el peso de mi autoridad y mi reputación es tal, que ninguna acusación particular puede oponérsele, sin que aplaste al acusador... Á él, le hubiera perdonado la vida de buen grado, pero me exponía á la venganza más ó menos tarde. ¡Cómo no conservar resentimiento alguno debiendo la existencia á tan vergonzoso precio! Pero... ¡ah! ¡Pluguiese al cielo que viviera aún! ¡Ah! cuando una vez hemos perdido nuestra inocencia, nada va á derechas, y pasamos el tiempo vacilando entre el querer y el no querer!

(Sale.)

ESCENA V.

Alrededores de la ciudad.

EL DUQUE vestido con su propio traje y Fray PEDRO.

EL DUQUE.—Me devolveréis estas cartas en momento oportuno. (*Le da cartas.*) El Preboste conoce ya nuestro intento y nuestros planes. Una vez puestos en ejecución, seguid nuestras instrucciones, sin perder de vista el fin de la empresa, aunque tengáis que desviaros á veces de él, según lo aconsejen las circunstancias. Partid, id á casa de Flavio, y decidle dónde estoy: é igualmente á Valentín, Rowland y Craso; y encargadles que cuiden de que acudan trompetas á las puertas de la ciudad. Pero enviadme á Flavio antes que nadie.

FR. PEDRO.—Vuestras órdenes serán fielmente cumplidas.

(Sale.—*Entra Varrío.*)

EL DUQUE.— Mil gracias, Varrío; listo habéis andado. Venid, vamos á dar una vuelta; otros amigos van á venir aquí á saludarnos en breve, mi querido Varrío. *(Salen.)*

ESCENA VI.

Una calle cerca de la puerta de la ciudad.

Entran ISABEL y MARIANA.

ISABEL.—Hablar con tales rodeos me repugna: quisiera decir la verdad entera; pero, en realidad, toca á vos acusarlo abiertamente. Sin embargo, me aconsejan que me encargue yo de ello; dicen que así conviene al mejor éxito.

MARIANA.—Dejaos conducir por él.



ISABEL.—Dice también que no me sorprenda si por casualidad habla en contra mía y en favor de la otra: asegura que el remedio, aunque amargo hasta aquí, sabrá mucho mejor al fin.

MARIANA.—Quisiera que el hermano Pedro...

ISABEL.—¡ Oh! silencio,... aquí está.

(Entra un religioso.)

FR. PEDRO.—Venid, he dado con un sitio muy cómodo donde podréis ver al duque con toda seguridad; las trompetas dieron ya dos veces la señal de su llegada, y ocupan las puertas lo mejor de la ciudad; el duque no tardará en presentarse; partamos, retirémosnos de aquí.





ACTO V.

ESCENA PRIMERA.

Plaza pública cerca de la puerta de la ciudad.

MARIANA cubierta con un velo. ISABEL y Fr. PEDRO á lo lejos.
Por la parte opuesta entran el DUQUE, VARRIO, varios señores, ANGELO, ESCALO, LUCIO, el PREBOSTE, oficiales y ciudadanos.

EL DUQUE.

BIEN venido, mi digno primo. Contento estoy de veros, mi antiguo y fiel amigo.

ANGELO.—¡Doy á Vuestra Alteza la más cordial bienvenida!

EL DUQUE (*á Angelo y á Escalo*).—Mil y mil gracias os doy á ambos; nos hemos informado de vuestro proceder, y tanto nos elogiaron vuestra justicia, que no resistimos al deseo de manifestar públicamente la gratitud que os debemos, precursora de más altas recompensas.

ANGELO.—Con lo cual nos obligáis más y más.

EL DUQUE.—Vuestro mérito es patente y sería hacerle injuria encerrar el testimonio en el secreto de nuestro conocimiento personal, cuando merece hallar en bronces y mármoles la debida y eterna seguridad contra el diente del tiempo y los estragos del olvido. Dadme vuestra mano, y véanlo mis súbditos para que se convenzan de que tengo un singular placer en anunciaros con visibles muestras de agrado los favores que os reservo. Venid, Escalo; también vos debéis acompañarme á mi izquierda. Sois para mí dos buenos auxiliares. *(Fr. Pedro é Isabel se adelantan.)*

FR. PEDRO *(á Isabel)*.—Ha llegado el momento; hablad alto é hincad la rodilla delante de él.

ISABEL.—¡ Justicia! señor! justicia! ¡ Dignaos volver los ojos á una desgraciada,... bien quisiera decir á una doncella! ¡ Oh! digno príncipe, no deshonréis vuestras miradas desviándolas á otro objeto sin haber atendido á mi queja y hecho justicia; ¡ justicia!... justicia!

EL DUQUE.—Decidme vuestros agravios. ¿ En qué habéis sido ultrajada? ¿ por quién? abreviad: aquí está el señor Angelo que os hará justicia; dirigios á él.

ISABEL.—¡ Oh noble duque! me ordenáis que pida mi salvación al mismo demonio: óidme vos cuánto me veo forzada á declarar; os obligará á castigarme por impostora ó á darme satisfacción; dignaos, dignaos escucharme aquí!

ANGELO.—Señor, me parece que esta mujer está loca; vino hace poco á solicitar el indulto de su hermano, que ha sido ejecutado por orden de la justicia...

ISABEL.—¡ La justicia!

ANGELO.—Y ahora va á desahogar su pena con amargas y extrañas declamaciones.

ISABEL.—Sí, voy á revelar cosas muy raras en efecto pero también muy ciertas. Angelo es un perjuro; ¿ no es verdad que es raro? Angelo es un asesino; ¿ no es

verdad que es raro? Angelo es un adúltero, un hipócrita, un corruptor; ¿no es esto el colmo de la rareza?

EL DUQUE.—En efecto, es rarísimo.

ISABEL.—Pues bien; todo esto es tan verdad y tan raro, como que él es Angelo; porque la verdad es la verdad.

EL DUQUE (*á uno de sus oficiales*).—¡Retíradla de aquí! ¡Pobre desgraciada! Sin duda delira ó está loca!

ISABEL.—¡Oh Alteza! os conjuro, por la fe que tenéis en el cielo, que no me despreciéis así creyéndome loca; no juzguéis imposible lo que es tan sólo inverosímil: ¡ah no! no es imposible que el bandido más vil de la tierra parezca tan reservado, tan grave, tan perfecto como parece Angelo; sí, es posible, muy posible que Angelo con toda su noble apariencia, su reputación, sus títulos y sus imponentes modales, sea un bandido. Creedlo, ilustre príncipe; si no es un bandido no es nada; pero es más aún de lo que digo; no hallo palabras con que expresar toda su infamia.

EL DUQUE.—Por mi honor, si es loca (y no puedo creer otra cosa), su locura tiene la más extraña apariencia de sentido común; demuestra tanta congruencia en sus ideas, como no la vi jamás en la locura.

ISABEL.—Alteza, dejad semejante prevención, no me creáis privada de mi razón porque hable sin orden, y ejercitad vuestro juicio en sacar la verdad de las tinieblas donde se oculta y antes que encubrir la impostura que parece verdad.

EL DUQUE.—Ciertamente, muchos que no están locos muestran menos juicio que ella. ¿Qué queréis decir?

ISABEL.—Soy la hermana de un tal Claudio, condenado á muerte por Angelo á causa de vergonzoso delito. Había entrado de novicia en un convento, cuando mi hermano me rogó que fuera á verle; un joven llamado Lucio fué su mensajero.

LUCIO.—Soy yo; fui á buscarla por encargo de Clau-

dio y á rogarla que hiciera lo posible por lograr el indulto de su pobre hermano.

ISABEL.—Sí, es el mismo, en efecto.

EL DUQUE (á Lucio).—Y á vos, ¿quién os ha preguntado nada?

LUCIO.—Nadie, señor; pero tampoco nadie me ha prohibido hablar.

EL DUQUE.—Pues lo hago ahora y os ruego, que atendáis á lo que os digo; cuando se ventile algún asunto vuestro, rogad á Dios que nada tengan que reprocharos.

LUCIO.—¡ Oh! respondo de ello á Vuestra Alteza.

EL DUQUE.—Responded de ello á vos mismo; mucho cuidado.

ISABEL.—Este honrado caballero no hizo más que testificar lo que yo decía.

LUCIO.—Sólo lo justo.

EL DUQUE.—Sin duda alguna; pero erró en hablar antes de llegarle su vez. (A Isabel.) Continúad.

ISABEL.—Fuí á ver á este peligroso é infame ministro.

EL DUQUE.—Estos calificativos trascienden á locura.

ISABEL.—Excusadme, Alteza; convienen exactamente al sujeto.

EL DUQUE.—Modificándolo; continuad.

ISABEL.—En una palabra, para abreviar y ahorrar-me el inútil y largo relato de cómo intenté persuadirle, cómo le rogué, y me eché á sus plantas, cómo refutó mis razones y le contradije yo (pues todo eso ha sido largo), declaro desde luégo con vergüenza y dolor la infame conclusión de la entrevista. No quiso soltar á mi hermano sino al precio de mi honor. Mi cariño de hermana impuso silencio á mi virtud, y cedi: y á pesar de esto, al día siguiente, mandó decapitar á mi hermano.

EL DUQUE.—¡ Oh! Eso es inverosímil.

ISABEL.—¡Ah! ¡pluguiese á Dios que fuese tan inverosímil como es cierto!

EL DUQUE.—¡Por el cielo! desventurada, no sabes lo que dices: por fuerza te han sobornado é impelido á calumniarle, víctima de alguna terrible maquinación. Desde luégo su integridad se halla exenta de toda mancha. Es absurdo, además, que persiguiese con tanta severidad en los otros faltas que le eran propias: si hubiese pecado de este modo, habría pesado á tu hermano en su propia balanza, y no le hubiera dado muerte. Alguien os mueve contra él. Confesad la verdad, y declarad quién os trae aquí á quejaros.

ISABEL.—¿Así contestáis? ¡Cielos, dadme paciencia! ¡Y cuando sea ocasión, rasgad el velo que oculta el crimen bajo la parcialidad del favor! Que el cielo preserve á Vuestra Alteza de toda desgracia, como es verdad que yo, víctima ultrajada, os dejo sin que me hayáis creído.

EL DUQUE.—Eso quisiérais; evadiros ahora sin más, ni más. (*A un oficial.*) Llevadla á la cárcel. ¡Qué! ¿permitiríamos que tan afrentosa acusación, tan escandalosa querella, caiga impunemente sobre un hombre á quien tanto queremos? Necesariamente esto arguye una intriga. ¿Quién conoce vuestro designio y vuestra diligencia?

ISABEL.—Un hombre á quien quisiera ver aquí; el hermano Ludovico.

EL DUQUE.—Vuestro padre espiritual, sin duda;—¿quién conoce á este Ludovico?

LUCIO.—Señor, yo, le conozco; es un monje intrigante; no estimo á ese hombre: á ser un seglar, le hubiera rudamente castigado por ciertas palabras con que insultó á Vuestra Alteza, en vuestra ausencia.

EL DUQUE.—¿Contra mí? ¡Es sin duda un digno religioso! ¡Cómo pudo excitar á esta desgraciada mujer á que venga á acusar á nuestro sustituto! Vayan á ver si le encuentran.

LUCIO.—Ayer mismo, señor, le ví con Isabel en la cárcel: ¡qué hombre tan impertinente y miserable!

FR. PEDRO.—¡Que el cielo bendiga á Vuestra Alteza real! Esperando aquí, señor, oigo que tratan de engañaros. Esta mujer acusa sin razón á vuestro ministro. Es tan inocente del crimen que le imputan, como ella de todo trato con hombre no nacido todavía.

EL DUQUE.—Esto creemos. ¿Conocéis al hermano Ludovico de quien habla?

FR. PEDRO.—Le conozco y le tengo por un santo, incapaz de maldad é intrigas, como afirma este caballero. Os doy palabra, que jamás habló mal de Vuestra Alteza, como este caballero pretende.

LUCIO.—Dijo horrores, creedme.

FR. PEDRO.—Ya vendrá el día en que él mismo salga á justificarse: ahora está enfermo, señor, de una fiebre maligna; á sus ruegos, conecedor de lo que se proyectaba contra el señor Angelo, vine aquí á declarar, en su propio nombre, la verdad de lo ocurrido que él mismo demostrará con juramento y con toda suerte de pruebas, cuando sea llamado. En cuanto á esta mujer (en justificación de este digno señor, tan directa y públicamente acusado), veréis cómo la desmiente de modo que se vea obligada á confesar su impostura.

EL DUQUE.—Á ver si nos dais esta satisfacción, buen padre. ¿No os da ganas de sonreír lo que ocurre, Angelo? ¡A dónde llega la temeridad de estos miserables! Traed sillas. Venid, primo Angelo: quiero ser parcial en este asunto; sed vos mismo juez en vuestra propia causa. (*Los guardias se llevan á Isabel y se adelanta Mariana.*) ¿Es ésta la testigo, hermano? Que se descubra el rostro y hable luego.

MARIANA.—Perdonad, señor: no descubriré mi rostro hasta que mi esposo me lo ordene.

EL DUQUE.—¡Cómo! ¿Sois casada?

MARIANA.—No, señor.

EL DUQUE.—¿ Sois soltera ?

MARIANA.—No, señor.

EL DUQUE.—¿ Entonces, sois viuda ?

MARIANA.—Tampoco, señor.

EL DUQUE.—¿ Entonces no sois nada ? Ni soltera, ni casada, ni viuda.

LUCIO.—Señor, podría ser muy bien una meretriz ; muchas de ellas no son ni solteras, ni casadas, ni viudas.

EL DUQUE.—Haced callar á ese quídam; quisiera verle en algún asunto propio, ú obligado á demandar gracia por su cuenta.

LUCIO.—¡ Señor !

MARIANA.— Confieso que jamás he sido casada ; y que no soy soltera: conocí á mi marido y sin embargo éste lo ignora.

LUCIO.—Estaría ebrio; no puede ser otra cosa.

EL DUQUE.—Así lo estuvieras tú, y nos libraríamos de tu charla.

LUCIO.—¡ Señor !

EL DUQUE.—Hasta aquí no veo el testigo en la causa de Angelo.

MARIANA.—Á eso voy, señor. Esta mujer que le acusa, intenta la misma acusación contra mi marido, y yo le probaré que en el pretendido instante de su entrevista, se hallaba conmigo y no con ella.

ANGELO.—¿ Le acusa de algo más que á mí ?

MARIANA.—Que yo sepa, no.

EL DUQUE.—¿ No ? ¿ y decís que, era vuestro esposo ?

MARIANA.—El mismo, señor ; y el mismo Angelo, que cree no haber tenido relación alguna conmigo, pero que está cierto de haberse avistado con Isabel.

ANGELO.—¡ Extraño enigma! Veamos vuestro rostro.

MARIANA.—Puesto que mi esposo lo ordena, voy á descubrirme. (*Se quita el velo.*) Vedle, este rostro, cruel

Angelo, que según juraste un tiempo era digno de tus miradas; vedla, la mano que ató á la tuya un contrato sellado con tus juramentos; ved, en fin, á la que acudió á la cita en lugar de Isabel.

EL DUQUE (á Angelo).—¿ Conocéis á esta mujer ?

ANGELO.—Señor, confieso que sí; cinco años atrás tratamos de casarnos, pero luégo el contrato se rompió en parte porque la dote estipulada resultó menor de lo convenido; pero la principal razón fué que la reputación de esta mujer había sido empañada; desde entonces no he vuelto á hablarla, ni á verla, ni oí hablar de ella jamás.



MARIANA.—Noble príncipe, tan cierto como la luz viene del cielo, y las palabras de la voz, y la razón está en la verdad y la verdad en la virtud, fui prometida á este hombre y soy su esposa, ligada á él por los más fuertes vínculos que existan en el mundo; sí, Alteza,

juro que en la noche del martes último en la casita de su jardín, me avisté con él: y por ser esto así, como es, permitid que me levante con la plena seguridad de que haréis justicia; sino dejadme aquí, inmóvil y clavada en el suelo como una estatua de mármol.

ANGELO.—Hasta ahora no hice más que sonreirme, oyendo tales sandeces, noble señor; concededme ya la libertad de hacerme justicia: han puesto á prueba mi paciencia; comienzo á entrever que estas desventuradas locas no son sino los instrumentos de algún enemigo más poderoso que las excita contra mí: dejad, señor, que descubra esta sorda trama.

EL DUQUE.—Con todo mi corazón; aplicadles, si os parece, todo el rigor de la ley. Tú, temerario, y tú, malvada mujer, conjurada con la que acaban de echar fuera, ¿pensáis que vuestros juramentos, aun cuando hicieran bajar á fuerza de protestas todos los santos del cielo, serían testimonios admisibles contra su mérito y su fe, revestidos con el sello de mi aprobación? Vos, señor Escalo, sentaos junto á mi primo: prestadle vuestros oficios, para descubrir la fuente de esta difamación. Otro monje las ha excitado, según dicen; que vayan por él.

FRAY PEDRO.—¡Plegue á Dios, que estuviese aquí, señor! él fué en efecto quien ha impulsado á estas mujeres á intentar esta acusación: vuestro preboste conoce su domicilio, y él puede traéroslo.

EL DUQUE (*al preboste*).—Id, y traedlo al momento. Y vos, mi noble primo, que me dais tantas garantías y á quien importa llevar á término la causa, proceded como mejor os parezca, é infligid el castigo que más os plazca. Voy á dejaros un instante: no os mováis de vuestra silla hasta haber confundido á vuestros calumniadores.

ESCALO.—Señor, vamos á examinar á fondo la causa. (*Sale el duque.*) Señor Lucio (*á Lucio*) ¿no habéis di-

cho que teníais al monje Ludovico por un villano?

LUCIO.—*Cucullus non facit monachum*. Sólo tiene de honrado el hábito que lleva; decía pestes del duque.

ESCALO.—Os suplicamos que aguardéis hasta que venga, para que atestigüéis contra él..... Este monje será, sin duda, un estrafalario.

LUCIO.—Como el que más lo sea en Viena; os lo juro.

ESCALO.—Que hagan comparecer de nuevo á Isabel; dejad que la interrogue. (*A Angelo*.)—Ya veréis cómo la obligo á contradecirse.

LUCIO.—Mejor que vos, servirá para ello su propio relato.

ESCALO.—¿ Qué decís ?

LUCIO.—Digo que si le tomáis declaración privadamente, confesará más pronto; quizá en público le dé vergüenza.

(*Vuelve el duque en hábito de religioso, con el preboste; traen á Isabel*.)

ESCALO.—Voy á llamarla aparte, y ponerme á la sombra.

LUCIO.—Este es el mejor medio que puede usarse con las mujeres.

ESCALO.—Venid acá, señora; esta señora niega todo lo que habéis dicho.

LUCIO.—Ahí viene, con el preboste, ese miserable de quien os hablé.

ESCALO.—Á tiempo llega. No le habléis hasta que os llamemos.

LUCIO.—¡ *Motus!*

ESCALO.—Acercaos, padre. ¿ Fulsteis vos quien excitó á estas mujeres á calumniar al señor Angelo? Así lo han confesado.

EL DUQUE.—Es falso.

ESCALO.—¡ Cómo! ¿ Sabéis dónde estáis?

EL DUQUE.—¡ Respeto la dignidad de vuestro cargo!

Al mismo demonio se le respeta á veces por su cetro candente! ¿Dónde está el duque? Él debe ser quien me oiga.

ESCALO.—Nosotros le representamos, y nosotros os escucharemos; decid en todo la verdad.

EL DUQUE.—Por lo menos, hablaré con osadía. Pero ¡desdichadas! ¿cómo venís aquí á pedir el borrego al zorro en su misma cueva? ¡Cómo esperar justicia! ¿Se fué el duque? Entonces habéis perdido la causa. El duque ha cometido una injusticia en rechazar así vuestra apelación y en poner vuestra causa en las manos mismas del bandido que venís á acusar.

LUCIO.—¡Tunante! Ya veis que es el mismo.

ESCALO.—¡Qué! monje irreverente y profano ¿no te basta haber insubordinado á estas mujeres para acusar á este digno hombre, sin que tu boca infame venga á llamarlo bandido en sus propias barbas? ¿Y luégo te atreves con el mismo duque? Que lo saquen de aquí; que lo conduzcan al tormento. Hemos de descoyuntarle los miembros hasta averiguar la verdad. ¡El duque, injusto!

EL DUQUE.—No os irritéis así. Así intentaría el duque descoyuntarme un dedo, como lastimarse los suyos; no soy su súbdito, ni debo responder á él de mis acciones. Los negocios que me han traído aquí me han permitido observar las costumbres de Viena, y he visto la corrupción hervir y derramarse á borbotones; he visto que había leyes para todas las faltas, eso sí, pero tan bien protegidas éstas, que los más enérgicos estatutos son como el cuadro de las multas colgado en la tienda de un barbero, objeto de risa y no más.

ESCALO.—¡Calumniar al Estado! Prendedle.

ANGELO.—Señor Lucio ¿qué tenéis que decir contra este hombre? ¿No nos habéis hablado de él?

LUCIO.—Del mismo, señor. Venid acá, mi buen viejo de cabeza calva. ¿Me conocéis?

EL DUQUE.—Ya lo creo..... Con sólo el sonido de vuestra voz: os he encontrado en la prisión durante la ausencia del duque.

LUCIO.—¡ Oh! ¡ sí, sí! ¿ Y recordáis qué me habéis dicho del duque ?

EL DUQUE.—Palabra por palabra.

LUCIO.—¿ Sí ? ¿ Y era el duque un mercader de carne humana, un imbécil, un cobarde, como me dijisteis entonces ?

EL DUQUE.—Es necesario que troquemos ambos los papeles antes de atribuirme tales frases, puesto que vos y no yo, fuísteis quien las dijo ; y aun peores, mucho peores.

LUCIO.—¡ Oh tuno condenado ! ¿ no recuerdas que te agarré por la nariz por tus dichos ?

EL DUQUE.—Protesto que amo al duque como me amo á mí mismo.

ANGELO.—¿ Oís cómo quisiera terminar este miserable este asunto, después de sus injurias y ultrajes ?

ESCALO.—No es digno de que le escuchemos ; prendedle. ¿ Dónde está el preboste ? Llevadlo á la cárcel ; ponedlo bajo cerrojos y que no hable más. Que se lleven también á estas desgraciadas con su otro cómplice.

(*El Preboste intenta coger al duque.*)

EL DUQUE.—Esperad un momento.

ANGELO.—¿ Qué, resiste ? Ayudadle, Lucio.

LUCIO.—Venid, señor, venid ; ¡ vamos pues ! ¡ cómo, cabeza calva, vil mentiroso ! ¡ Será preciso arrancaros la capucha ! Mostradnos vuestra cara de pillo y trágueos la peste ! ¡ Á ver, á ver vuestra facha de piojoso, y á la horca ! ¿ No queréis ?

(*Lucio arranca la capucha al duque.*)

EL DUQUE.—Eres el primer tunante que haya hecho un duque. Desde luego, respondo de esas tres honradas personas. (*A Lucio.*) No te escapes, tú ; luégo nos veremos los dos. Prendedle.



Lucio arranca la capucha al duque.

THE
MUSEUM
OF
ARTS AND
SCIENCE

LUCIO.—Á ver si acaba eso peor que en el cadalso.

EL DUQUE (*á Escalo*).—Os perdono cuanto habéis dicho; sentaos. (*Señalando á Angelo*.) Angelo nos cederá su lugar. (*A Angelo*.) Con vuestro permiso. (*Se sienta en el sitio de Angelo*.—*A éste*.) ¿Tienes acaso todavía palabras, astucia ó insolencia bastante para continuar? Si es así, cuenta con ellas hasta que hayan oído mi relato, y no tardes en emplearlas.

ANGELO.—Señor, mayor fuera mi culpa de lo que fué hasta ahora, si me imaginase que soy impenetrable, cuando veo que Vuestra Alteza, como una inteligencia divina, ha penetrado todas mis intrigas. Así, buen príncipe, no sitiéis más tiempo mi vergüenza; y limitese mi proceso á mi propia confesión. Condenadme desde luego, y ejecutadme pronto; es la única gracia que imploro.

EL DUQUE.—Acercaos, Mariana. (*A Angelo*.) Responde: ¿diste á esta mujer palabra de matrimonio?

ANGELO.—Sí, señor.

EL DUQUE.—Vé, llévatela y despósala al instante. Id, buen padre, casadlos; y luégo mandádmelo aquí. Preboste, acompañadles.

(*Salen Angelo, Mariana, el preboste y el religioso*.)

ESCALO.—Señor, más que la singularidad de la causa, me confunde su deshonra.

EL DUQUE.—Acercaos, Isabel; vuestro monje es ahora vuestro príncipe; y, como entonces, sigue siendo celoso y fiel guardador de vuestros intereses; no se mudó su corazón porque haya mudado de vestido; quedó siempre ligado á vuestro servicio.

ISABEL.—¡Ah! dignaos perdonar á vuestra súbdita que me sirviera de Vuestra Alteza y á tal punto le importunara, sin conocerle.

EL DUQUE.—Os lo perdono, Isabel; pero sed también generosa con nosotros. La muerte de vuestro hermano, lo sé, os pesa aún sobre el corazón, y podríais pre-

guntaros con extrañeza por qué me oculté para salvarle la vida, y por qué no me he valido de mi autoridad antes de dejarle perecer. Tierna niña, la rapidez de la ejecución que me figuré sería menos pronta, ha defraudado mis designios. ¡Duerma en paz! La vida de que goza no tiene ya que temer á la muerte y vale sin duda mucho más que la nuestra, expuesta aún al temor. Consolaos con la idea de que vuestro hermano es feliz.

ISABEL.—Esto hago, señor.

(*Entran Angelo, Mariana, el religioso, el preboste.*)

EL DUQUE.—En cuanto á este nuevo desposado que vuelve ya, y cuya imaginación impura ha ultrajado vuestro honor, que defendisteis con tal éxito, debéis perdonarle por amor á Mariana. Mas como ha condenado á vuestro hermano, y se hizo culpable de un doble delito, violando la ley y su promesa positiva de acordaros la vida de vuestro hermano, la misma clemencia pide á grandes gritos y por la propia boca de su ministro: *Angelo por Claudio, muerte por muerte*. La celeridad responde á la celeridad, la calma sigue á la calma, ojo por ojo, y *medida por medida*. Tu crimen, Angelo, está manifiesto, y aun cuando quisieras negarlo, nada conseguirías. Te condenamos á perecer sobre el mismo tajo en que Claudio puso su cabeza, y con la misma precipitación. Sacadlo de aquí.

MARIANA.—¡Oh señor, señor! ¡No me habréis dado un esposo para burlaros de mí!

EL DUQUE.—Vuestro esposo, y no yo, se ha burlado de vos dándoos su mano. Creí vuestro casamiento necesario á vuestro honor; de otro modo, la flaqueza que cometisteis podía ajar vuestra vida, y dañar vuestro porvenir. Aunque sus bienes nos pertenecen según ley, os los donamos á título de viudedad; con ellos podréis hallar mejor marido.

MARIANA.—¡Oh, señor! no deseo otro mejor que él.

EL DUQUE.—En vano me rogáis; mi resolución es definitiva.

MARIANA (*arrojándose á sus piés*).—¡Señor!...

EL DUQUE.—Es inútil. Que lo lleven á la muerte. (*A Lucio*.) Ahora entráis vos.

MARIANA.—¡Oh señor! Cara Isabel, socórreme; échate á sus plantas y te daré mi vida en pago.

EL DUQUE.—Vais contra toda razón importunándola. Si hincase su rodilla para interceder por el matador de su hermano, la sombra de éste rompería su lecho de piedra, y la arrastraría de aquí con horror.

MARIANA.—¡Isabel, cara Isabel! arrodillaos solamente al lado mío: alzad vuestras manos, nada digáis, hablaré yo. Dicen que aun los mejores están llenos de defectos y se vuelven tanto más virtuosos cuanto peores fueron: mi esposo puede ser de ese número. ¿Isabel, no queréis doblar la rodilla por mí?

ISABEL (*de rodillas*).—Príncipe, dignaos ver á este hombre sentenciado, como si mi hermano viviese. Me inclino á creer que la mayor virtud fué norma de sus acciones, hasta que me hubo visto; que no muera, señor! Mi hermano ha sido justamente castigado, puesto que cometió realmente el delito por el cual murió. El crimen de Angelo, por el contrario, no fué más allá del deseo, que abortó antes de ser ejecutado. Los pensamientos no están sujetos á la ley, y su intento no pasó de aquí.

MARIANA.—No pasó de aquí, señor.

EL DUQUE.—Vuestros ruegos son inútiles: alzad, os digo. Recuerdo ahora otro delito. Preboste, ¿por qué Claudio fué decapitado en hora inusitada?

EL PREBOSTE.—Así me lo ordenaron.

EL DUQUE.—¿Teníais para eso, una orden escrita y especial?

EL PREBOSTE.—No, señor; la recibí con un mensaje secreto.

EL DUQUE.—Y por eso, os despojo de vuestro oficio: dadme vuestras llaves.

EL PREBOSTE.—Dignaos perdonarme, noble señor: ya sospeché que era una falta, pero lo dudaba: sin embargo, después de haberlo pensado más, me arrepentí; en prueba de ello, hay todavía un hombre en la cárcel que, según una orden secreta, debía ser ejecutado, y le he dejado vivir.

EL DUQUE.—¿Quién es?

EL PREBOSTE.—Su nombre es Bernardino.

EL DUQUE.—Ojalá hubiérais hecho lo mismo con Claudio. Idos: traedle aquí; quiero verle.

(Sale el preboste.)

ESCALO *(á Angelo)*.—Mucho me aflige que un hombre tan esclarecido, tan sensato como vos, haya caído en un extravío tan grosero, movido primero de la pasión y luego por falta de buen criterio.

ANGELO.—Y á mi me aflige ser la causa de tantos sinsabores; tan grande es mi remordimiento, que prefiero la muerte al perdón: la he merecido y la pido.

(El preboste, conduciendo á Bernardino, Claudio y Julieta.)

EL DUQUE.—¿Cuál es ese Bernardino?

EL PREBOSTE.—Este, señor.

EL DUQUE.—Un religioso me habló de este hombre. Me han dicho, miserable, que eres tan estúpido, que nada columbras más allá de la muerte, y arreglas tu conducta á esta idea. Estás sentenciado á muerte; pero, te perdono. Usa de este perdón disponiéndote á más honrada vida; religioso, aconsejadle: lo dejo en vuestras manos. ¿Quién es éste que tanto tapa el rostro?

(Se lo descubre.)

EL PREBOSTE.—Es otro prisionero que he salvado y que debía perecer el mismo día que Claudio, y se parece tanto á él, que sería fácil tomar el uno por el otro.

EL DUQUE (*á Isabel.*)—Si se parece á vuestro hermano, le perdono por consideración á su memoria; y vos, Isabel, por el amor que os profeso, dadme vuestra mano y prometedme que seréis mía; es mi hermano también; mas aplacemos este cuidado para más oportuna ocasión..... Parece que Angelo comienza á advertir que se encuentra seguro, según veo brillar en sus ojos un rayo de esperanza. Vamos, Angelo, vuestro crimen se vuelve en favor vuestro. Amad á vuestra esposa; su mérito iguala al vuestro. Me siento inclinado á la clemencia; y, sin embargo, hay aquí alguien todavía á quien no quiero perdonar. (*A Lucio.*) Vos, amiguito, que me teniais por un imbécil, un cobarde, un hombre entregado enteramente al vicio, un asno, un loco; decidme ¿cómo he merecido de vos semejante panegírico?

LUCIO.—En verdad, señor, que obedeci tan sólo al hábito y á mi natural inclinación; por ella vais á ahorcarme; sea en buen hora; pero con franqueza..... preferiría que me hiciérais azotar.

EL DUQUE.—Te azotaremos, primero, y luégo te ahorcaremos. Preboste, mandad que pregonen por toda la ciudad que, si hay alguna mujer ultrajada por este libertino, como él mismo afirmaba hace poco, que se presente, y le obligaremos á casarse con ella, y una vez celebradas las bodas, azótenlo, y luégo á la horca.

LUCIO.—No me obliguéis á casarme con una perdida, señor. No há mucho, decía Vuestra Alteza, que yo había hecho de vos un duque; no me recompenséis de ello, haciendo de mí un..... ¿cómo diré?

EL DUQUE.—Te casarás; no hay remedio. Te perdono tus calumnias y demás ofensas, á condición de que te cases. Prendedle y cuidad de que se cumpla punto por punto nuestro deseo.

LUCIO.—Casarme con una perdida, señor, es condenarme á la muerte, al azote y al cadalso.

EL DUQUE.—Bien merece este castigo calumniar á un príncipe. Vos, Claudio, pensad en reparar el honor de la que habéis ultrajado. Vos, Mariana, sed feliz. Amadla, Angelo; la he confesado y conozco su virtud. Os agradezco, mi buen amigo Escalo, vuestros buenos



servicios y me reservo la ocasión de probaros mi gratitud. Y á vos también, preboste, en pago de vuestro celo y discreción, os confiaremos un puesto más digno de vos. Perdonadle, Angelo, el haberos llevado la cabeza del pirata en lugar de la de Claudio. La falta lleva consigo su perdón. Cara Isabel, algo tengo que pedirós que interesa á vuestra felicidad; si queréis prestar favorable oído á mi demanda, vuestro es cuanto poseo, y mío será cuánto os pertenece. Vamos, conducidnos á nuestro palacio: allí os revelaremos lo que sigue aún oculto, y de lo cual conviene que os enteréis todos. *(Salen.)*

CORIOLANO

Ilustración de *A. Wagner*. — Grabados de *Knesing*.

PERSONAJES

CAYO MARCIO CORIOLANO, romano noble.
TITO LARCIO, } generales contra los volscos.
COMINIO, }
MENENIO AGRIPA, amigo de Coriolano.
SICINIO VELUTO, } tribunos del pueblo.
JUNIO BRUTO, }
MARCIO EL JOVEN, hijo de Coriolano.
UN HERALDO ROMANO.
TULO AUFIDIO, general de los volscos.
UN TENIENTE de Aufidio.
CONSPIRADORES adictos á Aufidio.
UN CIUDADANO DE ANTÍO.
DOS GUARDAS VOLSCOS.
VOLUMNIA, madre de Coriolano.
VIRGILIA, esposa de Coriolano.
VALERIA, amiga de Virgilia.
UNA DAMA del séquito de Virgilia.

SENADORES ROMANOS Y VOLSCOS, PATRICIOS, EDILES, LICTORES,
SOLDADOS, CIUDADANOS, MENSAJEROS, ESCLAVOS DE AUFIDIO,
Y DEMÁS SÉQUITO.

La escena en Roma, y en el país de los volscos y Antío.



ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

Una calle de Roma.

Entra un grupo de ciudadanos amotinados, con palos y otras armas.

1.^{er} CIUDADANO.—Antes de seguir más adelante, oíd lo que tengo que decir.

CIUDADANOS (*hablando á un tiempo*).—¡ Hablad ! ¡ Hablad !

1.^{er} CIUDADANO.—¿ Estáis resueltos todos á morir antes que sufrir el hambre ?

TODOS.—¡ Sí ! ¡ Sí !

1.^{er} CIUDADANO.—Pues bien ; ya sabéis que Cayo Marcio es el enemigo capital del pueblo.

TODOS.—Lo sabemos. Lo sabemos.

1.^{er} CIUDADANO.—Matémosle y tendremos trigo al precio que queramos. ¿ Está decidido ?

CIUDADANOS.—No hay que hablar más. Manos á la obra, y en marcha.

2.º CIUDADANO.—Buenos ciudadanos; una palabra...

1.º CIUDADANO.—Diríais mejor *pobres*; *buenos*, no lo son más que los patricios. Para aliviarnos de nuestra pobreza bastaría con las sobras de nuestros tiranos. Si quisieran cedernos lo superfluo, mientras es tiempo, podríamos aún agradecersele y atribuirlo á humanidad; pero incluso lo que les sobra les parece demasiado para nosotros. La escasez que nos aflige, la realidad de nuestra miseria, no hace más que lisonjearles, mostrándoles todo el precio de su opulencia. Venguémonos con nuestras lanzas, mientras nos queden fuerzas para ello. Los dioses son testigos de que hablo así por hambre de pan y no por sed de venganza.

2.º CIUDADANO.—¿Procederíais especialmente contra Cayo Marcio?

CIUDADANOS.—Primero contra él. Es un perro de presa contra el pueblo.

2.º CIUDADANO.—Considerad cuantos servicios ha hecho á la patria.

1.º CIUDADANO.—Enhorabuena, y me alegraría de reconocerlo así; pero ya se desquitó con su orgullo.

2.º CIUDADANO.—Vaya, hablad sin odio.

1.º CIUDADANO.—Pues os aseguro que sólo con ese objeto realizó tales hazañas; y aunque algunos timoratos digan que lo hizo por la patria, lo cierto es que fué por complacer á su madre, y por desplegar ese orgullo que en verdad está ciertamente á la altura de sus merecimientos.

2.º CIUDADANO.—Atribuis á vicio lo que está en su naturaleza y que él no podría evitar aunque lo quisiera. En manera alguna podéis decir que sea codicioso.

1.º CIUDADANO.—Si no puedo decir eso, no por ello me faltaría de qué acusarlo. Faltas tiene y tan abun-

dantes que seria cansado repetirlas (*aclamaciones dentro*). ¿Qué aclamaciones son esas? Los del otro lado se sublevan. ¿Qué hacemos charlando aquí? ¡Al Capitolio!

CIUDADANOS.—Vamos, vamos.

1.^{er} CIUDADANO.—Poco a poco. ¿Quién llega?

(*Entra Menenio Agripa.*)



2.^o CIUDADANO.—El digno Menenio Agripa: este siempre ha amado al pueblo.

1.^{er} CIUDADANO.—Es hombre muy honrado. ¡Ojalá los demás fuesen como él!

MENENIO.—¿De qué se trata, compatriotas míos? ¿Adónde váis armados de palos y mazas? ¿Qué ocurre? Os ruego que me lo digáis.

1.^{er} CIUDADANO.—No ignora el Senado el asunto que nos ocupa; y quince días há tiene noticia de lo que nos proponemos hacer; pero ahora van á verlo realizado. Ellos dicen que los pretendientes pobres tienen, por lo común, buenos pulmones; es necesario que sepan que tienen también buenos brazos.

MENENIO.—¡Cómo! Amigos míos, honrados conciudadanos, ¿querriais arruinaros?

I.^{er} CIUDADANO.—Es imposible, señor; puesto que ya lo estamos.

MENENIO.—Os aseguro, amigos, que los patricios cuidan con gran celo de vosotros. Si así os movéis contra el Estado á causa de vuestras necesidades y sufrimientos durante la carestía, tanto valdría habérselas también con el cielo. El Estado romano seguirá su camino, destrozando diez mil frenos más poderosos que vuestra resistencia. Los dioses, no los patricios, envían la carestía; y por tanto las rodillas y no los brazos han de auxiliarnos. ¡Ay! que la calamidad os enagena y arrastra á mayores desgracias; difamáis á los que conducen el Estado, y mientras ellos cuidan de vosotros como padres, vosotros los maldecís como enemigos!

I.^{er} CIUDADANO.—¡Cuidar de nosotros como padres! ¡Vaya un chiste! Jamás lo han hecho. Nos dejan en el hambre mientras sus almacenes están repletos de granos; promulgan edictos sobre la usura para proteger á los usureros; derogan diariamente alguna ley establecida contra los ricos, y ponen en vigor los más tiránicos estatutos para oprimir y encadenar al pobre! Cuando no nos devoran las guerras, nos devoran ellos;... ese es el amor que nos profesan.

MENENIO.—Ó confesáis que en vuestro proceder interviene por mucho la maldad, ó habrá que atribuirlo á insensatez. Voy á referiros un bonito cuento que tal vez hayáis oído antes; pero como parece ahora muy oportuno, me arriesgaré á repetirlo una vez más.

I.^{er} CIUDADANO.—Está bien. Lo escucharemos; pero no penséis que vamos á olvidar nuestra desgracia por un cuento. Sin embargo, referidlo si os place.

MENENIO.—Sucedió un día que todos los miembros del cuerpo se rebelaron contra el estómago, y lo acu-

saban de este modo : que en medio del cuerpo permanecía inactivo y ocioso como un abismo, sin participar del trabajo de los demás miembros y atesorando el alimento : al paso que los otros veían, oían, discernían, instruían, se paseaban, sentían, y atendiendo al esfuerzo común proveían al apetito é inclinaciones naturales de todo el cuerpo. El estómago respondió...

I.^{er} CIUDADANO.—Veamos su respuesta.

MENENIO.—Voy á ella. Con amarga y desdeñosa sonrisa, contestó á los miembros descontentos, á las partes amotinadas que envidiaban su bienestar ; ni más ni menos que vosotros cuando murmuráis de los senadores porque no son de la misma condición que vosotros.....

I.^{er} CIUDADANO.—¿ Pero cuál fué la respuesta ? ¡ Veamos ! Acaso la cabeza regiamente coronada, el ojo vigilante, el corazón que aconseja, el brazo, nuestro soldado, la pierna, nuestro corcel, la lengua, nuestro heraldo, y los otros auxiliares menores de nuestra estructura ; acaso ellos.....

MENENIO.—¿ Pero, qué ? Este mozo se anticipa á hablar primero que yo. ¿ Y bien ? ¿ Qué ?

I.^{er} CIUDADANO.—¿ Y..... han de estar sujetos al estómago glotón que al fin no es más que el sumidero del cuerpo.

MENENIO.—Bien. ¿ Y qué ?

I.^{er} CIUDADANO.—¿ Qué podia responder el estómago á las quejas de aquellas gentes ?

MENENIO.—Ya os lo diré, si queréis acordarme un poco de paciencia, que á la verdad os falta.

I.^{er} CIUDADANO.—Mucho tiempo empleáis en ello.

MENENIO.—Observad, buen amigo, que el estómago era grave y sesudo, no precipitado y temerario como sus acusadores, y respondió así : « Verdad es que recibo al principio el alimento general del cual subsistis, y es conveniente que así sea, pues soy el almacén

»de depósito y el laboratorio de todo el cuerpo. Pero
 »recordad que lo envío por los ríos de vuestra sangre
 »al corazón y al asiento del cerebro; y á favor de los
 »resortes y funciones del hombre, reciben de mí los
 »nervios más poderosos y las más diminutas venas, la
 »natural aptitud que los hace vivir. Y aunque todos
 »á un tiempo,—vosotros mis buenos amigos, fijaos en
 »que es el estómago el que habla.....—»

I.^{er} CIUDADANO.—Bien, seguid.

MENENIO.—«Y aunque todos á un tiempo no podéis
 »mirar lo que entrego á cada uno por separado; sin
 »embargo, puedo hacer valer mi argumento, pues to-
 »dos recibís de mí la harina de todos y no me dejáis
 »sino el desecho.» ¿Qué decís á esto?

I.^{er} CIUDADANO.—Buena respuesta; pero ¿qué aplica-
 ción....?

MENENIO.—Los senadores de Roma son el estómago,
 y vosotros los miembros amotinados. Examinad su
 consejo y sus cuidados: digerid rectamente lo que
 concierne al bien común, y encontraréis que no reci-
 bis beneficio alguno que no proceda de ellos á vos-
 otros, y en manera alguna de vosotros mismos. ¿Qué
 os parece? ¿Qué decís de esto, vos, dedo mayor del
 pié de esta asamblea?

I.^{er} CIUDADANO.—¿Por qué dedo mayor? ¿Por qué?

MENENIO.—Porque siendo el más bajo, el ínfimo, el
 más pobre de esta sapientísima rebelión, os adelantáis
 á todos los demás. Bribón, tú en quien corre la peor
 sangre, te pones á la cabeza para ganar alguna ven-
 taja. Pero, disponed vuestros garrotes: Roma se aper-
 cibe á librar batalla á sus ratones; uno de los dos
 partidos tendrá de qué arrepentirse. ¡Salud, noble
 Marcio!

(*Entra Cayo Marcio.*)

MARCIO.—Gracias. ¿Qué hay, facciosos bellacos, que
 rascando la miserable sarna de vuestra opinión os
 criáis costras?

2.º CIUDADANO.—Siempre os debemos alguna palabra bondadosa.

MARCIO.—Quien gaste palabras bondadosas contigo, llevaría su adulación más abajo que el último límite del desprecio. ¿Qué pretendéis vosotros, perros, que no gustáis ni de la paz ni de la guerra? La una os asusta y la otra os infatúa. ¡Quién confiará en vosotros, si cuando os quieren leones os encuentran gallinas; y cuando zorros, gansos! Más flacos sois que la brasa sobre el hielo ó el granizo bajo el sol. Vuestra virtud consiste en ensalzar á quien cayó bajo el peso del delito y que maldice por ello á la justicia. Odiáis á quien más vale; y vuestros afectos son como el apetito del enfermo que desea más lo que ha de agravar su dolencia. El que confía en vuestro favor, nada con plomos, y derriba robles á golpes de bejuco. ¡Mala peste con vosotros! ¿Confiar en vosotros? Cada minuto mudáis de parecer y aclamáis por noble al que odiábais un momento antes, y envilecéis al que era vuestro ídolo. ¿Qué ocurre ahora para que en diversos puntos de la ciudad gritéis contra el noble Senado que, con el favor de los dioses, os tiene en sujeción, sin la cual os devoraríais unos á otros? ¿Qué buscáis?

MENENIO.—Trigo al precio que ellos quieran, porque la ciudad, dicen ellos, está muy bien provista.

MARCIO.—¡Mal rayo los parta! ¿Eso dicen? Se la pasarán sentados al fuego y presumirán saber lo que ocurre en el Capitolio: quién se ha de elevar, quién prospera y quién declina: arreglarán facciones y celebrarán convenios á capricho, dando y quitando poder á los partidos, según les caigan ó no en gracia, bajo sus zapatos remendados. ¿Dicen que hay grano suficiente? Si la nobleza quisiera dejarse de compasiones y me permitiera servirme de mi espada, yo haría de todos ellos un montón tan alto como pudiera alcanzar con mi lanza.

MENENIO.—Paréceme que han entrado ya en razón; á pesar de su fogosidad, vedlos discurrir por delante de nosotros tímidos y confusos. Pero, sepamos, qué dicen los otros.

MARCIO.—Se han dispersado. ¡Mal rayo! Decían que tenían hambre, y murmuraban mil refranes: que el hambre quebranta muros de piedra; que hasta los perros deben comer; que el pan se hizo para la boca; que no crece el maíz para los ricos solamente... Con estas sandeces se desahogaban en quejas á las cuales se respondió haciéndoles una extraña concesión, capaz de quebrantar el corazón más generoso y hacer temblar el más firme poder. Entonces arrojaron en alto sus gorros como si quisieran colgarlos de los cuernos de la luna y prorumpieron en aclamaciones.

MENENIO.—¿Y en qué consiste la concesión?

MARCIO.—Que elijan cinco tribunos para defender su baja política. Uno es Junio Bruto, otro es Sicinio Veluto, y no sé quiénes más. El Senado ha recibido con esto un golpe mortal. Antes hubieran arrasado la ciudad, que arrancarme esta victoria. Con el tiempo se sobrepondrán al poder, y darán á la insurrección mayores pretextos.

MENENIO.—¡Qué extraño es esto!

MARCIO.—Ea! ¡Á vuestras casas, reptiles!

(Entra un mensajero.)

MENSAJERO.—¿Dónde está Cayo Marcio?

MARCIO.—Aquí. ¿Qué hay?

MENSAJERO.—Que los volscos se han alzado en armas.

MARCIO.—Me alegro. Así se purgará el Estado de sus humores. He aquí á nuestros mejores patricios.

(Entran Cominio, Tito Larcio y otros senadores, Junio Bruto y Sicinio Veluto.)

I.^{er} SENADOR.—Marcio: lo que nos dijisteis últimamente es verdad. Los volscos se han levantado en armas.

MARCIO.—Tienen un caudillo, Tulo Aufidio, que os dará qué hacer. Confieso mi flaqueza; le envidio, y á no ser quien soy, quisiera ser él.

COMINIO.—¿Habéis combatido juntos?

MARCIO.—Si el mundo estuviera dividido en dos partidos y Aufidio se encontrara en el mío, yo me rebelaría sólo por hacer la guerra contra él. Es un león al cual me enorgullezco de dar caza.

I.^{er} SENADOR.—Entonces, digno Marcio, cuidad de esta guerra junto con Cominio.

COMINIO.—Así lo prometisteis.

MARCIO.—Sí, y sabré cumplir mi palabra. Tito Larcio, me verás una vez todavía herir de frente á Tulo. ¡Qué! ¿Te heló la sangre la vejez? ¿Te separas?

TITO.—No, Cayo Marcio. Apoyado en una muleta combatiría con la otra, antes que contemplar ocioso esta guerra.

MENENIO.—¡Oh! Larcio, te reconozco en estas palabras.

I.^{er} SENADOR.—Acompañadnos al Capitolio, en donde sé que nos aguardan nuestros mayores amigos.

TITO.—Pasad delante. Seguid vos, Cominio, que nosotros debemos seguiros. Digno sois de esta primacía.

COMINIO.—¡Noble Larcio!

I.^{er} SENADOR (á los ciudadanos).—Volved á vuestras casas. Marcháos.

MARCIO.—No: dejadles que nos sigan. Los volscos tienen trigo en abundancia y debéis llevar allí estas ratas para roer sus graneros. Respetables ciudadanos, ahora es ocasión de mostrar valor. Seguidnos.

(Salen los senadores, Cominio, Marcio, Tito y Menenio.—
La plebe se dispersa.)

SICINIO.—¿Hase visto jamás hombre tan orgulloso como este Marcio?

BRUTO.—No tiene igual.

SICINIO.—Cuando se nos eligió tribunos del pueblo...

BRUTO.—¿Observasteis sus ojos y sus labios?

SICINIO.—No; pero sí sus sarcasmos.

BRUTO.—Á los mismos dioses insultaría.

SICINIO.—Se mofaría de la modesta luna.

BRUTO.—Así se lo trague esta guerra. Se ha vuelto demasiado orgulloso.

SICINIO.—Semejante índole, excitada por el éxito, desdeña hasta la sombra del propio cuerpo; pero me admira que su insolencia se doblegue hasta aceptar un puesto á las órdenes de Cominio.

BRUTO.—La fama, á la cual aspira y de la que ya tiene mucha parte, no se puede conservar mejor ni obtener más completa, que ocupando el segundo lugar. Las adversidades se achacarán siempre al general en jefe, aunque éste haga cuanto es humanamente posible; y la mordaz censura gritará entonces: «¡Ah! si Marcio fuera el jefe!

SICINIO.—Y por otro lado, si todo va bien, la opinión que tanto favorece á Marcio, echará á Cominio la culpa de las faltas de aquél.

BRUTO.—Venid. La mitad de los honores de Cominio son para Marcio, aunque éste no los haya ganado; y sus faltas serán todas honores para Marcio, aunque en realidad éste no haya merecido ninguno.

SICINIO.—Vámonos y oigamos en qué términos se resuelve el asunto; y con qué condiciones sale Marcio.

BRUTO.—Vamos.

(*Salen.*)

ESCENA II.

En el Senado.

Entran TULO AUFIDIO y algunos senadores.

I.^{er} SENADOR.—Según eso, vuestro parecer, Aufidio, es que los de Roma están instruidos de nuestros acuerdos, y saben lo que vamos á hacer.

AUFIDIO.—¿No os parece lo mismo? ¿Qué se ha proyectado jamás en nuestro Estado, que antes de ser puesto por obra no haya sido recelado y descubierto por Roma? No hace aún cuatro días cabales que tuve noticias de allí, y he aquí en qué términos... me parece que traigo conmigo la carta: sí, aquí está. (*Leyendo.*) «Han levantado fuerzas pero no se sabe si son para el »Este ó para el Oeste. La carestía es grande y el pueblo se amotina. Dicese que Cominio, vuestro antiguo »enemigo Cayo Marcio (á quien Roma detesta más que »vos mismo), y Tito Larcio, valerosísimo romano, son »los que dirigen estos preparativos. Lo más verosímil »es que sea contra vosotros. Vivid alerta.»

1.^{er} SENADOR.—Nuestro ejército está ya en campaña. Siempre creímos que Roma se aprestaría al combate.

AUFIDIO.—Ni os pareció prudente revelar vuestras grandes pretensiones hasta el momento en que fuese indispensable descubrirlas; pero parece que Roma las ha conocido desde el principio, con lo cual será irrealizable nuestro propósito de ganar muchas ciudades antes que Roma advirtiese nuestra actitud.

2.^o SENADOR.—Noble Aufidio, ocupad vuestro puesto y poneos á la cabeza de las tropas. Nosotros solos guardaremos á Coriolos. Si nos sitian, traeréis vuestro ejército á levantar el sitio. Pero á mi juicio, no les hallaréis dispuestos al combate.

AUFIDIO.—¡Ah! No lo dudéis un instante. Estoy bien informado. Ya algunas de sus fuerzas se han puesto en marcha y en dirección á nosotros. Dejo á vuestras señorías. Si Cayo Marcio y yo llegamos á encontrarlos, es cosa ya convenida entre los dos: combatiremos hasta que perezca uno ú otro.

TODOS.—¡Que los dioses os asistan!

AUFIDIO.—Ellos guarden á vuestras señorías.

1.^{er} SENADOR, 2.^o ID., TODOS.—Adiós. Adiós. Adiós.

(*Salen.*)

ESCENA III.

Roma.—Aposento en casa de Marcio.

Entran VOLUMNIA y VIRGILIA, y se sientan á coser en banquetillos bajos.

VOLUMNIA.—Os ruego, hija mía, que cantéis; ó al menos alegraos un poco. Á ser mi esposo, no mi hijo, me regocijaría más su ausencia, que va á reportarle tanta gloria, que sus abrazos y ternezas. Cuando era aún delicado de cuerpo y mi único hijo y sus lozanos abriles cautivaban á su paso todas las miradas, su madre no habría vendido una sola hora de mirarlo, ni por todos los homenajes de un rey; pero no dejaba de considerar qué hechizos añadiría la gloria á su persona; sin la gloria, parecíame vana imagen, como las que adornan nuestros muros; hallé singular placer en impulsarle á todos los peligros que pudieran darle fama. Yo misma le envié á una cruel guerra, de la que volvió con la frente coronada de encina. Créeme, hija mía; no me alegró tanto cuando nació saber que era varón, como verle luégo dar muestras de ser todo un hombre.

VIRGILIA.—Pero, ¿y si hubiese perecido en la empresa?

VOLUMNIA.—Hubiera adoptado por hijo su gloria, y su renombre ocuparía su lugar. Lo digo sinceramente. Si tuviera una docena de hijos—iguales todos en mi afecto, y ninguno menos amado que nuestro querido Marcio—preferiría que muriesen once por la patria, á ver uno de ellos en voluptuosa inacción.

(*Entra una criada.*)

CRIDA.—La señora Valeria.

VIRGILIA.—Os ruego que me permitáis retirarme.

VOLUMNIA.—No lo haréis, por cierto. Ya me parece

oir hasta aquí el atambor de vuestro esposo: verlo arrastrar á Aufidio por los cabellos: huir de él los volscos como de un oso los niños; y aun oírle exclamar: «¡Venid, cobardes! ¡Nacisteis en Roma pero fuisteis engendrados en el miedo!» Y enjugando con su mano cubierta de acero su ensangrentada frente, seguir avanzando como el segador que so pena de perder su salario, tiene que segarlo todo.

VIRGILIA.—¡Su ensangrentada frente! ¡Oh, Júpiter; que no corra sangre!

VOLUMNIA.—Quita allá, necia. Eso cumple mejor á un hombre que el dorar sus trofeos. Los pechos de Hécuba cuando amamantaban á Héctor, no eran tan hermosos como la frente de Héctor cuando en la lucha con los griegos se cubría de sangre. (*A la sirvienta.*) Decid á Valeria que estamos prontas á recibirla.

VIRGILIA.—¡Los cielos protejan á mi señor del sanguinario Aufidio!

VOLUMNIA.—Él le hará humillar la frente, y asentará la planta sobre su cuello.

(*Vuelve á entrar la sirvienta con Valeria y su criado.*)

VALERIA.—Felices días á una y otra, mis amadas señoras.

VOLUMNIA.—¡Oh querida Valeria!

VIRGILIA.—Alégrome de ver á vuestra señoría.

VALERIA.—¿Cómo estáis? Ya veo que sois hacendosas. ¿Qué estabais cosiendo? ¡Lindo trabajo, á fe mía! ¿Cómo le va á vuestro hijito?

VIRGILIA.—Doy gracias á vuestra señoría; mi buena señora. Muy bien, por ahora.

VOLUMNIA.—Gusta mucho más de las espadas y tambores que de las lecciones de su maestro.

VALERIA.—Hijo de su padre, por vida mía. Es lindísimo. Más de media hora estuve mirándole el miércoles. ¡Qué aspecto tan resuelto tiene! Le vi correr en pos de una mariposa dorada; y cuando la hubo

atrapado, la soltó de nuevo; y eso repitió una vez y otras y muchas. Hubiérais visto cuando caía por acaso, ó algo le estorbaba, ¡ cómo apretaba los dientes! y ¡ con qué furia acabó por destrozarla!

VOLUMNIA.—Tiene las mismas propensiones de su padre.

VALERIA.—Sí por cierto, tiene no sé qué de extraordinario.

VIRGILIA.—Muy travieso, señora.

VALERIA.—Vamos; dejad vuestra costura. Deseo que esta tarde estéis conmigo de huelga.

VIRGILIA.—Ah, no; lo que es yo no saldré de casa.

VALERIA.—¿No saldréis?

VIRGILIA.—No, ciertamente; os ruego me excuséis. No pondré el pié fuera de casa hasta que mi señor haya vuelto de la guerra.

VALERIA.—Bah! Os atormentáis inútilmente con tal encierro. Deberíais venir y visitar á nuestra buena amiga enferma.

VIRGILIA.—Le deseo un pronto restablecimiento y la visito con mis oraciones; pero por ahora no iré allí.

VOLUMNIA.—¿ Y podríais decirme por qué?

VIRGILIA.—No es por pereza ni por falta de afecto.

VALERIA.—Queréis ser una nueva Penélope; pero dicen que todo el lino que ella tejió durante la ausencia de Ulises, sólo sirvió para llenar de polilla á toda Itaca. Vamos. Quisiera que vuestra tela fuese tan sensible como vuestra mano, para que la dejaseis por compasión de punzarla con la aguja. Vamos, tenéis que venir con nosotras.

VIRGILIA.—No, mi buena señora. Perdonadme; pero no saldré.

VALERIA.—Formalmente, querida, venid y os daré excelentes nuevas de vuestro esposo.

VIRGILIA.—No puede haberlas todavía.

VALERIA.—Pues no chanceo. Anoche se recibieron noticias de él.

VIRGILIA.—¿De veras?

VALERIA.—De veras. He aquí lo que oí decir á un senador. Los volscos han puesto en marcha un ejército, contra el cual ha salido el general Cominio con una parte de nuestras fuerzas romanas. Vuestro señor y Tito Larcio han acampado á las puertas de su ciudad, con el objeto de acabar rápidamente la guerra. Lo que os refiero es verdad, os lo aseguro por mi honor. Con que, os suplico que vengáis con nosotras.

VIRGILIA.—Dignaos excusarme, buena señora. En adelante os complaceré en cuanto gustéis.

VALERIA.—Dejadla enbuenhora. En la disposición de ánimo en que se halla, no haría más que echar á perder nuestro buen humor.

VOLUMNIA.—Voy viendo que sí. Vamos, amada amiga. Os ruego, Virgilia, que depongáis vuestra gravedad y nos acompañéis.

VIRGILIA.—Ya os he dicho, señora, que no debo hacerlo. Deseo que os divirtáis.

VALERIA.—Bien. Entonces, adiós. *(Salen.)*

ESCENA IV.

Delante de Coriolos.

Entran con tambores y banderas, MARCIO, TITO LARCIO, oficiales y soldados. Hacia ellos, un mensajero.

MARCIO.—Ahí vienen nuevas. Apuesto á que se han batido.

LARCIO.—Mi caballo contra el vuestro, á que no.

MARCIO.—Convenido.

LARCIO.—Convenido.

MARCIO.—Dime, ¿ se ha encontrado nuestro general con el enemigo ?

MENENIO.—Están á la vista ; pero no se han hablado aún.

LARCIO.—Pues entonces es mío el caballo.

MARCIO.—Ya os lo compraré.

LARCIO.—No ; ni lo vendo ni lo doy. Pero quiero prestároslo por cincuenta años. Intimidad á la ciudad.

MARCIO.—¿ Á qué distancia están los ejércitos ?

MENSAJERO.—Á menos de milla y media.

MARCIO.—Así oiremos sus tambores, y ellos los nuestros. Y ahora, Marte, te ruego que nos concedas presteza en la acción ; para que espada en mano marchemos en ayuda de nuestros amigos al campo de batalla. Ea ! Toca tu trompeta. (*Toque de parlamento.—Entran en las murallas algunos senadores y otros.*) ¿ Está Tulo Aufidio tras de vuestros muros ?

1.^o SENADOR.—No, ni hombre alguno que os tema menos que él, lo cual es menos que muy poco. Oíd ! Nuestros tambores están convocando á los jóvenes. Romperemos nuestras puertas antes de consentir que vengan á golpear en ellas. Aunque parecen cerradas, no hemos hecho más que sujetarlas con junquillos, y se abrirán por sí solas. Oíd, allá á lo lejos. (*Se oye la alarma á distancia.*) Allí está Aufidio. Escuchad el destrozo que hace en vuestro despavorido ejército.

MARCIO.—¡ Oh, ya han principiado !

LARCIO.—Su rumor nos servirá de guía. Ea, capitanes ! (*Entran los volscos y pasan por el proscenio.*)

MARCIO.—No nos temen y salen de su ciudad. Cubrid ahora con los escudos vuestros pechos y luchad con corazón más templado que los escudos. Avanzad, bravo Tito. Nos menosprecian mucho más de lo que pensábamos, y esto me estremece de ira. Venid, compañeros. Si alguno retrocede, pensaré que es un volsco y le haré sentir mi acero.

(*Alarma. Salen romanos y volscos luchando. Los romanos son rechazados á sus trincheras. Vuelve á entrar Marcio.*)

MARCIO.—¡Caiga sobre vosotros toda la peste del Sud! ¡Oh vergüenza de Roma! Así os devoren y cubran de asquerosas pústulas, mil incurables enfermedades, y el contagio infeste el aire, y os convierta en objeto de horror aun antes de ser vistos. Almas de gansos en forma de hombres, ¿cómo habéis podido huir de esos esclavos [que no podrían triunfar ni de una legión de pigmeos? Por Plutón y el infierno! Todos venís lastimados por las espaldas; enrojecidos por detrás y con las caras pálidas de espanto! Volved por vuestro honor y cargad al enemigo; ó por todos los rayos del cielo, que sin cuidarme de él haré la guerra contra vosotros. Tenedlo presente. Ea! Venid! Si queréis aguardaros á pié firme, los haremos retroceder hasta que se refugien en las faldas de sus mujeres, así como ellos nos han seguido hasta nuestras trincheras. (*Otra alarma. Volscos y romanos vuelven á entrar y se renueva el combate. Los volscos se retiran á Coriolos y Marcio los sigue hasta las puertas.*) He ahí abiertas ahora las puertas. Este es el momento de probar que sois buenos auxiliares. La fortuna las abre para los que la siguen, no para los que huyen. Observad lo que hago, y haced como yo.

(*Entra por la puerta, que se cierra tras de él.*)

1.^{er} SOLDADO.—¡Vaya una temeridad! No seré yo quien lo haga.

2.^o SOLDADO.—Ni yo.

3.^{er} SOLDADO.—Mira: lo han encerrado allí.

(*La alarma continúa.—Entra Tito Larcio.*)

LARCIO.—¿Qué es de Marcio?

TODOS.—Muerto, sin duda.

1.^{er} SOLDADO.—Persiguiendo á los fugitivos entró junto con ellos, cuando de repente cerraron tras de

él las puertas. Ahí está solo contra toda la ciudad.

LARCIO.— ¡Oh noble corazón! Más valeroso en el ánimo que lo templado de tu acero, le pides lo imposible, y cuando él se plega tú permaneces en pié! Te han abandonado, Marcio! Un diamante, así fuera tan grande como todo tu cuerpo, no sería tan rica joya como tú. Eres un soldado tal como lo quería Catón; no solamente fiero y terrible en la lucha, sino que con tu aspecto amenazador y con tu voz de trueno, hacías temblar á tus enemigos, como si el mundo tiritase de fiebre.

(Vuelve á entrar Marcio cubierto de sangre, asaltado por los enemigos.)

I.º SOLDADO.— ¡Mirad, señor!

LARCIO.— ¡Es Marcio! Volemos á rescatarle ó muros con él! *(Luchan y entran todos en la ciudad.)*

ESCENA V.

Una calle en la ciudad.

Entran algunos romanos con despojos.

I.º ROMANO.— Llevaré esto á Roma.

2.º ROMANO.— Y yo esto.

3.º ROMANO.— ¡Maldición! Me pareció que esto era de plata.

(Continúa la alarma á lo lejos.—Entran Marcio y Tito Larcio, con un trompeta.)

MARCIO.— Ved ahí á esos miserables, que no ponen otro precio á su honra que un maldito dracma. Y aun no terminado el combate, se apresuran á empaquetar almohadillas, cucharas de plomo, ropas que el verdugo habría enterrado con los cuerpos que las llevaban. ¡Mal rayo los parta! Pero oid. ¡Qué rumor en torno

del general enemigo! Vamos á él. He ahí al hombre que mi alma detesta, Aufidio, rompiendo las filas de nuestros romanos. Conservad, bravo Tito, las tropas suficientes para sostener la ciudad, mientras yo, seguido por los que tengan ánimo de hacerlo, me apresuro á auxiliar á Cominio.

LARCIO.—Digno señor, te estás desangrando. Tu ejercicio ha sido demasiado violento para que sea posible comenzarle de nuevo.

MARCIO.—No exageréis. Todavía no me he fatigado. Adiós. La sangre que veis en mí es poca; no hay peligro. Así me presentaré á Aufidio y lo combatiré.

LARCIO.—Pues quiera ahora la bella diosa Fortuna enamorarse de ti y desviar con sus encantos la espada de tus enemigos. Bravo caballero, que la prosperidad sea tu compañera!

MARCIO.—Y que no sea menos amiga tuya que de aquellos á quienes eleva más. Adiós. (*Sale Marcio*)

LARCIO.—Vé, digno Marcio: haz sonar tu trompeta en la plaza del mercado; convoca allí á los oficiales de la ciudad para darles nuestras instrucciones. En marcha! (*Salen.*)

ESCENA VI.

Cerca del campo de Cominio.

Entra COMINIO con sus tropas, en retirada.

COMINIO.—Tomad aliento, amigos míos. Habéis combatido bien, y nos hemos retirado como romanos, ni temerariamente obstinados en el ataque, ni apocados y cobardes en la retirada. Creedme, amigos, seremos atacados de nuevo. Mientras combatíamos, hemos alcanzado á oír á intervalos las cargas de nuestros amigos. Que los dioses de Roma los conduzcan al éxi-

to que anhelamos, para que unidas nuestras fuerzas les ofrezcamos con risueña faz el sacrificio de acción de gracias. (*Entra un mensajero.*) ¿Qué noticias traes?

MENSAJERO.—Los ciudadanos de Coriolos han salido y librado batalla á Larcio y á Marcio. Ví nuestras fuerzas obligadas á volver á sus atrincheramientos, y entonces vine.

COMINIO.—Aun cuando digas verdad, paréceme tu relato sospechoso. ¿Cuánto tiempo hace de eso?

MENSAJERO.—Más de una hora, señor.

COMINIO.—No hay ni una milla de distancia y oímos prontamente sus tambores. ¿Cómo has podido gastar una hora en caminar una milla y traer las nuevas tan tarde?

MENSAJERO.—Los espías de los volscos me dieron caza y tuve que dar un rodeo de tres ó cuatro millas. Á no ser por esto, hace media hora que habría traído las noticias. (*Entra Marcio.*)

COMINIO.—¿Quién llega allí cubierto de sangre que parece desollado? ¡Oh dioses! Por su porte diría que es Marcio! Ya le he visto así tiempo há.

MARCIO.—¿Llego tarde?

COMINIO.—No conoce el pastor el trueno tanto como yo la voz de Marcio entre las de todos los demás.

MARCIO.—¿Llego tarde?

COMINIO.—Sí, si la sangre que te cubre es la tuya y no la de tus enemigos.

MARCIO.—¡Oh! Dejadme que os estreche en mis brazos, vigorosos ahora como en los mejores días de mi juventud y con un corazón tan alegre como el día de mis nupcias cuando las antorchas alumbraban el tálamo.

COMINIO.—Flor de los guerreros ¿cómo se encuentra Tito Larcio?

MARCIO.—Ocupado en dar decretos: condenando á algunos á muerte, y á otros á destierro; admitiendo

el rescate de éste, compadeciendo á aquél, amenazando á tal otro; manteniendo á Coriolos en nombre de Roma, como á un sumiso lebrel atrahillado y que se sujeta ó se suelta á voluntad.

COMINIO.—¿Dónde está ese esclavo que me dijo os habían batido hasta vuestras trincheras? ¿Dónde está? Que vayan por él.

MARCIO.—Dejadle tranquilo. Él os dijo la verdad; estos señores plebeyos... la masa común (¡mala peste! ¡y darle tribunos!) ha huido ante la canalla de los volscos, más miserable que ella, como huye del gato el ratón.

COMINIO.—¿Pues y cómo prevalecisteis?

MARCIO.—No tenemos ahora tiempo para entretenernos en eso. ¿Dónde está el enemigo? ¿Sois dueños del campo? Y si no: ¿por qué no lucháis hasta serlo?

COMINIO.—Marcio: hemos combatido con desventaja, y nos hemos retirado para asegurar nuestro propósito.

MARCIO.—¿En qué dirección tienen su línea de batalla? ¿Sabéis dónde han colocado sus tropas escogidas?

COMINIO.—Á lo que presumo, Marcio, las tropas de vanguardia son los de Antio, sus soldados de confianza; y á la cabeza de ellos está Aufidio, que es su principal esperanza.

MARCIO.—Os ruego por todas las batallas en que hemos combatido juntos, por la sangre que juntos hemos derramado, y por la promesa que nos une de ser siempre amigos, que me enviéis inmediatamente contra Aufidio y los suyos. No lo dilatéis un solo instante; relumbren en alto las espadas y las picas... pongamos á prueba ahora mismo...

COMINIO.—Aunque mi deseo sería haceros conducir á un baño templado y aplicar bálsamo á vuestras heridas, jamás me atreveré á rehusar lo que demandáis.

Escoged vos mismo aquellos que mejor podrán ayudaros en la empresa.

MARCIO.—Esos serán los que quieran seguirme. Si hay aquí algunos (y sería pecado el dudarlos) que gusten del tinte de que estoy bañado; si alguno estima en más su persona que una mala reputación; y cree que más vale una noble muerte que una mala vida, y que no debe amarse á sí mismo más que á la patria; levante las manos para expresar su voluntad, y siga á Marcio. (*Todos lanzan aclamaciones y levantan las espadas, y lo toman en brazos.*) ¡Dejadme, dejadme! ¿Acaso soy yo una espada para que me levantéis así? Si estas demostraciones son sinceras ¿cuál de vosotros no vale por cuatro volscos? Cualquiera de vosotros podrá oponer á Aufidio un escudo tan fuerte como el suyo. Á todos doy gracias; pero debo elegir cierto número: los demás harán su deber en otros encuentros. Pero hay que obedecer las órdenes. Poneos en marcha, y cuatro de vosotros escogerán brevemente á los que deben estar bajo mi mando, entre los de mejor voluntad.

COMINIO.—En marcha, compañeros; probad que no os entregáis á vana ostentación, y lo partiremos todo con vosotros. (*Salen.*)

ESCENA VII.

Las puertas de Coriolos.

TITO LARCIO, puesta una guarnición en Coriolos, se dirige con un tambor y un corneta hacia COMINIO; y CAYO MARCIO entra con un TENIENTE y un guía.

LARCIO.—Guardad las puertas, y cumpla cada cual el deber que se le ha señalado. Si lo requiero, enviad esas centinelas en ayuda nuestra. Las restantes servi-

rán para mantener por breve espacio el puesto ; porque si perdiésemos la batalla no podríamos conservar la ciudad.

TENIENTE.—Podéis estar tranquilo, señor.

LARCIO.—Cerrad las puertas tras de nosotros. Adiós. Guía, conducenos al campo romano. *(Salen.)*

ESCENA VIII.

Campo de batalla entre los campamentos romano y volsco.

Alarma.—Entran MARCIO y AUFIDIO.

MARCIO.—No combatiré á ninguno sino á ti ; pues te detesto más que al falso que falta á su palabra.

AUFIDIO.—No te aborrezco menos. No hay en África sierpe más odiosa para mí que tu fama y tu envidia. ¡En guardia!

MARCIO.—Que el primero de los dos que retroceda, muera esclavo del otro y condénenle los dioses en la otra vida.

AUFIDIO.—Si huyo, Marcio, llámame gallina.

MARCIO.—En las tres horas últimas, Tulo, me he batido yo solo dentro de vuestros muros de Coriolos, é hice lo que quise. La sangre que ves en todo mi cuerpo, es la de los tuyos. Para vengarte, reúne todo tu esfuerzo.

AUFIDIO.—Si fueses el mismo Héctor, aquel azote de tu maldita raza, no me escaparías ahora. *(Luchan, y algunos volscos acuden en ayuda de Aufidio.)* ¡Oh importunos! me habéis cubierto de vergüenza con vuestra maldecida intrusión.

(Salen lidiando, acosados por Marcio.)

ESCENA IX.

El campamento romano.

Alarma.—Toque de retirada.—Entran por un lado COMINIO y romanos; por el otro lado MARCIO con el brazo vendado, y otros romanos.

COMINIO.—Si me pusiera á referirte las proezas de este día, tú mismo no querrías creer tus hazañas; pero guardo mi relato para Roma donde los senadores sentirán mezclarse sus sonrisas con sus lágrimas: donde los grandes patricios escucharán trémulos de emoción y llenos de asombro: las damas palideciendo de espanto, estarán ansiosas de escuchar más todavía; y los vulgares tribunos que junto con el turbulento populacho aborrecen tus honores, dirán á pesar suyo y en el fondo de su corazón: «¡Gracias demos á los dioses, pues »concede á Roma semejante soldado!» Y sin embargo, cuando viniste á tomar parte en este banquete, ya te habías saciado en otros.

(Entra Tito Larcio con sus tropas, de regreso de la persecución.)

LARCIO.—¡Oh general! Vedle; es la espada de Roma; nosotros, la vaina. ¿Has visto...?

MARCIO.—Por favor, basta. Mi madre, que tiene carta blanca para ensalzar su sangre, me ofende cuando me elogia. Hice lo mismo que vosotros, lo que he podido: he tenido el mismo móvil que vosotros, el bien de la patria: y cualquiera que haya satisfecho sus aspiraciones ha eclipsado mis hazañas.

COMINIO.—No habéis de ser vos mismo quien ahogue el propio merecimiento. Roma debe conocer el valor de los suyos; y sería peor que un robo y tanto como una perfidia el ocultarle vuestros hechos, y pasar en silencio aquello que en la cumbre de la notoriedad y



Lucha entre Aufidio y Coriolano

del aplauso, parecería aún demasiado modesto. Os requiero por tanto para que me oigáis, en presencia del ejército. No pretendo recompensaros, sino dar público testimonio de vuestro valer.

MARCIO.—Tengo en el cuerpo unas cuantas heridas que empiezan á reclamar la cura.

COMINIO.—Y si las olvidásemos, podrian muy bien sublevarse contra la ingratitud y asilarse en la muerte. De todo el tesoro que en caballos, armas y valores hemos ganado en el campo y en la ciudad, os entregamos la décima parte, que se elegirá á vuestra voluntad antes de que se haga distribución alguna.

MARCIO.—General, os doy gracias; pero no puedo inducir mi corazón á que consienta en tomar lo que parecería una paga á mi espada. Así, la rehuso, y me limitaré á partirla por igual con los demás que han tomado parte en nuestra hazaña. (*Música.—Todos claman «¡Marcio! ¡Marcio!» y levantan en alto sus cascos y lanzas.—Cominio y Larcio permanecen descubiertos.*) ¡Ojalá nunca vuelvan á sonar esos instrumentos que profanáis! Cuando los tambores y las trompetas del campamento se hacen aduladores, ya sólo ofrece éste, como la ciudad y la corte, el aparato y exterior de la perfidia. Truécase el acero en simulacro de guerra, cuando se hace tan blando como la seda del parásito. Basta digo; que no hay por qué lanzar aclamaciones hiperbólicas si no lavé un poco de sangre, ó si derribé á algún pobre diablo; cosas que tantos otros habéis hecho sin llamar por eso la atención. No gusto de que lo poco que hago vaya aderezado con mentirosas alabanzas.

COMINIO.—Exageráis vuestra modestia, y sois más cruel con vuestra propia fama, que reconocido á los que os la otorgamos sinceramente. Si os enconáis contra vos mismo (como quien busca su propio daño), os pondremos esposas para poder razonar con vos sin pe-

ligro. Sea, pues, sabido del mundo entero, como lo es de nosotros, que á Cayo Marcio pertenece todo el honor de esta guerra; en prenda de lo cual le doy mi noble corcel, bien conocido en el campamento, con todos sus jaeces y adornos, y desde hoy en memoria de lo que hizo en Coriolos, apellídale en medio del clamor y aplauso de todo el ejército: «Cayo Marcio Coriolano», y lleve siempre este noble sobrenombre.

(*Música. Trompetas y tambores.*)

TODOS.—¡Cayo Marcio Coriolano!

CORIANO.—Voy á lavarme, y cuando haya limpiado de sangre mi rostro, veréis si me ruborizo. Pero aceptad mi agradecimiento. Pienso usar vuestro caballo; y en todo tiempo haré cuanto pueda por justificar el sobrenombre que me dais.

COMINIO.—Ahora, vamos á mi tienda, y antes de tomar ningún descanso, escribiré á Roma nuestro éxito. Vos, Tito Larcio, volved á Coriolos y enviadnos á Roma á sus mejores ciudadanos, para que podamos estipular con ellos lo más conveniente á nuestro bien y al suyo.

LARCIO.—Así lo haré, señor.

MARCIO.—Los dioses principian á burlarse de mí. Yo, que hace un momento rehusaba una dádiva de príncipe, tengo ahora que mendigar un favor de mi general.

COMINIO.—Tómalo: es tuyo. ¿Cuál es?

MARCIO.—He solido de vez en cuando albergarme aquí en Coriolos en casa de un hombre pobre, que me trató afablemente. Clamó por mi auxilio y le ví prisionero; pero en ese instante estaba Aufidio á la vista, y la cólera que me inspiraba me hizo olvidar la compasión. Os pido que libertéis á mi pobre huésped.

COMINIO.—¡Oh! Noble petición! Aunque hubiese muerto á un hijo mío, quedaría libre como el viento. Ponedle en libertad, Tito.

LARCIO.— Marcio: ¿ cómo se llama ?

MARCIO.— ¡ Por Júpiter! Se me ha olvidado. Estoy tan fatigado, que mi memoria se resiente de ello. ¿ No hay por aquí un poco de vino ?

COMINIO.—Vamos á mi tienda. La sangre empieza á secarse en vuestro rostro. Es tiempo de que atendamos á esto. *(Salen.)*

ESCENA X.

El campamento de los volscos.

Música. Cornetas. Entra AUFIDIO ensangrentado con dos ó tres soldados.

AUFIDIO.—La ciudad está tomada!

I.º SOLDADO.—La devolverán con buenas condiciones.



AUFIDIO.—¡ Condiciones! Desearía ser romano, pues siendo volscos no puedo mostrarme como soy. ¡ Condiciones! ¿ Y qué condiciones favorables puede esperar el vencido que está á merced de su adversario? ¡ Oh,

Marcio! He combatido contra ti cinco veces, y cinco me has vencido; y creo que si nos encontrásemos mil veces, sucedería lo mismo. Si volvemos á encontrarnos hombre á hombre, juro que ó tú serás mío ó yo seré tuyo. Ya no es honrada emulación lo que me guía; porque si antes quería vencerle con iguales fuerzas (cuerpo á cuerpo), ahora me apoderaré de él de cualquier modo, ya sea por la fuerza ó ya por la astucia.

I.^{er} SOLDADO.—Es el diablo.

AUFIDIO.—Más audaz pero no tan sutil. La mancha que por él sufro ha envenenado mi valor. Por causa de él, deserta de su propia naturaleza, y nada podría guarecer á mi odiado enemigo contra su furia; ni templo, ni capitolio, le protegerían con su antiguo privilegio; y aunque le encontrase en mi propio lugar y al amparo y salvaguardia de mi propio hermano, allí mismo hollando la ley de la hospitalidad, bañaría mi mano vengadora en la sangre de Marcio. Vete á la ciudad y averigua el modo como la sostienen, y quiénes son los que han de ir á Roma como rehenes.

I.^{er} SOLDADO.—¿No queréis ir?

AUFIDIO.—Me aguardan en el bosquecillo del ciprés, al sur de los molinos de la ciudad. Hacedme saber allí el giro que toman las cosas, para que á tenor de ellas arregle yo mi proceder.

I.^{er} SOLDADO.—Lo haré como mandáis, señor.

(Salen.)



ACTO II.

ESCENA I.

Plaza pública en Roma.

Entran MENENIO, SICINIO y BRUTO.

MENENIO.

EL augur me dice que tendremos noticias esta noche.

BRUTO. — ¿Buenas ó malas ?

MENENIO. — No muy conformes á las preces del pueblo, porque éste no ama á Marcio.

SICINIO. — La naturaleza enseña á los animales á conocer sus amigos.

MENENIO. — ¿ Podéis decirme á quién ama el lobo ?

SICINIO. — Al cordero.

MENENIO. — Sí: para devorarlo; como lo harían los hambrientos plebeyos con el noble Marcio.

BRUTO. — Es un cordero, no hay duda, pero que gruñe como un oso.

MENENIO. — Es un oso, no hay duda ; pero que vive como un cordero. Vos sois ambos ancianos en la experiencia. Decidme una cosa que quiero preguntaros.

AMBOS. — ¿Qué ?

MENENIO. — ¿ Qué ligera falta posee Marcio, que no tengáis vosotros en abundancia ?

BRUTO. — ¡ Qué ligera falta ! las reúne todas en alto grado.

SICINIO. — Sobre todo, el orgullo.

BRUTO. — Y la jactancia, por la cual es más de notar que hombre alguno.

MENENIO. — Esto sí que es extraño. ¿ Sabéis uno y otro de qué sois tachados en la ciudad ? ¿ Lo sabéis ?

AMBOS. — Veamos.

MENENIO. — Ya que habláis ahora del orgullo... ¿ no os encolerizaréis ?

AMBOS. — Vaya, señor ! vaya, vaya !

MENENIO. — Bah ! Poco caso hago de vuestra promesa ; porque la menor ocasión os hace perder la paciencia. Dejaos llevar de vuestro impulso, y soltando la rienda á vuestra natural disposición, enojaos tanto como queráis, si esto os place en algún modo. ¿ Criticáis á Marcio por orgullo ?

BRUTO. — Y no somos nosotros solos.

MENENIO. — Ya sé que vosotros solos bien poca cosa podríais hacer ; porque vuestros auxiliares son muchos, y sin ellos vuestras acciones serían harto limitadas. Valéis poco para hacer mucho. ¡ Habláis de orgullo ! ¡ Ojalá pudiérais volver la vista y examinar el interior de vuestras interesantes personas ! ¡ Ojalá lo pudiérais !

BRUTO. — Bien. ¿ Y qué ?

MENENIO. — Pues descubriríais un par de magistrados sin mérito, orgullosos, violentos, tales como no hay otros en Roma.

SICINIO. — También vos sois harto conocido, Menenio.

MENENIO. — Me tienen por un patricio de buen humor, que gusta de una taza de vino generoso sin mezcla de gota de agua del Tíber: dicen de mí que tengo el defecto de favorecer al primero que se queja; pronto á inflamarme por el más leve motivo, y que suelo conversar más con el silencio de la noche que con el brillo de la alborada. Digo lo que pienso, y cuando he desahogado mi mente, no queda en mí ninguna hiel. Cuando me doy de manos á boca con dos vividores públicos (pues no os puedo llamar Licurgos), si la bebida que me dan me sabe mal al paladar, no puedo evitar un mal gesto. Ni puedo decir que vuestras señorías han hablado con elocuencia, cuando oigo en cada sílaba un rebuzno; y aun cuando debo tolerar á los que digan que sois hombres de todo punto graves, esto no impide que mientan mortalmente los que os dicen que tenéis buenas caras. Si esto veis en mí ¿no se deduce que soy harto conocido? ¿Y qué defecto habéis descubierto en semejante carácter, malignos tribunos?

BRUTO. — Vamos, señor, vamos: os conocemos bastante.

MENENIO. — No me conocéis ni á mí ni á vosotros mismos, ni cosa alguna. Estáis ávidos de adulaciones y genuflexiones del miserable populacho; y malgastáis toda una hermosa tarde en oír la disputa entre una verdulera y un ganapán, y en seguida aplazáis para otro día la audiencia de su litigio. Cuando estáis oyendo el asunto debatido por las partes, suele suceder que si os da una punzada de cólico, hacéis más gestos que las máscaras; y clamando por el vaso de noche abandonáis la cuestión dejándola más embrollada que antes. Toda la justicia que acertáis á hacer es llamar bribones á ambos contendientes. ¡Vaya qué par!

BRUTO. — Vamos, vamos. Es cosa sabida que ser-

vís más para sentaros á la mesa, que en el Senado.

MENENIO.—Vuestros mismos sacerdotes se echarían á reir al dar con sujetos tan ridículos como vosotros. Lo mejor que decís sobre cualquier asunto no vale un pelo de vuestras barbas; que no valen lo que la crin de las sillas de un asno. Por eso decís que Marcio es orgulloso; á pesar de que, estimándolo en lo menos posible, vale más que todos vuestros antepasados, desde Deucalión, aunque tal vez haya habido entre los mejores de ellos algunos verdugos. Buenas tardes, augustos tribunos. Mi cerebro se infestaría en hablar más con vosotros, ganaderos del rebaño de plebeyos. Con que adiós. (*Bruto y Sicinio se retiran á la parte posterior de la escena.—Entran Volumnia, Virgilia y Valeria.*) ¿Cómo estáis, mis bellas y nobles señoras? Ni Diana, descendiendo á la tierra, os aventajaría en majestad.

VOLUMNIA.—¿Qué buscáis por aquí, Menenio? Mi hijo Marcio se acerca. Por amor de Juno, dejadnos ir.

MENENIO.—¡Ah! ¿Marcio regresa á Roma?

VOLUMNIA.—Sí, digno Menenio, y coronado por brillante éxito.

MENENIO.—¡Oh, gracias, Júpiter! He de beber en tus altares. ¡Marcio de vuelta en Roma!

LAS DOS.—Esta es la verdad.

VOLUMNIA.—Mirad. Aquí tenéis una carta suya, otra tiene el Estado, otra su esposa, y creo que en vuestra casa hay una para vos.

MENENIO.—¡Pues esta noche voy á echar la casa por la ventana! ¡Una carta para mí!

VIRGILIA.—Sí: la he visto yo misma.

MENENIO.—¡Una carta para mí! Esto va á darme salud para siete años seguidos.... despediré á mi médico. ¿Y no le han herido? Él contaba con volver herido á Roma.

VIRGILIA.—¡Oh, no, no, no!

VOLUMNIA.—Sí; está herido; y por ello doy gracias á los dioses.

MENENIO.—Y yo también, si las heridas no son graves. Este es el adorno que mejor le sienta. ¿Llega victorioso?

VOLUMNIA.—La victoria ciñó su frente, Menenio. Es la tercera vez que vuelve á Roma con la corona de encina.

MENENIO.—¿Y ha aplicado á Aufidio un correctivo eficaz?

VOLUMNIA.—Tito Larcio escribe que Marcio y Aufidio se batieron uno contra otro, pero que Aufidio se escapó.

MENENIO.—Y lo hizo muy á tiempo, se lo aseguro, ó no habría podido volver á moverse nunca. No me pondría en su lugar por todos los tesoros de Coriolos. ¿Está el Senado instruído de todo esto?

VOLUMNIA.—Vamos, mis buenas señoras. Sí, sí: el Senado tiene cartas del general en las que atribuye á mi hijo toda la gloria de esta guerra. Ha sobrepujado con sus hechos en ella todas sus proezas anteriores.

VALERIA.—Se refieren de él cosas que asombran.

MENENIO.—Asombrosas por cierto, os lo garantizo, y ganadas á buen precio.

VIRGILIA.—Quieran los dioses que sea como decís.

VOLUMNIA.—¡Cómo! ¿Lo dudáis?

MENENIO.—¿Que si es verdad? Yo os lo abono. ¿Dónde tiene las heridas? (*A los tribunos, que salen al frente de la escena.*) ¡Guarden los dioses á vuestras dignas señorías! Marcio regresa á Roma, y tiene nuevos motivos para estar orgulloso. ¿Dónde tiene las heridas?

VOLUMNIA.—En el hombro y en el brazo izquierdo. Ya tendrá hartas cicatrices que mostrar cuando se presente al pueblo á pretender su nombramiento. Cuando la expulsión de Tarquino, recibió siete heridas.

MENENIO.—Una en el cuello y dos en el muslo. Nueve conozco yo.

VOLUMNIA.—Antes de esta última expedición contaba ya veinticinco.



MENENIO.—Ahora son veintisiete. Cada una marca la muerte de un enemigo. (*Aclamaciones y música.*)
¡Oíd! Las trompetas.

VOLUMNIA.—Son los heraldos de Marcio. El rumor de la victoria le precede y el llanto de los vencidos le sigue. El sombrío espíritu, la muerte, se asienta en sus brazos vigorosos. Cuando los extiende, los enemigos de Roma se inclinan y sucumben.

(*Al sonido de las trompetas entran Cominio y Tito Larcio: entre uno y otro, Coriolano coronado con la guirnalda de encina. Capitanes, soldados y un heraldo.*)

HERALDO.—Sepa Roma que Marcio combatió solo dentro de las puertas de Coriolos, donde ganó junto con la fama un nuevo nombre que añadir á los de Cayo Marcio. Este nombre de honor es Coriolano. ¡Sed bienvenido á Roma, famoso Coriolano!

Todos.—¡ Bienvenido á Roma, famoso Coriolano !

CORIANLO.—No más alabanzas. Esas aclamaciones afligen mi corazón. No más, os lo suplico.

COMINIO.—Mirad, señor, á vuestra madre.

CORIANLO.—¡ Oh! (*Se arrodilla.*) Estoy seguro de que habéis rogado á los dioses en mi favor!

VOLUMNIA.—Levántate, mi buen soldado; levántate, mi gentil Marcio, mi digno Cayo, y por tus nuevas hazañas llamado... ¿ qué nombre es? ¿ debo llamarte... Coriolano? Pero ¡ oh! ¡ he aquí á tu esposa!

CORIANLO.—Salve, tierna esposa... cuyo silencio me hechiza. ¿ Y lloras de verme triunfante? ¿ Hubieras reído acaso, si me hubiesen traído sobre el escudo? ¡ Ah, amada mía! Deja ese llanto para las viudas de Coriolos y para las madres que echan de menos á sus hijos.

MENENIO.—Amigo! ¡ los dioses te coronen!

CORIANLO.—¿ Vos aquí? (*á Valeria.*) Perdonad, amable señora.

VOLUMNIA.—No sé de qué lado volverme. ¡ Oh! Bienvenido á Roma, bienvenido vos, general; bienvenidos todos vosotros.

MENENIO.—Cien mil parabienes. Estoy que quisiera reirme, y quisiera llorar, y me siento ligero y pesado á un tiempo. Si alguien dejara de regocijarse al verte, tendría en el fondo de su corazón la maldición del cielo. Sois tres en quienes Roma debe cifrar todo afecto. Y sin embargo, á fe de hombres, tenemos aquí algunos viejos agriados á manera de manzanos silvestres que no se pueden ingertar á tu gusto. Pero sed bienvenidos, guerreros; nosotros llamamos á una ortiga, ortiga, y á las faltas de los necios, necesidad.

COMINIO.—Siempre sentencioso.

CORIANLO.—Siempre, Menenio, siempre.

HERALDO.—Despejad y avanzad.

CORIANLO (*á su madre y su esposa.*)—Vuestra mano:

la vuestra. Antes de reposar mi cabeza en nuestro hogar, debo visitar á los buenos patricios, de quienes he recibido no sólo la bienvenida, sino nuevos honores.

VOLUMNIA.—He vivido lo bastante para ver cumplidos los ensueños de mi fantasía. Sólo una cosa falta, y no dudo que nuestra Roma te la otorgará.

CORIOLANO.—Sabed, madre mía, que prefiero ser su servidor á mi modo, á mandarles plegándome al suyo.

COMINIO.—Marchemos al Capitolio.

(*Música. Cornetas. Salen con gran pompa, como antes. Los tribunos se quedan.*)

BRUTO.—De él hablan todos para verle; hasta los viejos se arman de lentes: la nodriza deja llorar al niño mientras extasiada sólo piensa en charlar de él; la fregona adorna con su mejor hilo de abalorios su tostado cuello y escala las paredes para mirarlo. Escaparates, ventanas, cornisas, están atestados; á los tejados se encaraman gentes de todos los tipos y colores, todos acordes en el ansia de verlo. Sacerdotes que rara vez se ven, van confundidos entre las oleadas de la muchedumbre y empujan y se esfuerzan por abrirse paso para encontrar cualquier sitio; y hasta nuestras damas olvidan sus velos y no temen exponer á los ardientes rayos del sol sus rostros delicadamente teñidos de blanco y carmín. No se diría sino que algún dios que lo guía, se hubiese encarnado en sus formas para dar gracia y fascinación á todos sus ademanes.

SICINIO.—Á prevalecer la impresión del momento, respondo de que será cónsul.

BRUTO.—Y nuestro empleo dormirá en profundo sueño mientras dure Marcio en el poder.

SICINIO.—Esperemos que no sabrá acertar con la conveniente moderación, que conoce el término y límite de su poder; perderá. luégo, cuánto ganó.

BRUTO.—Esta esperanza consuela.

SICINIO.—No lo dudéis. El pueblo á quien representamos, impulsado por sus antiguos resentimientos, olvidará por la menor causa estos nuevos honores; y en cuanto á él no es menos seguro que les dará motivo para ello, como que cifrará su orgullo en despreciarlo.

BRUTO.—Le oí jurar que si había de presentarse para ser cónsul, jamás iría al foro revestido con el traje de la humildad, ni, siguiendo la antigua costumbre, mostraría sus heridas al pueblo para mendigar el voto de sus pestíferos labios.

SICINIO.—Es verdad.

BRUTO.—Son sus propias palabras. ¡Oh! antes de sistiría del intento, que deber su autoridad á otros sufragios que á los caballeros romanos, y al Senado.

SICINIO.—No podría yo desear cosa mejor que verle realizar ese propósito.

BRUTO.—Pues lo más probable es que lo hará.

SICINIO.—Entonces, sucederá lo que tanto deseamos: su ruina será inevitable.

BRUTO.—Ó debe caer él, ó nuestra autoridad desaparece. Es necesario que sugiramos al pueblo cuán profundo es el odio que todavía le tiene; que á haber consistido en él, habría impuesto silencio á los representantes, despojado al pueblo de sus libertades, y reducido á sus individuos á la condición de bestias de carga: no considerándolos con más alma ni con mejores aptitudes que una recua de camellos para sus guerras, que sufre el peso y sucumbe á los golpes.

SICINIO.—Esto, declarado como decís, en algún momento en que su insufrible insolencia lastime más vivamente al pueblo (lo cual sucederá si lo ponen á prueba, tan cierto como que el perro correrá tras del rebaño), bastará á inflamar las pasiones populares, cuyo resplandor ha de oscurecerle para siempre.

(*Entra un mensajero.*)

BRUTO.—¿Qué hay de nuevo?

MENSAJERO.—Os llaman al Capitolio. Dicen que Marcio será cónsul. He visto á los sordos agruparse para verle, y á los ciegos para oírle. Las matronas arrojan sus guantes, y las señoras y las doncellas sus chales y pañuelos, con que alfombran el suelo á su paso. Inclinábanse los nobles como ante la estatua de Júpiter, y el pueblo con sus aclamaciones hacía tal ruidosa demostración, como no la he visto jamás.

BRUTO.—Vamos al Capitolio; y mientras acomodamos nuestra vista y nuestro oído á las necesidades del momento, guardemos nuestros corazones para cuando llegue la ocasión oportuna.

SICINIO.—Soy con vos.

(*Salen.*)

ESCENA II.

Roma.—El Capitolio.

Entran dos oficiales y colocan algunos almohadones en los asientos.

1.º OFICIAL.—Vamos, vamos, ya están casi aquí. ¿Cuántos pretenden el consulado?

2.º OFICIAL.—Dicen que tres; pero se cree que á todos será preferido Coriolano.

1.º OFICIAL.—Ese es todo un valiente; pero tiene un orgullo desmesurado y no ama al pueblo.

2.º OFICIAL.—Á fe mía que ha habido muchos grandes hombres que han lisonjeado al pueblo sin haberlo amado nunca, y puede haber muchos á quienes el pueblo ha amado sin saber por qué. De manera que si aman sin motivo, también pueden odiar sin razón; por lo cual si Coriolano no se preocupa de si le aman ó aborrecen, en ello manifiesta que conoce bien la índole y disposición del pueblo; y éste debería verlo

bien claro en la noble indiferencia que le muestra.

1.^{er} OFICIAL.—Si le fuera indiferente el amor ó el odio del pueblo, se inclinaria tanto á hacerle bien como á hacerle mal. Pero él solicita la aversión de la plebe con más empeño que el que ésta puede poner en corresponderle ; no deja cosa por hacer para mostrarse su adversario. Tan mal me parece desear la mala voluntad y el encono del pueblo, como lo que tanto repugna á Marcio: lisonjear al pueblo para ganar su afecto.

2.^o OFICIAL.—Es un benemérito de la patria, y su elevación no se ha hecho por tan fáciles grados como la de aquellos que á fuer de dóciles cortesanos del pueblo, han subido al poder sin otra hazaña. Pero él ha plantado de tal modo sus hechos á la vista y en los corazones de todos, que sería injuriosa ingratitud en ellos no confesarlo así y dejar silenciosas sus lenguas. Decir lo contrario es maldad que rechazaría con indignación quien quiera que la oyese.

1.^{er} OFICIAL.—No hablemos más de él: es un digno varón. Vamos, ya llegan.

(Entran precedidos por lictores, Cominio, el cónsul, Menenio, Coriolano, otros muchos senadores, Sicinio y Bruto. Los senadores ocupan sus sitios. Los tribunos también toman los suyos.)

MENENIO.—Resuelta ya la suerte de los volscos y la embajada de Tito Larcio, queda como objeto principal de esta nuestra reunión, recompensar el noble servicio de quien ha hecho tanto en bien de la patria. Dignaos por ello, graves y venerable patricios, indicar al cónsul presente, nuestro digno general en las recientes victorias, que refiera algo de la noble obra consumada por Cayo Marcio Coriolano, á quien tenemos aquí para darle las gracias y ofrecerle honores dignos de él.

1.^{er} SENADOR.—Hablad, buen Cominio, y no omitáis

cosa alguna por temor de ser largo; dejadnos pensar que nuestro Estado no tiene suficientes recompensas para él. Tribuneros del pueblo, solicitamos vuestra más benévola atención y vuestro celo por la república para que sancione Roma los acuerdos que aquí se adopten.

SICINIO.—Nos asociamos á vuestros votos por la paz, y venimos dispuestos á honrar y secundar los desig- nios de esta asamblea.

BRUTO.—Y lo haremos con doble placer, si quiere reconocer al pueblo bondadosamente alguna mayor valía de la que le atribuyó hasta ahora.

MENENIO.—Eso es inoportuno, muy inoportuno. Habría preferido que guardaseis silencio. ¿Queréis oír hablar á Cominio?

BRUTO.—Con la mejor voluntad. Sin embargo, mi advertencia era más pertinente que vuestra repulsa.

MENENIO.—Él ama á vuestro pueblo, pero no se rebaja á familiarizarse con él. Hablad, digno Cominio. (*Coriolano se levanta, y ofrece retirarse.*) No. No os mováis. Sentaos, Coriolano, y no os ruboricéis de oír lo que tan noblemente habéis hecho.

CORIOLOANO.—Con permiso de vuestras señorías. Preferiría curarme de nuevo mis heridas, antes que oír la relación de cómo las hube.

BRUTO.—Espero, señor, que no son mis palabras lo que os hace abandonar vuestro asiento.

CORIOLOANO.—No, por cierto. Sin embargo, he solido huir siempre de combatir con palabras, acostumbrado como estoy á otro género de combates. No me habéis ofendido, puesto que no me aduláis. En cuanto á vuestro pueblo, le estimo en lo que vale.

MENENIO.—Sentaos, os ruego.

CORIOLOANO.—Preferiría estarme al sol, rascándome ocioso, mientras suena la alarma, que estarme aquí á oír mis pequeñeces. (*Sale Coriolano.*)

MENENIO.—Tribuneros del pueblo: ¿cómo podrá él

adular á vuestras muchedumbres (en las que hay uno bueno entre mil), si veis que arriesga todos sus miembros y su vida por la fama, y no presta siquiera su oído á los elogios? Continudad, Cominio.

COMINIO.—Me faltará la voz; pues los hechos de Coriolano no deberían enunciarse débilmente. El valor es considerado como la primera de las virtudes, y reviste de dignidad á quien lo posee. Pues siendo así, no hay en todo el mundo hombre que pueda equipararse á aquel de quien hablo. Á la edad de diez y seis años, cuando Tarquino avanzaba sobre Roma, combatió aventajando á muchos; el que era entonces nuestro dictador, al cual señalo con todo aplauso, le vió luchar y hacer que ante su rostro imberbe retrocedieran los bigotudos veteranos. Acudió en auxilio de un romano asaltado por muchos enemigos, y á la vista del cónsul mató á tres de los adversarios: encontró á Tarquino mismo, y le atacó, postrándole en tierra. Y en los hechos de aquel día, aquel mancebo que podía desempeñar en el teatro un papel de mujer, probó ser el primer hombre en el campo de batalla; y por eso fué premiado con la corona de encina. Pasando así de la adolescencia á la juventud, su marcha fué parecida á una inundación; y en el estrago de diez y siete batallas sucesivas, fué siempre su espada la que alcanzó los mejores lauros. En cuanto a estos últimos de Coriolos, permitidme decirlos que no puedo describirlos tales como son. Él detuvo á los fugitivos y con su raro ejemplo convirtió á los acobardados en perseguidores del enemigo. Á la manera que las aguas bajo la proa del navio, los hombres cedían y caían en torno suyo á su impulso. Adonde quiera que dirigía su espada, dejaba por huella la muerte. De piés á cabeza estaba cubierto de sangre, y á cada uno de sus movimientos acompañaban los ayes de los moribundos. Él penetró solo por las puertas de la ciudad, en

la cual puso el sello del adverso destino ; se retiró sin ayuda de nadie, y conduciendo un refuerzo, cayó sobre Coriolos como un planeta despeñado, y todo fué suyo. Poco después, cuando el rumor de la batalla volvió á herir sus oídos, se inflamó de nuevo su valeroso espíritu, y sin dar reposo á los fatigados miembros, se lanzó otra vez al combate, ni se detuvo un solo instante á tomar aliento hasta que fuímos dueños del campo y de la ciudad.

MENENIO.— ¡Noble varón!

1.^o SENADOR.— Para un hombre como él no son bastantes los honores que le otorguemos.

COMINIO.— Rechazó con desdén los despojos puestos á sus piés, y trató las más valiosas riquezas como un montón de basura. Menos desea de lo que daría un avaro; halla su recompensa en sus propias acciones, y no sabe cómo emplear mejor el tiempo que en completarlas.

MENENIO.— Es un tipo de nobleza. Hagámosle llamar.

1.^o SENADOR.— Llamad á Coriolano.

OFICIAL.— Helo aquí. *(Vuelve á entrar Coriolano.)*

MENENIO.— Coriolano, el Senado tiene á bien hacerte cónsul.

CORIOLANO.— Le debo todavía mi vida y mis servicios.

MENENIO.— Sólo resta que habléis al pueblo.

CORIOLANO.— Os suplico que me permitáis prescindir de esa costumbre; porque no puedo despojarme de mis vestiduras, exhibirme desnudo y rogarles en nombre de mis heridas que me den sus votos. Dignaos eximirme de esta ceremonia.

SICINIO.— Señor, el pueblo tiene que otorgar los votos, y no consentirá en suprimir ni una tilde del ceremonial.

MENENIO.— No les sujetéis á esta prueba, os ruego.

Obedeced la costumbre, como todos vuestros predecesores, y aceptad ese honor en la forma usada hasta hoy.

CORIOLANO.—Es un papel que me avergonzaré de desempeñar; bien pudiera quitarse al pueblo ese espectáculo.

BRUTO (*aparte.*)—¿Habéis notado eso?

CORIOLANO.—¡Alardear ante ellos de que hice esto ó hice aquello! ¡Mostrarles cicatrices que ya no duelen y que deberían guardarse ocultas, como si yo las hubiese recibido solamente para exponerlas á su infecto aliento y recoger el vil salario de sus votos!

MENENIO.—No hagáis hincapié en eso. Os recomendamos, tribunos del pueblo, el deseo del Senado, y deseamos al noble cónsul mil prosperidades.

(*Le aclaman; suenan trompetas y salen los senadores, excepto Bruto y Sicinio.*)

BRUTO.—Ya veis de qué modo se propone tratar al pueblo.

SICINIO.—¡Ojalá éste comprenda el intento! Él solicitará su voto, de modo que comprendan cuánto desprecia el poder que tienen de concedérselo ó negárselo.

BRUTO.—Vamos y les informaremos de nuestros actos aquí. Sé que nos esperan en el foro. (*Salen.*)

ESCENA III.

El foro romano.

Entran varios ciudadanos.

1.^{er} CIUDADANO.—Soy de parecer que si pide nuestros votos, no debemos negárselos.

2.^o CIUDADANO.—Podemos hacerlo si queremos.

3.^{er} CIUDADANO.—Tenemos el poder de hacerlo; pero

no podremos ejercerlo, porque si nos muestra sus heridas, y nos dice sus hazañas, nosotros tenemos que besarle sus heridas; y como él refiera sus nobles proezas, no es posible eximirse de la gratitud. Lo contrario sería monstruoso, y no se puede hacer ingrata á la multitud, sin convertirla en un monstruo y sin que nosotros, como parte de ella, vengamos á ser miembros monstruosos.

1.^{er} CIUDADANO.—Y poca ayuda se necesita para que se piense de nosotros algo mejor que eso; porque ya en una ocasión él mismo no vaciló en llamarnos el monstruo de cien cabezas.

3.^{er} CIUDADANO.—Son muchos ya los que nos han llamado así: no porque nuestras cabezas sean negras, ó castañas ó calvas, sino porque nuestros pareceres son de tan diversos colores; y creo en verdad que si todas nuestras opiniones hubiesen de salir de un solo cráneo, saldrían volando al este, al oeste, al norte y al sur. Si se les pidiera señalar un rumbo fijo, escogerían todos los puntos de la rosa de los vientos.

2.^o CIUDADANO.—¿Esto pensáis? Pues ¿en qué dirección os parece que iría mi juicio?

3.^{er} CIUDADANO.—Lo cierto es que estando como está, encerrado en una caja tan dura, tardaría más en salir que el de otro hombre; pero una vez fuera y en libertad, tomaría rumbo al sur.

2.^o CIUDADANO.—¿Y por qué allí?

3.^{er} CIUDADANO.—Para ir á perderse en una niebla, y después de derretidas las tres cuartas partes en un rocío malsano, la otra parte volvería por respeto á la conciencia, para ayudarte á encontrar mujer.

2.^o CIUDADANO.—Siempre chancero. Vaya, lo excuso, lo excuso.

3.^{er} CIUDADANO.—¿Estáis resueltos á dar vuestros votos? Pero no importa, pues basta con la mayoría. Afirmino que si él se inclinara en favor del pueblo, jamás

habría habido hombre más digno (*Entran Coriolano y Menenio.*) Helo ahí que viene vestido con la túnica del humilde. Observad su actitud. Tenemos que acercarnos dos á dos y tres á tres, al sitio donde él está, y no ir en grupo. Debe hacer su petición individualmente, en lo cual cada uno de nosotros recibe un honor personal, dándole nuestro voto con nuestra propia boca. Seguidme, pues, y os diré cómo habéis de ir hacia él.

TODOS.—Sí, sí, de buena gana. (*Salen.*)

MENENIO.—¡ Ah, señor! No tenéis razón en eso. ¿ No sabéis que lo han hecho así los hombres más dignos?

CORIOLOANO.—¿ Qué debo decir? Ayudadme, ¡ maldita costumbre! No; jamás podré humillarme hasta el extremo de decir á un pueblo: « Mirad mis heridas; las »hube en servicio de la patria, cuando algunos de vuestros hermanos, con aullidos de espanto, huían del »ruido de nuestros propios tambores.»

MENENIO.—¡ Por amor á los dioses! No debéis hablar de eso, sino excitarlos á que piensen en vos.

CORIOLOANO.—¿ Pensar ellos en mí? Quisiera verlos colgados! Ojalá se olvidaran de mí para siempre.

MENENIO.—Lo echaréis á perder todo. Os dejo, y os suplico que les habléis con moderación.

(*Sale.—Entran dos ciudadanos.*)

CORIOLOANO.—Suplicadles que se laven la cara y se limpien los dientes. Aquí viene una pareja. Ya sabéis, plebeyos, la causa de que yo esté aquí?

1.^{er} CIUDADANO.—La sabemos.
¿ Qué es lo que os ha conducido á esto?

CORIOLOANO.—Mi propio merecimiento.

2.^o CIUDADANO.—¿ Vuestro propio merecimiento?



CORIOLANO.—Sí: no mi propia voluntad.

1.^{er} CIUDADANO.—¿Cómo? ¿No vuestra propia voluntad?

CORIOLANO.—No; jamás ha sido mi deseo importunar á los pobres poniéndome á mendigar de ellos.

1.^{er} CIUDADANO.—Debéis pensar que si os damos algo será con la esperanza de que con vos ganaremos.

CORIOLANO.—Bien: entonces ¿cuál es vuestro precio por el consulado?

1.^{er} CIUDADANO.—El precio, señor, es pedirlo bondadosamente.

CORIOLANO.—Pues bien: bondadosamente lo pido. Concedédmelo. Tengo heridas que mostrar y podréis verlas en privado. ¡Ea! Dadme vuestro voto. ¿Qué decis?

2.^o CIUDADANO.—Lo tendréis.

CORIOLANO.—Cuento con él. He aquí dos excelentes votos. Cuento con vuestra limosna. Adiós.

1.^{er} CIUDADANO.—Pero esto no deja de ser extraño.

2.^o CIUDADANO.—Me arrepiento de haberle dado mi voto... pero en fin, ¿qué importa?

(Salen los dos ciudadanos.—Entran otros dos.)

CORIOLANO.—Si lo tenéis á bien, y no es desacorde con el tono de vuestras voces, el que yo sea cónsul, traigo aquí la acostumbrada túnica.

3.^{er} CIUDADANO.—Habéis servido noblemente á vuestra patria, y no la habéis servido noblemente.

CORIOLANO.—Descifradme este enigma.

3.^{er} CIUDADANO.—Habéis sido un exterminador de los enemigos y fuísteis también el azote de vuestros amigos. No habéis amado al pueblo.

CORIOLANO.—Deberíais estimar como una virtud el que no haya sido yo vulgar en mis afectos; pero adularé al pueblo ya que así lo queréis y le place. Ellos consideran que eso es lo que debe hacerse; ya que prefieren á mi corazón mi salud; me mostraré cor-

tés y con perfecto disimulo me desembarazaré de ellos; esto es, remedaré á los que buscan la popularidad, y prodiraré todo género de promesas. Por tanto, os ruego que me permitáis ser cónsul.

4.º CIUDADANO.—Esperamos que encontraremos en vos un amigo, y por ello os damos nuestros votos de buena voluntad.

1.º CIUDADANO.—¿Habéis recibido muchas heridas por la patria?

CORIOLANO.—Es inútil que os las muestre, ya que lo sabéis. Mucho me regocijo de haber obtenido vuestros votos y no os molestaré más.

LOS DOS.—Que los cielos os favorezcan. *(Salen.)*

CORIOLANO.—¡Lindos votos, á fe mía! Más vale morir, más vale perecer de hambre, que mendigar el pago que hemos merecido. ¿Por qué he de estar aquí en esta funda de lana, para implorar los fútiles votos del primero que venga? La costumbre me obliga á hacerlo, y lo que la costumbre exige, se ha de seguir en todo. El polvo de los tiempos antiguos no ha sido barrido; y así el error se ha acumulado hasta formar una montaña tan densa, que la verdad no puede penetrar al través de ella. Antes que hacer este necio papel, debería dejar el alto empleo y los honores á otro que se preste á desempeñarlo. Pero ya estoy metido en esto, y puesto que empecé, no tengo otro remedio que seguir. *(Entran otros tres ciudadanos.)* Aquí vienen más votos... Dadme vuestros votos. Por vuestros votos he combatido. Por vuestros votos tengo más de dos docenas de heridas. Por vuestros votos hice muchas cosas, grandes y pequeñas. Dadme vuestros votos. Deseo ser cónsul.

5.º CIUDADANO.—Se ha portado noblemente y no debería faltarle el voto de ningún hombre de bien.

6.º CIUDADANO.—Por lo tanto, debe ser cónsul. Que los dioses le protejan y le hagan amigo del pueblo.

TODOS.—Amén, amén. Dios te salve, noble cónsul.

(*Salen los ciudadanos.*)

CORIOLOANO.—¡ Vaya unos votos!

(*Vuelve á entrar Menenio, con Bruto y Sicinio.*)

MENENIO.—Habéis cumplido, y los tribunos os reconocen como elegido por el pueblo. Sólo falta que, revestido con las insignias oficiales, os presentéis ahora al Senado.

CORIOLOANO.—¿ Ya ha concluido esto?

SICINIO.—Habéis satisfecho lo que exige la antigua costumbre: el pueblo os acepta, y se os intima para reuniros con el Senado y tratar de la aprobación.

CORIOLOANO.—¿ Dónde? ¿ En el palacio del Senado?

SICINIO.—Sí.

CORIOLOANO.—¿ Es decir que puedo mudar de vestido?

SICINIO.—Podéis hacerlo.

CORIOLOANO.—Lo haré al instante; y otra vez en posesión de mi mismo, iré al Senado.

MENENIO.—Os acompaño. ¿ Queréis venir?

BRUTO.—Permanecemos aquí para convocar al pueblo.

SICINIO.—Adiós. (*Salen Coriolano y Menenio.*) Ya tiene el consulado. Por su aspecto, parece que va contento de su triunfo.

BRUTO.—Cubrió con la humilde vestidura su corazón repleto de altivez. ¿ Queréis despedir al pueblo?

(*Vuelven á entrar los ciudadanos.*)

SICINIO.—¿ Y bien, amigos? ¿ Habéis elegido á este hombre?

1.º CIUDADANO.—Sí; cuenta ya con nuestros votos.

BRUTO.—Rogamos á los dioses que merezca vuestro afecto.

2.º CIUDADANO.—Amén, señor. En mi pobre concepto, cuando pidió nuestros votos, se burlaba de nosotros.

3.º CIUDADANO.—Por cierto que nos humilló abiertamente.

1.^{er} CIUDADANO.—No. Este es su modo natural de hablar. No se burlaba de nosotros.

2.^o CIUDADANO.—No hay uno solo entre todos, excepto vos, que no crea que nos ha escarnecido. Debía habernos mostrado sus heridas, las señales del merecimiento contraído para con la patria.

SICINIO.—Lo hizo ya : estoy seguro de ello.

CIUDADANOS (*varios hablan á un tiempo*).—No. Nadie las ha visto.

3.^{er} CIUDADANO.—Habló, es verdad, de que tenía algunas heridas y que las mostraría en privado; y entre indolente y desdeñoso, dijo: «Deseo ser cónsul. La antigua costumbre no me permite serlo sino por vuestros votos. Por tanto, dadme vuestros votos.» Y «cuando se los hubimos concedido, ¿qué dijo? Gracias por vuestros votos, por vuestros excelentes votos. Ahora que me habéis votado, nada tengo que hacer con vosotros.» ¿No era esto burla y escarnio?

SICINIO.—Pues una de dos: ó habéis sido unos necios, si no lo habéis advertido; ó viéndolo, demasiado niños en votarle y mostrarle afecto.

BRUTO.—¿No pudisteis decirle lo que se os encargó? Cuando él no tenía más poder que el de servidor subalterno del Estado, era vuestro enemigo. Habló siempre contra vuestras libertades y contra los privilegios que gozáis en el cuerpo de la república. Y ahora que alcanza la suprema gerarquía en el Estado; si prosigue siendo tenaz enemigo del pueblo, ¿por qué con vuestros votos maldeciros á vosotros mismos? Deblais haberle dicho que así como sus nobles hechos no merecen menos que la recompensa del honor que pretendía, así también su benévola índole debía hacerle pensar en aquellos cuyos votos deseaba, y trocar su antigua hostilidad en afecto, convirtiéndose en protector y amigo.

SICINIO.—Diciendo esto, como se os había recomenda-

do, habríais movido su corazón y puesto á prueba sus inclinaciones. Y una de dos: ó empeñaba su promesa y entonces en cualquiera ocasión necesaria le habríais obligado á cumplirla; ó se hubiera sublevado su naturaleza arrogante, que no se somete á nada que le imponga restricción alguna; y entonces, aprovechando su cólera, dejabais de elegirlo.

BRUTO.—¿No observasteis con cuán franco desprecio solicitaba vuestros votos? Y siendo así cuando os necesitaba ¿pensáis que ese desprecio no se hará sentir teniendo el poder de anonadaros? Pues qué ¿en vuestros cuerpos no había corazón? ¿Ó sólo teníais lengua para gritar contra los dictados del buen sentido?

SICINIO.—¿No rehusasteis, antes de ahora, más de un pretendiente? ¿Y ahora ponéis los pretendidos votos en manos de quien no los pide sino escarneciéndoos?

3.^{er} CIUDADANO.—Todavía no está confirmado en la elección. Podemos negarlo aún.

2.^o CIUDADANO.—Y lo negaremos. Respondo de quinientos votos para ello.

1.^{er} CIUDADANO.—Y yo de mil.

BRUTO.—Partid al instante y decid á esos amigos, que han escogido un cónsul que los despojará de sus libertades, y no les dejará más voz que á los perros, á quienes se golpea cuando ladran, y cuando no ladran.

SICINIO.—Reúnase el pueblo, y con más madura reflexión, revoquen todos una elección tan desacertada. Insistid en su orgullo y en su antiguo odio contra vosotros. Fuera de esto, no olvidéis con cuánto desprecio llevaba la túnica de la humildad, y como aun bajo de ella os escarneía; y con todo, vuestro afecto en consideración á sus servicios, os hizo olvidar el recelo que inspira semejante actitud, que en todo era ajustada al antiguo rencor que os profesa.

BRUTO.—Echad la culpa á nosotros, los tribunos, y decid que influimos y trabajamos sobre vuestros

ánimos para decidirlos á que la elección recayera en él.

SICINIO.—Decid que si lo elegisteis, fué más bien en fuerza de nuestro mandato que en satisfacción de vuestros propios afectos; y que vuestra mente preocupada con lo que teníais que hacer y con lo que debíais haber hecho, os forzó á elegirle, contra el propio deseo. Echad sobre nosotros toda la culpa.

BRUTO.—Sí. No nos tratéis con ninguna suerte de consideración. Decid que os encomiamos lo muy joven que era cuando empezó su carrera, y cuán largo tiempo la continuó con honor; y hablamos luégo de la estirpe de que descende, la noble casa de los Marcios, de la cual fueron Anco Marcio, hijo de la hija de Numa, quien reinó aquí después del gran Hostilio, y Publio y Quinto, el que trajo por acueductos nuestras mejores aguas, y Censorino, aquel idolo del pueblo, noblemente llamado así por haber sido censor dos veces, que es también uno de sus grandes antecesores.

SICINIO.—Decid que nosotros habíamos recomendado á vuestro favor un hombre nacido de tan ilustre prosapia, que además había merecido por su propia persona ocupar elevado puesto; pero que luégo os pareció, comparando su actitud presente con su pasado, que es siempre vuestro tenaz enemigo, y que por tanto revocáis vuestra inmeditada elección.

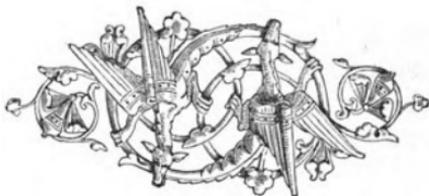
BRUTO.—No olvidéis insistir en que jamás lo habríais hecho si nosotros no os lo hubiéramos aconsejado; y tan luégo como os hayáis reunido en suficiente número, dirigíos al Capitolio.

CIUDADANOS (*varios hablan á un tiempo*).—Lo haremos así. Casi todos se arrepienten de esta elección.

(*Salen los ciudadanos.*)

BRUTO.—Dejadlos seguir adelante. Vale más arriesgar este motín, que permanecer inactivos esperando una calamidad, sin duda, más grande. Si, como es de

esperar de su carácter, esta repulsa le pone rabioso, acechemos la ocasión y aprovechémonos de su despecho. (Salen.)





ACTO III.

ESCENA I.

Una calle en Roma.

Trompetas. — Entran CORIOLANO, MENENIO, COMINIO, TITO LARCIO, senadores y patricios.

CORIOLANO.

Es decir que Tulo Aufidio se ha levantado de nuevo?

LARCIO. — Sí, señor; y esta es la causa de que hayamos concluido el trato.

CORIOLANO. — De modo que los volscos siguen siendo poderosos y se hallan prontos, como antes, á caer sobre Roma, á la menor ocasión?

COMINIO.—Tan fatigados están, señor cónsul, que difícilmente volveremos á ver en nuestros días flotar de nuevo sus banderas.

CORIOLANO.—¿Visteis á Aufidio?

LARCIO.—Vino con salvoconducto y maldijo á los volscos por haber rendido tan villanamente la ciudad. Se ha retirado á Antío.

CORIOLANO.—¿Habló de mí?

LARCIO.—Sí, señor.

CORIOLANO.—¿De qué manera? ¿Qué dijo?

LARCIO.—Dijo cuán á menudo se había encontrado con vos, cuerpo á cuerpo; que de cuanto existe sobre la tierra, no hay cosa que aborrezca tanto como vuestra persona; y que renunciaría para siempre á toda su fortuna, sólo por ser llamado vencedor vuestro.

CORIOLANO.—¿Reside en Antío?

LARCIO.—En Antío.

CORIOLANO.—¡Cuánto desearía hallar pretexto de acudir á su encuentro y hacer frente á su odio! (*A Larcio.*) Sed bien venido á nuestro hogar. (*Entran Sicinio y Bruto.*) ¡Mirad! Estos son los tribunos del pueblo, las lenguas de la boca común. Los desprecio, porque maliciosamente engalanan al pueblo de autoridad, lo cual no puede soportar la nobleza sin envilecerse.

SICINIO.—No prosigáis.

CORIOLANO.—¡Eh! ¿Qué significa eso?

BRUTO.—Sería peligroso seguir más adelante. Basta ya.

CORIOLANO.—¿Y á qué se debe tal mudanza?

MENENIO.—¿Qué ocurre?

COMINIO.—¿No fué favorecido con el sufragio de nobles y plebeyos?

BRUTO.—No, Cominio.

CORIOLANO.—¿Son votos de niños los que me dieron?

1.^{er} SENADOR.—Paso, tribunos. Irá á la plaza del mercado.

BRUTO.—El pueblo está exaltado contra él.

SICINIO.—Deteneos, ó esto acabará no sabemos cómo.

CORIOLANO.—¿Son esos vuestro rebaño? ¡Qué! ¿Para dar luégo un mentís á su propia lengua, les cedisteis el sufragio? ¿Qué oficio es el vuestro? Si sois la boca ¿por qué no gobernáis los dientes? ¿No los habéis azuzado vosotros mismos?

MENENIO.—Serenaos, serenaos.

CORIOLANO.—Obráis con propósito deliberado sin duda; y lo que estáis haciendo es conspirar por ver si doblegáis á vuestro antojo la voluntad de la nobleza. Toleradlo, y viviréis con los que ni son capaces de gobernar ni consienten que se les gobierne.

BRUTO.—No llaméis á este acto, conjuración. Cuando el pueblo imploraba, os burlabais de él; y cuando poco há se le daba gratis el malz, os lamentabais. Á los que suplicaban en favor del pueblo, los ultrajabais llamándolos vividores, aduladores, enemigos de los nobles.

CORIOLANO.—Pues todo esto ya lo sabían antes.

BRUTO.—Pero no todos.

CORIOLANO.—¿Les habéis informado de ello después?

BRUTO.—¡Cómo! ¡Yo, informarles!

CORIOLANO.—Parecéis nacido para esa tarea.

BRUTO.—No sino para enmendar la vuestra.

CORIOLANO.—Pues entonces ¿por qué habría yo de ser cónsul? ¡Por las nubes del cielo! Dadme siquiera tiempo para obrar como vosotros, y luégo hacedme colega vuestro; hacedme tribuno.

SICINIO.—Dejáis traslucir demasiado ese resentimiento que excita el rencor del pueblo. Si habéis de llegar á donde queréis, fuerza es que busquéis vuestro camino (del cual os apartáis) con más benévolo espíritu; ó nunca lograréis el honor de ser cónsul, ni colega de Bruto como tribuno.

MENENIO.—Tengamos calma.

COMINIO.—El pueblo ha sido engañado y excitado. Tales manejos no son dignos de Roma. Ni ha merecido Coriolano que se atravesase pérfidamente en su camino este deshonroso desaire.

CORIOLOANO.—¡Venid á hablarme de maiz! Esto es lo que dije y voy á decirlo otra vez.

MENENIO.—No ahora; no ahora.

I.^{er} SENADOR.—¡No ahora, cuando todos los ánimos están exaltados!

CORIOLOANO.—¡Por mi vida que he de repetirlo ahora! Perdonad, mis nobles amigos; en cuanto á la variable, pestilente muchedumbre, dejadla que me mire como á quien no la adula, y se vea por tanto retratada en mis palabras. Vuelvo á decir que acariciándolos, alimentamos contra nuestro Senado el germen de la rebelion y la insolencia, que nosotros mismos hemos esparcido, plantado y cultivado, mezclándolos con nosotros, con la aristocracia á la cual no falta ni la virtud, ni el poder, como no sea el que ha dado á los men-digos.

MENENIO.—Bueno: basta, basta.

I.^{er} SENADOR.—Basta, os lo suplico.

CORIOLOANO.—¡Cómo! ¿No más? Así como he derramado mi sangre por la patria sin temor á la fuerza enemiga, así mis pulmones han de clamar, hasta que revienten, contra esa lepra que miramos con asco, y que, sin embargo, hemos ido á buscar para que nos contagie.

BRUTO.—Hablaís del pueblo como si fuérais un dios para castigar, y no un hombre sujeto á la debilidad humana.

SICINIO.—Sería bueno que enterásemos al pueblo de esto...

MENENIO.—¡Qué! ¡Qué! ¿De su cólera?

CORIOLOANO.—¡Si no la siento! Así fuera yo más pa-

ciente que el sueño de media noche, siempre sería esta mi creencia.

SICINIO.—Creencia que sólo emponzoñará el corazón que la concibió; pero cuyo contagio no se extenderá á mayor distancia; respondo de ello.

CORIOLANO.—«¡ Respondo de ello!» ¿Habéis oído á este Tritón de las sardinas? ¿Habéis notado su tono autoritario?

COMINIO.—Sí; diríase que la ley habla por su boca.

CORIOLANO.—«¡ Respondo de ello!» ¡Oh buenos pero harto imprudentes patricios! ¿Por qué vosotros, graves pero temerarios senadores, habéis dado á la hidra popular la elección de un oficial que con su imperioso «respondo de ello», no carece de osadía para deciros que desviará vuestra corriente y la echará en un foso, y se apropiará vuestro cauce? Si tiene poder para ello, ocultad con un velo vuestra impotencia: si no lo tiene, despertad de vuestra peligrosa lenidad. Si sois discretos, no procedáis como los necios vulgares: si no lo sois, dejad que ocupen en el Capitolio un asiento á vuestro lado. Si ellos son senadores, vosotros sois los plebeyos; y senadores son, cuando confundidos sus votos con los nuestros, ellos deciden al cabo. Eligen su magistrado, y éste interpone su absoluto «respondo de ello» contra una asamblea más grave que la que jamás se veneró en Grecia. ¡Por el mismo Júpiter! Esto rebaja á los mismos cónsules; el alma se me llena de dolor viendo que de dos autoridades, ninguna de las cuales es suprema, el intervalo se ha de llenar de confusión tarde ó temprano, y la una quedará absorbida por la otra.

COMINIO.—Bueno: vamos al foro.

CORIOLANO.—Quien quiera que haya dado ese consejo de distribuir gratuitamente el trigo de los graneros del Estado, como se acostumbró alguna vez en Grecia...

MENENIO.—Bien, bien. Basta de eso.

CORIOLANO.—Aunque allí el pueblo tenía un poder más absoluto, digo que alimentaba la desobediencia y nutría la ruina del Estado.

BRUTO.—¿Y por qué daría el pueblo sus votos á quien habla así?

CORIOLANO.—Daré mis razones, que ciertamente valen más que sus votos. Ellos saben que el trigo no era una recompensa, y están bien seguros de que jamás prestaron ningún servicio por ello. Forzados á la guerra, y en el momento mismo en que se tocaba al corazón del Estado, no quisieron salir de las puertas; semejante servicio no merecía, me parece, una distribución gratuita de trigo. Durante la guerra, los motines y rebeliones, en que mostraron más valor, no fueron ciertamente propios á elevar su reputación de honrados. Las acusaciones que con tanta frecuencia han hecho contra el Senado, sin causa alguna, nunca debían dar lugar á nuestra franca donación. ¿Y entonces qué? ¿Cómo podría esta multitud apreciar la cortesía del Senado? Dejad que los hechos expresen lo que con toda probabilidad dirían sus palabras: «Nosotros lo exigimos. Nuestros votos eran los más numerosos, y por puro miedo acudieron á nuestras demandas.» Así rebajamos el carácter de nuestro rango y autorizamos á la chusma á llamar temores nuestros solícitos cuidados, y andando el tiempo forzará las puertas del Senado y traerá á los cuervos á picotear las águilas.

MENENIO.—Vamos, ya basta.

BRUTO.—Basta y aun sobra.

CORIOLANO.—No. Ahí tenéis más. Lo que se puede jurar por cielo y tierra, y que es el fin que he de mostraros, es: que ese doble poder en que una parte desdeña con razón, y la otra insulta sin pretexto; en que la alcurnia, el título, la sensatez, nada pueden realizar

sin el *sí* ó el *no* de la ignorancia general; necesariamente descuidará necesidades reales y cederá ante voluble ligereza; de donde se sigue que obstruido así todo propósito serio, nada se hará que no sea fuera de propósito. Por tanto, os ruego á todos los que sois menos tímidos que discretos; á los que amáis la parte fundamental del Estado, y dudáis de lo que traiga su mudanza, á los que preferís á una larga vida una vida noble, y no vaciláis en conmovier con un remedio heróico el cuerpo que sin él tiene forzosamente que morir; á todos digo: arrancad de una vez la múltiple lengua de la clase plebeya, no les dejéis lamer la lisonja que les envenena. Vuestro deshonor entorpecerá el discernimiento y privará al Estado de aquella integridad que le corresponde, no pudiendo realizar el bien que desearía, á causa del mal que lo domina.

BRUTO.—Ha dicho bastante.

SICINIO.—Ha hablado como un traidor y responderá como responden los traidores.

CORIOLANO.—Tú, miserable! Que el desprecio te abrume! ¿Qué podrá hacer el pueblo con semejantes tribunos? Como dependen de ellos, faltarán con su obediencia á la más alta asamblea. Nombrados fueron en una hora en que la rebelión elevaba á ley, no la justicia sino la conveniencia; pero ahora, en mejor momento, se debe declarar que sólo es conveniencia la justicia, y reducir á polvo su autoridad.

BRUTO.—Traición evidente.

SICINIO.—¿Cónsul, éste? No!

BRUTO.—Ea! Ediles, prendedle!

SICINIO.—Vé y llama al pueblo. (*Sale Bruto.*) En nombre suyo, te acuso de traidor revolucionario y enemigo del pueblo. Y te intimo á que obedezcas y presentes tu respuesta.

CORIOLANO.—¡Fuera de aquí, viejo cabrón!

SENADORES Y PATRICIOS.—Protegeremos su seguridad.

COMINIO.—Anciano, no le toquéis.

CORIOLANO.—¡Fuera de aquí, pedazo de podredumbre! Ó haré que tus huesos salten fuera de tus ropas!

SICINIO.—¡Ciudadanos!... ¡auxilio!

(*Vuelve á entrar Bruto con los ediles y una turba de ciudadanos.*)

MENENIO.—Más respeto en unos y otros.

SICINIO.—He aquí al que os despojaría de todo poder.

BRUTO.—¡Prendedle, ediles!

CIUDADANOS (*Varios hablan á un tiempo.*)—¡Abajo! ¡Abajo Coriolano!

2.º SENADOR.—¡Armas! ¡armas! (*Todos se agitan al rededor de Coriolano.*) ¡Tribunos, patricios, ciudadanos! ¿Qué es esto? Sicinio, Bruto, Coriolano, ciudadanos!

CIUDADANOS.—Paz, paz, paz. Detenéos: haya paz.

MENENIO.—¿Qué va á suceder? Ya estoy fatigado y sin aliento. ¡Qué desorden! No puedo hablar. Hablad al pueblo, tribunos. Coriolano, ¡cordura! Hablad, buen Sicinio.

SICINIO.—Oldme, pueblo. Paz!

CIUDADANOS.—Oigamos á nuestro tribuno. Orden! Hablad, hablad.

SICINIO.—Estáis á punto de perder vuestras libertades. Marcio querría despojaros de todo: Marcio, á quien acabáis de elegir cónsul.

MENENIO.—Bah! bah! Ese es el modo de irritar, no de apaciguar.

1.º SENADOR.—De demoler la ciudad y arrasarlo todo.

SICINIO.—¿Qué es la ciudad sino el pueblo?

CIUDADANO.—Verdad. El pueblo es la ciudad.

BRUTO.—Por consentimiento de todos hemos sido instituidos magistrados del pueblo.

CIUDADANOS.—Y lo sois todavía.

MENENIO.—Y esperamos que se portarán como tales.

CORIOLANO.—Este es el medio de abatir la ciudad al

nivel del suelo, y hacer que caiga el techo á confundirse con el cimientó; así nuestro ordenado gobierno quedará sepultado entre montones de ruinas.

SICINIO.—Esto merece la muerte.

BRUTO.—Ó mantenemos nuestra autoridad, ó tenemos que perderla. En nombre del pueblo, por cuyo poder fuimos elegidos, declaramos aquí que Marcio merece la muerte.

SICINIO.—Por tanto, prendedle, conducidle á la roca Tarpeya, y arrojadlo desde allí.

BRUTO.—Ediles, prendedle!

CIUDADANOS.—Ceded, Marcio, ceded!

MENSAJERO.—Oídmé una palabra. Os ruego, tribunos, que oigáis una sola palabra.

EDILES.—¡Silencio! ¡Silencio!

MENENIO.—Sed lo que aparentáis, verdaderos amigos de vuestra patria, y buscad con moderación lo que ahora intentáis realizar por la violencia.

BRUTO.—Señor, esos fríos procedimientos que parecen recursos de la prudencia, son venenosos cuando la enfermedad es violenta. ¡Apoderáos de él, y llevadle á la roca!

CORIOLANO.—No; quiero morir aquí. (*Desnuda su espada.*) Algunos de vosotros me han visto combatir. Pues bien: venid y probad en vosotros mismos lo que me habéis visto hacer.

MENENIO.—Envainad esa espada. Tribunos, retiráos por algunos momentos.

BRUTO.—Atacadlo!

MENENIO.—Auxiliad á Marcio! Auxiliadlo, vosotros, nobles; jóvenes y ancianos, auxiliadlo!

CIUDADANOS.—¡Abajo Marcio! Abajo!

(*En medio de este tumulto, los tribunos, los ediles y el pueblo son rechazados.*)

MENENIO.—Idos, marchad á vuestra casa sin demora. Id, id.

2.º SENADOR.—Marchaos, sí, marchaos.

CORIOLANO.—Permaneced firmes. Tenemos tantos amigos como enemigos.



MENENIO.—¿Será preciso que haya lucha?

I.º SENADOR.—No lo permitan los dioses. Te suplico, noble amigo, que te retires á tu casa. Déjanos remediar el mal.

MENENIO.—No podéis seguir aquí sin crearnos graves dificultades. Os ruego que os vayáis.

COMINIO.—Venid, señor con nosotros.

CORIOLANO.—¡Ojalá fueran bárbaros... y lo son aunque hayan nacido en Roma... y no romanos... que no lo son aunque hayan nacido en el pórtico del Capitolio...

MENENIO.—Idos de una vez. No fiéis a la lengua vuestra justa cólera. Lo que un día debe, otro lo paga.

CORIOLANO.—Batiría en campo abierto á cuarenta de ellos.

MENENIO.—Yo mismo podría encargarme también de un par de los mejores; sí, de los dos tribunos.

COMINIO.—Pero ahora las probabilidades adversas exceden á todo cálculo, y la virilidad es locura cuando se obstina en quedarse bajo un edificio que se desploma. ¿Queréis salir antes de que vuelva la ralea? Su rabia, como las aguas corrientes interrumpidas, se hincha y se levanta sobre lo que están acostumbradas á ver encima de ellas.

MENENIO.—Dignaos acceder á nuestra súplica, y partid. Yo probaré si mi ingenio podrá algo con los que tan poco tienen. Hay que remendar esto con tela de cualquier color.

COMINIO.—Vamos, vamos, venid.

(*Salen Coriolano, Cominio, y otros.*)

1.^{er} SENADOR.—Este hombre ha malogrado su fortuna.

MENENIO.—Su naturaleza es demasiado noble para el vulgo. No adularía á Neptuno por su tridente, ni á Júpiter por sus rayos. Tiene el corazón en la boca, y le es fuerza dar salida á lo que una vez concibió su pecho. Cuando se encoleriza, no se acuerda de haber oído jamás la palabra «muerte.» Ya nos ha caído qué hacer con él.

(*Suena ruido dentro.*)

2.^o PATRICIO.—Quisiera verles ya recogidos en sus casas.

MENENIO.—Y yo en el fondo del Tíber. ¡Por los dioses! ¿No podía hablarles con más cordura?

(*Vuelven á entrar Bruto y Sicinio con la multitud.*)

SICINIO.—¿Dónde está esta víbora, que quisiera despoblar la ciudad y ser el único hombre en ella?

MENENIO.—Dignos tribunos...

SICINIO.—Se le ha de precipitar con vigorosa mano desde la roca Tarpeya. Ha resistido á la ley, y por tanto la ley no se dignará otorgarle otro juicio que la severidad del poder público que él tiene en nada.

1.^{er} CIUDADANO.—Conviene que sepa que los nobles

tribunos son la boca del pueblo, y nosotros sus manos.

CIUDADANOS.—Conviene que lo sepa.

(Varios hablan á un tiempo.)

MENENIO.—Señor...

SICINIO.—Orden!

MENENIO.—No vengáis aquí en són de guerra; aquí deben tratarse los asuntos con modestia y moderación.

SICINIO.—¿Por qué le habéis ayudado á que se evadiese?

MENENIO.—Prestadme oído. Así como conozco la valía del cónsul, así puedo señalar sus faltas.

SICINIO.—¡Cónsul! ¿Qué cónsul?

MENENIO.—El cónsul Coriolano.

BRUTO.—¡Cónsul, él!

CIUDADANOS.—No, no, no, no!

MENENIO.—Si con el permiso de los tribunos y el vuestro ¡oh pueblo! puedo ser escuchado, deseo decir algunas palabras; que os inducirán á evitar mayores males que el tiempo ya perdido.

SICINIO.—Pues entonces hablad brevemente; porque estamos resueltos á acabar con esa traidora vibra. Echarlo de aquí era solamente un peligro: dejarlo aquí sería muerte segura para nosotros. Por tanto, se ha decretado que muera esta misma noche.

MENENIO.—¡No permitan los dioses que nuestra afamada Roma, cuya gratitud para con sus hijos esclarecidos está consignada en el mismo libro de Júpiter, devore á los suyos como hembra desnaturalizada!

SICINIO.—Coriolano es una gangrena que hay que cortar de raíz.

MENENIO.—¡No! Es un miembro cuya enfermedad, fácil de curar, se haría mortal si se extirpase. ¿Qué ha hecho á Roma para merecer la muerte? ¿Matar á nuestros enemigos? La sangre que ha vertido (y juro

que es más de la que tiene) la ha derramado por la patria. Y que la patria vertiera ahora la que le queda, sería un baldón eterno, tanto para los que lo hicieran como para los que lo toleraran.

SICINIO.—Esto es absurdo.

BRUTO.—No es sino errado. Cuando él amó á su patria, ella le honró.

MENENIO.—¿Y acaso no se respeta el pié gangrenado por el servicio que prestó?

BRUTO.—No queremos oír más. Id á prenderle en su casa y arrancadle de allí; á menos que su infección, á fuer de contagiosa, pueda extenderse más.

MENENIO.—Una palabra. Cuando esta rabia de tigre reconozca el daño de su ciega precipitación, será ya tarde para contener su impulso. Procesadle si queréis; á menos que los partidos (pues sabéis que hay muchos que le aman) se lancen á la lucha, y veamos á Roma saqueada por romanos.

BRUTO.—Si así fuese.....

SICINIO.—Pero, ¿qué estáis diciendo? ¿No tenemos ya una muestra de su obediencia? ¿No hemos visto cómo atropelló á nuestros ediles, y se nos resistió? Vamos.

MENENIO.—Advertid que fué educado en las guerras desde que su mano pudo tener una espada, y no está acostumbrado al lenguaje de la cautela; en sus palabras se mezclan la cordura y la pasión, el grano y la paja. Dadme vuestro asentimiento, y yo me encargo de traerlo adonde pueda responder en paz y según ley á todo cuánto le amenaza.

I.^{er} SENADOR.—Nobles tribunos, este es el modo mas humano; el otro camino es demasiado sangriento, y nadie podría en su principio adivinar sus consecuencias.

SICINIO.—Noble Menenio; sed, pues, el oficial emisario del pueblo. Señores, deponed vuestras armas.

BRUTO.—No os retiréis á vuestras casas.

SICINIO.—Reunios en el foro. Allí os encontraremos; y si no traéis á Marcio, persistiremos en nuestra primera resolución.

MENENIO.—Lo conduciré á vuestra presencia. (*A los senadores.*) Dignaos acompañarme: es necesario que venga, sino... ¿quién sabe lo que sucederá?

SENADOR.—Sigámosle. (*Salen.*)

ESCENA II.

Cuarto en casa de Coriolano.

Entran CORIOLANO y patricios.

CORIOLANO.—Dejadlos que derriben cuanto hay por encima de mi cabeza; que me presenten la muerte en la rueda, ó bajo los cascos de un caballo salvaje; ó que amontonen diez colinas sobre la roca Tarpeya, para que la caída y el fondo del abismo se pierdan de vista; á pesar de todo seré siempre para con ellos lo mismo que soy. (*Entra Volumnia.*)

I.^{er} PATRICIO.—Os portáis con la mayor nobleza.

CORIOLANO.—Paréceme que mi madre no me aprueba ya en esto: ella, que solía llamarlos rastreros vasallos, cosas creadas para ser compradas y vendidas por unos pocos céntimos, y permanecer en las reuniones con la cabeza descubierta, bostezar, tenerse quietos, y admirarse cuando cualquiera de mi clase se pusiera en pié para hablar de paz ó de guerra. (*A Volumnia.*) Hablo de vos. ¿Por qué queríais que obrase con mansedumbre? ¿Podríais desear que fuese yo infiel á mi naturaleza? Mejor haríais en aconsejarme que siga siendo quien soy.

VOLUMNIA.—¡Oh, Coriolano, Coriolano! Hubiera de-

seado veros revestido más plenamente del poder, antes de desperdiciarlo así.

CORIOLANO.—Suceda lo que quiera.

VOLUMNIA.—Habráis sido también el mismo hombre que sois, esforzándoos algo menos por serlo; los inconvenientes de vuestro carácter fueran menos sin mostrarlos tanto, antes de que pudieran salir al paso, y estorbar vuestros designios.

CORIOLANO.—Vayan todos ellos á una horca.

VOLUMNIA.—Sí, y á una hoguera también.

(*Entran Menenio y senadores.*)

MENENIO.—Venid, venid. Habéis sido áspero, demasiado áspero. Es necesario que regreséis y rectificéis lo dicho.

I.^o SENADOR.—No hay remedio; á menos que, por no hacerlo así, nuestra ciudad se divida y perezca.

VOLUMNIA.—Consentid en que se os aconseje. Mi corazón está tan poco dispuesto á ello como el vuestro; pero mi mente dispone con mayor acierto de mi cólera.

MENENIO.—Bien dicho, noble matrona! Antes de humillarme á los piés de ese rebaño, á no exigirlo la violenta condición de los tiempos como un remedio para todo el Estado, volvería á revestir mi armadura á despecho de mi ancianidad.

CORIOLANO.—¿Qué debo hacer?

MENENIO.—Volver donde están los tribunos.

CORIOLANO.—Bien. Y en seguida ¿qué? ¿Qué?

MENENIO.—Mostraros pesaroso de lo que dijisteis.

CORIOLANO.—¿Hacerlo por ellos? No lo haría ni por los dioses y queréis que lo haga por ellos?

VOLUMNIA.—Sois demasiado absoluto; aunque nunca podríais serlo bastante, salvo cuando se impone la extrema necesidad. Os he oído decir que el honor y la política, como amigos inseparables, crecen juntos en la guerra. Siendo así, decidme ¿qué perdería el uno ó

la otra si lograran también ponerse de acuerdo en tiempo de paz!

CORIOLANO. — ¡Bah! Bah!

MENENIO. — Es pregunta muy oportuna.

VOLUMNIA. — Si en vuestras guerras es honroso parecer lo que no sois (y es política que adoptáis para vuestros mejores fines) ¿por qué no lo será en tiempo de paz? ¿No sirve al mismo propósito en la una que en la otra?

CORIOLANO. — ¿Por qué os empeñáis en persuadirme?

VOLUMNIA. — Porque ahora sólo consiste en vos que habléis al pueblo; no obedeciendo á propia inspiración, ni por lo que el impulso de vuestro sentimiento dictaría, sino con palabras que emanan de la boca, como hijas bastardas, y no comprometen la fe de vuestro corazón. Esto en manera alguna os deshonraría más que el apoderaros de una ciudad con palabras benévolas, cuando de no hacerlo así os costaría arriesgar vuestra fortuna y derramar al acaso mucha sangre. Sería yo infiel á mi propia naturaleza si, cuando mi fortuna y el riesgo de mis amigos me lo exigen, no procediera así. En esto soy la voz de vuestra esposa, de vuestro hijo, de estos senadores, de los nobles. Pero vos preferís mostrar á la generalidad de los plebeyos vuestro ceño, que gastar con ellos dulces palabras, cuando estas quizás, ganando su afecto, salvarían la patria.

MENENIO. — ¡Noble dama! Venid, venid con nosotros, y hablad abiertamente. Así nos salvaréis, no del presente peligro, sino de los estragos de lo pasado.

VOLUMNIA. — Ruégote, hijo mío, que vayas á ellos y les saludes é hincas la rodilla en tierra (porque en esta clase de asuntos la elocuencia consiste en la acción, y los ignorantes se dejan persuadir más por los ojos que por los oídos); con tu benévolo saludo corrige y desmiente tu inflexibilidad; muéstrate dócil y hu-

milde como la fruta madura, que cede apenas la tocan. Ó bien diles que eres su soldado; y acostumbrado á la rudeza del combate no te has adiestrado en aquella suave manera que, según confiesas, debías haber usado al pedir sus votos; pero que en adelante ajustarás á ella tu conducta hasta donde alcancen tu persona y tu poder.

MENENIO.—Haced solamente esto, tal como ella os lo dice, y serán vuestros al punto todos los corazones; porque, cuando se les solicita, abundan tanto en perdones como en palabras insignificantes y ociosas.

VOLUMNIA.—Te lo suplico. Vé y consiente en ser dirigido; aunque conozco que más bien seguirías á tu enemigo á un abismo de fuego, que adularlo en un vergel. Aquí está Cominio. *(Entra Cominio.)*

COMINIO.—He estado en el foro, y creedme, señor, conviene que forméis un partido fuerte, ó que os defendáis con la mayor moderación ó con la ausencia. La cólera es general.

MENENIO.—Basta un discurso benévolo.

COMINIO.—Creo que sería útil, si conviene en hacerlo.

VOLUMNIA.—Debe hacerlo y lo querrá. Vamos; te ruego que digas que sí lo harás, y manos á la obra.

CORIOLANO.—¿Debo ir á mostrarles mi cabeza desnuda? ¿Debo dar con mi lengua envilecida un mentís á mi noble corazón, y éste lo ha de sobrellevar? Sea: lo haré. Y sin embargo, si se tratara de perder solamente este puesto, ya podrían reducir á polvo el cuerpo de Marcio, y arrojarle al viento. Vamos al mercado. Me habéis puesto ahora á desempeñar un papel que nunca, jamás, podré representar con naturalidad.

COMINIO.—Venid, venid; os ayudaremos.

VOLUMNIA.—Déjame rogarte, amado hijo mío. Como dijiste, mis elogios te inclinaron á la guerra. Pues bien: para merecer mis alabanzas hoy vas á encargarte

de un papel que nunca has desempeñado hasta ahora.

CORIANANO. — Bien. Tendré que hacerlo. Aléjate de mí, naturaleza mía, y cede su lugar al alma de un vil adulador! Conviértase mi voz marcial, émula de un atambor, en el sonido aflautado del eunuco, ó en la voz de la doncella que arrulla á los pequeñuelos. Profane mis mejillas la sonrisa del bribón y anublen mis ojos las lágrimas del muchacho en la escuela. La lengua que se mueva entre mis labios, sea la de un mendigo; y mis rodillas que jamás se doblaron sino sobre mis estribos, plégúense como quien recibe limosna! No! No lo haré, á menos que deje de respetar mi propia verdad, y con las acciones de mi cuerpo enseñe á mi mente la más profunda bajaiza!

VOLUMNIA. — Entonces, sea como quieras. Más deshonra es que yo mendigue de ti, que el que tú mendigues de ellos. Húndase todo. Tu madre prefiere recibir un nó de tu orgullo, que temblar por tu peligrosa firmeza; porque para despreciar la muerte tengo un corazón tan grande como el tuyo. Haz lo que gustes. Tu intrépido valor era mío: lo mamaste de mis pechos. Pero tu orgullo lo debes á ti solo.

CORIANANO. — Alegraos ¡oh madre! os lo suplico. Voy á la plaza del mercado. No me regañéis más. Yo escamotearé sus afectos, hurtaré sus corazones, y volveré amado de todos los ganapanes de Roma. Ved, ya me dispongo á ir. Recomendadme á mi esposa. Volveré siendo cónsul, ó no confiaré nunca en lo que pueda hacer mi lengua en el camino de la lisonja.

VOLUMNIA. — Haced lo que os plazca. *(Sale.)*

COMINIO. — Marchemos. Los tribunos os esperan. Haced caudal de fuerzas para responder con calma; pues están preparados á lanzar contra vos acusaciones, según he oído, mucho más fuertes que las anteriores.

CORIANANO. — Mi consigna es: ¡calma! ¡calma! Dig-

naos venir. Dejadles que inventen acusaciones: yo responderé á todo con honrada franqueza.

MENENIO.—Sí; pero con calma.

CORIOLANO.—Bien, sí, con calma, con calma. (*Salen.*)

ESCENA III.

El foro.

Entran SICINIO y BRUTO.

BRUTO.—Sobre todo, insistid como punto de ataque en esto: que aspira á un poder tiránico. Si se evade de este cargo, acosadle por su envidia al pueblo; y también por no haber sido repartidos nunca los despojos tomados á Antío. (*Entra un edil.*) Y bien, ¿vendrá?

EDIL.—Sí, ya llega.

BRUTO.—¿Quiénes le acompañan?

EDIL.—El anciano Menenio y los senadores que le favorecieron siempre.

BRUTO.—¿Tenéis la lista de los votos con que contamos?

EDIL.—Aquí la tengo.

BRUTO.—¿Los habéis reunido por tribus?

EDIL.—Así están.

SICINIO.—Reunid aquí inmediatamente al pueblo, y cuando me oigan decir: «Debe ser así, por el derecho» y autoridad del pueblo», ya sea muerte, multa, ó destierro; si me oyen decir *multa*, deben gritar ¡*multa!* si *muerte*, ¡*muerte!* Y no cesen en su clamor, insistiendo en su antigua prerogativa y poder, para entender en la causa.

EDIL.—Les informaré de todo.

BRUTO.—Y una vez empiece el clamoreo, es necesario que continúen sin tregua y en medio de la rui-

dosa confusión ejecuten la sentencia que hayamos tenido á bien dictar.

EDIL.—Muy bien.

SICINIO.—Haced que vengan en gran número y re-sueltos á seguirmos tan luégo como hayamos hecho la insinuación. *(Sale el edil.)*

BRUTO.—Á la obra. Está acostumbrado á triunfar siempre, y á que nadie le contradiga: una vez lastimado en su soberbia y enfurecido, es imposible hacerlo entrar en razón, y entonces habla lo que le viene en mientes. Pues bien; cuánto guarda dentro de su pecho, se acuerda con nuestro propósito y prepara su ruina. *(Entran Coriolano, Menenio, Cominio, senadores y patricios.)*

SICINIO.—Bien. Aquí llega.

MENENIO.—Con calma, os lo suplico.

CORIOLANO.—Sí; como un hostelero que por la más pequeña moneda, soportará una legión de bribones. Que los venerados dioses guarden salva á Roma; y los tribunales de la justicia sean provistos con hombres dignos; y el amor se arraigue entre nosotros, llenando nuestros templos con las ofrendas de la paz, y no nuestras calles con la guerra.

I.^{er} SENADOR.—Amén, amén.

MENENIO.—¡ Noble deseo!

(Vuelve á entrar el edil con los ciudadanos.)

SICINIO.—Aproximaos, los del pueblo.

EDIL.—Escuchad á vuestros tribunos. Silencio y orden, digo.

CORIOLANO.—Oídme primero.

LOS TRIBUNOS.—Bien: hablad. ¡ Orden!

CORIOLANO.—No habrá que hacer frente más que á las acusaciones de ahora? ¿ Ha de quedar esto terminado aquí?

SICINIO.—Os pregunto ¿ os sometéis á los votos del pueblo, respetáis á sus oficiales, y consentís en sufrir

la censura legal por las faltas que se pruebe hayáis cometido ?

CORIANANO.—Lo consiento.

MENENIO.—¿Lo oís, ciudadanos ? dice que consiente. Considerad sus servicios militares, pensad en las heridas que cubren su cuerpo, como los sepulcros un cementerio.

CORIANANO.—Poca cosa; arañazos ligeros, algunas cicatrices, hechas jugando.

MENENIO.—Considerad además que si no habla como cortés ciudadano, se porta como buen guerrero. No toméis la aspereza de sus acentos como fruto de la malignidad ; sino, según he dicho, como cosa natural en un soldado que no quiere parecer adulator.

COMINIO.—Bien, bien. Basta.

CORIANANO.—¿ En qué consiste que habiendo sido elegido cónsul por voto unánime, me veo de tal manera deshonrado que en la misma hora os retractáis ?

SICINIO.—Respondednos.

CORIANANO.—Decid, pues ; es verdad : yo debo responder.

SICINIO.—Os acusamos de haber intentado quitar á Roma toda razonable autoridad y de aspirar á un poder tiránico. Por lo cual sois traidor al pueblo.

CORIANANO.—¡ Cómo ! ¡ Yo traidor !

MENENIO.—Calma, calma. Acordaos de vuestra promesa.

CORIANANO.—¡ Así se hunda el pueblo en el más hondo infierno ! ¡ Llámarme traidor ! ¡ Á mí ! ¡ Tribuno insolente ! Si veinte mil muertes tuvieras en tus ojos y otros tantos millones en tus manos, y todo este número en tu mentirosa lengua, te diría á la cara que mientes y te lo diría con tal sinceridad y tan alto como cuando ruego á los dioses.

SICINIO.—¿ Oyes ? ¡ Oh pueblo !

CIUDADANOS.—¡ Llevémosle á la roca ! ¡ Á la roca !

SICINIO.—¡Orden! No necesitamos añadir acusación alguna. Lo que le habéis visto hacer, lo que le habéis oído decir, maldiciéndoos, atropellando á vuestros oficiales, oponiendo á las leyes los golpes, y desafiando aquí á aquellos cuyo gran poder tiene que juzgarlo, todo es tan criminal y de tan odioso carácter, que merece la peor muerte.

BRUTO.—Pero en consideración á los útiles servicios que prestó á Roma...

CORIOLANO.—¿Qué charlas tú de servicios?

BRUTO.—Hablo de lo que sé.

CORIOLANO.—¿Tú?

MENENIO.—¿Es esa la promesa que hicisteis á vuestra madre?

COMINIO.—Os ruego que recordéis...

CORIOLANO.—¡Yo no me acuerdo de nada! Que me condenen á morir despeñado de lo alto de la roca Tarpeya, ó en vagabundo destierro, ó á fuego lento, si quieren; no compraré, no, su gracia al precio de una sola palabra afectuosa, ni humillaré mi valor por cuanto pudieran darme, aunque para ello sólo tuviera que decir «buenos días».

SICINIO.—Por cuanto en diversas ocasiones ha mostrado, hasta donde de él dependía, su envidia al pueblo, buscando medios para despojarlo de su poder; y recientemente ha acometido á los ministros de la justicia; en nombre del pueblo y por nuestro poder como tribunales, desde este momento lo desterramos de nuestra ciudad, so pena de ser precipitado de la roca Tarpeya, si alguna vez vuelve á pasar las puertas de Roma. En nombre del pueblo, declaro que así se ejecutará.

CIUDADANOS.—¡Así se hará! ¡Así se hará! Está desterrado. ¡Que se largue!

COMINIO.—Escuchadme, señores y comunes amigos.

SICINIO.—Está sentenciado. No hay nada que oír.

COMINIO.—Dejadme hablar. He sido cónsul y puedo mostrar á Roma las cicatrices que me hicieron sus enemigos. Amo á mi patria con respeto más tierno, profundo y santo que mi propia vida, que la de mi esposa y la de mis hijos. Pues bien, si os digo que...

SICINIO.—Ya conocemos vuestro propósito. ¿ Si decís qué?

BRUTO.—No hay más que decir sino que está desterrado por enemigo del pueblo y de la patria. Y se hará así.

CIUDADANOS.—¡ Se hará así! ¡ Se hará así!

CORIOLANO.—¡ Vil jauría de perros! cuyo amor y cuyo odio desprecio como las osamentas de cadáveres insepultos que infestan el aire. ¡ Yo os destierro de mi corazón! Quedad con vuestra incertidumbre, temblando al más débil rumor, y espantados y aterrados cuando vuestros enemigos agiten sus penachos para asustaros. Conservad el poder de desterrar á vuestros defensores; hasta que vuestra ignorancia que nada ve mientras no lo toca, os entregue como humillados cautivos á alguna nación que os conquistará sin necesidad de combatir! Despreciando á causa de vosotros la ciudad, os vuelvo la espalda. Hay todavía mundo lejos de vosotros.

(*Salen Coriolano, Cominio, Menenio, senadores y patricios.*)

EDIL.—El enemigo del pueblo ha partido.

CIUDADANOS.—Nuestro enemigo está fuera: está desterrado. ¡ Oh! ¡ Oh! (*Vocean y tiran sus gorros al aire.*)

SICINIO.—Id, seguidle hasta las puertas de la ciudad, como él os ha perseguido, con todo despecho. Humílladle como merece. Dadnos una guardia que nos acompañe por la ciudad.

CIUDADANOS.—Vamos, vamos á verlo fuera de las puertas. ¡ Guarden los dioses á nuestros nobles tribunos!

(*Salen.*)



ACTO IV.

ESCENA PRIMERA.

Junto á una puerta de Roma.

Entran CORIOLANO, VOLUMNIA, VIRGILIA, MENENIO, COMINIO, y varios jóvenes patricios.

CORIOLANO.—Vamos, enjugad vuestras lágrimas, y abreviemos la despedida. El monstruo de mil cabezas me expulsa. ¡Ea, madre! ¿Dónde está vuestro antiguo valor? Solfais decir que las situaciones extremas eran la piedra de toque de las almas enérgicas: que los azares comunes pueden ser arrostrados por hombres vulgares; que en mar tranquila todas las embarcaciones parecen bogar con entera destreza; pero que los golpes de la fortuna, cuando más certeros, por la herida que causan, requieren rara y noble habilidad; y nunca os cansabais de llenarme de preceptos que habrían hecho invencible cualquier corazón.

VIRGILIA.—¡ Oh cielos ! ¡ Oh cielos !

CORIOLANO.—No, mujer, te suplico.

VOLUMNIA.—¡ Ahora, caigan todas las pestes sobre las industrias de Roma, y perezca todo trabajo !

CORIOLANO.—Bah ! bah ! bah ! Cuando me echen de menos, me amarán. ¡ Oh madre ! Recobrad el ánimo que os hacía decir que si hubiérais sido la esposa de Hércules, habríais hecho seis de sus trabajos y le evitarais la mitad de sus fatigas. Cominio, no estáis abatido : adiós. ¡ Adiós, esposa mía ! Madre mía, no han de faltarme recursos. Tú, anciano y buen Menenio, tus lágrimas son más acerbas que las de un joven, y son para tus ojos un veneno. Mi antiguo general, te he visto firme, y á menudo has presenciado espectáculos terribles. Dí á estas afligidas mujeres que es bien sufrir los golpes inevitables y reirse de ellos. Harto sabéis, madre, que mis aventuras han sido vuestro recreo ; creedme. Aunque parto solo, como solitario león de cuya guarida hablan todos sin atreverse á visitarla, vuestro hijo se elevará sobre el común de las gentes, ó sucumbirá á enemigas asechanzas y traiciones.

VOLUMNIA.—Primogénito mio : ¿ hacia dónde irás ? Toma contigo al buen Cominio por breve tiempo, y decide el curso que debes seguir, antes que entregarte temerariamente á los azares que surjan en tu camino.

CORIOLANO.—¡ Oh dioses !

COMINIO.—Te acompañaré durante un mes y convendré contigo en el punto donde debes permanecer, á fin de que puedas tener noticias nuestras, y nosotros las tuyas ; de modo que si el tiempo nos trae ocasión para llamarte, no tengamos que enviar en busca de ti por todo el ancho mundo, y perder así la ventaja de un momento de entusiasmo que siempre se inclina á abandonar al ausente.

CORIOLANO.—Adiós. Estás cargado de años y te abru-

man ya los vestigios penosos de las guerras, para ir á peregrinar con quien goza aún de su vigor y lozanía. Acompáñame solamente hasta las puertas de la ciudad. Venid, dulce esposa mía, mi amada madre, mis nobles y queridos amigos. Cuando haya partido, despedidme con vuestras sonrisas. Os ruego que vengáis. Mientras pise la tierra, oiréis todavía nuevas de mí; ninguna desmentirá lo que hasta hoy he sido.

MENENIO.—Jamás oyó el mundo frases tan dignas. Vamos, no hay que afligirse. ¡Por los buenos dioses, que si pudiera quitar siquiera siete años á estos viejos brazos y piernas, te acompañaría en tu camino!

CORIOLANO.—Dame tu mano. Ven. *(Salen.)*

ESCENA II.

Calle contigua á una puerta de Roma.

Entran SICINIO, BRUTO, y un edil.

SICINIO.—Haced que vuelvan á sus casas. Ya ha partido, y no necesitamos seguir adelante. La nobleza está ofendida, y veo que se inclina á favorecerle.

BRUTO.—Ahora que hemos mostrado nuestro poder, tratemos de parecer más humildes con el éxito.

SICINIO.—Invítadlos á regresar á sus hogares, y decidles que su gran enemigo ya es ido, y el pueblo permanece en posesión de su antiguo poder.

BRUTO.—Despedidles y que vayan á sus casas. *(Sale el edil.—Entran Volumnia, Virgilia y Menenio.)* Aquí viene su madre.

SICINIO.—Procuremos evitar su encuentro.

BRUTO.—¿Por qué?

SICINIO.—Dicen que está furiosa.

BRUTO.—Nos han visto. Sigamos nuestro camino.

VOLUMNIA.—¡Oh, me alegro de encontraros! Caigan

sobre vosotros todas las plagas reunidas, en pago de vuestra conducta.

MENENIO.—Calma, calma ; no habléis tan alto.

VOLUMNIA.—Si me dejasen hablar los sollozos, oíríais... Pero aun así habéis de oír algo. (*A Bruto.*) ¿Queréis marcharos?

VIRGILIA (*á Sicinio*).—Os quedaréis también. ¡Así pudiera decir lo mismo á mi esposo!

SICINIO.—¿Sois furia ó mujer?

VOLUMNIA.—Imbécil. ¡Si soy mujer! Mirad á este imbécil. ¿No fué mi padre un hombre? ¿Has tenido la vil astucia de desterrar á aquel que libró más combates por Roma que palabras has hablado tú?

SICINIO.—¡Oh dioses, que esto oís!

VOLUMNIA.—Sí, más nobles triunfos que palabras sensatas tú... Y sólo por el bien de Roma... Te he de decir... pero no, vete... aunque, no... detente... Quisiera que mi hijo estuviese en Arabia, espada en mano, y que tuviera delante á toda tu tribu.

SICINIO.—¿Y qué?

VIRGILIA.—¿Y qué? Allí acabaría tu raza.

VOLUMNIA.—Con sus bastardos y todo. ¡Y pensar que ese hombre se cubrió por Roma, de heridas!

MENENIO.—Vamos, vamos, sosegaos.

SICINIO.—Mucho me regocijara verle continuarabajando por su patria como al principio, y no deshacer él mismo la noble obra que había empezado.

BRUTO.—También lo deseaba yo.

VOLUMNIA.—¿Lo deseábais? Y vosotros sois los que habéis azuzado á la canalla, miserables que así pueden juzgar de su valor como yo podría juzgar los misterios que el cielo oculta á la tierra.

BRUTO.—Ea, vámonos.

VOLUMNIA.—Sí, hacedme la gracia de iros. Habéis hecho una gran hazaña. Pero antes de iros, oíd. Como sobresale el Capitolio por encima de la más mezquina

casa de Roma, así mi hijo (el esposo de esta señora que veis aquí) á quien habéis desterrado, aventaja á todos vosotros.

BRUTO.—Bueno, bueno. Os dejamos.

SICINIO.—¿Para qué quedarnos á sufrir las mordeduras de una mujer que ha perdido la razón?

VOLUMNIA.—Vayan mis maldiciones con vosotros. ¡Y ojalá los dioses no tuvieran qué hacer sino confirmarlas! ¡Ah! si pudiera verle, una vez al día siquiera... ¡Cuánto aliviaría mi pena! *(Salen los tribunos.)*

MENENIO.—Les habéis dicho lo que merecen, y á fe mía que tenéis razón sobrada. ¿Querriais cenar conmigo?

VOLUMNIA.—La cólera es mi alimento. Vamos. Deje- mos estas débiles lamentaciones, y sea mi ira como la de Juno. Vamos, vamos.

MENENIO.—¡Vaya!... no... basta. *(Salen.)*

ESCENA III.

Camino público entre Roma y Antío.

Entran un romano y un volsco.

ROMANO.—Os conozco bien, señor, y vos á mí. Vuestro nombre es Adriano, si no me equivoco.

VOLSCO.—Así es en verdad. He olvidado el vuestro.

ROMANO.—Soy romano, y mis servicios, como los vuestros, se dirigen contra ellos. ¿Aún no me conocéis?

VOLSCO.—¿Nicanor?

ROMANO.—Sí, el mismo.

VOLSCO.—La última vez que os ví llevabais más crecida la barba; pero os reconozco por el habla. ¿Qué nuevas tenéis de Roma? Tengo un oficio del estado

volsco en que se me encarga encontrarme con vos aquí. Me habéis evitado un día de marcha.

ROMANO.—Ha habido una extraña insurrección en Roma: el pueblo se sublevó contra los senadores, los patricios y los nobles.

VOLSCO.—¿Cómo, ha habido? Eso es decir que ya ha terminado. No lo piensa así nuestro Estado; hace grandes preparativos de guerra y confía en sorprenderles cuando más empeñados se hallen en sus disputas.

ROMANO.—Lo que ha terminado ya, es el principal estallido; pero la más leve circunstancia bastará para avivar la llama; porque los nobles se han ofendido tanto del destierro del noble Coriolano, que están ya dispuestos á quitar al pueblo todo poder, y á despojarlo de sus tribunos para siempre. Os aseguro que esto sigue ardiendo, y está casi á punto de estallar nuevamente.

VOLSCO.—¿Coriolano desterrado?

ROMANO.—Sí, señor, desterrado.

VOLSCO.—Nicanor! con semejante nueva no podéis menos de ser bien acogido.

ROMANO.—La ocasión se les presenta hoy bien propicia. He oído decir que el mejor momento para seducir á una mujer es aquel en que ha reñido con su esposo. Vuestro noble Tulo Aufidio podrá lucirse en esta guerra, puesto que su gran adversario, Coriolano, ya no está al servicio de su país.

VOLSCO.—Indudablemente. Es gran fortuna para mí el haberos encontrado. Gracias á vos, cumplí el encargo, y os acompañaré con mucho gusto á casa.

ROMANO.—Mientras llega la hora de la cena os referiré de Roma cosas bien extrañas, conducentes todas al bien de sus adversarios. ¿Decís que tenéis listo un ejército?

VOLSCO.—Sí; y por cierto, brillante. Los centurio-

nes son numerosos y sus tropas distintamente clasificadas, y prestas á tomar las armas á la primera señal.

ROMANO.—Pláceme conocer su actitud, y creo ser el hombre que los haga entrar desde luego en acción. Así, albricias por nuestro encuentro; me regocijo de vuestra compañía.

VOLSCO.—Más debo alegrarme que vos; pues me evitáis trabajo.

ROMANO.—Bien: vamos juntos. *(Salen.)*

ESCENA IV.

Antío.—Delante de la casa de Aufidio.

Entra CORIOLANO pobremente vestido, disfrazado y embozado.

CORIOLANO.—Hermosa ciudad es Antío. Yo soy quien dejó viudas á sus mujeres: muchos de los herederos de estos bellos edificios han caído moribundos y perecido en mis guerras. No me reconozcas, pues; no sea que me destruyan en mezquina batalla tus mujeres con asadores y tus muchachos con piedras. *(Entra un ciudadano.)* Salud, señor.

CIUDADANO.—Y á vos.

CORIOLANO.—Llevadme, si os place, á la casa del gran Aufidio. ¿Está en Antío?

CIUDADANO.—Sí, y esta noche da una fiesta á los nobles del Estado.

CORIOLANO.—Os ruego que me indiquéis dónde la tiene.

CIUDADANO.—Esta es... frente á vos.

CORIOLANO.—Gracias, señor; adiós. *(Sale el ciudadano.)* ¡Oh mundo! ¡Qué prontas y fáciles son tus mudanzas! Amigos jurados, cuyo doble pecho parece poseer para ambos un solo corazón; juntos á todas

horas, en la mesa, en el ejercicio, en el sueño, como gemelos inseparables; antes de una hora y por la más frívola disensión se convertirán en implacables enemigos. Y en cambio, los adversarios más encarnizados, los más mortales enemigos, cuyas pasiones y proyectos los desvelaban por destruirse mutuamente se convertirán de pronto en íntimos amigos unidos en la prosecución de un mismo propósito. Y eso es lo que me sucede. Aborrezco el lugar donde nací y consagro mi afecto á esta ciudad enemiga. Entraré. Si me mata, se hará justicia á sí propio. Si no, prestaré servicios á su país. (Sale.)

ESCENA V.

La misma.—Vestíbulo en casa de Aufidio.

Música dentro. Entra un esclavo.

1.^{er} ESCLAVO.—¡Vino, vino, vino! ¿Qué servicio hay aquí? Parece que nuestros mozos se han dormido.

(Sale.—Entra otro criado.)

2.^o ESCLAVO.—¿Dónde está Coto? Mi señor lo llama.
¡Coto!

(Entra Coriolano.)

CORIOLOANO.—¡Hermosa casa! ¡Cómo huele la fiesta! pero mi porte no es el de un convidado.

(Vuelve á entrar el esclavo.)

1.^{er} ESCLAVO.—¿Qué deseáis, amigo? ¿De dónde venís? Aquí no hay lugar para vos. Servíos tomar la puerta.

CORIOLOANO.—No merezco ciertamente mejor acogida.

(Vuelve á entrar el 2.^o esclavo.)

2.^o ESCLAVO.—¿De dónde sois, señor mío? ¿Donde tiene el portero los ojos que da entrada á esta clase de compañeros? Hacedme el favor de marcharos.

CORIANANO.—¡ Apártate !

2.º ESCLAVO.—¿ Yo ? ¡ Fuera de aquí !

CORIANANO.—Ya empiezas á molestarte.

2.º ESCLAVO.—¿ Tan bravo eres ? Ya te hablaré dentro de un rato.

(*Entra el 3.º esclavo, y se encuentra con el 1.º*)

3.º ESCLAVO.—¿ Quién es este mozo ?

1.º ESCLAVO.—El hombre más raro que he visto. No consigo hacerlo salir de la casa. Mira: dile al amo que salga, que quiere hablarle.

3.º ESCLAVO.—¿ Qué tienes que hacer aquí, mozo ? Sal cuanto antes.

CORIANANO.—Dejadme. Me parece que no os estorbo.

3.º ESCLAVO.—¿ Qué sois ?

CORIANANO.—Un noble.

3.º ESCLAVO.—¡ Ah !... Un noble, pobre.

CORIANANO.—Así es verdad.

3.º ESCLAVO.—Pues bien; caballero pobre, buscad algún otro asilo, porque no le hay aquí para vos. Vamos, salid, salid.

CORIANANO (*empujándolo*).—Atiende á tu oficio! vete! vé á engordar con las sobras.

3.º ESCLAVO.—¡ Qué! ¿ no salís ? Vamos á decir al amo qué extraño huésped tiene en casa.

2.º ESCLAVO.—Así lo haré.

3.º ESCLAVO.—¿ Dónde vives ?

CORIANANO.—Bajo el cielo.

3.º ESCLAVO.—¿ Bajo el cielo ?

CORIANANO.—Sí.

3.º ESCLAVO.—¿ Dónde es eso ?

CORIANANO.—En la ciudad de los buitres y los cuervos.

3.º ESCLAVO.—¿ Ciudad de buitres y cuervos ? ¡ Qué asno es ! ¿ También vivirás con las cornejas ?

CORIANANO.—No; no sirvo á tu amo.

3.º ESCLAVO.—¿ Os atrevéis á hablar de mi amo ?

CORIANANO.—Claro que sí; es más decoroso que hablar de tu ama. Tú charlas y charlas, sin ton ni són... vete á servir, ¡fuera!

(Lo echa á golpes.—Entran Aufidio y el 2.º esclavo.)

AUFIDIO.—¿Dónde está ese mozo?

2.º ESCLAVO.—Aquí, señor; ya le habría echado á golpes como un perro, si no hubiera temido perturbar á los señores que están allá dentro.

AUFIDIO.—¿De dónde vienes? ¿Qué quieres? ¡Cuál es tu nombre? ¿Por qué no hablas? ¡Habla, hombre! ¿Qué nombre tienes?

CORIANANO (*desembozándose*).—Tulo, si no me conoces, y viéndome no crees que sea quien soy, me veré en la necesidad de decir mi nombre.



AUFIDIO.—¿Cómo te llamas? (*Se retiran los criados.*)

CORIANANO.—Tengo un nombre que suena mal á los oídos volscos, y no muy gratamente al tuyo.

AUFIDIO.—Pero dilo. Tu apariencia es adusta, y en tu semblante se halla impreso el orgullo del mando.

Aunque tus vestidos están rotos, se ve que cubren un noble cuerpo. ¿Cuál es tu nombre ?

CORIOLANO.—Prepara tu ceño al enojo. ¿No me conoces todavía ?

AUFIDIO.—No te conozco. ¿ Tu nombre ?

CORIOLANO.—Mi nombre es Cayo Marcio, el que ha hecho tanto daño á los volscos y á ti en particular. Testigo de ello es mi sobrenombre de «Coriolano»; esta fué toda la recompensa que mi ingrata patria da á los penosos servicios, los extremos peligros y la sangre que he vertido por ella. Mi sobrenombre es clara memoria del desagrado y encono que debes sentir hacia mí. Sólo me queda ese nombre. La crueldad y el odio del pueblo, tolerados por nuestros tímidos nobles, quienes me han abandonado, ha devorado todo lo demás, y ha hecho que por el voto de los esclavos se me expulse ignominiosamente de Roma. Ahora bien: semejante extremidad me trae á tu hogar, no con la esperanza de salvar mi vida (no te equivoques en esto); pues si yo temiera la muerte, tú serías de todos los hombres del mundo el primero á quien habría evitado; sino porque lleno de indignación y despecho quiero desquitarme de los que me destierran; por eso me ves ante ti. Si tienes, pues, el corazón dispuesto á vengar tus propios agravios y á borrar las causas de vergüenza que se notan en tu país, apresúrate, entra al punto en acción y haz que mi desgracia sirva á tu intento. Válete de ella para que mis servicios de venganza redunden en beneficio tuyo; porque he de combatir contra mi gangrenado país con la rabia de todos los espíritus infernales. Pero si no te atreves, ó estás cansado de probar fortuna, entonces, yo también lo estoy de vivir de esta suerte y entrego mi garganta á tu antiguo odio. Si no la cortas, probarás que eres un necio; desde que te conozco siempre te he perseguido con

mi aborrecimiento, vertí á raudales la sangre de tu patria, y no puedo vivir sino para vergüenza tuya, ó á tu servicio.

AUFIDIO.— ¡Oh Marcio, Marcio! Cada palabra tuya acaba de arrancar de mi corazón una raíz del odio antiguo. Si Júpiter desde aquellas nubes con su divino acento me dijera «Es verdad,» no las creería más que á ti, nobilísimo Marcio. Déjame enlazar con mis brazos tu cuerpo. Él ha sido el yunque de mi espada. Y ahora disputo tu afecto con tanto ardor y nobleza como en la ambición de mi fuerza combatía antes tu valor. Ten sabido que amaba á la doncella á quien tomé por esposa, con toda la entrañable sinceridad que cabe en alma de hombre. Pues bien; el verte aquí ¡oh tú, dechado de nobleza! conmueve mi corazón más que cuando ví la primera vez á mi virgen esposa poner el pié en mi hogar! ¡Oh, tú, Marte! te aseguro que tenemos todo un ejército en pié; y me proponía una vez más arrancar el escudo de tu brazo, ó perder el mío. Doce veces me has batido, y desde entonces he soñado siempre en combatir contigo cuerpo á cuerpo; de modo que en mi sueño hemos estado juntos, pugnando por arrancarnos los yelmos, apretándonos suntuosamente la garganta... despertaba medio muerto de esta soñada fatiga. Ahora, digno Marcio, si no tuviéramos otro motivo de querella con Roma que el haberte desterrado, llamaríamos á las armas á todos desde los doce años á los setenta, y llevaríamos la guerra á las entrañas de la ingrata Roma, como poderosa inundación. ¡Oh! Ven y estrecha la mano de nuestros senadores, que han venido á despedirse de mí, pues me preparo á invadir, aunque no la misma Roma, el territorio romano.

CORIOLANO.— ¡Oh cielos, me habéis bendecido!

AUFIDIO.— Por tanto, como señor absoluto, si quieres dirigir por ti propio la venganza, toma tu parte en

la empresa; y como eres más experto y conoces mejor la fuerza y la debilidad de tu país, traza tú mismo tu plan; ya sea para llamar á las mismas puertas de Roma, ó ya para herirla en puntos remotos y difundir el espanto antes de dar el golpe de gracia. Pero ven. Déjame recomendarte primero á los que tienen que aprobar tus deseos. ¡Bienvenido mil veces! Y más amigo ahora que enemigo antes, que es encarecerlo mucho, Marcio. Dame tu mano; bienvenido seas.

(*Salen Coriolano y Aufidio.*)

1.^{er} ESCLAVO (*adelantándose*).—¡Qué extraña mudanza!

2.^o ESCLAVO.— Por mi alma, que me dieron tentaciones de apalearlo; y sin embargo, algo me advertía que me engañaba su disfraz.

1.^{er} ESCLAVO.— ¡Y qué brazo tiene! Con sólo dos dedos me hizo dar vueltas como un trompo.

2.^o ESCLAVO.— Ya echaba yo de ver por su semblante que era hombre que valía algo. Su cara tiene un no sé qué... vamos... que no sé cómo llamarlo.

1.^{er} ESCLAVO.— Sí; tiene una cara muy expresiva. Que me cuelguen si no pensé que había más en él de lo que yo podía pensar.

2.^o ESCLAVO.— Y yo lo mismo. Es el hombre más raro del mundo.

1.^{er} ESCLAVO.— Por cierto que lo es: pero mejor soldado que él no hay más que uno.

2.^o ESCLAVO.— ¿Quién? ¿Mi amo?

1.^{er} ESCLAVO.— No. No importa.

2.^o ESCLAVO.— Vale por seis como él.

1.^{er} ESCLAVO.— Eso tampoco. Pero le tengo por el mejor soldado.

2.^o ESCLAVO.— Por vida mía, que uno no sabe cómo explicar bien eso. Para la defensa de una ciudad nuestro general es excelente.

1.^{er} ESCLAVO.— Sí, y también para el asalto.

(*Vuelve á entrar el 3.^{er} esclavo.*)

3.^{er} ESCLAVO.—¡ Oh esclavos! Traigo nuevas... nuevas, bribones!

1.^{er} y 2.^o ESCLAVOS. — Veamos ¿ qué? Sepamos que pasa.

3.^{er} ESCLAVO.—No quisiera ser romano ahora: lo mismo es que estar sentenciado.

1.^{er} y 2.^o ESCLAVOS.—¿ Cómo? ¿ Cómo?

3.^{er} ESCLAVO. — Como que está aquí el que había jurado batir á nuestro general. Cayo Marcio.

1.^{er} ESCLAVO.—¿ Por qué decís *batir* á nuestro general?

3.^{er} ESCLAVO.—No digo batirle... pero siempre fué su pareja.

2.^o ESCLAVO.—Vamos. Estamos entre compañeros y amigos. Marcio era más poderoso que él. Se lo he oído á él mismo.

1.^{er} ESCLAVO.—Sí, sí, le vencía... seguramente. Delante de Coriolos lo melló y tajó como quiso.

2.^o ESCLAVO. — Á ser un caníbal, lo asaba y se lo comía.

3.^{er} ESCLAVO.—Pero vamos á las noticias.

3.^{er} ESCLAVO. — Pues allí dentro le están tratando de manera como si fuese el hijo y heredero de Marte. Le han sentado á la cabecera de la mesa: todos los senadores están con la cabeza descubierta delante de él, y ninguno se atreve á interrogarle. Nuestro general mismo le mima como á niña bonita, y hace ademanes de admiración y pone los ojos en blanco cuando él habla. Pero lo sustancial de las nuevas es que nuestro general está partido por mitad y ya no es sino la mitad de lo que era ayer, porque Marcio tiene la otra mitad, á ruego y autorización de cuantos hay en la mesa. Dice que irá á sacudir por las orejas al guardián de las puertas de Roma: arrasará cuanto encuentre á su paso y sentará allí la planta hasta dejar huella.

2.^o ESCLAVO.— Á nadie conozco que sea tan capaz de hacerlo como lo dice.

3.^{er} ESCLAVO.—¿Capaz de hacerlo? Lo hará; porque, mirad: él tiene tantos enemigos como amigos; los cuales amigos (como si dijéramos) no se atreven (fijaos bien en ello) á mostrarse (según decimos nosotros) mientras él esté en desgracia.

1.^{er} ESCLAVO.—¡Estar en desgracia! ¿Qué es eso?

3.^{er} ESCLAVO.—Pero cuando vean levantarse su cimera, y al hombre cubierto de sangre, saldrán todos ellos de sus guaridas, como conejos después de la lluvia, y se sublevarán á favor de él.

1.^{er} ESCLAVO.—¿Pero para cuándo es esto?

3.^{er} ESCLAVO.—Mañana, hoy, ahora mismo. Esta misma tarde oiréis sonar el tambor. Es, como si dijéramos, una parte de la fiesta, y se ha de ejecutar antes de que se enjuguen los labios.

2.^o ESCLAVO.—Entonces ya volvemos á estar metidos en el bullicio. Esta paz no sirve sino para enmohecer el hierro, aumentar el número de sastres y producir compositores de baladas.

1.^{er} ESCLAVO.—Yo estoy por la guerra. Le aventaja á la paz como el día á la noche. Es lista, despierta, sonora y llena de ímpetu. La paz es una apoplejía, un letargo, muda, soñolienta, insensible; produce ella más bastardos, que hombres destruye la guerra.

2.^o ESCLAVO.—Así es. Y si en algún modo se puede decir que la guerra es violadora, no se puede negar que la paz fomenta los engaños de las mujeres.

1.^{er} ESCLAVO.—Y hace que los hombres se aborrezcan unos á otros.

3.^{er} ESCLAVO.—La causa es que entonces los hombres se necesitan menos. Estoy por la guerra á toda costa, y espero ver romanos tan baratos como volscos. Ya dejan la mesa.

Todos.—Vamos dentro, vamos.

(*Salen.*)

ESCENA VI.

Plaza pública en Roma.

Entran SICINIO y BRUTO.

SICINIO.—Nada oímos de él, ni necesitamos temerle. Sus recursos serían estériles en el presente estado de tranquilidad del pueblo, que al principio estaba agitado y revuelto. Así avergonzamos á sus amigos mostrándoles como todo va bien; aunque ellos preferirían aun con daño propio, ver infestadas las calles de gentes amotinadas, más que á nuestros industriales cantar en sus talleres y ocuparse amistosamente en sus negocios. *(Entra Menenio.)*

BRUTO.—Nos pusimos á la obra muy á tiempo. ¿No es este Menenio?

SICINIO.—Sí, él es. ¡Oh! de algunos días acá se ha vuelto muy cortés. ¡Salud, señor!

MENENIO.—Salud á ambos.

SICINIO.—Ya veis que nadie echa de menos á Coriolano, como no sean sus amigos. El pueblo se mantiene firme y salvo, á despecho de su cólera, y seguirá así aun cuando lo odiara más.

MENENIO.—Todo está muy bien, pero mucho mejor hubiera sido si él hubiese contemporizado.

SICINIO.—¿Dónde está? ¿Lo sabéis?

MENENIO.—No. Nada he oído. Ni su madre ni su esposa tienen noticias de él.

(Entran tres ó cuatro ciudadanos.)

CIUDADANOS.—Que los dioses os guarden.

SICINIO.—Buenas tardes, vecinos.

BRUTO.—Buenas tardes á todos vosotros, á todos.

CIUDADANOS.—Nosotros, nuestras esposas y nuestros hijos debemos rogar de rodillas por vuestra prosperidad.

SICINIO.—Adiós, mis buenos amigos. ¡Cuánto hubiese deseado que Coriolano os amase como nosotros!

CIUDADANOS.—Ahora, los dioses os guarden.

LOS DOS TRIBUNOS.—Adiós, adiós.

(Salen los ciudadanos.)

SICINIO.—Mucho más felices somos ahora que cuando andaban estas gentes vociferando por las calles.

BRUTO.—Cayo Marcio era un digno oficial en la guerra; pero insolente, dominado por el orgullo, con una ambición sin límites, infatuado...

SICINIO.—Y deseoso de un solo poder sin auxiliares.

MENENIO.—No lo creo yo así.

SICINIO.—Harto hubiéramos probado esta verdad, si le hubiésemos hecho cónsul.

BRUTO.—Felizmente los dioses lo impidieron y Roma está segura y tranquila sin él. *(Entra un edil.)*

EDIL.—Dignos tribunos: un esclavo á quien acabamos de prender, refiere haber entrado los volscos con dos ejércitos en los territorios de Roma, destruyendo á su paso cuanto encuentran, con el odio más encarnizado.

MENENIO.—¿No será el mismo Aufidio que asoma de nuevo la cabeza, sabedor del destierro de nuestro Marcio? pues mientras éste seguía al servicio de Roma, no se atrevió aquél á moverse.

SICINIO.—¡Vaya! ¿Qué habláis de Marcio?

BRUTO.—Vé y haz azotar á ese propalador de falsos rumores. No es posible que los volscos quieran romper con nosotros.

MENENIO.—¿Que no es posible? Hartas pruebas tenemos de lo contrario. En mis días he visto tres ejemplos de ello. Pero antes de castigar á ese mozo, mejor es que le hables, no sea que paguéis con golpes un aviso útil, y azotéis al que os previene de un peligro que os amenaza.

SICINIO.—¿Qué me contáis? Estoy seguro de que no es posible.

BRUTO.—No es posible. *(Entra un mensajero.)*

MENSAJERO.—Los nobles todos acuden apresuradamente al palacio del Senado. Hay noticias que los tienen consternados.

SICINIO.—Sin duda se debe todo á lo que dijo el esclavo. Vé y azótalo á la vista del pueblo. Serán sus falsas noticias.

MENSAJERO.—Sí, digno señor. La relación del esclavo se confirma, y llegan nuevas más terribles todavía.

SICINIO.—¡Cómo! Más terribles! ¿Qué dicen?

MENSAJERO.—Circula libremente de boca en boca (aunque no sé con qué fundamento) que Marcio, unido á Aufidio, conduce un ejército contra Roma, y jura vengarse cumplidamente de todos, desde el niño que duerme en la cuna, al viejo valetudinario.

SICINIO.—Esto es lo más verosímil.

BRUTO.—Rumor urdido para que los ánimos pusilánimes deseen que el dios Marcio regrese á Roma.

(Entra otro mensajero.)

MENSAJERO.—Se os envía á llamar de parte del Senado. Un ejército formidable mandado por Cayo Marcio en unión de Aufidio, devasta nuestros territorios, y han hecho ya mucho camino, incendiando y saqueando cuanto encuentran. *(Entra Cominio.)*

COMINIO.—¡Oh! Habéis hecho una famosa obra.

MENSAJERO.—¿Qué nuevas hay? ¿Qué nuevas?

COMINIO.—Habéis contribuido á que sean violadas vuestras hijas, derretido el plomo de la ciudad sobre vuestras cabezas, y deshonradas vuestras esposas.

MENENIO.—Pero ¿las noticias, las noticias?

COMINIO.—Vuestros templos incendiados hasta los cimientos, y vuestras franquicias, á las que dais tanto valor, metidas todas en el agujero de un barreno.

MENENIO.—Pero os ruego que nos digáis las noticias. Habéis hecho, mucho me lo temo, una famosa

obra. Dignáos, Cominio, decir las noticias. Si Marcio se hubiese unido con los volscos...

COMINIO.—Si se hubiese unido... decís? Es su dios. Se dejan guiar por él, cual si fuera engendro de otra divinidad superior á la naturaleza. Y ellos le siguen contra nosotros, miserables seres, con la misma confianza con que los muchachos persiguen las mariposas, ó los carniceros matan las moscas.

MENENIO.—Soberbia obra la vuestra; la vuestra y la de estas gentes de delantal y de cuantos habéis hecho tanto caudal del voto de los ganapanes y de las voces de los bribones.

COMINIO.—Hará que Roma se derrumbe sobre vuestras cabezas!

MENENIO.—Como Hércules sacudía la fruta del árbol. ¡Linda hazaña!

BRUTO.—¿Pero estáis seguro, señor, de que esto sea verdad?

COMINIO.—Sí, todas las regiones por donde pasa se sublevan regocijadas á su presencia; si alguien resiste, es burlado como un ignorante audaz, y perece como un necio. ¿Quién puede acusarlo? Vuestros enemigos y los suyos mismos reconocen su mérito.

MENENIO.—Estamos todos perdidos, si ese noble hombre no se compadece de nosotros.

COMINIO.—¿Y quién le pedirá gracia? Los tribunos no pueden hacerlo, por pura vergüenza. El pueblo merece de él tanta compasión como el lobo la merece de los pastores. Sus mejores amigos, si le dijeran: «ten compasión de Roma,» se harían solidarios de los que han merecido su odio, y parecerían casi enemigos suyos.

MENENIO.—Es verdad; y si le viera yo aplicar á mi propia casa la tea que había de consumirla, no tendría cara para decirle: «Detente, por favor!» Buena la hicisteis vosotros y vuestra ralea!

COMINIO.—Habéis atraído sobre Roma tal revolución como jamás se ha visto, una ruina tan inevitable como no la hubo en ningún tiempo.

TRIBUNOS.—No digáis que nosotros la hemos atraído.

MENENIO.—¡Cómo! ¿Pues acaso hemos sido nosotros? Nosotros le amábamos; pero como nobles cobardes y bestias, cedimos á vuestras muchedumbres, y éstas lo arrojaron con insultos de la ciudad.

COMINIO.—Pues temo que lo llamarán á gritos otra vez. Tulo Aufidio, el segundo nombre de cuantos existen, le obedece en todo punto como si fuera uno de sus oficiales. La única política, la única fuerza, la única defensa de Roma contra ellos, es la desesperación!

(Entra un gran grupo de ciudadanos.)

MENENIO.—Aquí viene la turba multa. ¿Y está Aufidio con él? Vosotros sois los que corrompisteis el aire cuando arrojando por alto vuestros grasientos y pestíferos gorros, voceábais por el destierro de Coriolano. Ahora viene: y no habrá un solo cabello en la cabeza de un soldado, que no sea un azote para vosotros. Él hará caer ahora tantas cabezas como gorros habéis tirado en alto, y os dará el pago de vuestras aclamaciones. No importa. Si él hace de todos nosotros un solo carbón encendido, no hará más que darnos lo que merecemos.

CIUDADANOS.—A fe, que son noticias terribles.

1.^{er} CIUDADANO.—En cuanto á mí, cuando dije que lo desterrarán, dije que era lástima.

2.^o CIUDADANO.—Y yo también.

3.^{er} CIUDADANO.—Y yo también y en verdad muchos de nosotros lo dijeron. Lo que hicimos lo hicimos con la mejor intención; y aunque consentimos voluntariamente en su destierro, fué, sin embargo, contra nuestra voluntad.

COMINIO.—¡Buenos estais!

MENENIO.—¡La habéis hecho linda, con vuestros gritos! ¿Iremos al Capitolio?

COMINIO.—Sí. ¿Qué otra cosa se puede hacer?

(*Salen Cominio y Menenio*).

SICINIO.—Id, ciudadanos, á vuestras casas. No os desaniméis. Estos son del bando que se alegraría de lo mismo que aparenta temer tanto. Id á vuestras casas y no mostréis ninguna señal de temor.

1.^{er} CIUDADANO.—¡Que los dioses nos amparen! Vamos, vamos á casa. Siempre dije que hacíamos mal en desterrarlo.

2.^o CIUDADANO.—Lo mismo decíamos todos. Pero... vamos á nuestras casas. Vamos. (*Salen los ciudadanos*).

ESCENA VII.

Campamento á corta distancia de Roma.

Entran AUFIDIO y su teniente.

AUFIDIO.—¿Todavía acuden al lado del romano?

TENIENTE.—No sé qué sortilegio hay en él; pero vuestros soldados no hablan sino de él á todas horas; de manera que en esta guerra estáis eclipsado aun á los ojos de los compatriotas.

AUFIDIO.—No puedo evitarlo en este momento, á no ser que ponga en peligro el éxito de nuestra empresa. Su porte es más altivo, aun respecto de mi propia persona, de lo que pude imaginar la primera vez que le abracé. Está en su naturaleza y yo debo excusar lo que no es posible corregir.

TENIENTE.—Con todo, yo habría deseado (y esto os lo digo con reserva) que no hubiéseis compartido el mando con él; sino que ó hubiéseis tenido vos solo la dirección, ó dejársela á él por entero.

AUFIDIO.—Te comprendo; puedes estar seguro de

que al tiempo de rendir su cuenta, no sabe los cargos que podré hacer contra él. Aunque se diría, y así lo cree él y parece al ojo vulgar, que se ha conducido rectamente con el Estado Volsco, combatiendo como un dragón, y triunfando desde que desnuda la espada; sin embargo, ha dejado de hacer cosas que, cuando llegue á dar sus cuentas, ó pagará él con su cabeza ó pagaré yo con la mía.

TENIENTE.—Dignaos decirme, señor, ¿ creéis que tomará á Roma ?

AUFIDIO.—Todas las plazas se le rinden apenas se presenta ante ellas. Y la nobleza romana es suya. Los senadores y los patricios le aman; y el pueblo se apresurará á llamarlo de nuevo, con el mismo atolondramiento con que le desterró. Creo que será para Roma lo que el águila marina es para el pez, que lo toma por soberanía de naturaleza. Al principio fué un noble servidor; pero sea que no pudiese llevar tranquilamente sus honores, ó por el orgullo con que suele manchar al hombre afortunado el éxito de cada día, ó por falta de reflexión para combinar y dominar las probabilidades de que disponía, ó en fin que su naturaleza, no consintiendo variación, le impulsaba á mandar en la paz con la misma arrogancia y austeridad con que manda en la guerra: lo cierto es que alguna de estas causas (porque no creo que se reúnan todas en él) hizo que fuese temido, odiado y desterrado. Pero tiene el mérito de no hablar jamás de ello. Así, nuestra suerte depende del aspecto que traigan los tiempos. El poder no tiene sepulcro más seguro que la tribuna donde alaba sus hazañas. Un fuego apaga á otro, un clavo saca otro, la fuerza domina la fuerza y los derechos ceden ante otros derechos. Marchemos. Cuando hayas tomado posesión de Roma ¡ oh Cayo! serás el más pobre de todos y no tardarás en ser mío. *(Salen).*



ACTO V.

ESCENA PRIMERA.

Una plaza pública en Roma.

Entran MENENIO, COMINIO, SICINIO, BRUTO y otros.

MENENIO.—No, no quiero ir. Ya oís lo que dice al que alguna vez fué su general, y á quien amaba con particular afecto. Él me llamaba padre; pero ¿qué se deduce de ahí? Id, vosotros que lo desterrasteis, y al llegar á una milla de distancia de su tienda caminad de rodillas para que se mueva á compasión. Si él no ha querido oír á Cominio, yo me quedaré en casa.

COMINIO.—Parecía como si no me reconociera.

MENENIO.—¿ Lo oís?

COMINIO.—Y sin embargo, hubo un tiempo en que me llamaba familiarmente por mi nombre. Invoqué

nuestra antigua amistad y la sangre que hemos vertido juntos. Coriolano no quería responderme; rehusaba todos los nombres que le daba. No,—decía—ya no soy nadie; soy un hombre sin título alguno, hasta que me haya forjado otro en las llamas del incendio de Roma.

MENENIO.—¿ Lo veis ? ¿ Veis qué magnífica obra consumasteis, par de tribunos que habréis conseguido que bajen de precio en Roma carbones y cenizas ! Dejaréis un noble recuerdo !

COMINIO.—Hícele presente cuán noble es perdonar cuando menos se espera el perdón. Replicó que esta era vil petición por parte de un Estado que se atrevió á desterrarle.

MENENIO.—Bien. ¿ Y qué menos podía decir ?

COMINIO.—Intenté reavivar el cariño que profesa á sus privados amigos. Su respuesta fué que no podía detenerse á entresacarlos de un montón de paja podrida. Dijo que era insensatez no quemarla por no perder un pobre grano ó dos, y seguir sufriendo la pestilencia.

MENENIO.—¿ Por un pobre grano ó dos ? Yo soy uno de ellos. Su madre, su esposa, su hijo, y este noble varón, somos granos. Vosotros sois la paja podrida; vuestra fetidez trasciende más allá de la luna. Y tenemos que ser quemados por culpa vuestra.

SICINIO.—No. Tened paciencia, os ruego. Si en tan grande extremidad nos rehusáis vuestra ayuda, al menos no nos echéis en cara nuestra desgracia.... Pero es seguro que si quisiérais abogar por vuestro país, sería más parte á persuadirle vuestra elocuencia que el improvisado ejército que le oponemos.

MENENIO.—No. No quiero mezclarme en nada.

SICINIO.—Os suplico que vayáis á hablarle.

MENENIO.—¿ Y qué tendría que hacer ?

BRUTO.—Probadnos siquiera lo que vuestro amor por Roma puede conseguir de vuestra amistad con Marcio.

MENENIO.—Bien. Suponed que Marcio me despide como á Cominio, sin darme oídos, y que vuelva yo como un amigo descontento y apesadumbrado de su dureza: ¿qué habré yo ganado?

SICINIO.—Vuestra buena voluntad merecerá al menos gratitud de Roma, midiéndola con vuestro deseo.

MENENIO.—Haré la prueba; aunque me desanima mucho su comportamiento con Cominio. La ocasión no fué bien escogida. Él no había comido; y cuando las venas no están llenas, la sangre se enfría, y no estamos dispuestos á dar ni á perdonar. Pero cuando hemos provisto de alimentos y bebidas los naturales conductos de la sangre, el alma se muestra más accesible que en el ayuno. Aguardaré, por tanto, para presentar mi solicitud, á que se levante de la mesa; entonces he de asediar su corazón.

BRUTO.—Vos sabéis el camino que á él conduce y no torceréis el paso.

MENENIO.—Os prometo que haré la prueba, resulte lo que resultare. Y dentro de poco sabré el éxito de mis esfuerzos. *(Sale.)*

COMINIO.—Nunca consentirá en oirlo.

SICINIO.—¿No?

COMINIO.—Os aseguro que está ebrio de altanería y grandeza y que en sus ojos llamea el reflejo del incendio de Roma. Su agravio, como un carcelero, cierra las puertas de su piedad. Yo me arrodillé ante él y me contestó apenas con desmayado acento. «Levantáos»: me despidió en silencio con un movimiento de mano, así: y después me envió por escrito lo que haría y lo que no haría, pretextando que había jurado no ceder á nuevas condiciones. Toda esperanza es inútil; á menos que su noble madre y su esposa, quienes se pro-

ponen, según oigo decir, solicitarlo, alcancen gracia para su país. Vamos, pues, á suplicarles afectuosamente que apresuren su empresa. *(Salen).*

ESCENA II.

Puesto avanzado del campamento volsco junto á Roma. Centinelas.

Entra MENENIO y va hacia ellos.

1.^{er} GUARDIA.—¡Alto! ¿De dónde venís?

2.^o GUARDIA.—¡Alto, y volved atrás!

MENENIO.—Cumplís como buenos. Está bien. Pero soy oficial del Estado y vengo á hablar con Coriolano.

1.^{er} GUARDIA.—¿De dónde?

MENENIO.—De Roma.

1.^{er} GUARDIA.—No podéis pasar. Volved atrás. Nuestro general no quiere oír nada de allá.

2.^o GUARDIA.—Antes que le habléis, veréis á Roma envuelta en llamas.

MENENIO.—Está bien. Pero si habéis oído al general hablar de Roma y de sus amigos de allí, es seguro que oísteis mi nombre. Soy Menenio.

1.^{er} GUARDIA.—Sea así enhorabuena. Volved atrás. Vuestro nombre nada vale aquí.

MENENIO.—Te repito que soy íntimo amigo de tu general. Fui para todas sus buenas acciones como un libro en el cual han leído los hombres su fama sin par, y ampliada todavía; porque siempre he atestiguado á mis amigos (de los cuales él es el primero) toda la verdad hasta donde podía llegar su magnitud sin caer en lo falso. Y aun acaso haya yo traspasado alguna vez el límite, en alabanza suya. Con que, amigo, es preciso que yo le hable.

1.^{er} GUARDIA.—Á fe que si hubiéseis dicho en pró de

él tantas mentiras como palabras en favor vuestro, no pasaríais de aquí, no, aunque el mentir fuera tan honrado como el vivir santamente. Volved atrás.

MENENIO.—Te ruego, que recuerdes que mi nombre es Menenio, que siempre fui partidario del general...

2.º GUARDIA.—Por más que hayáis mentido en favor de él (como decís), yo que hablo verdad aún sirviendo á sus órdenes, os digo que no podéis pasar. Atrás, repito.

MENENIO.—¿Puedes decirme si ya ha comido? Porque no querría hablar con él sino después de su comida.

1.º GUARDIA.—¿Sois romano?

MENENIO.—Soy como tu general.

1.º GUARDIA.—Entonces deberíais odiar á Roma como él la odia. Cuando habéis arrojado fuera de vuestras puertas á su verdadero defensor, y en la explosión de la ignorancia popular entregasteis al enemigo el propio escudo; ¿pensáis que podréis hacer frente á su venganza, con las fáciles lamentaciones de los ancianos, las palmas virginales de vuestras hijas, ó la insípida intercesión de amigos tan decrepitos como vos parecéis? ¿Pensáis que con tan débiles soplos conseguiréis apagar el fuego en que está próxima á arder vuestra ciudad? No. Os engañáis. Volved, pues, á Roma y preparaos á morir. Estáis condenados; nuestro general juró que no habrá para vosotros ni rescate ni perdón.

MENENIO.—Si tu capitán supiera que estoy aquí, me trataría sin duda mucho mejor.

2.º GUARDIA.—Vamos. Mi capitán no os conoce.

MENENIO.—Quiero decir tu general.

1.º GUARDIA.—Á mi general no le importáis nada. ¡Atrás, digo! ó he de verter la poca sangre que os queda. Por última vez, atrás!

MENENIO.—Pero, hombre...

(Entran Coriolano y Aufidio.)

CORIOLANO.—¿Qué hay?

MENENIO.—Ahora, compañero, os he de recomendar á él. Ahora veréis si soy tenido en estima, y si un pobre guardia puede alejarme de mi hijo Coriolano. Observa por mi intimidación con él, si no estás cerca de ser ahorcado ó de sufrir muerte más lenta y terrible, y medita lo que te espera. Los gloriosos dioses se ocupan á cada instante de tu prosperidad y te aman tanto como tu viejo padre Menenio! ¡Oh hijo mío, hijo mío! Dispones el fuego para nosotros: mira en mis ojos el agua que ha de apagarlo. Con harta pena consentí en venir á buscarte; pero se me aseguró que sólo yo podría hallar eco en tu corazón, y vengo trayéndote los suspiros de todos, y á conjurarte á que perdones á Roma! Que los buenos dioses mitiguen tu cólera, y hagan caer el resto de ella sobre este siervo que, como una roca, me ha cerrado el paso hacia ti.

CORIOLANO.—¡Fuera!

MENENIO.—¡Cómo! ¿Fuera?

CORIOLANO.—Esposa, madre, hijo, á todos desconozco. Mis acciones dependen de agena voluntad. Aunque debo en justicia mi venganza, el perdón de Roma depende ya de los volscos. Si hemos tenido familiaridad, el ingrato olvido con su veneno, más que la piedad, dirá cuánta ha sido aquella. Así, partid. Mis oídos son más firmes contra vuestras solicitudes que vuestras puertas contra mi fuerza. Sin embargo, por cuanto yo te amaba, toma esto contigo. Lo escribí por tu bien (*le da una carta*) y lo habría enviado. Menenio, no quiero oírte una palabra más. Este hombre, Aufidio, es el que yo amaba más en Roma; y no obstante, ya has visto...

AUFIDIO.—Vuestro carácter es firme.

(*Salen Coriolano y Aufidio.*)

I.^{er} GUARDIA.—Y ahora, señor, ¿Menenio es vuestro nombre?

2.º GUARDIA.—Y talismán de mucho poder. Ya sabéis el camino de vuelta de vuestra casa.

1.º GUARDIA.—¿Ya veis cómo se nos destroza por estorbar el paso á vuestra grandeza!

2.º GUARDA.—¿Qué causa os parece que tengo para ser colgado?

MENENIO.—Nada me importa el mundo, ni vuestro general. En cuanto á vosotros, apenas puedo pensar que existís, según sois de insignificantes. El que tiene la voluntad de morir por su mano, no teme la muerte de mano ajena. Así haga vuestro general lo peor que pueda. y sed vosotros por mucho tiempo lo que sois, y vuestra miseria aumente con vuestros años. Os diré lo que á mí: ¡fuera!
(Sale.)

1.º GUARDIA.—Hombre nobilísimo en verdad.

2.º GUARDIA.—El noble es nuestro general. Roca...
roble, que el viento no puede conmovier. (Salen.)

ESCENA III.

La tienda de Coriolano.

Entran CORIOLANO, AUFIDIO y otros.

CORIOLANO.—Mañana sentaremos nuestros reales ante los muros de Roma. Vos, mi compañero en esta guerra, debéis informar á los señores del Estado volsco con cuánta franqueza he conducido este asunto.

AUFIDIO.—Habéis respetado únicamente sus propósitos, cerrando vuestros oídos á las súplicas generales de Roma; no admitiendo jamás una sola palabra en privado, no, ni aun de aquellos amigos que se creían seguros de prevalecer sobre vos.

CORIOLANO.—Este anciano á quien despedí con el corazón quebrantado, me amaba más que un padre, y en realidad me deificaba. Su último refugio ha sido

enviarlo; y por amor á él (aunque me le mostré áspero) he ofrecido una vez más las primeras condiciones que rehusaron y no pueden aceptar ahora. Sólo por merced á él, que creía poder hacer más, he otorgado algo, muy poco. Pero no oiré más embajadas, ni del Estado ni de mis propios amigos. (*Rumor dentro.*) Ah! ¿qué voz es esa? ¿Estaré tentado de quebrantar mi voto en el momento mismo de hacerlo? No quiero. (*Entran en traje de luto, Virgilia, Volumnia, llevando de la mano al joven Marcio, Valeria y séquito.*) Mi esposa viene delante; luégo el venerable molde en que se formó mi cuerpo, y en su mano el nieto de su sangre. Silencio... ¡Corazón mío! Rómpase todo vínculo y privilegio de la naturaleza! Sea virtud la obstinación. ¿Qué vale esa cortesía? ¿Qué valen esos ojos de paloma capaces de hacer perjurar á los dioses? ¡Ah! me siento fascinado... no soy yo de otra arcilla que los demás. Mi madre se inclina, como si el Olimpo suplicante saludara á un montículo; y mi tierno hijo parece interceder; ¡ah! la santa naturaleza me grita: «no lo niegues!» Pero no. Que los volscos surquen el suelo de Roma y de Italia: jamás caeré en la flaqueza de obedecer al instinto. Permaneceré firme como si á mí propio debiera el sér y no conociera otro de mi especie.

VIRGILIA.—¡Señor y esposo mío!

CORIOLANO.—¡Ah!... Diría que no os veo con los mismos ojos!

VIRGILIA.—El pesar que nos ha desfigurado os hace pensar así.

CORIOLANO.—¡Ah! Como un comediante estúpido, he olvidado mi papel y estoy desorientado hasta el extremo de confundirme. ¡Oh tú, la mejor parte de mí mismo! Perdona mi tiranía; pero no por eso digas: «perdona á nuestros romanos.» ¡Oh! dame un beso largo como mi destierro, dulce como mi venganza!



Volumnia y Virgilia con su hijo, á los piés de Coriolano.

70 7000
6000 7000

Por la celosa reina del cielo, guardé ese beso tuyo, y mi fiel labio lo conserva virgen aún. ¡Oh dioses!... Yo charlo y dejo de saludar á la más noble madre que existió! ¡Jamás! Póstrate en tierra, rodilla mía, y deja una huella más profunda de tu deber, que un hijo cualquiera. *(Se arrodilla.)*

VOLUMNIA.—¡ Oh, levántate; bendito seas; yo... yo... seré quien se arrodille delante de ti y te muestre un respeto, fuera de lugar entre madre é hijo.

CORIOLANO.—¿ Qué es esto? ¿ Vos postrada ante mí? ¿ ante vuestro hijo? Antes las piedras de la playa se lancen contra las estrellas, y los vientos arrojen los altivos cedros contra el radiante sol. Antes suceda lo imposible!

VOLUMNIA.—Tú eres mi guerrero... Yo te formé... Conoces á esta señora?

CORIOLANO.— La noble hermana de Públicola, la luna de Roma; casta como el carámbano formado de la más pura nieve y suspendido en el templo de Diana! ¡ Querida Valeria!

VOLUMNIA.— Y á este, le conoces? Este es un pobre compendio de ti mismo que con el curso del tiempo se mostrará en todo como tú.

CORIOLANO.— El dios de los soldados, con el beneplácito de Júpiter, inspire todos tus pensamientos en la nobleza! Sé, hijo mío, invulnerable á la vergüenza, y firme en la guerra como un gran faro marino, resistiendo toda tempestad y salvando á los que se amparan de su luz!

VOLUMNIA.— De rodillas, niño.

CORIOLANO.— ¡ Este es mi bravo chiquillo!

VOLUMNIA.— Pues él y tu esposa y esta señora y yo, venimos á solicitarte.

CORIOLANO.— Os suplico que tengáis calma. Ó, si queréis pedir, tened presente que no debéis tomar por repulsa el que no conceda lo que ya juré rehusar.

No me pidáis que despida á mis soldados, ó que vuelva á tratar con la plebe de Roma. No me digáis que me separo de la naturaleza, ni intentéis apaciguar mi cólera y mi venganza con frías razones.

VOLUMNIA.— ¡Oh! Basta, basta. Habéis dicho que no nos concederéis nada; pues nada tenemos que pedir sino lo que negáis de antemano. Sólo pedimos ahora que si rehusáis nuestra demanda, atribúyase luégo toda la culpa á vuestra dureza. Oídnos, pues.

CORIOLANO.— Aufidio, y vosotros, volscos, atended; no oíremos cosa alguna de Roma en privado. ¿Qué pedís?

VOLUMNIA.— Si permaneciéramos en silencio, sin decir una sola palabra, bastaría nuestro aspecto para revelar qué vida hemos llevado desde tu destierro. Reflexiona en tu conciencia cuánto más desgraciadas somos que todas las mujeres, al venir aquí; pues cuando tu vista debía llenar nuestros ojos con lágrimas de alegría y conmover de júbilo y consuelo nuestros corazones, nos obliga á gemir y á estremernos de temor y de pesar, haciendo que la madre, la esposa y el hijo vean al hijo, esposo y padre, desgarrar las entrañas de su patria. Y tu enemistad es para nosotras, ¡desgraciadas! de la más inexplicable trascendencia; porque nos impides hasta el consuelo de orar á los dioses, consuelo que todos pueden gozar; pues ¡ay! ¿cómo podremos rogar por la patria, que es tan sagrado deber, y rogar por tu victoria, que es también deber nuestro? ¡Ah! Hemos de perder á la patria que nos criò, ó á ti que eres nuestro apoyo en la patria. Quien quiera que triunfe, la calamidad pesará sobre nosotras; porque tendremos que verte conducido en prisiones como extranjero y malhechor por las calles de Roma, ó pasearte triunfante sobre las ruinas de la patria, habiendo derramado la sangre de tu esposa y de tus hijos. En cuanto á mí, hijo mío, no me propon-

go esperar el fin de esta guerra. Si no puedo persuadirte á que muestres tu noble magnanimidad á ambos partidos, apenas habrás dado el primer paso en el asalto de tu país, cuando hollarás (puedes estar seguro de ello) el seno de esta madre que te trajo al mundo.

VIRGILIA.—Y el mío, que te trajo á este niño para que tu nombre reviviera en los tiempos.

EL NIÑO.—Pero á mí no ha de hollarme; huiré y aguardaré á ser más grande para pelear.

CORIOLANO.— ¡ Ah! no debo mirarles si no quiero contagiarme con su ternura. (*Levantándose.*) Harto tiempo os escuché.

VOLUMNIA.— No, no nos dejes así. Si te pidiéramos que salvaras á los romanos para destruir á los volscos, podrías condenar nuestra demanda como contraria á tu honor. No; queremos que los reconcilies para que los volcos puedan decir: «Nos mostramos piadosos con los romanos,» y los romanos digan: «Nos han perdonado,» y unos y otros te aclamen diciendo: «Bendito seas por habernos dado la paz.» Bien sabes cuán incierto es el éxito de una guerra; pero lo que no puedes dudar ¡oh hijo mío! es que si conquistas á Roma ganarás un nombre acompañado de maldiciones. «Él era noble, se dirá; pero su última acción ha borrado su nobleza. Destruyó su país, y su nombre queda para ser execrado en lo porvenir.» Háblame, hijo mío. Siempre has sido sensible en las más delicadas fibras del honor, imitando las gracias de los dioses. ¿Por qué no hablas? ¿Crees que es digno de un noble corazón el recordar siempre sus agravios? Háblale tú ¡oh hija! No le importan tus sollozos. Háblale, niño. Tal vez tu inocencia le mueva más que nuestras razones. No hay en todo el mundo un hombre que deba más á su madre; y sin embargo, me deja hablar como á un vagabundo en el cepo. Jamás en tu vida has mos-

trado la menor cortesía á tu querida madre ; cuando ella, teniéndote á ti, no se ha cuidado de tener ningún otro hijo, y te ha educado para la guerra, para que volvieras salvo y cargado de honores. Dí que mi demanda es injusta y arrójame de aquí ; pero si no es tal, entonces no eres honrado y los dioses te castigarán por negar á tu madre lo que á toda madre corresponde. ¡ Quiere irse ! Postraos, señoras, que al veros de rodillas se avergonzará. Pero él debe más orgullo á su apodo de Coriolano, que compasión á nuestras súplicas. Postraos, y acabemos. Sea esto lo último y volveremos á Roma á morir con nuestros vecinos... No... Miranos... Este niño, que no puede decir lo que desea, se postra é implora extendiendo sus manos en busca de apoyo. Él aboga por nuestra petición con más fuerza que la que tú puedes tener para negarla. Ea ! vámonos ! Volsca fué tu madre, sin duda, de Coriolos tu esposa, y tu hijo también de esta tierra quizás. Dadnos vuestra respuesta y ya poco tendré que hablar.

CORIOLANO (*tomando en silencio las manos de Volumentia.*) — ¡ Oh madre ! madre ! ¿ Qué habéis hecho ? Ved. Los cielos se abren, los dioses nos miran y se rien de esta escena contraria á la naturaleza. ¡ Oh madre mía, madre mía ! Ganasteis para Roma feliz victoria ; pero á vuestro hijo, creedlo, ¡ oh ! creedlo, á vuestro hijo le será mortal. Pero suceda lo que quiera. Ya que no puedo, Aufidio, hacer la guerra á los romanos, trataré de alcanzar una paz ventajosa. Ahora, buen Aufidio, á estar vos en mi lugar ¿ habríais escuchado menos á una madre, ó le habríais concedido menos ?

AUFIDIO.—Confieso que me ha conmovido.

CORIOLANO.—Juraría que no puede ser de otro modo. Y no es poca cosa, por cierto, hacer asomar la compasión á mis ojos. Pero, buen señor, aconsejadme qué paz queréis hacer ; que en cuanto á mí no quiero ir á



Entrada triunfal de Volumnia y Virgilia.

Roma, sino que volveré con vosotros. Y os suplico que me apoyéis en esta causa. ¡Oh madre! ¡oh esposa!

AUFIDIO (*aparte.*)—Me alegro de que hayas puesto en lucha tu piedad y tu honor. Así me veo ya en camino de restablecer mi fortuna primera.

(*Las señoras hacen señas á Coriolano.*)

CORIOLANO (*á Volumnia, Virgilia, etc.*)—Sí: después. Beberemos juntos; pero llevaréis en prenda algo mejor que palabras; las condiciones otorgadas y firmadas por nosotros. Venid; entrad con nosotros. Merecéis que se os erija un templo. Todas las espadas de Italia y de sus ejércitos aliados, no habrían podido conseguir esta paz. (*Salen.*)

ESCENA IV.

Plaza pública en Roma.

Entran MENENIO y SICINIO.

MENENIO.—¿Veis aquella esquina del Capitolio? ¿aquella piedra de la base?

SICINIO.—Bien ¿y qué?

MENENIO.—Cuando podáis moverla con vuestro dedo meñique, habrá alguna esperanza de que las matronas de Roma, y en especial su madre, prevalezcan sobre él. Os digo que no hay esperanza. Nuestras cabezas están sentenciadas y no hay más que esperar la ejecución.

SICINIO.—¿Es posible que tan poco tiempo baste para mudar la condición de un hombre?

MENENIO.—Mucho difiere la larva de la mariposa y sin embargo, vuestra mariposa era larva. Este Marcio ha pasado de hombre á dragón; tiene alas; es más que un reptil.

SICINIO.—Amaba á su madre entrañablemente.

MENENIO.—También me amaba á mí; y ahora no se acuerda más de su madre que un caballo de ocho años. Cuando anda se mueve como una máquina de guerra y la tierra se hunde bajo su peso. Su mirada puede penetrar una coraza; su palabra y su voz parecen una batería. Rodéale la majestad de un Alejandro. Lo que él manda que se haga, está hecho con sólo mandarlo. Para ser dios no le falta más que la eternidad y un cielo en que sentarse.

SICINIO.—También le falta piedad, si es cierto lo que decís.

MENENIO.—Lo describo tal cual es. Ya veréis qué piedad encuentra en él su madre. No hay más piedad en él que leche en el pecho de un tigre. Eso lo verá bien pronto nuestra ciudad, gracias á vosotros.

SICINIO.—¡Que los dioses nos favorezcan!

MENENIO.—No. En un caso como este, los dioses no nos favorecerán. No tuvimos respeto á ellos cuando lo desterramos; y ellos no nos respetan cuando él vuelve á torcernos el pescuezo. *(Entra un mensajero.)*

MENSAJERO.—Señor, si queréis salvar la vida, volad á vuestra casa. Los plebeyos han caído sobre vuestro compañero tribuno, y lo llevan de aquí para allí. Y todos juran que si las señoras no traen ninguna esperanza á Roma, lo harán morir á fuego lento.

(Entra otro mensajero.)

SICINIO.—¿Qué noticias?

MENSAJERO.—Buenas nuevas; buenas nuevas. Las señoras han prevalecido, y Marcio ha partido. No ha tenido Roma día más feliz, ni cuando la expulsión de los Tarquinos.

SICINIO.—Amigo ¿estás seguro, bien seguro, de que eso es verdad?

MENSAJERO.—Tan seguro como de que el sol es de fuego. ¿Dónde habéis estado que ponéis esto en duda? Jamás ha pasado bajo un arco triunfal muchedumbre

Historia de España
Vol. I. España y el mundo
Capítulo I. España y el mundo



Volumnia comunica al pueblo la noticia de la paz.

THE
UNIVERSITY OF
MICHIGAN LIBRARY

mayor que la que acude á las puertas de la ciudad. ¿No oís? (*Trompetas y atambores, música, etc.—Aclamaciones.*) Escuchad! (*Nuevas aclamaciones.*)

MENENIO.—Estas son buenas nuevas. Voy á encontrar á las señoras. Esta Volumnia vale por una ciudad llena de patricios, senadores y cónsules. Habéis dicho bien vuestras preces. Esta mañana no habría dado un pito por diez mil de vuestras cabezas. Oíd. ¡Cómo se regocijan! (*Música y aclamaciones.*)

SICINIO.—Que el cielo os bendiga por vuestras noticias. ¡Mil gracias!

MENSAJERO.—Señor, todos tenemos sobrado motivo para dar gracias.

SICINIO.—¿Están cerca de la ciudad?

MENSAJERO.—Á punto de entrar.

SICINIO.—Iremos á encontrarlas y nos regocijaremos con todos.

(*Sale.—Entran las señoras, acompañadas por senadores, patricios y pueblo. Pasan por el proscenio.*)

1.^o SENADOR.—Contemplad á nuestras protectoras. ¡La vida de Roma! Reunid vuestras tribus, alabad á los dioses, y encended fuegos triunfales. Llenad de flores su camino, y clamad contra el grito insensato que desterró á Marcio. Volved á llamarlo con la acogida que debéis á su madre. Gritad «Sed bienvenidas, »señoras! Bienvenidas!»

TODOS.—¡Bienvenidas, señoras, bienvenidas!

(*Salen.*)

ESCENA V.

Plaza pública en Antio.

Entran TULO AUFIDIO y séquito.

AUFIDIO.—Id á decir á los nobles de la ciudad que estoy aquí, y entregadles este papel. Luégo que lo hayan leído, invítadlos á que acudan á la plaza del

mercado, donde yo en presencia de ellos y del pueblo confirmaré la verdad de su contenido. En él lo acuso. Ya ha pasado las puertas de la ciudad y se propone presentarse al pueblo y justificarse con palabras. Apresuraos. (*Sale el séquito.—Entran tres ó cuatro conspiradores de la facción de Aufidio.*) ; Sed bienvenidos!

1.^{er} CONSPIRADOR.—¿Cómo va nuestro general?

AUFIDIO.—Como á un hombre envenenado con su propia limosna y asesinado por su caridad.

2.^o CONSPIRADOR.—Muy noble señor ; si aún persistis en el intento del cual deseáis que seamos partícipes, os libramos de vuestro gran peligro.

AUFIDIO.—Nada puedo deciros aún. Todo depende del modo como esté dispuesto el pueblo.

3.^{er} CONSPIRADOR.—El pueblo permanecerá indeciso, mientras haya diferencias entre vosotros ; pero la caída de uno de los dos, hará al otro heredero de todo.

AUFIDIO.—Lo sé y mi pretexto para atacarlo, admite una buena interpretación. Yo lo levanté y empecé mi honor en prenda de su lealtad. Una vez elevado así ha principiado á adular y seducir á mis amigos, y con este fin doblégó su carácter, que siempre fué áspero, indomable y libre.

3.^{er} CONSPIRADOR.—Señor, su firmeza cuando perdió la elección de cónsul por no doblérgase...

AUFIDIO.—Ya habria hablado de eso. Siendo desterrado por esa causa, vino á mi hogar y presentó su garganta á mi cuchilla. Le acogí, compartí con él mi puesto, cedi en todo á sus deseos, y para cumplir sus proyectos llegué hasta dejarle escoger de mis filas los hombres mas jóvenes y mejores. He contribuido á sus designios con mi propia persona, ayudándole á ganar la fama que adquirió en todo, y aun tenía yo á orgullo este sacrificio ; hasta que al fin, más que su compañero parecía yo su secuaz, y él me trataba de tal modo que se me hubiera tomado por un mercenario.

1.^{er} CONSPIRADOR.—Así lo hizo, señor ; y el ejército se admiraba de ello. Y al fin, cuando tenía vencida á Roma y esperábamos no menos despojos que gloria...

AUFIDIO.—Ahí está el punto principal, que ha de servirme para abrumarle. Por unos cuantos lloriqueos de mujeres, que no valen más que otras tantas mentiras, ha vendido la sangre y la fatiga de nuestra guerra y grandes acciones. Por lo cual ha de morir ; con ello se renovará mi ascendiente. Pero oíd !

(Trompetas y tambores, y grandes aclamaciones del pueblo.)

1.^{er} CONSPIRADOR.—Entrasteis vos por las puertas de vuestra propia ciudad, y no se os ha dado la bienvenida ; regresa él y atruenan el aire las aclamaciones.

2.^o CONSPIRADOR.—Y necios degradados cuyos hijos cayeron al filo de su espada, se desgañitan vitoreándole y glorificándole.

3.^{er} CONSPIRADOR.—Por tanto, y para ventaja vuestra, antes de que pueda mover al pueblo con sus palabras, hacédle sentir vuestro acero, que nosotros os secundaremos. Una vez sacrificado, la explicación de su conducta hará que sus argumentos se entierren con su cadáver.

AUFIDIO.—Silencio. Aquí vienen los senadores.

(Entran los senadores de la ciudad.)

SENADORES.—Recibid la mejor bienvenida.

AUFIDIO.—No la merezco. ¿Os habéis informado atentamente de lo que os he escrito ?

TODOS.—Sí.

1.^{er} SENADOR.—Y deploro el oírlo. Cualesquiera faltas que haya cometido antes, podían ser fácilmente corregidas. Pero concluir donde debía comenzar, inutilizar nuestros reclutamientos, y celebrar un tratado cuando la rendición era segura, eso no admite excusa.

AUFIDIO.—Ya se acerca, y le oiréis.

(Entra Coriolano con trompetas y banderas.—Le sigue la multitud.)

CORIOLANO.—¡ Salud, señores! He vuelto siendo aún soldado vuestro, no más infestado por el amor á mi país que cuando partí de vuestro lado. Debo informaros de que en mi empresa la prosperidad me acompaña y que en sangriento paso he llevado nuestra guerra hasta las mismas puertas de Roma. Los despojos que traemos exceden en más de una tercera parte á las cargas de la guerra. Hemos celebrado la paz, con no menos honra para los antiates que vergüenza para los romanos; y aquí os entregamos suscrito por los cónsules y patricios y con el sello del Senado, lo que hemos convenido de una y otra parte.

AUFIDIO.—No lo leáis, nobles señores. Decid al traidor, que ha abusado escandalosamente de vuestros poderes.

CORIOLANO.—¡ Traidor! ¿ Qué significa esto?

AUFIDIO.—Sí: traidor, Marcio!

CORIOLANO.—¡ Marcio!

AUFIDIO.—Sí: Marcio, Cayo Marcio. ¿ Piensas que voy á engalanarte con el nombre de Coriolano, robado en Coriolos? Vosotros, señores, cabeza del Estado, sabed que hizo traición á vuestro interés; por unas cuantas lágrimas ha entregado vuestra ciudad de Roma (digo vuestra ciudad) á su esposa y á su madre; faltando así á su juramento y rompiendo su resolución como hilo de seda podrida. No ha admitido jamás consejo en la guerra; y ante el llanto de su nodriza, ha malogrado y perdido vuestra victoria. Esa página de vergüenza para él, ha hecho que los hombres de corazón se miren atónitos unos á otros.

CORIOLANO.—¿ Oyes esto? ¡ Oh Marte!

AUFIDIO.—No nombres al dios, tú, muchacho llorón.

CORIOLANO.—¡ Ah!

AUFIDIO.—Basta.

CORIOLANO.—Mentiroso desalmado, estás colmando la medida del sufrimiento. ¡ Yo muchacho!... ¡ Oh tú,

esclavo! Perdonadme, señores; es la primera vez que me he visto forzado á hablar con indignación. Vuestro juicio, graves señores, dará el mentis á este perro; y su propio conocimiento (como que lleva impresas en el cuerpo las señales de mi azote, y ha de llevar la marca de mis golpes hasta su sepulcro) se juntará para desmentirlo también.

1.^{er} SENADOR.—Calma, calma, y oídme.

CORIOLANO.—Hacedme pedazos, volscos. ¡Mujeres y niños mojad vuestros aceros en mi sangre! ¡Yo muchacho! ¡Perro vil! Si habéis escrito la verdad en vuestros anales, aquí mismo yo, como águila en nido de palomas, destrocé á vuestros volscos en Coriolos. ¡Yo solo lo hice! ¡Yo muchacho!

AUFIDIO.—¿Es posible, señores, que os recuerde con tanta arrogancia su ciega fortuna, vergüenza vuestra, y os la arroje á la cara?

CONSPIRADORES (*hablan á un tiempo*).—¡Que muera!

CIUDADANOS (*hablando á un tiempo*).—¡Hacedle pedazos! Ahora mismo! Él mató á mi hijo! á mi hija! Mató á mi primo Marcos! Mató á mi padre!

2.^o SENADOR.—Orden! orden! Nada de ultrajes! El hombre es noble y su fama llena el mundo. Su última ofensa contra nosotros será juzgada imparcialmente. En pié, Aufidio, y no turbéis la paz.

CORIOLANO.—¡Oh! Si lo tuviera yo, y seis Aufidios, y toda su tribu, para usar en él mi justiciera espada!

AUFIDIO.—¡Villano, insolente!

CONSPIRADORES.—¡Matadlo! matadlo! matadlo!
(*Aufidio y los conspiradores desnudan sus armas y matan á Coriolano. Éste cae, y Aufidio le pone el pié encima.*)

SENADORES.—¡Deteneos! deteneos! deteneos!

AUFIDIO.—Escuchadme, nobles señores.

1.^{er} SENADOR.—¡Oh Tulo!

2.^o SENADOR.—El valor llorará siempre la acción que acabas de cometer.

3.^{er} SENADOR.—No le holléis. Guardad orden, todos. Envainad vuestras espadas.

AUFIDIO.—Señores: cuando sepáis (y no lo podéis aun en medio de la cólera provocada por él) cuando sepáis el gran peligro en que os ponía la vida de este hombre, os alegraréis de que haya muerto. Dignaos hacerme comparecer ante el Senado, y me pondré á vuestra disposición, como leal soldado y servidor, ó sufriré vuestra más severa censura.

1.^{er} SENADOR.—Llevad de aquí el cadáver, y vestid luto por él. Que se le considere como la más noble ceniza que jamás siguió un heraldo á la urna.

2.^o SENADOR.—Su propia impaciencia, sirve en gran parte de excusa á la conducta de Aufidio. Procuremos sacar de esto el mejor partido.

AUFIDIO.—Ha pasado mi cólera y me siento lleno de pesar. Levantadlo, y que ayuden tres de los mejores soldados. Sonad el tambor en señal de duelo y llevad vuestras picas arrastrándolas. Aunque en esta ciudad sacrificó á tantos esposos é hijos, cuya pérdida se llora todavía, le reconocemos digno de noble memoria. Ayudad.

(Salen llevando el cuerpo de Coriolano, y tocando una marcha fúnebre.)



CUENTO DE INVIERNO

Ilustración de *Max y Klimsch*. — Grabados de *Kaeseberg*
y *Treibmann*

PERSONAJES

LEONTES, rey de Sicilia.
MAMILIO, su hijo.
CAMILO,
ANTÍGONO,
CLEÓMENES,
DIÓN,
OTRO NOBLE SICILIANO.
ROGERO, caballero siciliano.
UN CRIADO, del joven príncipe Mamilio.
OFICIALES, del Tribunal de Justicia.
POLÍXENES, rey de Bohemia.
FLORIZEL, su hijo.
ARQUÍDAMO, noble bohemio.
UN MARINERO.
UN CARCELERO.
UN ANCIANO PASTOR, á quien se reputa padre de Perdita.
UN BUFÓN, su hijo.
UN SIRVIENTE, del anciano pastor.
ANTÍLOCO, bribón.
EL TIEMPO, que hace oficios de coro.
HERMIONA, reina esposa de Leontes.
PERDITA, hija de Leontes y Hermiona.
PAULINA, esposa de Antígono.
EMILIA, dama.
OTRAS DOS DAMAS. } del séquito de la reina.
MOPSA,
DORCAS, } pastoras.

NOBLES, DAMAS Y SÉQUITO. — SÁTIROS, PASTORES, ZAGALAS,
GUARDIAS, ETC.

La acción pasa á veces en Sicilia y á veces en Bohemia.



ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

Sicilia. Antecámara en el palacio de Leontes.

Entran CAMILO y ARQUÍDAMO.

ARQUÍDAMO.—Si os aconteciere, Camilo, visitar Bohemia en ocasión semejante á la que ahora requiere mis servicios, veréis, como he dicho, gran diferencia entre aquel país y vuestra Sicilia.

CAMILO.—Pienso que el rey se propone pagar á Bohemia en el verano próximo la visita que justamente le debe.

ARQUÍDAMO.—Aun cuando tengamos que avergonzarnos de nuestra pobre hospitalidad, nuestro afecto quedará bien justificado; porque ciertamente...

CAMILO.—¡Por favor!

ARQUÍDAMO.—En verdad que lo digo con toda conciencia. No podríamos, con tanta pompa... de tan extraordinario modo... no acierto á decir lo que quisiera. Os daremos brebajes soporíferos para que los sentidos

os nieguen su testimonio sobre nuestra insuficiencia; y así aun cuando no podáis encomiarnos, tampoco nos aplicaréis vuestra censura.

CAMILO.—Dais demasiado precio á lo que se os brinda espontáneamente.

ARQUÍDAMO.—Creed que os hablo con toda sinceridad y honradez.

CAMILO.—Nunca el rey de Sicilia se mostrará bastante bondadoso con el de Bohemia. Juntos fueron educados en su niñez, y se arraigó desde entonces entre ambos tal afecto que necesariamente tiene ahora que ir creciendo. Desde que las obligaciones de la edad madura y las necesidades de la realeza vinieron á interrumpir su trato, jamás se vieron sin cambiar regalos presentes, cartas, embajadas de afecto; de manera que, aunque ausentes, parecían estar juntos, y se daban las manos y se abrazaban, por decirlo así, desde puntos opuestos y al través de la distancia. ¡Que el cielo prolongue ese afecto!

ARQUÍDAMO.—Paréceme que no hay en el mundo interés ó malicia capaces de alterarlo. ¡Qué apoyo tenéis en vuestro joven príncipe Mamilio! Es un caballero que promete tanto como el que más de cuantos ví en mi vida.

CAMILO.—Estoy enteramente acorde con vos en cuanto á las esperanzas que hace concebir. Es un gallardo mozo, que realmente infunde bienestar con su presencia y refresca los corazones envejecidos. Quien andaba ya con muletas antes de nacido él, querría vivir aun para verlo llegado á la virilidad.

ARQUÍDAMO.—Y, sin eso, ¿creéis, que se alegrarían de morir?

CAMILO.—Sí, como no hallaran otro pretexto con que excusar su deseo.

ARQUÍDAMO.—Si el rey no tuviera hijos, desearían vivir soportando su ancianidad hasta que tuviera uno.

(Salen).

ESCENA II.

Salón de honor en el palacio real.

Entran LEONTES, POLÍXENES, HERMIONA, MAMILIO, CAMILO y séquito.

POLÍXENES.—Nueve veces ha visto el pastor mudarse la estrella de las aguas, desde que dejé nuestro trono sin que le oprimiese carga alguna y otro tanto tiempo pasaría, hermano mío, en expresaros nuestra gratitud; y aun así quedaríamos siendo perpetuamente vuestros deudores. Como cifra, que duplica y aumenta su valor, según se la coloca, multiplico ahora mi única manifestación de gratitud, por mil y mil expresiones de reconocimiento, que la preceden.

LEONTES.—Aguardad á darme las gracias para cuando partáis.

POLÍXENES.—Señor, mañana será. Inquiétame el recelo de lo que puede acontecer ó prepararse en nuestra ausencia; y de que no se levanten en nuestra patria vientos de adversidad que nos hagan exclamar: ¡cuán ciertos resultaron nuestros presentimientos! Además, he permanecido aquí harto tiempo y bien puede Vuestra Majestad fatigarse de mi compañía.

LEONTES.—No, hermano, ¡cómo podríais fatigarnos jamás!

POLÍXENES.—No puedo quedarme más tiempo.

LEONTES.—Ocho días no más.

POLÍXENES.—No, no; he de partir mañana.

LEONTES.—Pues partamos la diferencia entre nosotros: en eso no admito réplica.

POLÍXENES.—Os suplico que no me acoséis así. Si hay alguna voz capaz de persuadirme, una sola en el mundo, esa es la vuestra. Y así sería ahora, á haber en vuestra demanda el menor fundamento de necesidad,

aun cuando yo tuviera que rehusarla. Pero mis negocios me llaman á mis hogares, sin que vuestro afecto deba impedirlo, á menos que se torne en azote para mí: mi permanencia es para vos una carga y una turbación. Y para evitar lo uno y lo otro, os digo adiós, hermano mío.

LEONTES.—¿Estáis muda, reina nuestra? Hablad.

HERMIONA.—Hábíame propuesto, señor, guardar silencio hasta que le hubiéseis hecho jurar que no se quedaría. Vos, señor, se lo pedís con demasiada frialdad. Decidle que estáis seguro de que no hay novedad en Bohemia: ayer mismo tuvimos tan satisfactoria nueva. Decidle esto y lo habréis desalojado de su mejor trinchera.

LEONTES.—Bien dicho, Hermiona.

HERMIONA.—Si dijera que está impaciente por ver á su hijo, esta ya sería una razón. Pero en tal caso, que lo diga y no os opondréis á su partida: que lo jure y no tendrá que quedarse; nosotras mismas le echaremos con nuestras ruecas. (*A Polixenes.*) No obstante, me aventuraré á pedir que nos prestéis vuestra real presencia por una semana. Cuando tengáis en Bohemia á mi esposo, le daré autorización para que permanezca un mes más sobre el plazo fijado para su vuelta. Y sin embargo, Leontes, no te amo un átomo menos que ama á este señor su real consorte. ¿No os quedaréis?

POLÍXENES.—No, señora.

HERMIONA.—Pues os quedaréis.

POLÍXENES.—No puedo en verdad.

HERMIONA.—¡En verdad! Tales protestas son muy débiles para vencer mi resistencia; pero yo, aunque quisierais trastornar los cielos con vuestros juramentos, insistiría. No os vais, no os vais. No os iréis; palabra de *reina*, que vale y puede tanto como la de rey. ¿Porfiáis en iros? Pues me obligáis á guardaros como

mi prisionero, no como mi huésped. De ese modo al tiempo de partir no tendréis que dar las gracias. ¿Qué decis? Ó huésped, ó prisionero. Porque, ya veis que no hay medio de evitarlo: ó lo uno, ó lo otro.

POLÍXENES.—Entonces, señora, seré vuestro huésped: pues pasar por prisionero sería ofenderos; delito mucho más difícil para mí que para vos el castigarlo.

HERMIONA.—No seré, pues, vuestra carcelera, sino vuestra afectuosa amiga. Vamos: hemos de hablar de las travesuras de mi señor y vuestras cuando muchachos. ¡Parece que erais entonces un par de bribones!

POLÍXENES.—Éramos, hermosa reina, dos adolescentes que pensábamos sería siempre el mañana tan feliz como el hoy, y que nuestra felicidad no acabaría nunca.

HERMIONA.—Vamos á ver, ¿no era mi señor el más travieso de los dos?

POLÍXENES.—Éramos como dos corderos gemelos que juntos triscan y juegan al sol; inocentes ambos, ignorábamos que existiese el mal y no imaginábamos que hombre alguno lo practicase. Á haber continuado semejante vida, y no estar nuestro débil ánimo sujeto al influjo de la sangre impetuosa, hubiéramos podido elevar al cielo las manos, diciendo: «Sin mancha».

HERMIONA.—De lo cual infiero que habéis tropezado después.

POLÍXENES.—¡Oh, venerada señora! Desde entonces la tentación ha pesado sobre nosotros; porque en aquellos inexpertos días mi esposa era aún niña; y vuestra preciosa persona no había aparecido todavía á la vista de mi compañero.

HERMIONA.—¡Gracias por el cumplido! Eso es decir casi que vuestra reina y yo hemos hecho oficio de diablos. Pero continuad. Ella y yo responderemos de las culpas que os hayamos hecho cometer, si la primera

fué con nosotras, y luégo no buscasteis otro cómplice.

LEONTES.—¿Está ya vencido?

HERMIONA.—Sí... se queda.

LEONTES.—No quiso hacerlo á petición mía. Nunca, amada Hermiona, empleaste mejor tu elocuencia.

HERMIONA.—¿Nunca?

LEONTES.—Nunca, excepto una vez.

HERMIONA.—¡Qué! ¿Es decir que, en suma, acerté... dos veces? Te ruego que me digas cuál fué la primera. Á vosotros toca abrumarnos de alabanzas y hacernos engordar con ellas como aves de corral. Pasar en silencio una buena acción, mata en germen otras mil. Los aplausos son nuestro salario. Por un beso daremos la vuelta al mundo, cuando el rigor no nos haría mover una pulgada. Pero volvamos al caso. Mi última buena acción fué persuadirle á que se quedara. ¿Y la primera? Será hermana mayor de la otra, si no os he comprendido mal. Pero, en fin, sepamos, ¿cuándo fué? Estoy impaciente por saberlo.

LEONTES.—Por cierto que fué cuando al fin de tres mortales meses, llegué á hacer que abrieras tu blanca mano y cerraras en ella mi amor. Entonces dijiste: «Tuya soy para siempre.»

HERMIONA.—Afortunada he sido, en verdad. De dos veces que hablé, una gané para siempre real esposo, y la otra un amigo por breves días.

(*Da la mano á Polixenes.*)

LEONTES (*aparte*). — Sí, pero con demasiado ardor, á fe mía. Mezclar las amistades es mezclar las sangres. ¡Tiemblo! me salta el corazón, y no de alegría, no. Esta acogida, en apariencia inocente, puede muy bien ser hija de la confianza y sus obsequios, de la bondad. Sí; estoy seguro de que todo esto puede ser. Pero esto de estrecharse las palmas y entrelazarse los dedos, como veo que lo están haciendo, y cambiar sonrisas como delante de un espejo, y luégo ponerse á suspi-

rar... No, esto no me place y me hace fruncir el ceño. Mamilio, ¿eres tú, mi hijo?

MAMILIO.—Sí, mi buen señor.

LEONTES.—¿De todas veras? Tú eres mi joya preciosa. ¡Qué! ¿has manchado tu nariz? Dicen que es el facsímile de la mía. Ea, amiguito! límpiate. (*Observando á Polixenes y á Hermiona.*) ¿Todavía coqueteando con la mano en la suya? Dime, dime, hijo mío, eres hijo mío, verdad?

MAMILIO.—Sí; lo soy.

LEONTES.—Para ser enteramente igual á mí te falta una piel más áspera y... algo más. Y eso que dicen que nos parecemos como dos huevos. Cosas de mujeres, que charlan lo que les da la gana. Y aunque sean falsas como el color negro, como los vientos y las aguas; falsas como los dados que quisiera el jugador de mala fe; que este chiquillo se me parece no hay duda. Venid, seor pajecillo! Miradme con esos ojos picarescos, tierno bribonzuelo! Ídolo mío! ¿Y será eso posible? ¡Oh imaginación! ¡cómo me hieres en lo más íntimo! tú conviertes en posible lo imposible, en continuo comercio con los sueños. ¿Cómo puede ser esto?... Cohabitas con la nada y en la nada engendras. ¿Por qué, pues, no será posible que saques fruto de algo?... y lo haces, sin duda... Lo veo, lo experimento en mí, que siento envenenada mi mente con mil cavilaciones.

POLÍXENES.—¿Qué tiene el rey?

HERMIONA.—Parece distraído y perturbado.

POLÍXENES.—Señor ¿qué ocurre? ¿En qué piensa mi mejor hermano?

HERMIONA.—Parece que estáis sufriendo, y conmovido.

LEONTES.—No, no (¡cómo la naturaleza descubre á traición su fragilidad y su ternura, convirtiéndolas en pasatiempo de corazones más duros!); contemplan-

do los perfiles del rostro de mi hijo, parecióme retroceder veintitrés años, y mirarme á mí propio en mi ropilla de terciopelo verde, con mi puñal encadenado para que no pudiera lastimar á su dueño, que los adornos suelen ser peligrosos. ¡Qué parecido era entonces, pensaba yo, á este galopín, este tuno, este caballero! Dime, hijo, ¿sufrirías una afrenta por dinero?



MAMILIO.— ¡Oh! no... me batiría...

LEONTES.— ¡Cómo! quieres batirte? Ah, hijo mío, Dios te bendiga. Decidme, hermano, ¿tenéis á vuestro joven príncipe tanto cariño como Nos al nuestro?

POLÍXENES.— En casa es él todo mi ejercicio, mi alegría, mi preocupación. Tan pronto es mi amigo jurado como mi enemigo, mi parásito, mi guerrero, hombre de Estado, todo. Él hace que un día de julio parezca breve como uno de diciembre; y con su infantil volubilidad, me cura de pensamientos que me enardecerían la sangre.

LEONTES.— Los mismos oficios hace para conmigo este señorito. Juntos vamos á dar ahora un paseo, y á

dejaros en vuestros más gratos entretenimientos. Hermiona: mostrad á nuestro hermano en los obsequios que debéis hacerle, todo el afecto que nos profesáis. Prodigadle cuánto de mejor hay en Sicilia; pues, excepto tú y nuestro pequeñuelo, nadie le aventaja en mi corazón.

HERMIONA. — Si deseáis encontrarnos estaremos á vuestras órdenes en el jardín. ¿Os aguardaremos allí?

LEONTES. — Id á donde gustéis, que os halláramos aunque fuera al otro lado del cielo. Id! id! (*aparte observando á Hermiona.*) Tiendo la caña á vuestra imprudencia, y no veis el anzuelo. ¡Cómo levanta hacia él la cara y labios! y se apoya en su brazo con la seguridad de una esposa en el de su propio marido! Se han ido. Helos ahí, uña y carne, pareja completa, enamorados hasta las cachas. (*Se alejan Polixenes, Hermiona y séquito.*) Vé á jugar, niño; vé á jugar. Tu madre juega, y yo juego también; pero es juego el mío tan desgraciado, que su fin me hundirá en el sepulcro entre silbidos, y el desprecio y el sarcasmo serán el toque de mis funerales. Vé á jugar, niño; vé á jugar. Ó mucho me equivoco, ó antes de ahora hubo maridos engañados, y no faltan ahora mismo muchos hombres, aun en el instante en que hablo, que llevando del brazo á sus esposas, no sospechan que han sido seducidas en su ausencia, y que el vecino inmediato estuvo pescando en su estanque. No deja de ser algún consuelo que otros tengan puertas que se abren, como la mía, contra mi voluntad; y si todos los casados con esposas desleales hubiesen de desesperarse, la décima parte de la especie humana se colgaría de los árboles. Para este mal no se conoce remedio. Sin duda fué debido al influjo de un astro, que extiende á todas partes su dominio: de oriente á occidente, de norte á sur, inmenso es su poder. En fin, que no hay llave para guardar el honor de una esposa; verdadera plaza, abierta constantemen-

te al enemigo. ¡Cuántos, sin advertirlo, son víctimas de este mal!... ¿Qué tal, muchacho?

MAMILIO.—Dicen que me parezco á vos.

LEONTES.—¿Verdad? Pues ya es algún consuelo. Hola! ¿Camilo aquí?

CAMILO.—Sí, mi buen señor.

LEONTES.—Vé á jugar, Mamilio; eres un hombre honrado. (*Sale Mamilio.*) Camilo, ya sabes que nuestro amigo se queda por unos días.

CAMILO.—Mucho os costó obligarle á que no levase anclas.

LEONTES.—¿Lo habías advertido?

CAMILO.—Sin duda; ví que no quería ceder á vuestros ruegos, pretextando que estaba muy ocupado.

LEONTES.—¿Lo observaste? Con que ya hay quien observa lo que yo, y cuchichea y murmura: «El rey de Sicilia es esto y aquello.» El mal, por lo visto, hizo grandes progresos, antes que yo lo advirtiese. ¿Por qué se habrá decidido á quedarse, Camilo?

CAMILO.—Cedió á las súplicas de la buena reina.

LEONTES.—De la reina, sea. Buena, debiera serlo; pero no lo es. ¿Y no observó álguien más lo ocurrido? Por que tú ves más que el vulgo de los que me rodean. ¿No lo notaron sino los más inteligentes? Quizás la multitud no ha permanecido enteramente ciega en este asunto. Habla.

CAMILO.—Señor, todos entienden que el rey de Bohemia permanecerá aquí más tiempo,

LEONTES.—Hola!

CAMILO.—Permanecerá más tiempo.

LEONTES.—Sí; pero ¿por qué?

CAMILO.—Por complacer á Vuestra Alteza y corresponder dignamente á la invitación de nuestra muy bondadosa soberana.

LEONTES.—¿Corresponder á la invitación de vuestra soberana? ¿Corresponder? Basta con esto. Fié, Cami-

lo, á tu discreción, cuánto más me interesa, así lo relativo á mi afecto, como á los negocios de Estado; descargaba en ti mi pecho, como pudiera con un sacerdote. Separábame de tu lado, como un reformado penitente. Pero hemos sido engañados sobre tu integridad: engañados en lo que parece tal.

CAMILO.—No lo permita el cielo, señor!

LEONTES.—Insisto en ello. No eres honrado; ó si te inclinas acaso á serlo, eres un cobarde, que deserta de la honradez, absteniéndose de practicar la acción debida; ó sino, hay que considerarte muy negligente en los serios cargos que te han sido confiados; ó como un imbécil que ves ejecutarse una intriga en mi propio hogar, con la que se le arrebata su más preciada joya, y lo tomas todo por inocente juego.

CAMILO.— Mi bondadoso señor: puedo ser negligente, atolondrado y tímido, debilidades de las que ningún hombre se halla exento, y que algunas veces se hacen manifiestas entre las infinitas acciones del mundo. En vuestros negocios, mi aturdimiento habrá sido causa de negligencia; ésta, no permitiéndome pesar bien los fines, puede haberme hecho desempeñar el papel de aturdido; y es timidez que á menudo afecta aun á los más sensatos, la de no practicar aquello que debieran, cuando están inciertos y temerosos del éxito. Fragilidades son éstas, señor, reconocidas como cosa tan natural, que nunca la honradez puede estar libre de ellas. Pero suplico á Vuestra Alteza que sea más explícito conmigo, y me deje ver claramente mi falta. Si la niego, será, señor, porque realmente no la cometí.

LEONTES.— Has visto, sí, has visto (y no se puede dudar de ello, ó el lente de tus ojos es más opaco que el de un ciego), has oído (pues en cosa tan visible el público rumor no ha de guardar silencio), has pensado (¿y cómo no lo pensaría cualquiera que tuviese

entendimiento ?); sí, has visto, oído y pensado que la reina es infiel. Si lo confiesas y no tienes el descaro de pretender que careces de vista, de oído y de entendimiento, has de convenir en que la reina es una prostituta: que merece tan vil trato como la más vil meretriz: has de decirlo, y has de probarlo.

CAMILO. — Jamás habría permanecido yo donde se difamase á mi soberana señora, sin tomar inmediata venganza del ultraje. Os juro por mi corazón, señor, que nunca habéis hablado palabras menos dignas de vos; y que reiterarlas sería un crimen todavía más grave.

LEONTES. — ¿Será nada el hablarse en baja voz, reclinar la mejilla del uno en la de la otra? ¿Será nada besarse y cortar la expansión de la risa con un suspiro, infalible gemido de la honradez que sucumbe, y andar guareciéndose en los rincones, y desear que se adelante el reloj y vuelen las horas, los minutos, el día, la media noche? ¿Y los ojos de todos están ciegos, y sólo ven los de ellos, los de ellos solos, que inobservados buscan la maldad? ¿Es nada todo esto? Pues entonces el mundo entero y cuanto hay en él es nada: nada el firmamento, nada Bohemia, nada mi esposa, y en suma, no hay sino una gran nada que contiene todas estas nada.

CAMILO. — ¡Oh buen señor mío! Curaos de esta enfermiza opinión, y hacedlo con tiempo, porque es de las más peligrosas.

LEONTES. — Sí, peligrosa, pero verdad.

CAMILO. — No, no, mi señor.

LEONTES. — Sí, lo es. Mientes, mientes. Digo que mientes, Camilo, y te aborrezco. Confiesa que no eres más que un imbécil esclavo; ó si no, un intrigante contemporizador que ve el bien y el mal, y se inclina a ambos. Si mi esposa tuviera el cuerpo tan infestado como el alma, apenas viviría lo que tarda en caer un grano en el reloj de arena.

CAMILO.—¿ Pero quién la infesta ?

LEONTES.—¿ Pues quién ha de ser sino el que la lleva siempre colgada al cuello como una medalla ? ¿ Quién ha de ser sino el rey de Bohemia ? Y á tener yo á mi lado servidores dignos de este nombre, cuyos ojos se fijasen en mi honra tanto como se fijan en su propio provecho, ellos impidieran lo que está ocurriendo. Y tú, su copero, á quien yo he elevado desde la más humilde oscuridad á los puestos más venerados: tú que has podido ver, tan claramente como ve el cielo la tierra, que soy engañado, tú podrías prepararle su copa de manera que diese la muerte á mi enemigo, lo cual sería para mí el mejor cordial.

CAMILO.—Señor y soberano mío: yo podría hacerlo, y no con tósigo violento; sino con discreta bebida imperceptible en su acción. Pero no puedo resignarme á creer que exista semejante mancha en la honra de mi venerada soberana.

LEONTES.—Pon en duda lo que digo y vete en mal hora. ¿ Tan profunda será mi caída en el fango, que me designe á mí propio para exhibir semejante humillación ? ¿ Que manche la pureza de mi lecho, sin la cual el sueño es el tormento del que yace sobre espinas ? ¿ Piensas que yo, sin madura causa, atraería el escándalo sobre la sangre de mi hijo, á quien tengo y amo por tal ? ¿ Lo haría yo jamás ? ¿ Habría hombre que lo hiciera ?

CAMILO.—Debo creerlos, señor, y os creo. Por ello despacharé al de Bohemia, siempre que Vuestra Alteza vuelva á tomar su reina como antes, así fuera sólo por consideración al joven príncipe vuestro hijo. De ese modo se impedirán comentarios injuriosos en cortes y reinos que son aliados vuestros.

LEONTES.—Lo que me aconsejas es precisamente lo que yo había resuelto hacer. No: no haré caer sombra alguna sobre su honor.

CAMILO.—Podéis ir, mi señor, y estar en compañía del rey de Bohemia y de vuestra reina, con tan sereno semblante como suele ostentarlo la amistad en una fiesta. Soy su copero; y no me tengáis más por vuestro servidor, si no le propino una bebida eficaz.



LEONTES.—Eso es todo. Hazlo, y habrás ganado la mitad de mi corazón. No lo hagas, y habrás hecho pedazos el tuyo.

CAMILO.—Lo haré, señor.

LEONTES.—Aparentaré amistad, como me has aconsejado. (Sale.)

CAMILO.—¡Oh infeliz señora! Pero en cuanto à mí ¿en qué situación me encuentro? He de ser el envenenador del buen Polixenes; y para serlo no tengo más fundamento que la obediencia à mi señor: quien, en guerra consigo mismo, quisiera que todos le imitaran. À la ejecución de ese acto sigue la recompensa. Aun-

que hubiera ejemplo de miles que debieran á este crimen su fortuna, jamás, jamás lo cometeré. Y pues no hay un solo ejemplo recordado en bronce ni piedra ni pergamino, quede burlada la villanía. Es necesario que abandone la corte. Hágalo ó no, es ciertamente para mí cuestión de muerte. Brilla ¡oh buena estrella mía! He aquí al rey de Bohemia. (*Entra Polixenes*).

POLIXENES.—¡Qué extraño es esto! Parece que mi favor principia á declinar. ¡No hablarme! Buenos días, Camilo.

CAMILO.—¡Salud, señor!

POLIXENES.—¿Qué nuevas hay en la Corte?

CAMILO.—Ninguna extraordinaria, señor.

POLIXENES.—Tenía el rey un aspecto tal, que no parecía sino que hubiese perdido alguna provincia ó región, que amara tanto como á sí mismo. Hace apenas un momento me acerqué á él con la cortesía habitual; mas él apartando la vista, y con un gesto de gran desprecio se alejó presuroso de mí, dejándome en la perplejidad sobre lo que puede motivar semejante cambio en sus maneras.

CAMILO.—No me atrevo á saberlo, señor.

POLIXENES.—¡Cómo! ¿no atreverse á saberlo? ¿Lo sabéis y no os atrevéis á confiármelo? Porque en lo que á vos respecta, sabiéndolo, habéis de decirlo, y no responder que no os atrevéis. Buen Camilo, la alteración de vuestra fisonomía es para mí un espejo, que me hace ver demudada la mía también. Sin duda debo ser parte en estas mudanzas, para experimentarlas en mí.

CAMILO.—Hay una enfermedad que suele afectar á algunos de nosotros; pero no puedo nombrarla; y el contagio lo habéis traído vos que estáis sano.

POLIXENES.—¡Cómo! ¿que la traje yo? No me asemejéis al basilisco; pues he mirado á miles que se han sentido mejor por mis miradas, y jamás murió

ninguno á causa de ellas. Camilo; ya que ciertamente sois un caballero, habituado además á los negocios, y que tanto sois adorno de nuestro pueblo como los ilustres nombres de nuestros padres, os ruego que si sabéis algo que me importe, no me dejéis con vuestro silencio en la ignorancia.

CAMILO.—No puedo.

POLÍXENES.—¿Una enfermedad recibida de mí, y sin embargo estoy sano? Es necesario responderme. ¿Oyes, Camilo? Te conjuro por cuanto cabe de honroso en un hombre (y no es la menor parte de ello el que yo te ruegue), que me digas cuál accidente es el que á tu juicio me amenaza con algún mal: si está distante ó próximo, cómo puedo evitarlo, si es posible, y si no, cuál sea el mejor medio de sobrellevarlo.

CAMILO.—Os lo diré, señor; pues apeláis á mi honor, vos á quien creo honrado. Atended á mi consejo, el cual debe ser seguido en el instante mismo de haberlo pronunciado; de lo contrario vos y yo podemos darnos por perdidos sin remisión.

POLÍXENES.—Prosigue, buen Camilo.

CAMILO.—El rey me ha encargado que os asesine.

POLÍXENES.—¿Quién?

CAMILO.—El rey.

POLÍXENES.—¿Por qué?

CAMILO.—Él piensa, y aun lo jura con entera confianza, como si lo hubiera visto, que le habéis engañado secreta y criminalmente con su esposa.

POLÍXENES.—¡Oh! Si tal fuera, debería toda mi sangre tornarse infecta masa, y mi nombre igualarse al de aquel que hizo traición al Justo! Convirtiérase lo más puro de mi reputación en un vapor ofensivo y pestilente; y mi presencia debería ser evitada y aborrecida como el peor contagio.

CAMILO.—Así juréis por cada estrella del firmamento y por todas sus influencias, más fácil os ha de ser im-

pedir á la maréa obedecer á la luna, que destruir ni conmover la fábrica de su locura, levantada sobre su fe, y en la cual descansa hoy todo su sér.

POLÍXENES.—¿ Pero cómo pudo concebir esta idea ?

CAMILO.—Lo ignoro ; pero estoy seguro de que vale mucho más evitar el peligro presente que averiguar su origen. Si os inspira confianza mi honradez, partamos esta noche. Yo informaré sigilosamente del asunto á vuestro séquito, y haré que se alejen de la ciudad de dos en dos y de tres en tres. En cuanto á mí, pongo á vuestro servicio mis fuerzas, perdidas ya aquí por esta revelación. No vaciléis; os juro por la honra de mis padres que os he dicho la verdad. Si tratáis de comprobarla, no me atreveré á sostenerla; ni por eso estaríais en menos peligro que el condenado por boca del rey mismo, pronto á ejecutarlo.

POLÍXENES.—Te creo. He visto en su semblante su corazón. Dame tu mano. Guíame, y estarás siempre á mi lado. Prestas las naves, mi pueblo esperaba que yo hubiese partido desde hace dos días. Estos celos son por una preciosa criatura ; deben ser grandes, cuanto ella extraordinaria ; su violencia estará en proporción del poder de quien los siente ; y por lo mismo que él se cree deshonrado por quien se decía su mejor amigo, la venganza tiene que ser doblemente acerba. Temo lo que pueda suceder, y debo buscar en la ausencia protección para mí y descanso para la bondadosa reina, motivo de la locura, pero no de la sospecha en mal hora concebida ! Marchemos, Camilo, que si sacas de aquí mi vida en salvo, he de respetarte como á un padre. Vamos.

CAMILO.—Es parte de mi autoridad disponer de las llaves de todas las puertas. Quiera Vuestra Alteza aprovechar los instantes. Salid, señor. (Salen.)



ACTO II.

ESCENA I.

Sicilia.—Salón en el palacio real.

Entran HERMIONA, MAMILIO y señoras.

HERMIONA.

TOMAD al niño. Está insoportable.

1.^a SEÑORA.—Venid, hermoso señor mio. ¿Queréis jugar conmigo?

MAMILIO.—No; no quiero.

1.^a SEÑORA.—¿Por qué, señor?

MAMILIO.—Me besáis demasiado, y me habláis como si todavía fuera yo un niño de pechos. Más os quiero á vos.

2.^a SEÑORA.—¿Y por qué, mi buen señor?

MAMILIO.—No porque tengáis las cejas más negras; aunque dicen que sientan mejor á algunas mujeres, con tal que no sean muy vellosas, y sí como un semi-círculo ó media luna trazada con una pluma.

2.ª SEÑORA.—¿Quién os ha enseñado eso?

MAMILIO.—Las mismas caras de las mujeres. Decidme ahora: ¿de qué color son vuestras cejas?

1.ª SEÑORA.—Azules, señorito.

MAMILIO.—No; eso es broma. Azul tenía una señora la nariz; pero las cejas, nunca.

2.ª SEÑORA.—Oídme... La reina vuestra madre va engrosando; y uno de estos días hemos de presentar nuestros servicios á un nuevo y hermoso príncipe. Entonces, os querellaréis con nosotras por que os mimemos.

1.ª SEÑORA.—En efecto, estos últimos días está más gruesa. Dios quiera concederle un feliz alumbramiento.

HERMIONA.—¿Qué buena idea os ocupa? Ven, muchacho. Me tienes otra vez dispuesta. Ea! sentaos, y dime algún cuento.

MAMILIO.—¿Cómo le queréis: alegre ó triste?

HERMIONA.—Todo lo alegre que quieras.

MAMILIO.—Un cuento triste es mejor para el invierno. Uno sé de fantasmas y duendes.

HERMIONA.—Pues ese. Vamos, sentaos, venid, y á ver si puedes asustarme con tus apariciones; posees en alto grado este maravilloso dón.

MAMILIO.—Érase un hombre...

HERMIONA.—Ven, siéntate... Continúa.

MAMILIO.—Que habitaba junto á la cerca de la iglesia. Lo diré en voz baja, como un suspiro que apenas se oye.

HERMIONA.—Acércate, pues, y dímelo al oído.

(Entran Leontes, Antigono, señores y séquito.)

LEONTES.—¿Se le encontró allí? ¿Y con su séquito? ¿Y á Camilo con él?

1.º SEÑOR.—Los encontré detrás del bosquecillo de pinos. Jamás ví á nadie andar más de prisa. Los seguí con la vista hasta que se embarcaron.

LEONTES.—¡Qué bendición el ver cuán justa era mi

censura y cuán fundada mi sospecha! Ay! ¡Cuánto habría dado por ver menos clara la verdad! ¡Y cuán desgraciado me hace esta triste ventaja! Cae una araña en el vaso, y bebemos, y su veneno no llega á afectar-nos, porque la mente está exenta de recelo; pero si alguien nos advierte el odioso accidente, ¡qué violentas contracciones nos sobrecogen! Yo he bebido y he visto la araña. Camilo ha sido en esto su auxiliar, su cómplice. Sin duda algo traman contra mi vida y mi corona. Cuánto sospechaba resultó cierto... Ese falso y villano á quien yo empleaba, estaba de antemano comprado por él. Ha descubierto y revelado mi intento, y heme aquí ahora objeto de burla y escarnio. Se divierten á sus anchas á expensas mías. ¿Cómo pudieron franquear tan fácilmente las puertas?

1.^{er} SEÑOR.—Por su grande autoridad, que había alcanzado obediencia en otras ocasiones, según mandato vuestro.

LEONTES.—Demasiado lo sé. Entregadme ese niño. Me alegro de que no haya sido amamantado por vos. Aunque se me parece un poco, algo tiene también de su madre.

HERMIONA.—¿Qué significa esto? ¿Será una chanza?

LEONTES.—Llevad de aquí al niño, y que no vuelva á acercársele. Llevadle al punto. Consuélese con el hijo de Políxenes.

HERMIONA.—¡Cómo!... ¿Qué estáis diciendo? Basta que yo diga que no es verdad, para que vos me creáis.

LEONTES.—Miradla, señores; fijaos bien en ella, y cuando estéis á punto de decir «¡qué hermosa princesa!», la justicia de vuestros corazones no podrá menos que añadir: «¡lástima que no sea honrada!» Podréis elogiar su belleza (digna ciertamente de elogio); pero las exclamaciones de recelo y menosprecio—¡oh, apenas puedo decirlo!—os asaltarán de todos lados antes de confesar que es honrada. Pero sépase de boca de

quien más sufre la ofensa ; esta mujer es adúltera.

HERMIONA.—Si esto lo dijera un villano, el más infame, se cubriría de oprobio todavía. Lo decís vos... y no hacéis más que engañaros.



LEONTES.—Habéis equivocado, señora mía, á Polixenes por Leontes. Y no te doy el nombre que mereces por no dar á la multitud un ejemplo que serviría más tarde para confundir en un mismo nivel á príncipes y villanos. He dicho que es adúltera; y he dicho con quién. Pero hay más. Es traidora, y Camilo es su cómplice. Y tanto á su vil amante como á éste, ha favorecido en su fuga.

HERMIONA.—¡ Ah, no ! lo juro por mi vida. Ninguna parte he tenido en lo uno ni en lo otro. Cuando la verdad se haya abierto paso ; cuánto os afligirá haberme

afrontado públicamente! ¡ Ah, señor! Difícilmente podréis hacerme justicia entonces diciendo que os habíais equivocado!

LEONTES.—No. Si me engañan las pruebas en que me fundo, los mismos cimientos del universo serán tan débiles, que apenas puedan soportar un juguete infantil. Llevadla á la cárcel. Quien se atreva á interceder por ella se hará culpable de traición con sólo despegar los labios.

HERMIONA.—Alguna estrella aciaga preside hoy nuestro destino. Aguardaré con paciencia á que el cielo tome más favorable aspecto. Dignos señores: no soy inclinada al llanto, como suelen las de mi sexo; acaso la ausencia de inútiles lágrimas amortigüe vuestra piedad. Pero me martiriza en el fondo del corazón el dolor de la injuria, y enciende en él tan vivos fuegos, que no lo apagarían mis lágrimas. Os ruego, señores, que me juzguéis según os dicten los pensamientos que vuestra mayor caridad inspire, y con ello, cúmplase la voluntad del rey.

LEONTES (*á los guardias.*)—¿ Me habéis oído?

HERMIONA.—¿ Quién debe venir conmigo? Suplico á Vuestra Alteza que me acompañen mis damas, pues así lo requiere mi estado. No lloréis, pobres tontuelas, que no hay motivo para ello. Guardad vuestro llanto para cuando sepáis que vuestra señora mereció este castigo. Lo que ahora pasa es para mi mayor justificación. Adiós, mi señor. Jamás os deseé el menor pesar; temo que lo sintáis bien pronto. Venid, señoras; tenéis licencia para ello.

(*Salen la reina y damas.*)

LEONTES.—¡ Salid! Ejecutad mis órdenes.

I.^{er} SEÑOR.—Ruego á Vuestra Alteza que vuelva á llamar á la reina.

ANTÍGONO.—Meditad lo que hacéis, señor; no sea que vuestra justicia degenere en tiranía. Tres perso-

nas saldrían entonces perjudicadas: vos, la reina, y vuestro hijo.

I.^{er} SEÑOR.—De ella, señor, respondo con mi vida siempre que queráis. Dignáos aceptarla en testimonio de que la reina se halla limpia de toda mancha á los ojos del cielo, é inocente del crimen de que la acusáis.

ANTÍGONO.—Si no es inocente, juro convertirme en vigilante eterno de mi esposa; no saldría sino con ella, donde pudiera verla y tocarla, pues ya no podría confiar en su virtud; porque si la reina es falsa, no hay, sobre el haz de la tierra, mujer alguna que no lo sea.

LEONTES.—Cesad en vuestros ruegos.

I.^{er} SEÑOR.—Señor...

ANTÍGONO.—Si hablamos, es por vos, no por nosotros. Estáis alucinado, sin duda por algún intrigante que ha de condenarse por ello; á saber yo quién es, ya le condenaría yo por mi propia mano. Si llegase á dudar de la honestidad de la reina... tres hijas tengo, de once años la mayor y nueve la segunda, y cinco la menor... Las prefiero muertas antes de los catorce, á verlas madres de hijos bastardos.

LEONTES.—Basta. Mostráis en este asunto tan fría indignación, como los órganos de un difunto; pero yo, yo la siento, como sentiríais vosotros una bofetada.

ANTÍGONO.—Pues si es así, no hay que buscar sepulcro donde enterrar la honradez; porque no existe ya ni sólo un átomo de ella que endulce nuestra odiosa vida.

LEONTES.—¡Qué! ¿Dudáis de mi palabra?

I.^{er} SEÑOR.—Señor: en tal asunto prefiero dudar de vuestra palabra que de la mía; y me placería mucho más que resplandeciese la verdad de su honra que la de vuestra sospecha, por mucho que hubiéseis de ser censurado por ello.

LEONTES.—Pero ¿qué necesidad tengo de daros en esto participación alguna? ¿Ni qué necesito hacer sino seguir la fuerza de mi propia voluntad? Nuestra prerrogativa no requiere vuestros consejos, y sólo por natural bondad os hemos hablado de ello. Y si aturcidos por la sorpresa, ó astutamente aparentando estarlo, no reconocéis la verdad como yo, tened sabido que no necesito vuestros consejos. El asunto, y lo que con él se pierda ó se gane, y la disposición de todo lo relativo á él, nos conciernen exclusivamente.

ANTÍGONO.—¡Y ojalá, mi señor, lo resolviérais en el silencio de vuestro propio juicio, sin más explicación!

LEONTES.—¿Y cómo era posible? Ó la edad te ha vuelto ignorante, ó eres imbécil de nacimiento. Este proceder ha sido necesario á causa de la fuga de Camilo, añadida á la familiaridad de los otros dos culpables: familiaridad tan evidente como la que jamás haya dado fundamento á la conjetura, y á la cual sólo falta el testimonio de la vista, pues tiene en su apoyo el concurso de todas las demás circunstancias. Sin embargo, para mayor confirmación (porque en acto de tanta importancia no se ha de proceder temerariamente) he enviado á Cleómenes y á Dión al sagrado Delfos, al templo de Apolo. Conocéis la probada calidad de los dos; y ellos me traerán la respuesta del oráculo, cuyo consejo espiritual me hará proseguir ó detenerme en este camino. ¿Qué os parece?

1.^{er} SEÑOR.—Perfectamente, señor.

LEONTES.—Aun cuando estoy satisfecho y me basta lo que sé, el oráculo servirá para evitar la muerte de otros; como los que por ignorante credulidad se resisten á la evidencia. Así, hemos tenido á bien confinarla, para que no pueda llevar á cabo la traición urdida por los dos fugitivos. Venid y seguidnos, que tenemos de hablar en público; pues este es asunto que nos pondrá en movimiento á todos.

ANTÍGONO (*aparte*).—Para acabar riendo seguramente, luégo que se sepa la verdad. (*Salen.*)

ESCENA II.

Sicilia.—La antesala de una cárcel.

Entran PAULINA y séquito.

PAULINA.—Llamad al carcelero. (*Sale uno del séquito.*) Decidle quien soy. ¡Digna señora! ¿Qué haces en una prisión, tú á quien no bastaría la mejor corte de Europa? (*Vuelve á entrar el criado con el carcelero.*) Y bien, señor mío: me conocéis ¿no es así?

CARCELERO.—Sé que sois una digna matrona á quien profeso el mayor respeto.

PAULINA.—Tened, pues, la bondad de conducirme á presencia de la reina.

CARCELERO.—No puedo, señora, porque lo tengo prohibido.

PAULINA.—Mucho se afanan en impedir que la virtud y el honor encarcelados no reciban la visita de las personas dignas. ¿Podré ver, al menos, á las damas de la reina? ¿Á Emilia?

CARCELERO.—Si os dignáis, señora, hacer que se retire vuestro séquito, haré venir á Emilia.

PAULINA.—Os ruego que la llaméis. (*A su séquito.*) Retiráos. (*Salen las personas del séquito.*)

CARCELERO.—Y es preciso, señora, que yo presencie vuestra conferencia.

PAULINA.—Bien: sea. Mucho empeño ponen en que parezca manchado lo que no tiene mancha alguna. (*Sale el carcelero y vuelve con Emilia.*) ¿Cómo está nuestra digna señora, querida Emilia?

EMILIA.—Tan bien como es posible en persona tan grande y desventurada. Sus alarmas y sus penas

(que jamás fueron mayores en una señora sensible y delicada) precipitaron su alumbramiento.

PAULINA.—¿Parió niño?

EMILIA.—No, una niña: muy robusta y hermosa y que vivirá, según parece. La reina goza en ella un gran consuelo, y suele decirle: «¡Pobre prisionera mía: soy tan inocente como tú!»

PAULINA.—Así lo juraría yo. Estos arranques de locura del rey son peligrosos, y es necesario que así se lo digan, y se lo dirán. La tarea corresponde mejor á una mujer, y yo la tomo sobre mí; y que se me queme la lengua y no me vuelva á servir jamás para expresar mi indignación, si he de emplear frases melosas en este caso. Os ruego, Emilia, que hagáis presente á la reina el homenaje de mi mayor obediencia. Si se atreve á confiarme su tierna criatura, la presentaré al rey y abogaré por ella con cuanta fuerza me sea posible. No sabemos hasta qué punto pueda suavizarlo la vista de la niña; pues á menudo el silencio de la inocencia llega á persuadir cuando no basta la palabra.

EMILIA.—Dignísima señora: vuestro decoro y bondad son tan evidentes, que esta espontánea empresa no puede menos que tener un éxito feliz; ni hay en el mundo persona alguna más adecuada á ese gran propósito. Si os dignáis pasar á la habitación inmediata, yo iré á informar á la reina de tan noble oferta. Hoy estaba pensando en este designio; pero no se atrevía á encargarlo á nadie por temor de una negativa.

PAULINA.—Decidle, Emilia, que usaré de mi elocuencia como pueda; y que si esta fuere tanta como mi resolución, no hay duda que algo conseguiré.

EMILIA.—¡Que el cielo os bendiga por ello! Voy á ver á la reina. Dignaos acercaros.

CARCELERO.—Señora: si la reina consiente en enviar á la niña, ignoro á lo que me expongo dejándola salir sin tener orden para ello.

PAULINA.—Nada tenéis que temer. La niña era prisionera en el seno de la madre; y por ley y acción de la naturaleza ha sido libertada. Ni es partícipe en la cólera del rey, ni culpable de faltas de la reina, si es que existiere alguna.

CARCELERO.—También lo creo así.

PAULINA.—No temáis. Os prometo por mi honor, interponerme entre vos y cualquier peligro que os amenace. (Salen.)

ESCENA III.

Habitación en el palacio.

Entran LEONTES, ANTÍGONO, señores y séquito.

LEONTES.—Ni de día ni de noche encuentro reposo. Soportar esto más tiempo no es sino debilidad. Aquel rey farsante está fuera del alcance de mi brazo, y á cubierto de todo plan y astucia de mi cerebro. Pero á ella, á la adúltera, la tengo en mi mano. Si ya hubiera desaparecido, consumida en el fuego, yo recobraría la mitad de mi reposo. ¿Quién hay allí?

I.^{er} CRIADO (*avanzando*).—¿ Señor?

LEONTES.—¿ Cómo se siente el niño?

I.^{er} CRIADO.—Descansó bien anoche. Se cree que su enfermedad ya no ofrece peligro.

LEONTES.—¡ Cuánta nobleza la suya! Comprendiendo el deshonor de su madre, se abatió inmediatamente, víctima de la más profunda tristeza: perdió la animación, rehusó el alimento, le faltó el sueño, y ha ido desfalleciendo de día en día. Vé á saber cómo sigue. (*Sale el criado.*) ¡ Bah! ¡ bah! No hay que pensar en él. La idea de mi venganza me absorbe por completo. Mientras llega la hora de vengarme de Polixenes, har-to poderoso por sí y por sus aliados, saciaré mi encono



LEONES. — *Echadla de aquí.*

en ella. Camilo y Polixenes se ríen de mí. No se reirían, ni tomarían á chanza mi congoja, si estuvieran al alcance de mi mano, pero al menos no se reirá ella á quien tengo en mi poder.

(*Entra Paulina con la niña.*)

I.^{er} SEÑOR.—No podéis entrar.

PAULINA.—Ayudadme, señores: ¿Teméis más su pasión tiránica, que el peligro de la vida de la reina? Alma inocente y benigna, más inocente que él celoso.

ANTÍGONO.—Basta.

I.^{er} CRIADO.—Señora: no ha dormido anoche y ha ordenado que no se dé audiencia á nadie.

PAULINA.—¡ Ah! no mostréis semejante celo. Vengo á traerle el sueño. Á gentes como vos, que os deslizáis junto á él á manera de sombras, y suspiráis cuando él da inútiles suspiros, debe su insomnio. Yo vengo con palabras honradas y veraces á disipar ese humor que le ahuyenta el sueño.

LEONTES.—¡ Eh! ¿ Qué ruido es ese?

PAULINA.—Nada, señor; que solicito de vuestra Alteza audiencia, para tratar del bautizo de vuestro hijo.

LEONTES.—¿ Cómo? Echad de aquí á esta señora. Antígono: os mandé que no la permitiérais llegarse aquí. Ya sabía yo que lo haría.

ANTÍGONO.—Le había intimidado, señor, so pena de vuestro desagrado y del mío, que no viniera.

LEONTES.—¡ Qué! y no puedes imponer tu autoridad?

PAULINA.—Sí, en lo que es honroso. En esto, á no ser que como vos, oprima á quien proceda honradamente, no puede gobernarme.

ANTÍGONO.—¿ Lo oís? Cuando se lanza una vez, no hay modo de contenerla.

PAULINA.—Mi buen soberano; os suplico que me escuchéis; pues me precio de ser fiel servidora vuestra, vuestro médico y más obediente consejero, aun-

que al aliviar vuestros males me atreva á parecerlo menos que los que os rodean; vengo de parte de vuestra honrada reina.

LEONTES.—¡ Honrada reina !

PAULINA.—Sí señor; honrada reina. Y á ser yo hombre, siquiera el último de los que están con vos, probaría con las armas en la mano, que es honrada.

LEONTES.—¡ Echadla de aquí !

PAULINA.—Al primero que me toque le arrancaré los ojos. Me iré, pero por mí misma. Antes he de cumplir mi encargo. La buena reina, porque es buena, os ha dado una hija y la encomienda á vuestra bendición. Hela aquí. *(Depone á la niña.)*

LEONTES.—¡ Fuera ! ¡ Echad á esta bruja fuera de las puertas ! Es una alcahueta.

PAULINA.—¡ Ah ! no. Ignoro tan vil oficio. Y mi honradez es tanta como vuestra locura ; lo cual, al paso á que va el mundo, es suficiente para pasar por honrada.

LEONTES.—¡ Traidores ! ¿ Y no la arrojáis de aquí ? ¡ Que se lleve á la bastarda ! *(A Antígono.)* Á ver, tú, imbécil que te dejas gobernar por tu mujer ¡ ea ! levanta á la bastarda : levántala, digo, y entrégasela.

PAULINA.—¡ Malditas para siempre tus manos si levantas á la princesa obedeciendo al impulso de servilismo que se te quiere imponer !

LEONTES.—¡ Teme á su mujer !

PAULINA.—Ojalá sucediera lo mismo con vos ; que entonces no habría duda de que llamaríais propios á vuestros hijos.

LEONTES.—¡ Raza de traidores !

ANTÍGONO.—Os juro que no lo soy.

PAULINA.—Ni yo, ni cuantos estamos aquí, excepto uno solo ; y ese es el mismo que hace traición á su propio sagrado honor, al de la reina, al de su hijo tan lleno de esperanzas, y al de su hija recién nacida y les

entrega a la difamación y al escándalo, cuyas heridas son mas terribles que las de la espada, ese es quien no puede desarraigat de su alma una opinion injusta y humillante.

LEONTES.—Embustera deslenguada, que acaba de intimidar a su esposo y ahora aulla contra mí. Ese cachorro no tiene sangre mía y es de la raza de Polixenes: llevadla fuera, y echadla al fuego junto con su madre!

PAULINA.—Vuestra es, sí; y oportuno seria ahora repetir el antiguo proverbio: tan parecida a vos, que es desgracia para ella. Porque, mirad, señores, aunque en diminuto tamaño, toda la estampa y copia del padre: ojos, nariz, labios, cejas y frente, y hasta los hoyuelos de las mejillas y barba, y el molde y configuración de la mano y de los dedos; todo, todo. Y tú ¡buena diosa naturaleza! que la has hecho tan igual al que la engendró, si también está en tu poder el ordenar las cualidades de la mente, de todos los colores quita el amarillo de los celos; no sea que ella venga a sospechar, como lo hace él, que sus hijos no sean de su esposo!

LEONTES.—¡Bruja!... ¿Qué haces, imbécil, que no la mandas callar? Mereces la horca!

ANTÍGONO.—Ahorcad, señor, á todos los maridos que no pueden enfrenar la lengua de sus mujeres, y os quedaréis sin vasallos.

LEONTES.—Por última vez, llevadla fuera!

PAULINA.—No podría hacer más el más indigno y desnaturalizado padre.

LEONTES.—Te condenaré á la hoguera!

PAULINA.—No me importa. No es hereje quien perece en el fuego, sino quien lo enciende. No os llamaré tirano; pero este modo tan cruel de tratar á la reina (cuando no podéis lanzar contra ella más acusación que vuestras débiles cavilaciones) es tiranía, y os convertirá en objeto de escándalo para el mundo entero.

LEONTES.—Por vuestro juramento de fidelidad y obediencia, echadla del aposento! Si fuera yo un tirano ¿qué sería de su vida? Y á fe que á ser yo tal, no se habría ella atrevido á darme ese nombre. Ea! ¡Fuera con ella!

PAULINA.—No me empujéis, os lo ruego. Me iré. Tended una mirada á vuestra hija, mi señor; es vuestra. Quiera Júpiter enviarle por guía un espíritu mejor. De todos vosotros que tan complacientes sois con sus locuras, no hay uno, no, ni uno siquiera capaz de hacerle un beneficio. Y con esto, adiós. *(Sale.)*

LEONTES.—Tú, traidor, impulsaste á tu esposa á esta escandalosa escena. ¿Hija mía? ¡Fuera de mi vista! Y tú mismo, ya que te muestras tan blando de corazón para ella, tú mismo has de llevártela y hacer que el fuego la consuma. Levántala al instante. Te doy una hora de plazo para que me avises quedar cumplida esta orden, y lo pruebes con suficiente testimonio. Si rehusas y desafías mi cólera, dilo. Y con mis propias manos haré saltar los sesos de la bastarda. Derecho con ella al fuego; porque tú has instigado á tu mujer.

ANTÍGONO.—No es así, señor; y todos estos señores, mis nobles compañeros, pueden atestiguarlo.

1.^{er} SEÑOR.—Sí, lo podemos. No es culpable, señor, de la venida de su esposa.

LEONTES.—Todos sois unos embusteros.

1.^{er} SEÑOR.—Suplico á Vuestra Alteza que nos dé mejor crédito. Os hemos servido siempre con lealtad; y os imploramos ahora de rodillas, en recompensa de los servicios pasados y por venir, que revoquéis vuestro intento sanguinario y horrible que quizás conduzca á algún funesto resultado. Os lo rogamos prosternados.

LEONTES.—¿Tengo que ser como una pluma para cada viento que sopla? ¿Habré de vivir para ver á esta bastarda arrodillarse y llamarme padre? Mejor que maldecirla entonces es quemarla ahora. Pero, sea; que

viva. (*A Antigono.*) Acercaos aquí, señor mío. Vos que habéis sido tan tiernamente solícito junto con vuestra esposa, para salvar la vida de esa bastarda — porque bastarda es, tan cierto como que estas barbas encanecen—¿ qué queréis arriesgar para salvar la vida de esa chicuela ?

ANTÍGONO.—Todo, señor, todo lo que me sea posible y la nobleza consienta. Á lo menos, comprometo por salvar á esta inocente, la poca sangre que me queda, y cuanto me sea posible.

LEONTES.—Pues será posible. Jura por esta espada, que obedecerás mis órdenes.

ANTÍGONO.—Lo juro, señor.

LEONTES.—Atiende bien y cumple, ¿ oyes ? porque si faltas en un solo punto será tu muerte segura y no sólo la tuya, sino la de esa deslenguada de tu esposa á quien por ahora perdonamos. Te intimamos, en nombre de la obediencia que como vasallo nos debes, que lledes de aquí á la bastarda á algún sitio desierto y remoto, lejos de nuestros dominios; y una vez allí la dejes sin más conmiseración entregada al favor del clima. Y pues ha venido á Nos por tan extraño modo, en justicia te impongo, so pena del peligro de tu alma y de la tortura de tu cuerpo, que la dejes en algún punto donde el acaso pueda ó ampararla ó destruirla. Llévatela.

ANTÍGONO.—Juro hacerlo así, aunque una muerte inmediata habría sido más misericordiosa. Ven, pobre criatura. ¡ Que algún poderoso espíritu enseñe á los buitres y á los cuervos á servirte de nodriza ! Dicen que los lobos y los osos, apartándose de su índole salvaje, han hecho alguna vez oficios de piedad. Señor, que la prosperidad os favorezca en más de lo que merece este acto. Y á ti, pobre pequeñuela desvalida, acompáñete la bendición del cielo y luce con esta crueldad y evite tu pérdida ! (*Sale con la niña.*)

LEONTES.—No ; no cobijaré la prole agena.

CRIADO.—Con la venia de Vuestra Alteza ; hace una hora han llegado mensajeros de los enviados que fueron al oráculo. Cleómenes y Dión, vueltos felizmente de Delfos, han desembarcado y apresuran su marcha hacia esta corte.

I.^{er} SEÑOR.—Dignaos notar, señor, que su rapidez ha excedido á todo cálculo.

LEONTES.—Han estado ausentes veintitrés días ; es viaje rápido. Esto anuncia que el gran Apolo quiere descubrirnos súbitamente la verdad. Preparaos, señores. Convocad á sesión para que se juzgue á nuestra desleal esposa ; pues habiendo sido acusada públicamente, ha de tener un juicio imparcial y público. Mientras ella viva, mi corazón me será una carga. Dejadme, y tened presente mi mandato. *(Salen.)*





ACTO III.

ESCENA PRIMERA.

Calle de una ciudad.

Entran CLEÓMENES y DIÓN.

CLEÓMENES.

EL clima es delicioso; el aire sumamente suave; fértil la isla, y el templo de todo punto superior á las alabanzas que comunmente se hacen de él.

DIÓN.—Por mi parte manifestaré, que me impresionaron en extremo los celestes ornamentos (creo que bien puedo calificarlos así) y la venerable majestad de los sacerdotes. ¡Oh! ¡y el sacrificio! ¡Cuán ceremoniosa, solemne, y superior á las cosas terrenas fué la invocación!

CLEÓMENES.—Pero sobre todo, la explosión de la atronadora voz del oráculo, semejante al trueno de Júpiter, embargó de tal modo mis sentidos, que entonces comprendí mi propia nada.

DIÓN.—Si el éxito de la jornada es tan favorable á la reina (quiéranlo así los dioses), como lo ha sido á nosotros por lo rápida y agradable, por cierto que vale la pena de emplear en ello el tiempo.

CLEÓMENES. — ¡Oh gran Apolo! Haz que todo sea para bien! No me parecen muy puestas en orden las públicas proclamas y el violento proceder que se usa con Hermiona.

DIÓN.—Este mismo rigor será parte á aclarar el asunto, ó le pondrá fin. Cuando el oráculo (sellado por mano del gran sacerdote de Apolo) revele lo que hay, creo que algo raro se pondrá de manifiesto. Pero vamos, tomemos otros caballos, y que el éxito sea feliz. (Salen.)

ESCENA II.

Sicilia.—Tribunal de justicia.

LEONTES, señores y oficiales, aparecen sentados en orden.

LEONTES.—Esta causa, dígolo con profundo pesar, impone un penoso esfuerzo á mi corazón; como que la acusada es hija de un rey, y esposa nuestra, á quien siempre hemos amado en extremo. No se nos acuse de tiranía, pues procedemos en justicia y abiertamente, resueltos á proseguir hasta poner en claro la culpabilidad y obtener la purificación. Traed á la prisionera.

OFICIAL.—Su Alteza tiene á bien que la reina en persona se presente ante la corte. ¡Silencio!
(Traen á Hermiona entre guardias. Siguenla Paulina y señoras del séquito.)

LEONTES.—Leed la acusación.

OFICIAL (Leyendo).—«Hermiona, reina consorte de
»Leontes, rey de Sicilia, eres acusada de alta traición
»por haber cometido adulterio con Polixenes, rey de

»Bohemia, y conspirado con Camilo contra la vida
»del rey nuestro soberano y real esposo vuestro; ha-
»biendo sido este plan parcialmente descubierto por las
»circunstancias, tú, Hermiona, contra la fe y obediencia del verdadero súbdito, les aconsejaste y diste
»ayuda para que en busca de salvación huyeran durante la noche.»

HERMIONA.—Es casi inútil que diga yo «*no soy culpable*;» porque lo que tengo que decir, siendo opuesto á lo que dice la acusación, no se apoya en otro testimonio que en el mío propio. Y pues mi integridad se toma como hipocresía, no han de ser recibidas mis palabras como verdad. Pero sí diré: que si los poderes divinos contemplan nuestras acciones humanas (como en realidad las contemplan), no dudo de que la inocencia avergonzará la falsa acusación, y que la tiranía temblará en presencia del sufrimiento. Bien sabéis, señores (y bien lo saben aun los que menos aparentan saberlo), que mi vida pasada ha sido tan casta y pura, como infeliz soy ahora; y esto es más que cuanto ha inventado la ficción para atraer espectadores. Porque considerad en mí á la compañera del lecho nupcial del rey á quien corresponde la mitad del trono; á la hija de un gran monarca; á la madre de un joven príncipe lleno de promesas; obligada á venir aquí á gastar palabras por su honra y su vida en presencia de cuantos quieran escucharme. En cuanto á la vida, no le doy más valor del que tiene según la aflicción que sufro, y por tanto preferiría no tenerla. El honor es la herencia que debo á los míos, y sólo por él me veis aquí. Apelo á vuestra propia conciencia, señor, para que digáis hasta qué punto me hallaba en vuestra gracia y había merecido estarlo, antes de que Polixenes viniera á la corte; y después de su venida, cuál ha sido el encuentro inusitado en que haya podido yo aparecer como se pretende; porque

si es un ápice más allá de los límites del honor, ó que en acción ó en intento se haya inclinado en tal sentido, no quiero que haya piedad en los corazones que me oyen, y el más inmediato á mí por su sangre haga pesar su desprecio sobre mi sepulcro!

LEONTES.—No tengo noticia de que haya faltado nunca al vicio el suficiente descaro para negar sus hechos, como no le falta audacia para cometerlos.

HERMIONA.—Es cierto; pero esta máxima no se me puede aplicar.

LEONTES.—No queréis confesarlo.

HERMIONA.—Ni debo admitirlo en manera alguna. En cuanto á Polixenes, con quien soy acusada, confieso que le amaba como lo requiere el honor; con la especie de afecto que cumple á una señora como yo: con un cariño tal, y no otro, que el que vos mismo habíais mandado. Y no haberlo hecho así, habría sido en mí desobediencia é ingratitude hacia vos y hacia vuestro amigo, cuyo afecto había sido el vuestro desde la niñez. En cuanto á la conspiración, no sé lo que es, ni lo sabría aunque me la pusiérais delante, pues no la conozco. Todo lo que conozco es que Camilo es un hombre honrado; pero por qué ha dejado la corte, ni los dioses mismos podrían decirlo si no supieran de ello más que yo.

LEONTES.—Sabíais su partida, así como lo que habéis intentado hacer en su ausencia.

HERMIONA.—Habláis, señor, un lenguaje que no comprendo. Mi vida está á merced de vuestras cavilaciones. Disponed de ella.

LEONTES.—Mis cavilaciones provienen de vuestros hechos. Habéis tenido de Polixenes una bastarda, y llamáis á eso cavilación mía. Como no os queda ningún sentimiento de pudor (y esto es común á las de vuestra especie) tampoco lo tenéis de veracidad; por lo cual lo que negáis tiene más fuerza aún que si lo

hubiéseis confesado. Y así como esa prole ha sido expulsada, no teniendo padre que la reclame (lo cual es más criminal en ti que en ella), así también has de sentir nuestra justicia, que no tiene castigo más suave para ti que la muerte.

HERMIONA.—No malgastéis, señor, vuestras amenazas, que yo misma anhele la muerte con que pensáis intimidarme. La vida en nada puede serme agradable. He perdido vuestro favor, que era todo el consuelo y orgullo mío, y el corazón me dice que lo he perdido para siempre, aunque no sé de qué manera. Mi segunda alegría, era mi primogénito, y me habéis apartado de él como cosa infecta. Mi tercer consuelo, nacida bajo funesta estrella, es arrancada de mi seno para arrojarla con la leche en los labios á ser víctima de un asesinato. Yo misma me veo difamada, excluida del lecho conyugal, y forzada á venir precipitadamente á este sitio al aire libre antes que pudiera restaurar mis fuerzas. Decid ahora, mi señor, ¿cuáles son las felicidades de mi vida, para que pueda temer la muerte? Obrad, pues; pero oíd, y no os equivoquéis. La vida no me importa ya nada, pero por mi honor (que quiero conservar sin mancha) si soy condenada por meras presunciones, y sin prueba alguna (excepto la caviliosidad de vuestros celos) os repito que eso no es ley sino tiranía. Á todos vosotros, señores, digo que me refiero en todo al oráculo. Que Apolo sea mi juez.

I.^{er} SEÑOR.—Esta demanda vuestra es enteramente justa. Que se traiga, pues, el oráculo en nombre de Apolo.

(Salen algunos oficiales.)

HERMIONA.—Fué mi padre emperador de Rusia. ¡Oh! si estuviera vivo y presenciara aquí el juicio de su hija! ¡Si viera cuán profunda desdicha es la mía! viéralo, sí, mas con ojos de piedad, no de venganza.

(Regresan los oficiales con Cleómenes y Dión.)

OFICIALES.—Jurad aquí, sobre esta espada de la jus-

ticia, que vosotros, Cleómenes y Dión, habéis estado en Delfos, y traído de allí este oráculo sellado; y que desde el instante de recibirlo no os habéis atrevido á violar el sagrado sello, ni á leer los secretos que contenga.

CLEÓMENES y DIÓN.—Así lo juramos.

LEONTES.—Romped el sello y leed.

OFICIAL (*leyendo*).—«Hermiona es casta. Polixenes inocente. Camilo un súbdito leal. Leontes es un tirano celoso: su inocente criatura es legítima; morirá sin heredero, si no se encuentra á la que ha sido abandonada.»

SEÑORES.—¡Bendito sea el gran Apolo!

HERMIONA.—¡Bendito sea!

LEONTES.—¿Has leído fielmente?

OFICIAL.—Sí, mi señor: tal como está aquí.

LEONTES.—No hay ni una partícula de verdad en el oráculo. Que continúe la sesión. Eso es falso.

(*Entra precipitadamente un criado.*)

CRIADO.—¿Dónde está mi señor? ¡El rey! ¡el rey!

LEONTES.—¿Qué hay?

CRIADO.—¡Oh, señor! ¡Cómo podré decirlo! El príncipe en la congoja y el temor de lo que pueda suceder á la reina...

LEONTES.—¿Cómo?

CRIADO.—¡Ha muerto! (*Hermiona se desmaya.*)

LEONTES.—Apolo está irritado. Los cielos mismos fulminan sus rayos contra mi injusticia. ¿Qué pasa?

PAULINA.—Esta noticia es mortal para la reina. Mirad, mirad ya la obra de la muerte.

LEONTES.—Llevala. Su corazón está abrumado, pero ya se restablecerá. Quizá creí harto ligeramente mis propias sospechas. Os ruego que le administréis afectuosamente los remedios que la restauren. Perdóname, Apolo (*salen Paulina y señoras, con Hermiona*) por haber blasfemado de tu oráculo! Me reconciliaré con

Polixenes; ganaré de nuevo el amor de mi reina: llamaré á Camilo, á quien tengo por honrado, sincero y misericordioso; pues cuando yo, arrastrado por mis celos á sangrientas ideas de venganza, lo escogí para envenenar á mi amigo Polixenes; él con mejor intento retardó el cumplimiento de mi mandato, á pesar de que le amenacé de muerte y le ofrecí recompensas para que no dejase de ejecutarlo. Lleno él de humanidad y de honor, reveló á mi real huésped el plan, y abandonó su alta posición y su fortuna aquí, para entregarse en brazos del incierto azar, sin más riquezas que su honra. ¡Cuánto resplandece al lado de mi culpa! ¡Y cuánto más negras parecen mis acciones al lado de su piedad!

(Vuelve á entrar Paulina.)



PAULINA.—¡Oh desventura! Desatad mis lazos, romped estas ligaduras antes de que mi corazón estalle bajo de ellas!

I.^{er} SEÑOR.—¿Qué acceso es este, buena señora?

PAULINA.—¿Qué refinados tormentos tienes para mí,

oh tirano? ¿Qué tortura, qué martirio, crueldades y sin piedad, como tuyos? Tu tiranía y tus celos, esos celos, imaginaciones pueriles indignas de un niño de nueve años!... ¡Oh! ¡Piensa en lo que has hecho! Y luégo vuélvete loco, sí, loco frenético; porque todas tus pasadas locuras no son sino pobres preludios de esta. El haber hecho traición á Políxenes no era nada: sólo mostraba cuán voluble, ingrato y delincuente eres; ni ha sido mucho que hubieras querido emponzoñar la honra del buen Camilo pretendiendo que asesinase á un rey. Delitos son estos que parecen poca cosa al lado de otros tuyos más monstruosos; y entre estos no es el mayor haber abandonado á tu pobre hija para que sea pasto de los buitres; aunque el mismo demonio habría sacado agua de las llamas antes que consumir semejante crimen. Nadie se atreverá á acusarte por el aciago fin del joven príncipe, cuya mente (¡ay! demasiado noble para su edad) comprendiendo que su bondadosa madre era ultrajada por un padre torpe é insensato, dejó que su corazón estallara de dolor! Nada de esto hace más terrible tu cuenta. Pero lo último... ¡Oh señores! ya os he dicho que claméis «¡oh desdicha!...» la reina, la más dulce, la más angelical y amada criatura, la reina ha muerto! Y todavía no ha caído la venganza sobre quien así la hizo víctima!

I.^{er} SEÑOR.—¡No permita el cielo tal desgracia!

PAULINA.—Os digo que está muerta: estoy pronta á jurarlo. Y si no vale la palabra ni el juramento, id y mirad. Si podéis devolver color ó lustre á sus labios y á sus ojos, calor á su piel, aliento á su pecho, yo os serviré como si fuérais dioses! Pero tú ¡oh tirano! no te arrepientas de estas cosas: son demasiado pesadas para que tus remordimientos puedan moverlas de encima de tu cabeza. Así pudieras pasar de rodillas mil años, desnudo, hambriento, en la más áspera monta-

ña, en medio de una eterna tempestad de invierno; jamás, jamás se moverían los dioses á dirigir una mirada al sitio donde estuvieras!

LEONTES.—Sigue, sigue. Nunca dirás demasiado. Merezco lo más amargo que pueda proferir boca humana.

1.^{er} SEÑOR.—No digáis más. Cualquiera que sea el curso de los sucesos, es delito vuestra audacia.

PAULINA.—Y de ella me arrepiento; como de toda falta que cometo, luego que me doy cuenta de ella. ¡Ay! harto mostré la ligereza de mi sexo! Veo que está conmovido en lo más íntimo de su corazón. Lo que ya se consumó, lo que no tiene remedio, no há menester lamentaciones. Os suplico que no os causen aflicción mis palabras; antes bien castigadme por haberos recordado lo que debíais olvidar. Ahora, mi buen señor y soberano, perdonad á una mujer enloquecida por el amor que tenía á vuestra reina. ¡Ah! loca de mí, no hablaré más de ella, ni de sus hijos, ni de mi propio esposo perdido también. Ejercitad, señor, vuestra paciencia; no diré una palabra más.

LEONTES.—Hablaste en razón puesto que no dijiste sino la verdad. Prefiero eso á ser compadecido por ti. Ruégote que me conduzcas adonde estan los cadáveres de mi reina y de mi hijo. Una misma tumba los reunirá; y aparecerán en ella las causas de su muerte, para perpetua vergüenza nuestra. Visitaré una vez cada día el sagrado asilo donde descansan sus cenizas, y allí derramaré mis lágrimas. Este será mi único solaz tanto tiempo cuanto la naturaleza lo resista. Ven: guíame á estos dolores. (Salen.)

ESCENA III.

Bohemia. Comarca desierta junto al mar.

Entran ANTÍGONO con la niña y un marinero.

ANTÍGONO.—¿Estás perfectamente seguro de que nuestro barco ha tocado las costas de Bohemia?

MARINERO.—Sí, mi señor; y mucho temo que hayamos llegado á mal tiempo; porque el firmamento parece amenazante y como si quisiera darnos qué hacer. Por mi conciencia, creo que el cielo está indignado del asunto que traemos entre manos y nos mira con aspecto ceñudo.

ANTÍGONO.—Cúmplase su sagrada voluntad. Vete á bordo y cuida de tu barco. Yo no tardaré en ir á tu lado.

MARINERO.—Daos toda la prisa posible; porque parece que vamos á tener tormenta. Y no os internéis demasiado en la costa, pues este sitio es famoso por los animales feroces que alberga.

ANTÍGONO.—Vé tú, que no tardaré en seguirte.

MARINERO.—Me alegro en el alma de salir de este negocio. *(Sale.)*

ANTÍGONO.—Ven, pobrecilla. He oído decir (aunque nunca lo he creído) que el espíritu de los que han muerto puede aparecer con vida; y si esto es verdad, el espíritu de tu madre se me apareció anoche, porque jamás tuve sueño tan semejante á la realidad. Vino hacia mí una forma femenina que volvía la cabeza ya á un lado, ya al otro. Nunca había visto yo una expresión de dolor más profunda y natural. Envuelta en blancas vestiduras, como si fuera la santidad en persona, se acercó a la cama donde yo yacía. Tres veces se inclinó delante de mí, y esforzándose por decir algo,

se llenaron sus ojos de ardientes lágrimas. Calmada un tanto, prorumpió en estas palabras:— « Buen Antigono: supuesto que el hado, contrariando tu mejor disposición, se ha valido de ti para arrojar en el abandono á mi pobre hija, según lo habías jurado, Bohemia te ofrece desierto asilo donde la dejes con sus sollozos y su llanto. Vé allí; y pues la pobre criatura es contada como perdida para siempre, te ruego que le dés por nombre *Perdita*. Y por la cruel tarea que te impuso tu soberano, nunca más volverás á ver á tu esposa Paulina.» Con lo cual, dando alaridos, se desvaneció en el aire. Pasada mi primera impresión de gran espanto, díme tiempo para reflexionar, y pensé que aquello es real y no un sueño. Los sueños son ilusión; pero cedo esta vez á su influjo, y doy crédito á éste: Hermiona ha sido condenada y ha sufrido la muerte; y Apolo, sabiendo que esta niña es hija de Políxenes, quiere que sea depositada, sea para vida ó para muerte, en la tierra de su padre. Que el cielo te ampare, pobre capullo. Quédate aquí (*poniendo á la niña en tierra*) y contigo tu filiación; y estas prendas (*colocando un lio atado junto á ella*) que pueden, si place á la fortuna, sustentarte y seguir siendo tuyas. Ya principia la tempestad. ¡Pobre huerfanilla! que por la falta de tu madre eres expuesta así á tantos azares! No puedo gemir; pero mana sangre el corazón, y soy en verdad un réprobo por verme obligado á esto por un juramento. ¡Adiós! El día se pone más y más sombrío, y va á arrullar tu sueño áspero rumor. Jamás he visto el cielo tan lóbrego de día. ¿Qué rugido salvaje? Ya es tiempo de volver á bordo... Me da caza! Soy perdido para siempre!

(*Sale perseguido por un oso.—Entra un viejo pastor.*)

PASTOR.—Quisiera que no mediara tiempo ninguno entre la edad de diez años y los veintitrés, ó pasar durmiendo los años juveniles. Porque en el intervalo

no se hace más que tratar con las malas mujeres, ofender á los mayores, robar y pelear. Porque ¿quién sino un muchacho de diez y nueve á veintidós se aventura á cazar con ese tiempo? Ya me han espantado y puesto en fuga á dos de mis mejores ove-



jas, y temo que primero las encuentren los lobos que el dueño; pero de hallarlas, sólo podrá ser cerca de la orilla del mar, mordiendo la yedra. Buena suerte me asista y hágase la voluntad del cielo. ¿Hola? ¿qué tenemos aquí? (*Levantando á la niña.*) Una niña! y lindísima, por cierto! De seguro que baila en esto alguna muchachuela. Yo no soy muy entendido en libros; pero puedo leer en esto que hay de por medio alguna muchacha de servicio. ¡Quién sabe! negocio de esca-

leras arriba, y cosa de tanto apuro que la pobre criaturita ha venido á parar aquí. La recogeré por piedad; pero estoy impaciente hasta que venga mi hijo. Hace apenas un instante que oía su voz. ¡Hola! Eh!

(*Entra el bufón.*)

BUFÓN.— ¡Oh! ¿Qué hay?

PASTOR.— ¿Tan cerca estabas? Si quieres ver una cosa de que tengas que hablar hasta después de muerto y apollado, ven. ¿Qué tienes, hombre?

BUFÓN.— He visto dos cosas, por mar y tierra, pero no puedo decir qué es mar y qué es cielo; porque ahora entre el uno y el otro no podríais hacer pasar ni la punta del cayado.

PASTOR.— ¿Pues qué ha sido, muchacho?

BUFÓN.— Hubiera querido que viéseis cómo se encrespaba y rugía y azotaba la playa! Pero esto no es lo principal. ¡Oh! los alaridos de aquellos infelices! Tan pronto los veía como desaparecían de la vista: ya el buque parecía tocar con sus mástiles al cielo, ya se hundía cubierto de espuma, y flotaba á merced de las olas como un corcho en un tonel. ¡Y luégo en la tierra!... ver cómo el oso le arrancaba el omóplato; y cómo aclamaba que le auxiliase, diciendo que se llamaba Antígono y que era noble! Pero para concluir con lo del buque, ¡qué era ver cómo el mar se lo tragaba! gritaban los infelices y el mar se burlaba de ellos, y el pobre caballero aullaba, y el oso se burlaba de él. Los alaridos de unos y otros vencían el ruido de la tempestad.

PASTOR.— ¡Qué desgracia! ¿Pero cuándo ha sido esto?

BUFÓN.— Ahora, ahora mismo. Desde que ví aquello no he podido apartar de allí los ojos. Los marinos apenas han tenido tiempo de enfriarse debajo de las aguas; y el oso aún no está á mitad de comida.

PASTOR.— ¡Cuánto siento no haber estado allí, para auxiliar al pobre hombre!

BUFÓN.—Mejor hubiera sido socorrer el barco. (*Aparte.*) Allí te hundías.

PASTOR.—¡Qué horror! ¡qué horror! Pero mira, muchacho. Mientras tú te encuentras con los que mueren, yo me doy de manos á boca con los que nacen. Aquí tienes algo que ver. Un canastillo para la hija de un caballero! Mira bien y levanta y abre eso. Veamos lo que contiene. Alguna vez me dijeron que yo debería mi fortuna á las hadas. Esto ha de ser algún hallazgo: ábrelo. ¿Qué hay?

BUFÓN.—Pues en tus vejezes das con la fortuna; si Dios te perdona tus pecados, puedes darte ahora la gran vida. Todo esto es oro! todo es oro!

PASTOR.—Oro de las hadas, muchacho, y ya verás como es así. Arriba con ello y guárdalo bien. Vamos a casa y por el camino más corto. Felices somos, muchacho, y para continuar siéndolo no necesitamos más que guardar el secreto. Deja que se vayan las ovejas y apresurémonos á volver á casa.

BUFÓN.—Id vos con vuestros hallazgos por el sendero inmediato, que yo voy á ver si ya ha dejado el oso al caballero y qué parte de él se ha comido. El oso no es temible sino cuando está hambriento. Si algo queda del pobre hombre, lo sepultaré.

PASTOR.—Buena acción es esta. Si por los restos que encuentres de él puedes discernir quién haya sido, déjame verlos.

BUFÓN.—Así lo haré; y entonces me ayudaréis á enterrarlo.

PASTOR.—Es un día afortunado para nosotros, muchacho; y haremos gran negocio. (*Salen.*)



ACTO IV.

Entra el TIEMPO.

TIEMPO.

Yo, que suelo complacer á algunos, y pongo á prueba á todos, siendo alegría y terror para buenos y malos; yo que engendro el error y lo revelo; quiero ahora, en uso de mi prerogativa, servirme de mis alas. No atribuyáis á delito que en mi veloz carrera salte diez y seis años, sin detenerme á exhibir lo que pasó en el transcurso de ellos; pues está en mi poder derribar leyes, y en un instante abolir viejas costumbres y plantar otras nuevas. Dejadme ser, pues, lo que siempre fui, desde antes que se estableciera el orden más antiguo ó se pensara en el que hoy existe. Y ahora como entonces, fiel á mi leyenda, deslustraré lo que hoy brilla y relegaré á lo pasado lo que predomina ahora. Contando con vuestra indulgencia, doy vuelta, pues, á mi reloj, y muestro mi panorama como si hubiéseis estado dormidos en todo el intervalo. Curado ya Leontes de sus celos, y tan apesadumbrado por haberlos tenido, que vive en un encierro, imaginad,

amados espectadores, que estoy ahora en la hermosa Bohemia, y acordaos que mencioné á un hijo del rey, á quien doy por nombre Florizel. Con igual presteza exhibiré á Perdita, crecida con maravillosa gracia y hermosura; pero no profetizaré lo que debe acontecerle. Ahora es hija de un pastor, y veréis desenvolverse lo que la concierne, y sus consecuencias. Permittedme este juego, si antes empleasteis peor el tiempo; y si no, creed que el Tiempo mismo desea que nunca lo gastéis en peores cosas. *(Sale.)*

ESCENA I.

Bohemia. Habitación en el palacio de Políxenes.

Entran POLÍXENES y CAMILO.

POLÍXENES.—Ruégote, buen Camilo, que no insistas con tanta tenacidad. Negarte algo, es para mí un sufrimiento; concederte esto, sería la muerte.

CAMILO.—Diez y seis años han transcurrido sin ver mi patria; y aunque temprano me acostumbré á viajar por el extranjero, deseo que descansen mis huesos en la tierra de mis antepasados. Además, el penitente rey, mi señor, ha enviado por mí; y puedo dar algún alivio á los pesares de su arrepentimiento, ó á lo menos así lo pienso. Este es un aliciente más á mi partida.

POLÍXENES.—En nombre del afecto que me tienes, no suprimas el resto de tus servicios dejándome. Tu propia bondad te ha hecho necesario, y habría preferido no tenerte á verme obligado á perderte ahora. Servicios prestas que ningún otro habría podido desempeñar; y por tanto es preciso que permanezcas aquí para ejecutar los trabajos por ti iniciados, y no dejes que con tu ausencia desaparezcan, ni borres con tu propia mano esos servicios. Si no los aprecié bas-

tante (y nunca los podré apreciar demasiado), haré especial estudio de ser más agradecido, y mi ganancia será el aumento de tu amistad. De esa funesta tierra de Sicilia te ruego que no me hables más. Su solo nombre me recuerda al que llamas penitente y reconciliado rey, mi hermano; la pérdida de cuya esposa é hijos es de lamentar aún ahora. Dime: ¿cuándo viste al príncipe Florizel, mi hijo? Los reyes no son menos infelices cuando su descendencia es digna de censura, que cuando la pierden después de conocidas sus virtudes.

CAMILO.—Hace tres días, señor, que ví al príncipe. Ignoro cuáles sean ahora sus felices ocupaciones; pero he notado con sentimiento que de poco tiempo á esta parte está muy retraído de la corte, y frecuente mucho menos sus habituales ejercicios que antes.

POLÍXENES.—Lo mismo observé, Camilo, y con no poco cuidado; tanto, que empleo en mi servicio personas que observen sus acciones. Por ellas sé que apenas se separa de la casa de un rústico pastor, hombre, según se dice, que ha pasado de la nada á una posición tan opulenta, que apenas parece comprensible.

CAMILO.—He oído, señor, algo acerca de ese hombre. Tiene una hija extraordinariamente notable, cuya reputación es más extensa de lo que cabe esperar de tan humilde origen.

POLÍXENES.—De ella también se ocupan mis noticias; pero temo el anzuelo que atrae allí á mi hijo. Nos acompañarás á ese sitio. Allí, ocultando lo que somos, hablaremos con el pastor, de cuya sencillez creo que no será difícil obtener la causa de la presencia de mi hijo en ese lugar. Te suplico que te asocies á mí en esta investigación, y déjate de pensar en Sicilia.

CAMILO.—Obedezco de buen grado vuestro mandato.

POLÍXENES.—¡Mi excelente Camilo! Conviene que tomemos un disfraz.

(*Salen.*)

ESCENA II.

Un camino cerca de la casa del pastor.

Entra ANTÍLOCO cantando.

ANTÍLOCO.—«Florece los narcisos; danza la niña en los valles; así se anuncia la primavera. Todo se rejuvenece y colora en los pálidos dominios del invierno; ya blanquea la tela, tendida sobre el vallado; ya cantan las aves y el apetito aguza mis dientes. Un cuartillo de cerveza es para mi néctar divino.....»

Criado fui del príncipe Florizel, y vestí un tiempo su librea... pero ya dejé de servirle... ¿Mas he de lamentarme por eso?... Brilla la luna por estos vericuetos y por ellos voy más directamente á la fortuna... Si hasta á los caldereros se les permite ejercer su industria, con su delantal de cuero, bien puedo legitimar mi oficio, y alistarme entre los mercaderes. Mi tráfico consiste en trapos. ¡Ojo á la ropa, mujeres! Antiloco me llamó mi padre; nacido bajo Mercurio, solía ser inclinado á escamotear perdidas baratijas. Á vueltas de dados me compré estas vestiduras, y es mi renta la astucia. No me gusta ejercer la profesión en camino público, porque suele costar sendas palizas y además la horca; cosas que me inspiran sumo respeto, y aun terror; porque en cuanto á la vida futura, nunca se me ha ocurrido acordarme de ella. ¡Una presa! ¡Una presa!

(Entra un Pastor.)

PASTOR.—Vamos á ver: cada once corderos dan veintiocho libras de lana; cada veintiocho libras hacen una libra esterlina y un chelín. Mil y quinientos vellones ¿cuánto valen?

ANTÍLOCO (*aparte*).—Si no hay tropiezo, no te me escaparás.

PASTOR.—No puedo sacar la cuenta sin los números. Veamos. ¿Qué es lo que tengo que comprar para nuestra fiesta? Tres libras de azúcar; cinco libras de uvas confitadas.... arroz; ¿qué querrá hacer mi hermana con arroz? Pero mi padre había encomendado el arreglo de la fiesta, y esto es lo que pide. Me encarga veinticuatro ramilletes para los trasquiladores; todos muy buenos cantores. Pero hay entre ellos un puritano que canta salmos con acompañamiento de zampoñas. Debo traer azafrán para dar color á los pasteles; dátiles, nueces, cuatro libras de ciruelas y otros tantos racimos de lo mejor.

ANTÍLOCO (*revolvándose por el suelo*).—Ay! ¡ Oh! Maldito el día que nací!



PASTOR.—Por vida mía! ¿Qué es eso?

ANTÍLOCO.—¡ Oh! ¡ socorro! ¡ socorro! Arrancadme estos harapos, y dejad luégo que muera. ¡ Oh, la muerte! la muerte!

PASTOR.—¡ Pobre infeliz! Parece que más bien nece-

sitas algunos harapos más y no quitarte los que tienes.

ANTÍLOCO.—¡ Oh señor! Su fetidez me ofende más que los golpes que he recibido, y esto que fueron duros y á millones.

PASTOR.—Pues, pobre de ti, con un millón de golpes ya estarías caminito del cementerio.

ANTÍLOCO.—Me han robado, señor, y me han llenado de golpes. Se llevaron mi dinero y mis vestidos, y luégo me pusieron estos abominables trapos.

PASTOR.—¿ El ladrón iba á pié ó á caballo?

ANTÍLOCO.—Á pié.

PASTOR.—Á pié iría cuando te dejó estos andrajos; que si fueron manto de caballero mal negocio hizo. Vamos: dame tu mano, te ayudaré á levantar. Dame tu mano.

(*Le ayuda á levantarse.*)

ANTÍLOCO.—¡ Ah! sois compasivo!

PASTOR.—¡ Pobre mozo!

ANTÍLOCO.—¡ Oh! Con cuidado, señor, con cuidado! Me parece que tengo dislocada la espalda.

PASTOR.—Bien ¿ y ahora? ¿ Puedes tenerte en pié?

ANTÍLOCO.—Con cuidado, señor. (*Le roba el bolsillo.*) Con cuidado. ¡ Ah, señor! Me habéis socorrido.

PASTOR.—¿ Necesitas dinero? Puedo darte unas monedas.

ANTÍLOCO.—¡ Oh, no, mi bondadoso señor! Os ruego que no. Un pariente mío vive á poco más de media milla de aquí, y á su casa me encaminaba. Allí tengo dinero y cuanto pueda necesitar. No me ofrecáis dinero, no: sentiría que me lo diérais.

PASTOR.—¿ Qué especie de mozo es el que te ha robado?

ANTÍLOCO.—Uno, señor, que he visto vagando por estos alrededores y entretenido en malos juegos. Sé que fué criado del príncipe; pero ignoro por cuál de sus virtudes lo echaron de la corte á latigazos.

PASTOR.—Sus vicios, quieres decir. En la corte

no se castiga ninguna virtud; antes se la favorece.

ANTÍLOCO.—Vicios quise decir, señor. Conozco bien á ese hombre. Ha sido saltimbanco, procurador ó alguacil, luégo daba funciones de títeres, y se ha casado con la mujer de un calderero, á una milla corta de mi tierra y hogar. Ha tenido multitud de profesiones, y al fin tomó la de bribón. Dicen que se llama Antíloco.

PASTOR.—¡Maldito sea él! Es un bellaco, por vida mía, un pillo. Siempre anda rondando las ferias y lugares de mucha concurrencia y diversión.

ANTÍLOCO.—Muy cierto, señor; pues ese es el bribón que me ha puesto de esta traza.

PASTOR.—En toda Bohemia no hay bellaco más cobarde que ese. Si te hubieras mostrado enérgico y le hubieses escupido el rostro, habría echado á correr.

ANTÍLOCO.—Confieso que no soy hombre de armas tomar; y que por ese lado el corazón no me ayuda. Sin duda que él lo conocía.

PASTOR.—¿Y cómo te sientes ahora?

ANTÍLOCO.—Mucho mejor. Puedo tenerme bien y podré caminar. Con que, me despido de vos y me largo aunque sea despacio á casa de mi pariente.

PASTOR.—¿Quieres que te acompañe?

ANTÍLOCO.—No, mil gracias, mil gracias.

PASTOR.—Pues entonces, adiós. Tengo que ir á comprar provisiones para nuestra fiesta.

ANTÍLOCO.—¡Que el cielo os favorezca! (*Sale el Pastor.*) No comprarás mucho con lo que te queda en la bolsa. Tambièn estaré en esa fiesta. Si no hago que este escamoteo prepare el camino para otro, quiero que mi nombre sea borrado del registro de los ladrones é inscrito en el libro de la virtud! (*Sale.*)

ESCENA III.

Bohemia.—Cabaña de un pastor.

Entran FLORIZEL y PERDITA.

FLORIZEL.—Vuestro tocado parece dar nueva vida á toda vuestra persona. Nadie diría que fuéseis ya una zagala, sino Flora resplandeciendo en pleno Abril. Esta fiesta es como asamblea de dioses menores, y vos sois la reina de ella.

PERDITA.—Mi bondadoso señor, no me cumple admitir tales extremos de parte vuestra. Tan elevada persona como vos, símbolo de bondad y grandeza en el país, se oscurece llevando el traje de un labriego; así como yo, pobre humilde doncella, no puedo parecer sino una zagala disfrazada de diosa. Pero como suele sazonar nuestra fiesta un grano de locura, y cada cual se complace en ello, no tendré que ruborizarme de veros en ese traje, ni yo de mirarme al espejo.

FLORIZEL.—¡Bendigo la hora en que á mi buen halcón se le antojó volar por las tierras de vuestro padre!

PERDITA.—Quiera Júpiter que tengáis motivo para ello. Por mi parte, esta gran diferencia de condiciones me llena de temor; temor que no comprendéis, porque vuestra grandeza no está acostumbrada á sentirlo. Ahora mismo tiemblo á la idea de que vuestro padre, por cualquier acaso, pueda venir por aquí, como vos. ¡Oh hados! ¿Y qué pensaría de ver su noble obra ligada á tanta inferioridad? ¿Qué diría? ¿Ni cómo podría yo, envuelta en este disfraz, contemplar la severidad de su presencia?

FLORIZEL.—Deja los malos pronósticos. Hasta los mismos dioses humillando su divinidad ante el amor, se han revestido con formas de animales. Júpiter se



H. KASEBERG sc.

Perdita y Dorcas

THE
MUSEUM OF
ART AND HISTORY

convirtió en toro, Neptuno en cordero, y el rubio Apolo en pastor, como yo ahora. Y nunca esas transformaciones fueron causadas por tan rara belleza, ni con intento tan puro; porque mis deseos no atropellan el honor, ni antepongo mis instintos á mi fe.

PERDITA.—Pero ¡oh, mi querido señor! vuestra decisión será insostenible, cuando á ella se oponga, como tiene que suceder, la autoridad del rey! Y no quedará más que la inevitable alternativa de que mudéis de propósito, ó cese yo de vivir.

FLORIZEL.—Te ruego, amada Perdita, que no acibares con estos cavilosos pensamientos el regocijo de la fiesta. Seré tuyo, hermosa mía, ó no seré de mi padre; porque si no puedo ser tuyo, no seré mío, ni seré de nadie. Y en esto no vacila mi constancia, aunque el destino diga que no. Ea! Alégrate, hermosa, y distrae tu mente con los objetos que tienes á la vista. Mira; ya llegan tus huéspedes. Anima tu semblante, como si estuviéramos ya en el día de las bodas que ambos hemos jurado celebrar.

PERDITA.—¡Oh! Quiera la diosa Fortuna sernos propicia!

(Entran el Pastor, con Polixenes y Camilo disfrazados, el Bufón, Mopsa, Dorcas y otros.)

FLORIZEL.—Ya se aproximan vuestros convidados. Procurad entretenerlos alegremente, y coloree el rostro el regocijo.

PASTOR.—¡Hija! Cuando vivía mi vieja esposa, en tal día como hoy, era despensera, repostera, cocinera; señora á un tiempo y criada; daba á todos la bienvenida; servía á todos; entonaba su canción y bailaba su danza; tan pronto á la testera de la mesa como en medio: ya junto al hombro de éste, ya junto al de aquel; con la cara encendida de fatiga, y brindando alegre por sus convidados. Pero tú te retraes como si fueras la festejada y no la directora de la fiesta. Va-

mos: vé á saludar á estos desconocidos amigos; porque el mejor modo de que lo sean consiste en conocerlos. Déjate de rubores y preséntate como lo que eres: como la señora de la casa. Invítanos á la fiesta, que ya verás cómo ha de prosperar tu rebaño.

PERDITA (á *Polixenes*).—Señor, bienvenido seáis. Á mi padre place que yo me encargue de obsequiar á mis convidados. (A *Camilo*.) Recibid mi bienvenida, señor. Dame aquellas flores, *Dorcas*. Venerables señores: éstas conservan su color y su aroma todo el invierno. Sean para ambos como un grato recuerdo del placer con que os acogemos.

POLÍXENES.—Zagala (y muy bella en verdad) bien se acuerdan con nuestra edad las flores de invierno.

PERDITA.—Señor: el año declina, pero aún no ha expirado el verano ni asoma el invierno. Así las mejores flores de la estación son únicamente las que llaman: «bastardas de la naturaleza.» Nuestro rústico jardín no las tiene, ni yo me cuidaría de tenerlas.

POLÍXENES.—¿Y por qué les dais tan poco valor, hermosa zagala?

PERDITA.—Porque he oído decir que son ingertos, hijos de un arte que compite con la naturaleza.

POLÍXENES.—En verdad, ese arte existe; pero no hay medio alguno de mejorar lo que hace la naturaleza, si esta misma no suministra ese medio. El arte de que habláis, es ayudado de la naturaleza misma. Así, veis, gentil niña, que unimos individuos de una especie animal salvaje, con otros de más noble índole; y que el ingerto de un noble botón con otro más vulgar, se advierte en lo áspero de la corteza. Arte es que corrige la naturaleza, ó la transforma mejor dicho; pero el arte en sí mismo es naturaleza también.

PERDITA.—Es verdad.

POLÍXENES.—Pues entonces enriqueced vuestro jardín con esas flores y no las llaméis bastardas.

PERDITA.—No me gusta esa labor, como no gusto de colores postizos con el objeto de agradar á este mancebo, é inspirarle el deseo de unirse conmigo. Aquí tenéis gran copia de flores para vosotros: estas crecen en pleno verano y entiendo que son las que se ofrecen á hombres de edad madura, ni jóvenes ni viejos.

CAMILO.—Imagino que si yo fuera de vuestro rebaño, me olvidaría de pacer, por contemplaros.

PERDITA.—Y así os pondría tan flaco, que el viento del invierno os penetraría hasta los huesos. En cuanto á vos, mi mejor amigo, desearía tener algunas flores de primavera, como adecuadas á vuestra edad. Pero no hay tantas como yo quisiera para tejer en guirnaldas, amado amigo mío, y cubriros con ellas.

FLORIZEL.—¿ Como en un ataúd ?

PERDITA.—No, sino como en el lecho de flores donde el amor se reclina y goce; y donde en vez de morir reviva entre mis brazos. Vamos: me parece que estoy declamando como en las pastorales que representan á veces por la Pascua. Seguramente este disfraz que llevo ha mudado mi natural condición.

FLORIZEL.—Cuanto hacéis y decís parece excelente, y gana con ser vos quien lo hace. Habláis, amada mía, y sólo deseo escucharos de nuevo: cantáis y quisiera que todo lo hiciérais cantando. En la danza desearía veros convertida en onda del océano, para que no hiciérais más que moveros. Y en cuanto hacéis, hallo tan particular belleza, que la menor gracia vuestra paréceme corona de las demás.

PERDITA.—¡ Oh Doricles! Tan excesivos son estos elogios, que á no conocer vuestra lealtad y generosa sangre, temería que vuestro ingenio quisiera ganarme por mal sendero.

FLORIZEL.—Ni hay causa de temor en vos, ni intento en mí que lo justifique. Pero venid, os ruego: vamos

á danzar. Dadme la mano y estemos así juntos como dos tórtolas que no han de separarse jamás.

PERDITA.—Sería capaz de jurarlo.

POLÍXENES.—Es la más linda villana que haya corrido alguna vez por una pradera. Nada hace que no parezca llevar un sello superior á su condición. Es demasiado noble para este lugar.

CAMILO.—Algo le dice él que la hace salir los colores á la cara. Se puede jurar que es la reina de los pastores.

BUFÓN.—Ea ! ¡ Música ! ¡ música !

DORCAS.—Mopsa debe ser vuestra pareja.

MOPSA.—Ahora, y guardad bien el compás.

BUFÓN.—Ni una palabra más, ni una sola. Pero ¡ mucha compostura ! ¡ mucha compostura ! Principiemos de una vez. (*Música. Aquí, baile de zagales y zagalas.*)

POLÍXENES.—Decidme, buen pastor, ¿quién es aquel gentil labrador que baila con vuestra hija ?

PASTOR.—Le llaman Doricles y se jacta de ser bien nacido ; y aunque lo sé por él mismo, lo creo... su porte lo atestigua. Dice que ama á mi hija, y pienso que es así : porque nunca se miró la luna en el agua tanto como él en los ojos de mi hija, como leyendo en ellos. Y para ser franco, creo que no hay la mitad de un beso de diferencia entre lo que cada uno ama al otro.

POLÍXENES.—La niña baila con mucha gracia.

PASTOR.—Con gracia lo hace todo. Aunque es mejor no hablar de lo que debería ser callado, lo cierto es que si el joven Doricles se casa con ella, algo encontrarán que no presumen. (*Entra un criado.*)

CRIADO.—¡ Si viérais al mercader ambulante que está á la puerta, no volveríais á bailar al són de la zampoña. Canta muchas y varias canciones en menos tiempo que vos contáis monedas. Si no parece sino que ha comido baladas ! Los hombres se vuelven todo ojeas por oírle.

BUFÓN.—Pues no podía venir más á punto. Hazle entrar. No hay cosa que me guste tanto como una balada, sobre todo si el asunto es plañidero y el canto alegre, ó es alegre y se le canta como una lamentación.

CRiado.—Tiene canciones para hombre ó mujer, de todos tamaños. No hay modista que ajuste tan bien un par de guantes á sus parroquianos. Canta algunas muy lindas para doncellas y nada licenciosas; que es lo raro (1).

POLÍXENES.—Pues es un excelente mozo.

BUFÓN.—Por lo que dices, este hombre es extraordinario. ¿Y no trae algunas mercancías nuevas?

CRiado.—Lleva cintas de todos los colores del arcoiris; y puntos (2), más que todos los leguleyos de Bohemia, aunque se junten por centenas. Y vocea cada cosa que vende, como si fuera un dios ó una diosa; de manera que se diría que un corpiño es un ángel femenino.

BUFÓN.—Pues haz que venga cantando.

PERDITA.—Prevenle que no use palabras impropias en sus tonadas.

BUFÓN.—Hay saltimbanquis de estos que tienen más seso de lo que podrías pensar, hermana.

PERDITA.—Si no lo pienso, hermano mío, me inclino á pensarlo. *(Entra Antiloco cantando.)*

ANTÍLOCO.—Las telas blancas como la nieve,
 más que los cuervos negro el crespón,
 guantes que ciñen la mano breve,
 nunca se ha visto cosa mejor.

—
 Hay antifaces para la cara,
 collares de ámbar, y adornos mil.

(1) Siguen aquí, algunos nombres y versos de canciones que hemos creído conveniente suprimir.

(2) Equívoco que no tiene traducción.

Broches, pulseras, cuanto soñara
para sus galas niña gentil.

—
Pomos de esencias, de ricas flores
y finos polvos de tocador.
comprad, doncellas; comprad, señores,
nunca se ha visto cosa mejor.

BUFÓN.—Si no estuviera enamorado de Mopsa, no me sacabas tú un sueldo; pero, siendo cautivo de ella, cautivos han de ser algunos cintajos y guantes.

MOPSA.—Me los prometiste para la vigilia, pero nunca es tarde cuando llega.

DORCAS.—Más os prometió si no miente la fama.

MOPSA.—Y á vos os ha dado más de lo prometido, mucho más... algo que os costaría devolverle.

BUFÓN.—Pero, muchachas, ¿qué estáis hablando?... ¡Qué se hizo del decoro!... No podéis aguardar á la hora de acostaros ó de ir á la fuente, para sacar los trapitos al sol, y no que venís aquí á charlar delante de estos señores? Fortuna que están embebidos en sus compras... ¡Vaya... chitón!

MOPSA.—Bueno, ya callo... Pero conste que me prometiste un lazo y un par de guantes perfumados...

BUFÓN.—¿Pero no te dije cómo me habían desbaliado y dejado sin un cuarto por el camino?

ANTÍLOCO.—Oh sí; rondan muchos pillos por esos vericuetos, y hay que abrir los ojos.

BUFÓN.—No temas; aquí no te robarán nada.

ANTÍLOCO.—Así lo espero; llevo el cofre repleto de mercancías.

BUFÓN.—Y canciones ¿verdad?

MOPSA.—¡Ah!... Cómprame algunas... Una triste quisiera; estas suelen ser verdad.

ANTÍLOCO.—Aquí traigo una muy triste, muy triste... la historia de la mujer de un alguacil, que enfermó de

haberse echado á cuestras veinte cofres llenos de dinero, y de cómo le dió el antojo de comer cabezas de serpientes y sapos fritos.

MOPSA.—¿Y eso es verdad, decís?

ANTÍLOCO.—Y tan verdad como es; no hará un mes que ocurrió el lance.

DORCAS.—¡Librenme los dioses de casarme con un alguacil!

ANTÍLOCO.—Aquí dice el nombre de la comadrona; cinco ó seis mujeres fueron también testigos del hecho. ¿Por qué había yo de mentir?

MOPSA.—Cómprala,... cómprala.

BUFÓN.—Vaya; échala á un lado; vengan otras, que mercaremos más.

ANTÍLOCO.—Esta es otra historia y balada de un pez prodigioso que ha parecido en la costa, el miércoles del ochenta de Abril, á cuatro mil brazas de fondo, el cual cantó esa balada á las muchachas crueles. Dicen que es una mujer transformada en pez por haberse mostrado dura con uno que estaba muy enamorado de ella. La balada es muy patética, y toda verdad.

DORCAS.—¿También lo creéis?

ANTÍLOCO.—Que si lo creo! ahí veréis que lo certifican cinco jueces de paz y más testigos que caben en mi cofre.

BUFÓN.—Echadla á un lado.

ANTÍLOCO.—Aquí tengo otra muy graciosa y divertida, que es de las más lindas.

MOPSA.—¡Á ver!... ¡á ver!... una muy divertida.

ANTÍLOCO.—Esta es de lo más divertido que corre, y se canta como la de: *Dos niñas amaban á un muchacho*. Ya no hay doncella que no la cante; me la arrebatan de las manos.

MOPSA.—Cantémosla los dos; si queréis hacer el tercero; vamos allá; tiene tres partes.

DORCAS.—Pero si esto se cantaba ya un més atrás...

ANTÍLOCO.—Yo cantaré mi parte; es mi oficio; á ver cómo cantáis la vuestra.

CANCIÓN.

ANTÍLOCO.—«Salid, salid, que debo largarme; ¿dónde de?... no habéis de saberlo...»

DORCAS.—«¿Dónde?»

MOPSA.—«¿Dónde?»

DORCAS.—«¿Dónde?»

MOPSA.—«Jurasteis confiarme todos vuestros secretos.»

DORCAS.—«Y á mí también; dejad que os acompañe.»

MOPSA.—«Vas á la granja ó al molino?»

DORCAS.—«Si vas á la granja, mal; si vas al molino, peor.»

ANTÍLOCO.—«Ni á la una, ni al otro.»

DORCAS.—«Cómo, ni á la una ni al otro?»

ANTÍLOCO.—«Ni á la una ni al otro.»

DORCAS.—«Juraste que me amarías.»

MOPSA.—«Y á mí me juraste mucho más. Con que dime dónde vas, dímelo.»

BUFÓN.—Bien: vamos á otro lado con tus paquetes, y allí examinaremos las baladas y todo. Mi padre y aquel caballero están empeñados ahora en grave conversación. Seguidme y compraré algo para las niñas. Quiero ser el primero. Ea! Vamos, niñas. *(Salen.)*

ANTÍLOCO.—Ya pagarás tú por ellas.
(Vuelve á cantar como cuando entró, luego se va con Mopsa y Dorcas y llega un criado.)

CRIADO.—Aquí están tres carreteros, tres pastores, y guardadores de cerdos y cabras que se han cubierto de pelo y se dan el nombre de *sáltiros* (1), que vienen á bailar; dicen las muchachas que su danza es una de

(1) Sátiros.

cabriolas y piruetas muy divertida y que ha de gustar, como no reviente alguno acostumbrado á otros bailes más pesados.

PASTOR.—Déjalos, que no queremos verlos; bastantes locuras se han hecho. Quizás os fastidiamos ya, señor.

POLÍXENES.—Nosotros estamos fatigando á los que nos divierten; veamos á esos danzarines.

CRIADO.—Tres de ellos, según dicen, bailaron delante del rey; el menos saltarín salta de un brinco á una altura de doce piés cuadrados.

PASTOR.—Basta de charla; puesto que es del gusto de los señores, que pasen y que despachen pronto.

CRIADO.—Ya están aquí.

(*Entran doce pastores disfrazados de sátiros, bailan y se van.*)

POLÍXENES (*aparte*).—¡Oh padre mio! ya veréis el fin de todo esto. ¿No estarán ya hartos adelantados? Ya es tiempo de separarlos. (*A Florizel.*) Y bien, gallardo zagal, ¿cómo va ahora? Como si vuestro corazón estuviera preocupado por algo que os aleja de la fiesta. Á fe que cuando yo era joven, me creía obligado á cargar de presentes á mi bella, y habría vaciado todos los paquetes del mercader para ofrecérselos. Pero vos lo habéis dejado marcharse sin comprar cosa alguna. Si vuestra pretendida se fijase en esto, diría que es falta de afecto ó de generosidad, y os veríais apurado en la respuesta, si tenéis á pechos el que ella se muestre contenta.

FLORIZEL.—Anciano: sé que ella no da valor alguno á esas baratijas. Los dones que ella espera de mí están atesorados en mi corazón; y ya se los he dado, aunque no lo entregué todavía. Y pues este anciano señor parece haber amado alguna vez, oídme concentrar en mis palabras toda la esencia de mi vida. Tomo tu mano: esta mano suave como la pluma de la tórto-

la, blanca como el marfil ó como la nieve acumulada por los inviernos.

POLÍXENES.—¿Y qué más? ¡Qué bonitamente acaricia y pule el zagal esa mano que ya de suyo estaba muy limpia. Os he interrumpido. Pero vamos á estas protestas. Deseo oír lo que os proponéis.

FLORIZEL.—Oídlo y sed testigo.

POLÍXENES.—Y mi vecino también.

FLORIZEL.—También él, y más que él y que los hombres, la tierra, el cielo, todo. Si tuviera que ser yo coronado como monarca y digno de esa alta dignidad: si fuera el más hermoso joven que jamás hubieran contemplado los ojos: si en fuerza y en ciencia aventajara al primero de cualquiera época, sin el amor de ella no daría á esos bienes valor alguno: por ella los emplearía todos, y los aceptaría ó rechazaría según que fueran ó no convenientes á su dicha.

POLÍXENES.—Franca y rica oferta.

CAMILO.—Y revela un afecto sincero.

PASTOR.—Pero, hija mía, ¿le dices tú lo mismo?

PERDITA.—No puedo hablar tan bien como él, no, ni con mucho; ni tener propósitos mejores. Juzgo de la pureza de sus pensamientos por la de los míos.

PASTOR.—Pues daos las manos, y asunto arreglado. Y sed testigos vosotros, amigos, de que le doy mi hija, y que haré su dote igual á la de él.

FLORIZEL.—¡Oh! Eso no puede ser sino con las virtudes de vuestra hija; porque cuando haya muerto alguien, tendré más de lo que podríais imaginar ahora: bastante para que os admiréis. Pero, vamos: celebrad el contrato en presencia de estos testigos.

PASTOR.—Pues bien: dadme vuestra mano; y tú la tuya, hija mía.

POLÍXENES.—Aguardad un instante, buen pastor, os lo ruego. ¿Tenéis padre?

FLORIZEL.—Sí; pero ¿qué?

POLÍXENES.—¿Y sabe él esto?

FLORIZEL.—No: ni lo sabrá.

POLÍXENES.—Pues me parece que en las bodas de un hijo, el primer invitado ha de ser el padre. Permitid otra pregunta. ¿Llegó vuestro padre á ser incapaz de ocuparse en asuntos razonables? ¿La edad ó las enfermedades le han convertido en estúpido ó idiota? ¿Puede oír, ver, distinguir un hombre de otro, y defender su propiedad? ¿Está paralizado en un lecho, ó ha caído en la segunda infancia?

FLORIZEL.—No, mi buen señor. Goza de toda su salud, y tiene más vigor, por cierto, que la mayor parte de los hombres de su edad.

POLÍXENES.—Pues siendo así, por mi barba cana, que le inferís un agravio indigno de un hijo. Es razón que un hijo escoja una esposa para sí; pero no lo es menos que en tal asunto se consulte al padre; como que toda su dicha consiste en tener una digna descendencia.

FLORIZEL.—Todo esto es verdad; pero por otras razones, mi grave señor, que no os es dado saber, no quiero participar este asunto á mi padre.

POLÍXENES.—Dejadle que lo sepa.

FLORIZEL.—No lo sabrá.

POLÍXENES.—Os ruego que le habléis.

FLORIZEL.—No, no ha de ser.

PASTOR.—Dejad ~~que~~ lo sepa; que no ha de tener por qué afligirse de ~~vuestra~~ elección.

FLORIZEL.—Es ~~necesario~~ que lo ignore. Vamos, vamos: que conste ~~nuestro~~ contrato.

POLÍXENES (*Descubriéndose*).—Que conste vuestro divorcio, mozo, á ~~quien~~ no me atrevo á llamar hijo. Tan bajo caíste que no puedo reconocerte. Tú, heredero de un cetro, te agachas á recoger un cayado. En cuanto á ti, viejo traidor, sólo siento que haciéndote ahorcar

apenas te quitaría una semana de vida. Y tú, acabada muestra de hechicería, necesariamente habías de saber qué regio imbécil estabas atrapando.

PERDITA.—¡Oh! ¡Corazón mío!

POLÍXENES.—Haré que tu belleza sea arañada y desfigurada, hasta que se vuelva tan repugnante como tu propia condición..... Obcecado muchacho, si jamás llego á saber que has dado siquiera un suspiro por no haber vuelto á ver á esta muñeca (y cuenta con que nunca volverás á verla) te excluirémos de nuestra sucesión, y no te reconoceremos por hijo, no, ni como ligado á Nos por el más remoto parentesco. Ten bien presentes mis palabras. Síguenos á la corte. Tú, vejete, aunque merecedor de nuestra reprobación, quedas por ahora libre del golpe de muerte que debia caer sobre ti. Y tú, hechicera, digna por cierto de un labriego; si alguna vez se abre este rústico umbral para el que deshonorando mi sangre se hace hasta indigno de ti; si alguna vez lo atraes á tus brazos, yo encontraré para ti una muerte tan cruel como se pueda inventar. (Sale.)

PERDITA.—Ya se ha frustrado todo aquí mismo. Pero á mí no me asustó ese hombre, y aun estuve una ó dos veces á punto de decirle, que el sol que brilla sobre su palacio no se cubre la faz para negar su luz á nuestro hogar, sino que tanto alumbra al uno como al otro. (*A Florizel.*) ¿Queréis, señor, tener la bondad de retiraros? Ya os había dicho yo que todo vendría á parar en esto. Os ruego que atendáis á vuestra alcurnia; que en cuanto á mí, habiendo despertado de mi sueño, no lo fomentaré ni un ápice ya. Me iré á ordeñar mis ovejas, y á llorar.

CAMILO.—¿Y qué hay, buen pastor? Habla algo antes que te mueras.

PASTOR.—No puedo hablar, ni pensar, ni me atrevo á saber lo que sé. (*A Florizel.*) ¡Ah, señor! Habéis ani-

quilado á un hombre de ochenta y tres años, que contaba con bajar en paz al sepulcro; sí, y con morir en el mismo lecho en que murió mi padre, y que mis huesos yacieran al lado de sus honrados huesos. Pero ahora será el verdugo quien tenga que amortajarme, y sepultarme sin que ningún sacerdote arroje un puñado de tierra sobre mi fosa. (*A Perdita.*) ¡Oh, maldita desalmada, que sabías que este es el príncipe, y te atreviste á mezclar su fe con la tuya! ¡Perdido! ¡Perdido! Si hubiera yo de morir ahora mismo, no querría vivir un solo instante más.

FLORIZEL.—¿Por qué me miráis de ese modo? Estoy triste, pero no asustado: todo se muda, menos mi voluntad. Soy lo mismo que era. Necesito mayor esfuerzo para resistir al lazo con que se me quiere atar; pero no me dejaré arrastrar por él.

CAMILO.—Mi digno señor, ya conocéis el carácter de vuestro padre. En este momento no tolerará que se le hable; y presumo que no os proponéis hacerlo. Temo que ni soportará el veros. Así, pues, no os presentéis á su Alteza hasta pasado el ímpetu de su cólera.

FLORIZEL.—No me propongo tal cosa. ¿Y qué pensáis vos, Camilo?

CAMILO.—Pienso como él, mi señor.

PERDITA.—¿Cuántas veces os he dicho que habría de suceder esto? ¿Cuán á menudo he repetido que mi dignidad sólo duraría hasta que esto se supiera?

FLORIZEL.—Ella no puede sufrir sino por la violación de mi fe; y entonces quebrante la naturaleza los flancos de la tierra y ahogue en ellos sus gérmenes. Levanta tus miradas. Puedes desheredarme ¡oh padre! Yo siempre seré heredero de mis afectos.

CAMILO.—Oíd mis consejos.

FLORIZEL.—Sí; los de mi amor. Si la razón le obedece, siga la razón. Si no, mis sentidos, más satisfechos con la locura, le darán la despedida.

CAMILO.—Eso es temerario, señor.

FLORIZEL.—Llamadlo así; pero satisface mi promesa, y por eso debo estimarlo como simple honradez. Camilo: no quebrantaré mi juramento á esta hermosa amada mía, ni por toda Bohemia y cuanta pompa se pueda contener en ella, ni por lo que alumbraba el sol, entraña la tierra, ó esconde el mar en sus abismos insondables. Os ruego, pues, Camilo, como venerado amigo de mi padre, que cuando me eche de menos (porque, á fe mía, no pienso volver á verle) opongáis á su pasión vuestros consejos. Y dejadme á mí y mi fortuna luchar por lo porvenir. Sabedlo, y referídselo: que salgo al mar con aquella que no puedo poseer en esta tierra. Y muy oportunamente para mi propósito, aunque no preparada para tal designio, tengo una embarcación anclada cerca de aquí. Sería inútil deciros qué rumbo me propongo seguir.

CAMILO.—¡ Oh mi señor! ¡ Cuánto querría que vuestro ánimo fuese más accesible al consejo, ó más fuerte contra la desgracia!

FLORIZEL.—Escucha, Perdita. (*La lleva á un lado.*) En seguida hablaré con vos.

CAMILO (*aparte*).—Es inflexible: está resuelto á la fuga. ¡ Qué fortuna si pudiera yo arreglar su viaje de modo que sirviese á mi deseo, lo salvase de peligros, le rindiese afecto y honor, y me devolviese la vista de mi amada Sicilia, y de aquel desdichado monarca, mi soberano, á quien tanto anhelo ver!

FLORIZEL.—Y ahora, buen Camilo, estoy tan recargado de singular faena, que os dejo sin ceremonia. (*Disponiéndose á salir*).

CAMILO.—Señor, me parece que habéis oído algo acerca de mis modestos servicios y grande afecto consagrados á vuestro padre.

FLORIZEL.—Habéis contraído nobles méritos. Mi padre se complace en hablar de vuestros hechos, y no es

poco lo que se preocupa de recompensarlos dignamente.

CAMILO.—Pues bien, señor: si os place pensar en lo que amo al rey, y en él á lo que más se le aproxima y asemeja, que sois vos mismo, dignaos seguir mi consejo (si es que vuestro proyecto puede ser de alguna manera modificado); que por mi honor os prometo haceros llegar adonde encontréis una acogida digna de Vuestra Alteza. Allí podréis vivir con vuestra señora, de la cual veo que es imposible separaros como no sea (¡el cielo no lo permita!) á costa de vuestra ruina. Casaos allí con ella, y yo durante vuestra ausencia me empeñaré en reconciliar á vuestro padre y en alcanzar su aprobación.

FLORIZEL.—¿Y cómo podrás, Camilo, realizar este milagro? Serás á mis ojos más que hombre, y confiaré en ti para todo.

CAMILO.—¿Habéis pensado en algún lugar á donde ir?

FLORIZEL.—Todavía no; pero como en las cosas que hacemos temerariamente el acaso es el más culpable; así también nos entregamos en brazos de él y nos dejamos llevar del primer viento que sopla.

CAMILO.—Entonces, escuchadme. Si estáis resuelto á no variar de propósito, y á emprender esta fuga, diriglos á Sicilia, y presentaos allí con vuestra hermosa princesa (pues veo que tiene de serlo) á Leontes, quien la tratará como cumple á la compañera de vuestro lecho. Paréceme ver á Leontes abriros los brazos, dándoos con sus lágrimas la bienvenida; pedir perdón al hijo, como si fuera la propia persona del padre; besar la mano de su hermosa princesa, y maldecir por una parte su maldad pasada, y por otra prodigar su bondad sin límite alguno.

FLORIZEL.—Pero ¿qué motivo dar á mi visita, digno Camilo, que la explique á los ojos de Leontes?

CAMILO.—Vuestro padre os envía á saludarlo y presentarle el consuelo de su buen afecto. Sobre vuestra manera de conducirnos respecto de él, y lo que habéis de decir en nombre de vuestro padre (que sólo sabremos los tres) os daré instrucciones por escrito. Así sabréis lo que en cada entrevista habéis de manifestarle, á fin de que se persuada de que habláis verdaderamente como si llevarais en los labios el corazón de vuestro padre.

FLORIZEL.— Me obligo á seguir este consejo. Me parece muy bien.

CAMILO.— Á lo menos es un camino que promete más que un curso errante por extraños mares, y playas ignoradas, y sin duda alguna, lleno de dificultades y miserias, en el cual no tendríamos ni la menor esperanza de poder auxiliarnos. No bien librados de un peligro caeríais en otro. Permaneced más bien allí donde os es conveniente estar, y acordaos de que la prosperidad es gran alimento del amor; pues la aflicción altera el ánimo como el rostro.

PERDITA.— Esto es verdad sólo en parte. Afecta al rostro, mas no subyuga la mente.

CAMILO.— ¿Lo pensáis así? No se habrá sufrido en siete años una aflicción igual en casa de vuestro padre.

FLORIZEL.— Mi buen Camilo; Perdita es tan superior á su estado, como yo inferior á mi cuna.

CAMILO.— No puedo decir que le falte instrucción, porque parece maestra de los que enseñan.

PERDITA.— Perdonad, señor, si no os puedo dar las gracias más que ruborizándome.

FLORIZEL.— Linda Perdita mía. ¡Oh! sobre qué espaldas caminamos! ¡Oh, Camilo, salvador de mi padre y ahora de mí: eres la buena estrella de nuestra casa! ¿Y cómo hacerlo ahora? No vamos equipados como cumple al lujo de Bohemia para presentarnos al rey de Sicilia.

CAMILO.—Esto no os inquiete. Me parece que no ignoráis que mi fortuna está allí. Yo cuidaré de que seáis tan regiamente provisto, como si la escena que representáis fuera mía. Para que sepáis que nada ha de faltaros, una palabra.

(*Conversan á un lado.—Vuelve á presentarse Antiloco.*)

ANTILOCO.—¡ Ah, ah! ¡ Y qué tonta es la honradez! ¡ Qué necia su hermana gemela, la confianza! He vendido todos mis cachivaches: no me ha quedado una sola piedra falsa, ni cinta, ni broche, ni cosmético, ni balada. Disputaban en tumulto á quién compraría primero; como si fueran cosas benditas y cada una llevase una bendición al comprador. Y á tal punto se extasiaban con mis canciones, que habría podido desnudarlos de todas sus ropas sin que lo sintieran. Vi por las compras cuáles eran los bolsillos mejor provistos, y me aproveché del éxtasis de los oyentes para escamotearles el dinero. Á no haber llegado el maldito viejo renegando de su hija y del hijo del rey, no me habría quedado bolsa con vida.

(*Se adelantan Camilo, Florizel y Perdita.*)

CAMILO.—No, porque mis cartas, llegando de este modo al mismo tiempo que vos, desvanecerán toda duda.

FLORIZEL.—Y las que consigáis de Leontes...

CAMILO.—Han de satisfacer á vuestro padre.

PERDITA.—Que el cielo os haga feliz! Cuanto decís, arguye vuestra sinceridad.

CAMILO.—¿Quién es este individuo? Nos serviremos de él; pues no se debe omitir cosa alguna que nos ayude.

ANTILOCO (*aparte.*)—Si han llegado á oirme, de seguro que me ahorcan.

CAMILO.—¡ Hola, buen hombre! ¿ Por qué temes y tiemblas así? Tranquilízate. Aquí nadie te desea mal.

ANTILOCO.—Yo soy un pobre hombre, señor.

CAMILO.—Pues por lo mismo, serénate, que nadie te ha de robar ese privilegio. Precisamente por tu pobre traza hemos de hacer un cambio. Despójate inmediatamente (ya pensarás que es necesario) de esos tus pobres vestidos, y truécalos con los de este caballero. Aunque no es poco lo que él sale perdiendo, sin embargo, ahí tienes algo más para ti.

ANTILOCO.—Señor, soy tan pobre! (*Aparte.*) Bien te conozco.

CAMILO.—Vamos: date prisa. El caballero no puede perder un instante y ya ha principiado á quitarse sus ropas.

ANTILOCO.—¿Decís esto formalmente? (*Aparte.*) Sospecho una treta.

FLORIZEL.—Despacha amigo.

ANTILOCO.—Bien me interesa; pero no puedo en conciencia, tomar esto.

CAMILO.—Desata, desata. (*Florizel y Antiloco truecan sus vestidos.*) Dichosa señora, que se cumpla mi profecía. Retiraos á algún sitio oculto y poned sobre vuestra frente el sombrero de vuestra amada: cubrid con un pañuelo parte de vuestro rostro, y disfrazaos de la mejor manera que podáis, á fin de que no seáis descubierta antes de llegar á bordo; porque sin duda hay ojos que os observan ocultamente.

PERDITA.—Veo que la comedia es tal que tengo también que representar mi papel.

CAMILO.—No hay remedio. ¿Estáis listos?

FLORIZEL.—Á buen seguro que si mi padre me encuentra ahora no me conoce.

CAMILO.—No habéis de llevar sombrero. Vamos, señora, venid. Adiós, amigo.

ANTILOCO.—Adiós, señor.

FLORIZEL.—Perdita ¿no hemos olvidado algo? Permitted: una palabra. (*Hablan aparte.*)

CAMILO (*aparte.*)—Lo primero que tengo que hacer,

es avisar al rey de esta fuga y el lugar adonde se dirigen. Mi esperanza está en inducirle á perseguirlos en persona, y así en compañía de él volveré á ver mi Sicilia, que ya me consume la impaciencia como si fuera una mujer.

FLORIZEL.—Que la fortuna nos favorezca! Camilo, vamos á la orilla del mar.

CAMILO.—Cuanto antes mejor.

(Salen Florizel, Perdita y Camilo.)

ANTÍLOCO.—¡Ah! Ya entiendo el negocio: lo he oído. Para ser buen ratero, lo principal es oído atento, ojo vigilante y mano lista. Y buen olfato para descubrir asuntos en que ejercitar los otros sentidos. Veo que este es tiempo oportuno para prosperar en la carrera. El príncipe mismo está metido en la bellaquería de huir de su padre llevándose consigo á su moza. Si no fuera por respeto á mi profesión, me arriesgaría á hacer un acto de honradez, avisándolo al rey. Pero esto sería desviarme de mis principios... me callaré. *(Entran el pastor y el bufón.)* Bueno, aquí hay más tema para un cerebro activo. No hay rincón, ni iglesia, ni tienda, ni tribunal donde no vea qué hacer el hombre vigilante y emprendedor.

BUFÓN.—En esto se ve la clase de hombre que sois. No hay otro camino que decir al rey que ella es una expósita, y que no tiene nada de vuestra carne y vuestra sangre.

PASTOR.—Pero, óyeme.

BUFÓN.—Nada. Oídme vos.

PASTOR.—Pues continúa.

BUFÓN.—No siendo ella parte alguna de vuestra carne y sangre, vuestra carne y sangre no han ofendido al rey, y éste no podrá castigarlas. Mostradle los objetos que encontrasteis junto á ella la primera vez, y todas las cosas secretas que habéis guardado: todas, excepto las prendas que ella tiene consigo. Una

vez hecho esto, reíos de las amenazas y de las leyes. Os lo garantizo.

PASTOR.—Se lo contaré todo al rey, hasta la más mínima palabra, y también cuanto conviene á su hijo: porque éste no se portó como debía con su padre ni conmigo, queriendo hacerme hermano político del rey.

BUFÓN.—Y que eso sería lo menos que habríais sido para él. Imaginad cuánto habría aumentado de valor cada onza de vuestra sangre.

ANTILOCO (*aparte*).—Muy sesudos estáis, muñecos.

PASTOR.—Pues vamos á ver al rey. En este saco hay algo que le hará rascarse la cabeza.

ANTILOCO (*aparte*).—No sé hasta qué punto esta queja será impedimento á la fuga de mi príncipe.

BUFÓN.—Deseo con todo mi corazón que lo encontremos en su palacio.

ANTILOCO.—Aunque yo por naturaleza no soy honrado, alguna vez suelo serlo por accidente. Principiaré por quitarme la barba postiza. (*Se quita la barba.*) ¡Hola! Campesinos: ¿adónde bueno?

PASTOR.—Á palacio, si place á vuestra señoría.

ANTILOCO.—¿Y qué negocios tenéis allí? ¿Y con quién? Declarad el contenido de ese bulto, el sitio de vuestra residencia, vuestros nombres y edades, y cuanto conviene que se conozca.

BUFÓN.—Somos gentes del pueblo, señor.

PASTOR.—¿Sois de la corte, señor?

ANTILOCO.—¿Qué! ¿No ves el aire de corte en todo mi aspecto? ¿No contemplas en mi vestidura la elegancia de la corte? ¿No te llega al olfato mi olor de corte? ¿Y no sientes caer sobre tu bajeza mi desprecio cortesano? Sí; soy cortesano de piés á cabeza, y así te mando que me manifiestes el negocio que traes entre manos.

PASTOR.—Es un asunto que interesa al rey.

ANTÍLOCO.—¿Y tienes álguien que abogue por ti ante él?

PASTOR.—No conozco allí á nadie.

BUFÓN.—Este no puede ser sino un cortesano de nota.

PASTOR.—Sus vestidos son ricos, pero no los lleva con distinción.

BUFÓN.—Pues por lo mismo que es algo extravagante ha de ser muy noble. Estoy seguro de que es un grande hombre.

ANTÍLOCO.—Vamos; ese bulto ¿qué contiene? ¿Y para qué traéis eso?

PASTOR.—Señor; secretos hay ahí que sólo el rey puede saber; y los sabrá inmediatamente si puedo hablar con él.

ANTÍLOCO.—Anciano, has perdido tu trabajo.

PASTOR.—¿Por qué, señor?

ANTÍLOCO.—El rey no está en palacio. Se ha ido á bordo de un buque nuevo para distraer su melancolía y respirar el aire libre; porque has de saber, si eres capaz de cosas serias, que el rey está muy apesadumbrado.

PASTOR.—Así dicen, señor, y que es con motivo de que su hijo quería casarse con la hija de un pastor.

ANTÍLOCO.—Pues si el tal pastor no ha sido habido aún, bien puede poner los piés en polvorosa; porque no hay como ponderar las torturas y el género de muerte que le aguardan.

BUFÓN.—¿Os parece así, señor?

ANTÍLOCO.—Y no será él solo quien sufra el peso de la venganza; sino que caerán en manos del verdugo todos sus parientes, aun los más remotos; lo cual es muy doloroso, pero necesario. Hay quien dice que morirá lapidado, aunque se piensa que esta clase de muerte es todavía demasiado suave para tal delito. ¡Pretender un viejo bellaco de pastor que su hija llegue

hasta el trono! Todas las muertes son pocas para castigarlo.

BUFÓN.—¿ Sabéis, señor, si aquel anciano tiene algún hijo?

ANTÍLOCO.—Sí; tiene uno, que ha de ser desollado vivo, y luégo sentado sobre panales de avispas, hasta que esté medio muerto. Luégo le harán recobrar los sentidos con aguardiente ó cosa semejante; y untado de miel lo recostarán sobre una pared de ladrillos caldeados por el sol del medio día de verano, y lo dejarán hasta que muera picado por las moscas. Pero ¿á qué hablar de esos traidores? Decidme el asunto que traéis para el rey, y os conduciré á su nave y os presentaré á él y os apoyaré con mi recomendación. Si alguien, excepto el rey, puede conseguir lo que deseáis, este soy yo.

BUFÓN (*aparte al pastor*).—Parece hombre de mucha autoridad. Aferraos á él y no le escaseéis el oro; porque á pesar de ser la autoridad un oso muy testarudo, muchas veces se le conduce por las narices con cadenilla de oro. Así, vaciad la bolsa en sus manos. No lo olvidéis: el uno, lapidado! el otro, desollado vivo!

PASTOR.—Pues si os place, señor, ayudarnos en nuestro asunto, aquí tenéis el oro que traigo; y os entregaré otro tanto, quedando aquí este joven, hasta que yo vuelva con el resto.

ANTÍLOCO.—¿Después de haber cumplido yo mi oferta?

PASTOR.—Sí, señor.

ANTÍLOCO.—Bien. Entregadme la primera mitad. ¿ Sois interesado en este negocio? (*Al bufón.*)

BUFÓN.—En cierta manera, no soy extraño á él; pero tengo esperanza de que en este caso no me sacarán la piel.

ANTÍLOCO.—Eso se queda para el hijo del pastor. Mal rayo lo parta! Ya haremos que sirva de ejemplo!

BUFÓN.—No hay remedio, sino ir á ver al rey y revelar­le el extraño y secreto caso, para que se convenza de que no es vuestra hija ni mi hermana. (*A Antíloco.*) Señor; yo os daré tanto como este anciano, tan luégo como haya concluído el negocio; y os serviré de prenda hasta que él regrese.

ANTÍLOCO.—Confiaré en vos. Caminad ahora hacia el mar, tomando á la derecha. Ya os sigo.

BUFÓN.—¡Qué bendición, el habernos encontrado á este hombre! (*Salen el pastor y el bufón.*)

ANTÍLOCO.—Si me diera la tentación de ser honrado, está visto que la fortuna no me permitiría caer en ella. Heme aquí agasajado con doble premio; oro, y los medios de hacer bien al príncipe mi señor. ¡Quién sabe el adelanto que esto habrá de traerme! Llevaré á palacio á este par de imbéciles, y si él cree que su queja no le concierne, los echará á tierra, y me llamará bribón; cosa que no es nueva para mí. Se los presentaré; puede haber en ello tela que cortar. (*Sale.*)





ACTO V.

ESCENA PRIMERA.

Sicilia.— Habitación en el palacio de Leontes.

Entran LEONTES, CLEÓMENES, DIÓN, PAULINA y otros.

CLEÓMENES.

HARTO hicisteis, señor; basta ya; cumplisteis los deberes del arrepentimiento. No podéis haber cometido falta que no haya sido ya redimida; y en verdad que la penitencia fué superior á la culpa. Haced al fin lo que ha hecho el cielo; olvidad vuestro mal, y perdonaos á vos mismo como él os ha perdonado.

LEONTES.—Mientras me acuerde de ella y de sus virtudes, no podré olvidar mi delito ni el mal que me he causado á mí propio. Y cuán grave es, bien lo muestra que haya quedado sin heredero el reino, y yo sin la más dulce compañera en quien jamás hombre alguno haya fundado sus mejores esperanzas.

PAULINA.—Verdad, señor, harta verdad. Si pudiérais desposaros una tras otra con cuantas mujeres existen; ó tomar lo mejor de cada una para formar una mujer

perfecta, no llegaríais á tener una igual á la que matasteis.

LEONTES.—También lo creo. ¿ La maté yo ? Sí ; yo la maté. Pero me hieres amargamente al decir esto ; porque en tu boca es tan amargo como en mi pensamiento. ¡ Ah ! no lo repitas.

CLEÓMENES.—Nunca, señora. Podíais haber usado lenguaje más conveniente y más conforme á la bondad del rey.

PAULINA.—Vos sois de los que quisieran verle casado otra vez.

DIÓN.—Y si no lo deseáis vos misma, sin duda no compadecéis al Estado, ni el recuerdo de su soberana. Considerad un momento qué peligros pueden caer sobre el reino, por falta de sucesión, y cómo querrán devorarlo los extraños ambiciosos. Ella misma se regocijará de ello en su tumba ; pues ¿ qué hay más santo después de eso, que salvar la dinastía, buscar el propio alivio y el bien futuro del reino, dando al rey digna compañera ?

PAULINA.—Ninguna hay bastante digna de reemplazar á la que fué. Fuera de esto, los dioses harán que sus secretos propósitos se cumplan. ¿ No dijo el divino Apolo, que el rey Leontes no tendrá heredero hasta que la perdida niña sea recobrada ? Y que esto suceda me parecería tan maravilloso como que mi Antígono saliera de su sepulcro para volver á mi lado, pues creo evidente que pereció con la infanta. Vuestro consejo se reduce á que mi señor contrarie la voluntad del cielo. (*A Leontes.*) No penséis, señor, en herederos ; que ya tendrá alguno la corona. El gran Alejandro dejó la suya al más digno, seguro de que le heredaría el mejor.

LEONTES.—Buena Paulina, tú de quien me consta el grande honor en que tienes la memoria de Hermiona ; ¡ oh ! si me hubiese conformado yo con tu consejo ! No

me faltarían ahora los dulces ojos de mi reina, ni el néctar de sus labios! Verdad; no hay otra como ella. Así, pues, no quiero tomar ninguna. Si una inferior á ella y mejor tratada, ocupara su lugar, volvería el espíritu de Hermiona á su cadáver y aquí mismo exclamaría lleno de indignación: «¿Por qué me ofendes?»

PAULINA.—Y si tuviera tal poder, no le faltaría razón.

LEONTES.—Sí que la tendría y yo sería inducido á matar á la que hubiese tomado por esposa.

PAULINA.—Yo lo haría, á ser ella. Os invitaría á mirar sus ojos y á decirme por qué hechizo la habíais escogido; y luégo lanzando un alarido cuyo eco no se borrara jamás de vuestra mente, diría: «Acuérdate de los míos.»

LEONTES.—Eran estrellas, verdaderas estrellas; y los ojos de las demás, carbones apagados. No temas que yo tome esposa: no la tomaré, Paulina.

PAULINA.—¿Juraríais, señor, no casaros nunca sin mi consentimiento?

LEONTES.—Lo juraría por la salvación de mi espíritu.

PAULINA.—Sed, pues, señores, testigos de este juramento.

CLEÓMENES.—Á mucho exponéis su fe.

PAULINA.—Hasta que pueda encontrar su vista á una que sea tan semejante á Hermiona como su propio retrato.

CLEÓMENES.—Basta, señora...

PAULINA.—He concluído. Mas si deseáis casaros, señor, dadme al menos la comisión de escogeros una reina. No será tan joven como la primera; pero se le asemejará en términos que si volviera á la tierra su propio espíritu, se alegraría de verla en vuestros brazos.

LEONTES.—Mi fiel Paulina: nunca me casaré hasta que tú lo pidas.

PAULINA.—Eso será cuando vuestra primera reina vuelva á respirar. *(Entra un caballero.)*

CABALLERO.—Señor : uno que se dice príncipe Florizel, hijo de Polixenes, acompañado de su princesa (la más bella que he visto en mi vida), pide audiencia á vuestra augusta majestad.

LEONTES.—¿Qué tenemos que ver con él? No parece venir conforme á la grandeza de su padre. Su llegada exenta de la acostumbrada ceremonia, parece indicar que esta visita ha sido impuesta por necesidad ó por accidente. ¿Qué séquito trae?

CABALLERO.—Muy pocas personas y de pobre apariencia.

LEONTES.—¿Decís que le acompaña su princesa?

CABALLERO.—Sí. Es la más incomparable criatura de la tierra, que haya alumbrado el sol.

PAULINA.—¡Oh Hermiona! Así como cada tiempo se jacta de ser superior al que le ha precedido, así también tu sepulcro debe ceder el puesto á lo que aparece de nuevo. Vos, señor, habíais dicho y escrito que «la hermosura de la reina no era ni podía ser igualada.» Tal es el tenor de vuestros propios versos; y se aviene muy mal con lo que afirmáis ahora de haber visto otra mejor.

CABALLERO.—Perdonad, señora. Tenía ya casi olvidada á la mía (perdonad otra vez), y cuando hayáis visto á la otra, vuestros elogios igualarán á los míos. Es una criatura tal, que si quisiera fundar una secta, dejaría en la oscuridad el celo de todos los profesores; pues le bastaría para ganar prosélitos la simple insinuación de que la siguieran.

PAULINA.—Pues no sería así si se dirigiera á las mujeres.

CABALLERO.—Las mujeres la amarán, porque siendo mujer vale más que cualquier hombre; y los hombres, porque es la más extraordinaria mujer de todas.

LEONTES.—Id, Cleómenes; y acompañado de vuestros venerables amigos, traedlos aquí, que yo los abrace. (*Salen Cleómenes, señores y caballeros.*) Sin embargo, es extraño que se presenten sin previo anuncio y de tan singular modo.



PAULINA.—Á haber vivido nuestro príncipe (aquella perla de la infancia) habría hecho una hermosa pareja con ese joven señor; pues entre el nacimiento del uno y el del otro, apenas hubo un mes de intervalo.

LEONTES.—Por favor, no más. Sabes que hablarme de él es para mí verle morir de nuevo. Sin duda cuando haya visto á este caballero, tus palabras traerán de nuevo á mi memoria mi dolor. Ya llegan... (*Vuelve á entrar Cleómenes con Florizel, Perdita, y séquito.*) Prin-

cipe, vuestra madre ha impreso en vos la fiel imagen de vuestro regio padre. Sois en tal grado copia suya, que si yo tuviera ahora veintiún años, os llamaría hermano, como le llamaba á él. Sed bienvenido de todo corazón, y también vuestra princesa, verdadera diosa, por su hermosura. ¡ Ay de mí ! que perdí una pareja que podía, como vosotros, erguirse y despertar la admiración por su gracia ; y perdí también, por mi propia insensatez, la compañía y amistad de vuestro padre, á quien tanto deseo ver todavía en medio de mi desdicha.

FLORIZEL.—Por orden suya he arribado á Sicilia á presentaros los saludos y afectos que el monarca y el amigo pueden enviar á su hermano. Él mismo habría atravesado el mar para veros, á no impedírselo su salud abrumada por los cuidados y afanes del trono; pero me ordenó deciros que os ama más que á otro rey alguno.

LEONTES.—¡ Oh hermano mío ! De nuevo se levantan en mi corazón los pesares de la injusticia que te hice ! Y estos mismos bondadosos oficios tuyos, renuevan mi pesar. Sí, sed bienvenido ¡ oh príncipe ! como la primavera á la tierra. ¿ Pero cómo ha podido arriesgar también á los peligros del terrible Neptuno, á esta maravillosa criatura, por saludar á un hombre que no merece tal sacrificio de su parte ?

FLORIZEL.—Ella, mi bondadoso señor, viene de Libia.

LEONTES.—¿ Donde el guerrero Sinalus, noble y venerado monarca, es tan amado y temido ?

FLORIZEL.—De allí, señor ; de allí donde con lágrimas en los ojos la despidió su padre. Favorecidos por el tiempo cruzamos el mar, y vinimos á Sicilia en cumplimiento de la orden de mi padre de visitar á Vuestra Alteza. De aquí he enviado casi todo mi séquito á Bohemia, para significar no solamente mi

buen éxito en Libia, sino también nuestra feliz llegada á vuestra patria.

LEONTES.—Que los dioses hagan más puro y sano el aire de Sicilia mientras permanezcáis aquí. Tenéis por padre á un caballero, á un santo, contra cuya persona, sagrada como es, he pecado; y los cielos me dieron por castigo dejarme sin heredero: al paso que vuestro padre, mereciendo bien de ellos, ha sido bendecido con teneros á vos, que sois digno de él. ¡Oh! ¡Qué feliz no habría sido yo si hubiese podido contemplar ahora á mi hijo y mi hija, semejantes á vosotros? *(Entra un noble.)*

NOBLE.—Noble señor: lo que debo deciros parecería increíble, si la prueba de ello no estuviera tan á mano. El rey de Bohemia en persona os saluda por mi boca, y desea que detengáis á su hijo, quien violando su dignidad y su deber ha abandonado á su padre y sus legítimas esperanzas, para huir con la hija de un pastor.

LEONTES.—¿Dónde está el rey de Bohemia? ¡Habla!

NOBLE.—Aquí, en la ciudad, y vengo de hablar con él. Mientras se apresuraba á venir (en persecución, según parece, de esta pareja), se encontró en el camino con el padre de esta pretendida señora y á su hermano, que habían abandonado el país junto con este joven príncipe.

FLORIZEL.—Camilo me hizo traición! Camilo cuya honradez había resistido hasta ahora á toda prueba!

NOBLE.—Á él mismo podréis dirigir tal reproche, puesto que acompaña al rey, vuestro padre.

LEONTES.—¡Quién! ¡Camilo!

NOBLE.—Camilo, señor. Hablé con él, que se ocupa en interrogar á esos dos pobres hombres. Nunca he visto á dos pobres diablos temblar con tanto terror. El rey de Bohemia se tapa los oídos y los amenaza con el suplicio y la muerte.

PERDITA.—¡ Oh infeliz padre mio ! Los cielos están contra nosotros y no quieren que se celebre nuestro enlace.

LEONTES.—¿ Sois casados ?

FLORIZEL.—No lo somos aún, señor, y temo que no podremos serlo. Parece que los cielos y la tierra conspiran contra nuestra boda.

LEONTES.—¿ Y es ésta, señor, la hija de un rey ?

FLORIZEL.—Lo será luego que sea mi esposa.

LEONTES.—Y eso tardará mucho, á lo que veo, por la prisa que se ha dado vuestro padre. Aflígeme, si, me aflige en el alma que hayáis incurrido en su desagrado, olvidando vuestro deber ; y no menos me apesadumbra el que vuestra elegida no sea tan rica en dignidad como en belleza, para que pudiérais gozar de su compañía.

FLORIZEL.—¿ Por qué abatirte, amada mía ? Aunque la Fortuna y mi padre se unan para perseguirnos, no pueden, no, alterar en un ápice nuestro amor. Os ruego, señor, que os acordéis del tiempo en que erais tan joven como yo ; y en memoria de los afectos que teníais entonces, haceos mi abogado. Estoy seguro de que mi padre otorgará á vuestra demanda la cosa de mayor precio, como si nada fuera.

LEONTES.—Si así fuese, le pediría vuestra preciosa dama, á quien él mira, en efecto, como de ningún valor.

PAULINA.—Señor, llamea todavía en vuestros ojos el fuego de la mocedad, y os parece mejor de lo que es. Un mes antes de su muerte, la reina, vuestra esposa, valía más que ella.

LEONTES.—Pues en ella pensaba en el momento mismo de contemplar á esta joven. (*A Florizel.*) Pero no he respondido aún á vuestra petición. Hablaré á vuestro padre ; y pues vuestros afectos no han mancillado la honra, los favoreceré como amigo. Para ello, dignaos seguirme. Venid, mi buen amigo. (*Salen.*)

ESCENA II.

Delante del palacio.

Entran ANTILOCO y un caballero.

ANTILOCO.—Decidme, señor, os lo suplico : ¿ estabais presente á lo que habéis referido ?

1.^{er} CABALLERO.—VÍ que abrían el saco y escuché al pastor referir el modo cómo lo había encontrado ; después de lo cual, y en medio de la sorpresa y asombro que ello causó, nos hicieron salir á todos fuera del aposento. Sólo alcancé á oír que el pastor había encontrado á la niña.

ANTILOCO.—¡ Cuánto me alegraría saber el desenlace de todo esto !

1.^{er} CABALLERO.—No lo he dicho todo. El rey y Camilo soltaban exclamaciones de admiración profunda ; y se miraban uno al otro, como si sus ojos no pudieran jamás saciarse de tal contemplación. Se puede decir que su silencio hablaba, y hablaban sus actitudes, según eran de expresivas. No parecía sino que oían hablar de todo un mundo rescatado ó destruido ; tal era la intensidad de su asombro. Sin embargo, el más diestro observador no habría podido discernir si en el fondo dominaba la alegría ó el pesar. Lo indudable es que aquello era el extremo del uno ó de la otra. (*Entra otro caballero.*) Aquí viene otro caballero que felizmente sabe algo más que yo. ¿ Qué noticias traéis, Rogero ?

2.^o CABALLERO.—Que está cumplido el oráculo. Se ha encontrado á la hija del rey. Y os aseguro que hoy se han revelado tantas maravillas que no caben en una novela. (*Entra un tercer caballero.*) He aquí al mayordomo de la señora Paulina. Él puede decirnos mucho

más. ¿Qué tal, señor mío? Las noticias que tenemos son tan parecidas á una novela, que casi se podría sospechar de su verdad. ¿Es cierto que el rey ha encontrado á su heredera?

3.^{er} CABALLERO.—Ciertísimo, hasta donde es posible que la verdad sea confirmada por todas las circunstancias. Hay tal unidad en las pruebas, que juraríais haber visto los hechos. El manto de la reina Hermiona; su medallón en el cuello de su hija; las cartas de Antígono, cuya letra es conocida, encontradas junto á ella; la natural majestad de la niña, que se asemeja á la madre; la nobleza que se revela espontáneamente por encima de su educación; y otros muchos indicios proclaman con entera certidumbre que es la verdadera hija del rey. ¿Presenciásteis la entrevista de los dos reyes?

2.^o CABALLERO.—No.

3.^{er} CABALLERO.—Pues habéis perdido una escena que era para vista, no para narrada. Habríais visto una alegría coronar á otra, en tal manera, que expresándose con lágrimas, se mezclaban estas á las que arrancaba á intervalos algún pesaroso recuerdo. Allí se confundían de tal modo las manos, las actitudes, las miradas de afecto, que sólo se podía discernir á los personajes por sus vestidos, no por lo vehemente de la expresión. Nuestro rey no cabía en sí de júbilo por el hallazgo de su hija; y como si esa alegría se convirtiera en dolor, exclamaba: «¡Oh! tu madre! tu madre!» Y luégo pedía al de Bohemia que lo perdonara; y abrazaba á su yerno, y estrechaba de nuevo á su hija contra su corazón, y daba gracias al viejo pastor que permanecía allí absorto y como inmóvil resto de muchos reinados. Jamás, jamás he presenciado escena semejante, ni sería posible describirla en lenguaje alguno.

2.^o CABALLERO.—¿Y qué fué de Antígono, el que se llevó de aquí á la niña?

3.^{er} CABALLERO.—Corrió una suerte que parece también forjada para alguna novela. Fué despedazado por un oso, según refiere el hijo del pastor; á quien abonan además de su ingenuidad (que es mucha) el pañuelo y los anillos de Antígono, que Paulina ha reconocido.

1.^{er} CABALLERO.—¿Y qué se dice de la nave y los tripulantes?

3.^{er} CABALLERO.—Naufragaron en el momento mismo de la muerte de su señor, y á la vista del labriego; de manera que todos los instrumentos que sirvieron para exponer á la niña, desaparecieron en el instante en que ésta fué encontrada. ¡Qué noble lucha entre la alegría y el dolor sostuvo la digna Paulina! Por un lado, abatíala la pérdida de su esposo; por otro, la enagenaba de gozo el cumplimiento del oráculo. Levantó en sus brazos á la princesa y la abrazó como si hubiera querido prenderla sobre su corazón para que no volviera nunca á estar en peligro de perderse.

1.^{er} CABALLERO.—La solemnidad de esta escena era digna de reyes y de príncipes, como que tales fueron los actores.

3.^{er} CABALLERO.—Uno de los rasgos más conmovedores, y que por cierto hizo saltar mis lágrimas, fué cuando el rey confesó valerosamente y lamentó la muerte de la reina; á cuya narración la princesa pasando de un suspiro de dolor á otro, rompió al fin en una exclamación tan sentida y desgarradora, que en verdad hizo que me llorase sangre el corazón. Entonces, no hubo espectador de corazón de mármol que no palidciera; otros se entregaban á excesos de dolor; si el mundo entero hubiese presenciado la escena, el pesar hubiera sido universal.

1.^{er} CABALLERO.—¿Han regresado á la corte?

3.^{er} CABALLERO.—No. La princesa al oír que Paulina custodia la estatua de la reina, obra maestra del in-

signe escultor Julio Romano, que ha empleado muchos años en acabarla, se empeñó en verla. Si el artista hubiera tenido el poder de robar á la naturaleza el aliento y la vida, para infundirlos á su estatua, no habría producido una Hermione más semejante á la verdadera; pues se siente uno irresistiblemente impulsado á hablarla, como si hubiese de responder. Allí se han encaminado todos, y creo que se proponen cenar allí.

2.º CABALLERO.—Ya pensaba yo que Paulina traía algo muy importante entre manos; porque desde la muerte de Hermione ha visitado privadamente dos ó tres veces cada día aquel secreto aposento. ¿No os parece que debemos ir y participar de aquel regocijo?

1.º CABALLERO.—¿Quién, pudiendo, no iría? Hoy es el día en que cada mirada de las regias familias engendrará un favor; y nuestra ausencia nos expondría á perderlos. Vamos. (Salen.)

ANTILOCO.—Pues si no llevase yo ahora sobre mí el estigma de mi vida pasada, sobre mí lloverían las distinciones como maná del cielo. Yo llevé al viejo pastor y su hijo al buque donde estaba el príncipe: le referí cómo les había oído hablar de aquel saco y de no sé qué cosas más; y á no haber estado su pretendida tan atormentada por el mareo, ni él mucho mejor que ella, durante casi todo el viaje, yo habría sido el descubridor de este misterio. Pero lo mismo da; porque en tal caso, el hallazgo no hubiera estado en armonía con las hazañas de mi profesión. *(Entran el pastor y su hijo.)* Aquí vienen mis favorecidos contra mi voluntad, alumbrados por la brillante aurora de su fortuna.

PASTOR.—Vamos, muchacho. Á mi edad ya no he de tener hijos; pero los tuyos serán todos caballeros de nacimiento.

EL HIJO.—Me alegro de encontraros, caballero. El

otro día rehusasteis batiros conmigo porque yo no era caballero de nacimiento. ¿Veis este ropaje? Pues decid ahora que no es mi porte el de un caballero y que no lo soy.

ANTILOCO.—Conozco que sois ahora, señor, caballero de nacimiento.

EL HIJO.—Y así lo creo yo hace cuatro horas.

PASTOR.—Y yo también, muchacho.



EL HIJO.—¿También vos? Pero yo he sido caballero de nacimiento antes que mi padre; porque el hijo del rey me asió de la mano y me llamó su hermano; y entonces fué cuando los dos reyes llamaron hermano á mi padre; y el príncipe mi hermano y la princesa mi hermana llamaron padre á mi padre; y nos fulmos á llorar... y fueron las primeras lágrimas aristocráticas que derramamos.

PASTOR.—Y podremos vivir para derramar muchas más.

EL HIJO.—Claro que sí.

ANTÍLOCO.—Perdonadme, señor, todas las faltas que he cometido respecto de vuestra señoría, y recomendaré al príncipe mi señor.

PASTOR.—Hazlo, hijo mío; porque ahora que somos caballeros debemos ser bondadosos.

EL HIJO.—¿Prometes enmendarte?

ANTÍLOCO.—Sí, cuanto plazca á vuestra señoría.

EL HIJO.—Dame tu mano. Juraré al príncipe que eres el mozo más honrado que hay en Bohemia.

PASTOR.—Bueno es que lo digas; pero no lo jures.

EL HIJO.—¿Cómo que no lo jure? Díganlo los villanos; yo lo juro.

PASTOR.—¿Si resultare falso?

EL HIJO.—Por más falso que sea, un caballero puede jurar por un amigo. Juraré que eres laborioso y que nunca te emborrachas, aunque sé que nunca trabajas y que te emborrachas á cada rato. Pero juraré, y cuento que no me dejarás mentir.

ANTÍLOCO.—Haré, señor, cuanto esté en mi mano.

EL HIJO.—Hazlo; me asombra que te atrevas á emborracharte no siendo caballero. ¿Oís? Los reyes y los príncipes nuestros parientes van á ver el retrato de la reina. Vamos. Síguenos; nosotros te protejemos. (Salen.)

ESCENA III.

Una sala en casa de Paulina.

Entran LEONTES, POLÍXENES, FLORIZEL, PERDITA, CAMILO, PAULINA, nobles y séquito.

LEONTES.—¡Oh grave y buena Paulina! ¡Cuánto consuelo he recibido de tu mano!

PAULINA.—Señor, donde no llegaron mis actos, llegó

el buen deseo. Habéis recompensado todos mis servicios; pero haberos dignado junto con vuestro regio hermano y con los herederos de vuestros reinos, visitar mi pobre casa, es una merced tan excesiva que no podré agradecerla bastante en toda mi vida.

LEONTES. — Oh Paulina! El honor que os dispensamos también os da qué hacer; pues venimos á ver la estatua de nuestra reina. Muchas singularidades hemos notado con sumo placer en vuestra galería; pero no hemos encontrado en ella lo que mi hija vino á mirar: la estatua de su madre.

PAULINA. — Así como fué sin igual en vida, así también lo es su imagen después de muerta: pues creo que excede á cuanto podáis haber visto labrado por la mano del hombre. Y por eso la conservo aparte y sola. Preparaos á ver tan cabal imitación de la vida, como lo es de la muerte el sueño más profundo. Pero, hela aquí: vedla y decid si está bien. (*Descorre una cortina y descubre la estatua.*) Me place vuestro silencio: él expresa mejor vuestro asombro. Pero hablad, mi señor: ¿no os parece idéntica?

LEONTES. — ¡Oh! es ella misma. ¡Ah! Lléname de reproches, querida piedra, pero que pueda decir: *Es Hermiona!* ¡Oh, no eres ella, puesto que no me acusas ni te quejas! Porque ella era dulce y mansa como la infancia y como la bondad. Pero, Paulina, Hermiona no era con mucho tan avanzada en edad como parece ésta.

POLÍXENES. — ¡Oh, no! ni con mucho.

PAULINA. — Tanto mayor mérito en nuestro artista, que deja pasar diez y seis años y la representa como si viviera en este mismo instante.

LEONTES. — Y como si hubiera venido á servirme de consuelo, tan grande, que iguala al dolor que traspasa mi corazón. ¡Oh! asimismo estaba, con esa vida llena de majestad (vida real, no insensible y helada como

esta) cuando la tomé por esposa mía! Me avergüenzo de mí mismo. ¿Cómo no me rechaza este mármol, al ver que soy más duro que él? ¡Oh, regia estatua! No sé qué magia hay en ti, que ha hecho surgir todos mis recuerdos, y ha llevado tal suspensión al ánimo de tu hija, que absorta en contemplarte parece también una estatua como tú!

PERDITA.—Permitidme, y os ruego que no os parezca impulso supersticioso, permitidme que me arro-dille é implore su bendición: Amada reina y señora, que dejasteis el mundo apenas entraba yo en él, dadme esa mano vuestra para besarla!

PAULINA.—¡Oh! cuidado. La estatua acaba de ser colocada, y los colores aún no están secos.

CAMILO.—¡Cuán profundamente ¡oh señor! se grabó vuestra tristeza, cuando diez y seis años no han podido borrarla! Apenas habrá durado tanto tiempo felicidad alguna; y sin duda ningún dolor tuvo tanta duración.

POLÍXENES.—Querido hermano: consentid que aquel que fué causa de esto, pueda aliviaros de tanto pesar cuanto pueda tomar él para sí mismo.

PAULINA.—En verdad, mi señor, si yo hubiera pensado que la visita de mi pobre estatua (porque esta piedra es mía) os había de afectar en tal grado, no os la hubiera mostrado.

LEONTES.—No corráis la cortina.

PAULINA.—Si la miráis largo rato, vuestra fantasía os hará pensar que se mueve.

LEONTES.—Sea, sea. Desearía haber muerto, si no pensara... Pero ¿quién ha hecho esto? Decid, señor, ¿no diríais que respira? ¿y que por esas venas corre verdadera sangre?

POLÍXENES.—Admirablemente ejecutado! Como si la vida diera calor á sus labios.

LEONTES.—Y el arte ha dado á los ojos tal expresión que parece como si se movieran.

PAULINA.—Correré la cortina. Mi señor está ya tan enagenado, que creerá ahora mismo que se mueve:

LEONTES.—¡Oh buena Paulina! Dejádme que lo crea así veinte años seguidos. Ninguna evidencia de los sentidos valdrá para mí en este mundo lo que el placer de esa ilusión. No cubras la estatua.

PAULINA.—Siento, señor, haberos conmovido tanto; pero podría afligiros más aún.

LEONTES.—Hazlo, Paulina; que tal aflicción es para mí como el más dulce cordial. Todavía me parece que exhala su aliento. ¿Qué cincel pudo jamás producir tal efecto? Nadie se burle porque quiero besarla.

PAULINA.—Perdonad, mi buen señor. El carmín de la pintura de sus labios está húmedo, y lo echaríais á perder, fuera de que os quedaría en los vuestros la huella de los colores y el aceite. ¿Correré la cortina?

LEONTES.—No; no, en veinte años.

PERDITA.—Otros tantos estaría yo contemplándola.

PAULINA.—Pues dejad inmediatamente la capilla, ó preparaos para una sorpresa más grande. Si podéis resistirlo, yo haré que se mueva la estatua; pero pensaréis (y protesto contra ello) que me asisten los malos espíritus.

LEONTES.—Dicha grande será para mí ver lo que hagás y oír lo que puedas hacerla hablar; porque tan fácil sería hacerla hablar como hacerla mover.

PAULINA.—Pero es necesario que despertéis vuestra fe. Permaneced todos quietos; ó que se alejen los que crean que hay mal en lo que voy á hacer.

LEONTES.—Empieza: no se moverá nadie.

PAULINA.—Música, despiértala. (*Suena la música.*) Es tiempo de que descienda y no sea ya una estatua. Acercaos y llenad de asombro á los que os contemplan. Yo llenaré el vacío de vuestro sepulcro. Moveos, venid. Devolved á la muerte vuestro silencio; pues la vida os redime para vuestro esposo. Ya lo veis..... Se mueve.

(*Hermiona baja del pedestal.*) No os sorprendáis. Sus acciones serán santas, como es veraz y honesto mi proceder. No os apartéis de ella, mientras no la veáis morir de nuevo; pues así la mataríais dos veces. Presentadle vuestra mano. Cuando era joven, fuisteis vos quien la solicitó: ahora es ella quien os demanda.

LEONTES (*abrazándola.*)— ¡Oh! Siento su calor! Si esto es magia, sea lícita la magia.

POLÍXENES.—Ella lo abraza ahora.

CAMILO.— Sí; si está viva, debería hablar.

POLÍXENES.— Y manifestar cómo fué rescatada del sepulcro y cómo ha vivido.

PAULINA.— Si se os hubiera anunciado que estaba viva, os habríais burlado de ello como de un cuento de viejas. Aunque no ha hablado aún, ya veis que vive. Observad un momento. Dignaos, mi buena princesa, interponeros y arrodillaros para implorar su bendición. Volved, mi reina y señora; vuestra Perdita ha sido hallada.

(*Presenta á Perdita, que se arrodilla delante de Hermiona.*)

HERMIONA.—Dignaos mirarla ¡oh dioses! y derramad vuestras mercedes sobre la cabeza de mi hija! Dime, alma mía, ¿cómo has sido salvada? ¿dónde has vivido? ¿Cómo pudiste hallar la corte de tu padre? Has de saber que Paulina me informó del oráculo, y he querido vivir para ver su cumplimiento.

PAULINA.— Tiempo tendréis para todo eso. No querrá nadie que vuestra alegría se turbe con aquella narración. Id, id á disfrutar juntos la dicha que habéis alcanzado, vosotros, felices padres é hijos! Yo, pobre tortuga vieja, me arrastraré á algún solitario rincón á lamentar á mi perdido compañero.

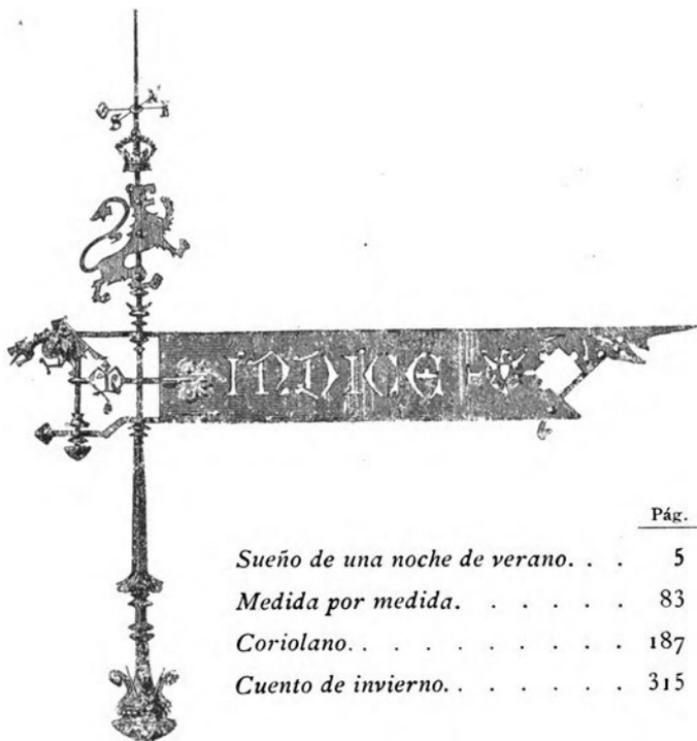
LEONTES.—Poco á poco, Paulina. Debéis con mi consentimiento tomar esposo, así como yo casaré también con vuestra aprobación. Es un convenio á que estamos



PAULINA. — ... Ya lo veis. Se mueve.

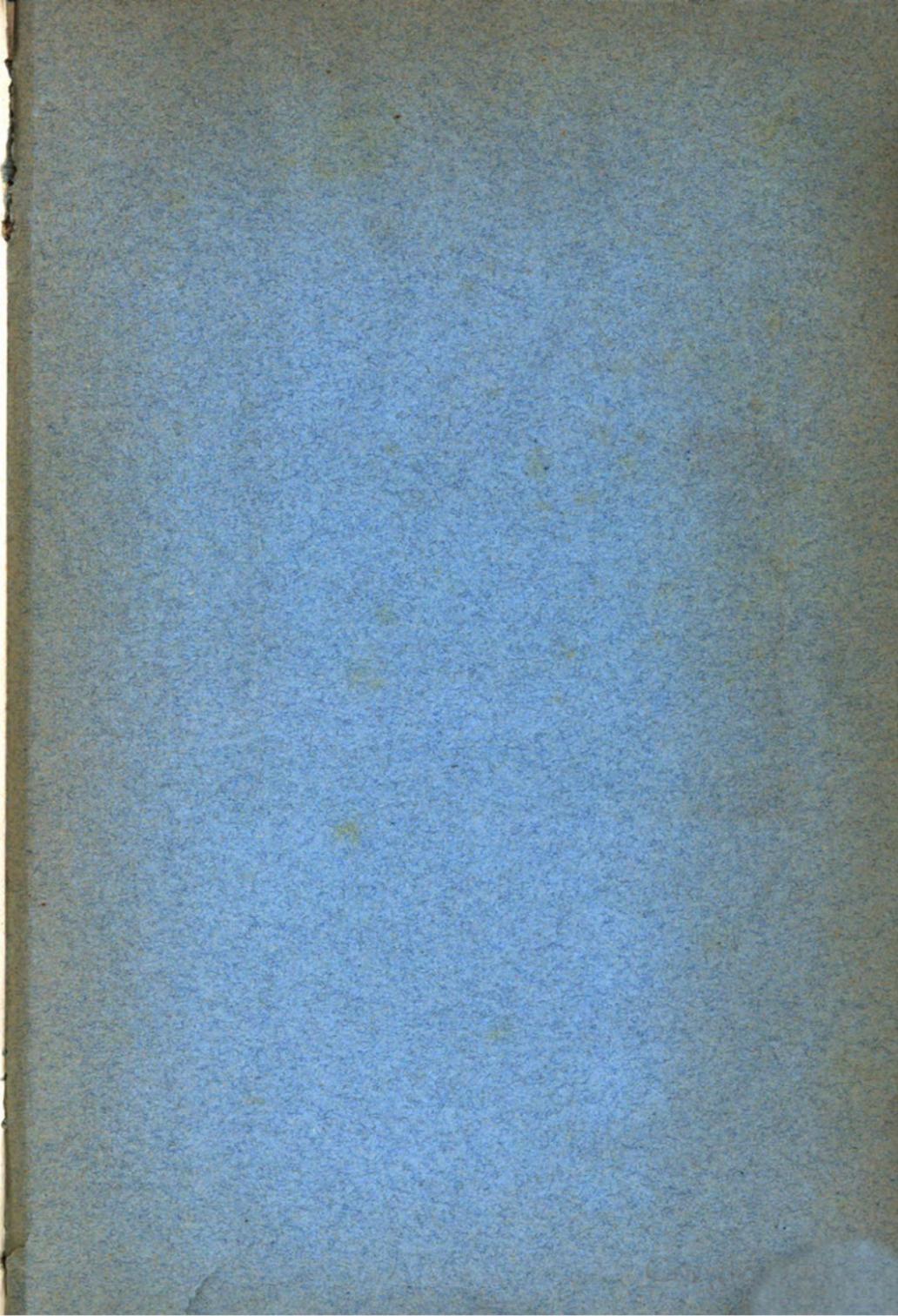
ligados por juramento. Habéis encontrado á mi esposa, aunque el modo no lo habéis explicado aún ; pues cuando la ví la última vez la creí muerta y desde entonces he elevado en vano muchas preces sobre su tumba. No tengo que ir muy lejos para encontraros un digno compañero, pues conozco algo de su intento. Ven, Camilo, y tómalala de la mano, tú cuya honradez y mérito son aquí atestiguados por dos reyes. Salgamos de este sitio. ¡Qué! Mira á mi hermano, y perdónadme ambos si un día tuve celos como un insensato de vuestras inocentes miradas. Este príncipe, hijo de nuestro hermano Políxenes, es el prometido esposo de nuestra hija. Bueña Paulina, conducidnos fuera, adonde podamos holgadamente preguntar y responder cada cual sobre la parte que le ha cabido en este largo espacio de tiempo, desde que fuímos separados. Ea! Salgamos al punto. (Salen.)





	<u>Pág.</u>
<i>Sueño de una noche de verano.</i>	5
<i>Medida por medida.</i>	83
<i>Coriolano.</i>	187
<i>Cuento de invierno.</i>	315





14 DAY USE
RETURN TO DESK FROM WHICH BORROWED
LOAN DEPT.

This book is due on the last date stamped below, or
on the date to which renewed.

Renewed books are subject to immediate recall.

31 Oct '56 / G

REC'D LD

MAY 19 1963

OCT 19 1956

REC'D LD

27 Nov '56 W J

MAY 17 1963

REC'D LD

SEP 14 '65 G

NOV 23 1956

21 Jan '57 T W

REC'D LD

REC'D LD

SEP 16 '65 - 3 PM

JAN 11 1957

MAR 29 1978 X /

19 Apr '68 S S E

APR 13 1991

Roberto Jerez

AUTO DISC APR 29 '91

REC. CIR. OCT 26 '77

LD 21-100m-6,'56
(B9311s10)476

General Library
University of California
Berkeley

U.C. BERKELEY LIBRARIES



C031095603

YC149001

329582

Shakespeare

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY

